Lola lo revela todo
Rachel Gibson



LIBROdot.com
http://www.librodot.com

Prólogo

De todas las humillaciones que Lola Carlyle había sufrido a lo largo de su vida (y la lista era bastante larga y jugosa), la de verse desnuda en unas fotos colgadas en Internet era, sin duda, la peor. Cualquiera que tuviera un módem y una tarjeta de crédito podía contemplarla en cueros. Cada foto era más embarazosa que la anterior. Saber que esas fotos se encontraban en Internet era una desgracia constante, un peso sobre sus espaldas, un yunque sobre su cráneo.

Aquellas imágenes eran de unos cuantos años atrás y se las había hecho su ex novio, Sam *el Capullo.* Sam, el chico que le había profesado amor infinito, el chico que le dijo que podía confiar en él para cualquier cosa, había utilizado sus fotografías para salir de sus problemas financieros. Cuatro años después de la ruptura, había creado *www.lolaenbolas.com,* la mayor humillación de Lola.

Tiempo atrás, Lola había posado para fotógrafos profesionales demasiadas veces para llevar la cuenta. Pero Sam trabajaba en un banco de inversiones y había hecho las fotos con una Kodak desechable que había comprado en una máquina expendedora. En esa ocasión, que sólo podía atribuir a un momento de absoluta locura, ella permitió que le hiciera una serie de fotos en las que aparecía totalmente desnuda en la cama, sobre la bicicleta estática y encima de la mesa de cocina masticando barritas de chocolate y Doritos.

La peor foto de todas era una en la que aparecía besando una piruleta, de tamaño gigante. En ese momento, las fotos eran graciosas, eran un chiste tonto sobre su carrera, porque ella nunca ingería nada que no hubiera sido cocinado al horno, o hervido, o sazonado con una salsa sin rastro de calorías. Jamás tomaba ningún alimento graso que su cuerpo no pudiera depurar sin problemas.

Lo que no se veía en las fotos era el malestar que sufrió justo después de ese atracón de comida basura, el círculo vicioso de culpa que empezaba después de una absoluta pérdida del control, el pánico ante la posibilidad de haber ganado treinta gramos, que siempre la obligaba a correr hacia el gimnasio o hacia el lavabo.

Ésa era una compulsión que actualmente controlaba, pero que en un momento determinado había estado apunto de acabar con su vida. Incluso ahora, cada vez que se veía en fotos de cuando medía 1,79 y pesaba cincuenta kilos, escuchaba una vieja vocecilla que la tentaba a saltarse la comida o que la urgía a irse al Colonel y pedir una bandeja de pollo, puré de patatas con salsa y una *diet Coke.*

Peor que la humillación de que esas fotos vulgares aparecieran en Internet a la vista de todo el mundo, era la conciencia de que no podía hacer nada al respecto. Aunque lo había intentado. Había rogado a Sam que le devolviera las fotos y que las sacara de la Red. Le había ofrecido dinero, pero todavía entonces él estaba tan amargado por la ruptura que se había negado a ello. Lola consultó aun abogado y éste le dijo lo que, básicamente, ya sabía. Sam era el propietario de las fotos y podía publicarlas donde quisiera. A pesar de todo, ella llevó el caso ante los tribunales y, rápidamente, lo perdió.

Su única opción, actualmente, consistía en contratar aun matón. Opción que habría tenido en cuenta si hubiera podido saber de antemano que no sería descubierta, lo cual la humillaría todavía más, y no sólo a ella, sino también a su familia. Porque, en su familia, repleta de prolíficos pecadores, Lola había sido siempre la oveja negra. Lo cual era un considerable cumplido si se tenían en cuenta los problemas recientes de tío Jed. Ninguno de ellos había estado en prisión, aunque sí en la cárcel del condado. Y verla a ella entre rejas acabaría definitivamente con su pobre madre.

Lola sacó la revista que tenía en la maleta y echó un vistazo a su rostro, que aparecía en la portada del *National Enquirer.* Debajo de la foto, el titular rezaba: «La ex modelo Lola Carlyle, peso pesado de la profesión, continua escondida.»

Dejó la revista a un lado y llevando a *Baby Doll,* su pinscher enano bajo el brazo, salió del pequeño *bungalow.* Al parecer últimamente nunca mencionaban su nombre sin hacer algún comentario sobre los once kilos que había ganado desde su alejamiento de la profesión. «Peso pesado» era uno de los adjetivos más amables que utilizaban esos días. El menos favorito era «Gran Lola». Intentaba que esos calificativos no la hirieran o preocupasen. Pero, en lo más hondo, lo hacían.

No estaba gorda, ni tampoco se escondía. Se encontraba en una isla privada de las Bahamas, descansando, en unas vacaciones que su salud mental necesitaba hacía ya tiempo. Pero al cabo de dos días de descanso ya estaba desconsoladamente aburrida. Tenía una vida que vivir y un negocio que dirigir. Y ahora, gracias al sol y al aire fresco, tenía un bonito bronceado, la cabeza despejada y un nuevo plan.

Pensó que lo único que necesitaba para obligar a Sam a retirar la página de Internet era un buen investigador privado y algunos trapos sucios recientes. Sam nunca había sido honesto en sus negocios, y ella sabía que debía de haber mucho material del que echar mano para chantajearle. Era tan sencillo que no entendía por qué no había pensado en ello antes.

En cuanto llegara a casa, Sam *el Capullo* empezaría a caer en picado

1

Max Zamora empezaba a ser demasiado viejo para hacerse el Superman. La adrenalina le corría por las venas y el vello de los brazos se le erizaba, pero eso no era suficiente para mitigar el fuerte dolor que sentía en el costado y que le impedía respirar. A los treinta y seis años, el sufrimiento que le causaba su deseo de salvar el mundo era más fuerte que antes.

Se concentró en la respiración para controlar el dolor y las náuseas que empezaban a invadirlo. Por encima de los pinchazos que le taladraban la cabeza oía el ruido de los turistas y los taxistas, la música isleña y el sonido de las olas que rompían en los muelles. No se oía nada distinto de lo que de ordinario llenaba el aire húmedo de la noche, pero Max sabía que ellos se encontraban allí. Si lo atrapaban, no dudarían en matarlo, y en esta ocasión lo conseguirían.

La luz del casino Atlantis iluminaba algunas zonas del puerto deportivo, y por una fracción de segundo la vista se le aclaró para, inmediatamente, volverse borrosa de nuevo, lo cual causó estragos en su equilibrio cuando intentó salir de las sombras. Las suelas de sus botas no hicieron el más mínimo ruido cuando subió al yate que se encontraba amarrado a la punta del muelle. La sangre que manaba del corte que tenía en el labio inferior le caía por la barbilla hasta la camiseta negra. Sabía que cuando se le agotara la adrenalina sentiría muchísimo dolor, pero tenía planeado encontrarse a medio camino de Florida antes de que eso sucediera. Ahora, a medio camino desde el infierno, se encontraba de visita en la isla Paradise.

Max encontró el camino hacia la oscura cocina y hurgó en los cajones. Dio con un cuchillo de pescado, lo sacó de la funda y comprobó el filo con el pulgar. La luz de la luna entraba por las ventanas de plexiglás que se encontraban por encima de su cabeza e iluminaba retazos del oscuro interior.

No se preocupó en registrar más a fondo el yate. De todas formas no se veía demasiado, y estaría perdido si encendía las luces e iluminaba su posición.

Los cubiertos entrechocaron en el cajón cuando Max lo cerró de golpe. Si los propietarios se encontraban todavía a bordo, ya había hecho suficiente ruido para despertarlos.

Y si de repente emergía alguien de la oscuridad, debería pasar al plan B para contingencias. El problema era que no contaba con ningún plan B. Hacía una hora que había agotado la última estrategia que tenía en reserva, y en ese momento se guiaba por pura intuición e instinto de supervivencia. Si ese último cartucho fallaba, era hombre muerto. Max no tenía miedo a la muerte; simplemente no quería ofrecer a nadie el placer de matarlo.

Después de comprobar que no aparecía nadie, volvió a cubierta y rápidamente cortó las amarras. Subió las escaleras hacia el puente de mando. La vista se le aclaró por unos segundos, lo cual le permitió advertir que el puente tenía un techo de lona y ventanas de plástico. Se arrodilló al lado de la silla del capitán, entre las sombras, y la vista se le nubló otra vez.

Sintió unas fuertes náuseas y se concentró en la respiración todo lo que pudo. A tientas, valiéndose del cuchillo, extrajo una sección de la tapa del timón. Mientras extraía un manojo de cables, el corte que tenía en la frente le escoció a causa del sudor que se le deslizaba hasta las cejas. Seguía sin ver correctamente, y tardó más de lo que le hubiera gustado en localizar la parte trasera del botón de ignición. Cuando lo consiguió, desenredó los cables y los conectó. Los dos motores de a bordo arrancaron y empezaron a remover el agua; Max se agarró el costado con una mano y, con la otra en el timón, se levantó.

Puso el barco en movimiento accionando el acelerador y lo alejó del muelle. Si giraba la cabeza hacia la derecha la visión le mejoraba y de esa forma podía mantener el yate centrado y alejado de posibles peligros.

Condujo el barco fuera del puerto deportivo y hacia el puerto de Nassau pasando por debajo del puente que conectaba la isla Paradise con la capital, más allá de los cruceros amarrados al muelle Prince George. Esa noche nada le había salido bien: en ese mismo instante, en cualquier momento, todavía era posible que los motores se incendiaran, que el fuego desintegrase el techo de lona y que arrasara el suelo de la cubierta. Desde el instante en que había llegado a la isla, esa tarde, su suerte había ido de mal en peor, y no tenía ninguna esperanza de que su mala suerte le abandonara todavía.

-Perdone, pero ¿qué está usted haciendo?

Al oír esa voz femenina, Max se giró con tanta rapidez que tuvo que agarrarse a la silla del capitán para no caerse. Se quedó mirando la figura borrosa y doble de una mujer enmarcada por las luces tenues del puerto. El haz de luz del faro de la isla iluminó de pasada el suelo de la embarcación y a dos pares de pies idénticos con veinte dedos cuyas uñas estaban pintadas con laca roja. Se paseó por dos faldas rojas y azules y por dos vientres desnudos y absolutamente planos. Dos camisas blancas envolvían dos pares de pechos grandes. Luego se deslizó entre las comisuras de cuatro labios carnosos y se enredó en un montón de rizos rubios. La cara desapareció en las sombras cuando de ellas emergieron dos minúsculos perros que chillaban desde debajo de sus brazos con unos sonidos tan agudos que le podían provocar una hemorragia en los oídos.

-¡Mierda! ¡Sólo me faltaba eso! -exclamó, preguntándose de dónde demonios había salido.

Aquella triste imitación de perro saltó al suelo, corrió a los pies de Max y empezó a chillar con tanta fuerza que cada ladrido le levantaba las patas del suelo. La mujer avanzó y su doble imagen la siguió cuando se agachó para recoger al chucho.

-¿Quién es usted? ¿Trabaja para los Thatch? -preguntó.

Max no podía perder el tiempo con perros, preguntas o tonterías en general. Esa mujer tenía que irse. Lo último que necesitaba esa noche era un chucho chillón y una mujer con verborrea. Ella y su perro tendrían que saltar. La punta de la isla Paradise se encontraba a menos de treinta metros y posiblemente lo consiguieran. Y si no, no era su problema.

-Haga callar a ese perro o lo lanzaré por la borda de un puntapié -contestó, en lugar de lanzarla a ella ya su chucho al mar. Maldición, se volvía blando con la edad.

-¿Adónde está usted dirigiendo el yate?

Max no le hizo caso. Echó un último vistazo a las luces de Nassau que se alejaban, a las borrosas boyas verdes de señalización y al faro. Luego dirigió su atención hacia los mandos. Tenía unas cuantas preguntas de su propia cosecha, pero tendría que esperar para conseguir las respuestas. En ese momento había temas más importantes, como el de la propia supervivencia.

La adrenalina y el dolor le hacían temblar las manos, pero gracias a su ilimitada fuerza de voluntad ya los años de experiencia, consiguió templar el pulso. Hasta el momento no había detectado que ningún barco le siguiera, pero eso no significaba gran cosa.

-Usted no puede, así, sin más, llevarse este barco. Tiene que volver al puerto deportivo.

Si la cabeza no le hubiera dolido de esa forma y su cuerpo no hubiera sido utilizado como saco de boxeo, incluso la habría encontrado graciosa. ¿Volver atrás, después del infierno por el que había

pasado? ¿Devolver el yate después de haberse tomado todas esas molestias para robarlo? No había ninguna posibilidad de eso. Hacer un puente a ciegas exigía mucho talento. Max había subido a cualquier barco que uno pudiera imaginar. Cualquiera, desde un bote hinchable hasta un submarino militar. Sabía utilizar un GPS e interpretaba los mapas de navegación, uso del compás incluido. El problema era que, en el estado en que se encontraban sus ojos, lo mejor que era capaz de hacer en ese momento era intentar mantener el barco rodeado solamente de agua.

-¿Quién es usted?

Esforzó la vista para detectar la luz dorada de los controles que tenía delante y dirigió la mano hacia la radio. Falló y lo volvió a intentar hasta que sintió los botones en la yema de los dedos. El ruido radiofónico inundó el ambiente y ahogó las preguntas de la mujer. Ajustó el sintonizador hasta que la radio captó la comunicación de un operador marítimo con un barco de pasajeros y luego pasó a un canal no comercial. No encontró nada fuera de lo normal y continuó buscando. Ningún canal emitía ninguna información inusual, pero Max no buscaba información habitual ni ordinaria.

-Tiene usted que llevarme de nuevo a puerto. Le prometo que no le contaré a nadie este incidente.

«Seguro que no lo harás, cariño», pensó Max al tiempo que intentaba verla por encima del hombro. Pero no consiguió ver nada, así que volvió a dirigir su atención a los mandos. Si esa mujer cerrara la boca, por lo menos podría olvidarse de su presencia.

Hacía doce horas que no se comunicaba con el Pentágono. En su última comunicación les había informado de que no necesitaría un rescate ni más negociaciones. Los dos agentes de la DEA que buscaba estaban muertos, y llevaban bastante tiempo así. Poco acostumbrados a la tortura, obviamente habían sucumbido a manos de sus secuestradores.

-La gente se dará cuenta de que he desaparecido, ¿sabe? En realidad, ahora mismo seguramente hay alguien que me echa de menos.

Tonterías.

-Estoy segura de que alguien ya ha llamado a la policía.

La policía de las Bahamas era el menor de sus problemas. Se había visto obligado a matar a José, el hijo mayor de André Cosella, y a duras penas había conseguido escapar con vida. Cuando André lo descubriera, se convertiría en un disgustado señor de la droga.

-Siéntese y estése quieta.

Aunque veía doble, fue capaz de distinguir las luces de un velero que se dirigía hacia ellos por babor. No creía que los Cosella hubieran encontrado el cuerpo todavía, y le parecía improbable que el velero estuviera cargado de traficantes de droga, pero no se podía dar nada por descontado y, además, lo último que necesitaba era que la mujer se pusiera a chillar hasta desgañitarse.

Max sintió, más que vio, que la mujer se movía y, antes de que pudiera dar un paso, la agarró por el brazo.

-Ni se le ocurra hacer una tontería.

Ella chilló e intentó zafarse de él. El perro también chilló, para a continuación saltar a cubierta y cerrar las fauces sobre el pantalón de Max.

-¡Quíteme las manos de encima! -gritó la mujer, y le dio un golpe casi al mismo tiempo que él sentía un pinchazo en la cabeza.

-¡Joder! -Max sujetó a la mujer contra su pecho.

Tuvo que apretar las mandíbulas para aguantar el dolor que sentía en las costillas mientras intentaba agarrarla por las muñecas. La mujer se debatió, pero era débil y muy femenina, así que no era un contrincante para Max. Con facilidad consiguió sujetarle las muñecas cruzadas sobre el pecho y la apretó contra sí evitando sus codazos. El pelo de la mujer, arremolinado sobre la cabeza, le hacía cosquillas en la mejilla. Max le explicó en qué consistía su indefensa situación:

-Sea una buena chica y, quién sabe, a lo mejor consigue vivir para ver cómo sale el sol.

Ella se tranquilizó de inmediato.

-No me haga daño.

Era obvio que ella le había entendido mal, pero Max no se tomó la molestia de corregirla. No era a él a quien debía temer. No tenía ninguna intención de hacerle daño, a no ser que ella le pegara otra vez. En esos momentos, la suerte estaba echada.

El velero se aproximaba deslizándose sobre las tranquilas aguas, que no eran más que una mancha borrosa para Max, lo cual le hacía recordar su posición de debilidad. Era incapaz de ver nada con nitidez. En ese momento, la oscuridad resultaba mejor para su vista que la luz, lo que ofrecía ventajas y desventajas por igual. No necesitaba consultar aun médico para saber que tenía las costillas rotas y, por otro lado, estaba convencido de que encontraría sangre en la orina durante al menos una semana. Lo peor de todo era que Cosella y sus hombres le habían quitado todos sus juguetes: sus armas y sus aparatos de comunicación. Se habían llevado incluso su reloj. No tenía ninguna herramienta con que defenderse, y si lo encontraban, Max no sería otra cosa que un cerdo para el matadero. Peor que un cerdo para el matadero. La mala suerte le había enviado a una débil mujer, una civil, con su irritante perro. Max sacudió la pierna y el bicho salió patinando por el suelo.

-Suélteme y me sentaré, como usted me pidió.

Max no la creyó. No confiaba en que ella no intentaría cualquier cosa y, en su estado actual, ni siquiera la vería venir. Había pasado por demasiadas cosas esa noche como para permitir que ella le diese el tiro de gracia. Entornó los ojos y consiguió que el doble mundo que le rodeaba se unificara en una sola imagen. La luz de popa del velero pasó de largo sin ningún incidente y, para increíble sosiego de Max, el mundo no volvió a desdoblarse.

-¿Quién es usted? -le preguntó la mujer.

-Soy uno de los chicos buenos de la película.

-Bien -dijo ella, pero no parecía muy convencida. Más bien intentaba apaciguarlo.

-Le estoy diciendo la verdad.

-Un chico bueno no va por ahí robando barcos y secuestrando mujeres.

Eso tenía sentido, pero estaba totalmente equivocada. A veces, la diferencia entre un chico bueno y un chico malo era tan borrosa como su vista.

-No he robado este barco. Lo he requisado. Y no la he secuestrado.

-Entonces, lléveme de nuevo al puerto.

-No.

Max se había entrenado con lo mejor que los militares podían ofrecer.

Excluyendo el fiasco de esa noche, era capaz de disparar y llevarse el botín mejor que muchos. Era capaz de trepar a cualquier instalación, conseguir lo que necesitaba y volver a tiempo para sentarse a la mesa a comer; pero sabía por experiencia que sólo una mujer histérica conseguía que una situación sólida se convirtiera en un infierno.

-No voy a hacerle ningún daño. Solamente necesito poner alguna distancia entre Nassau y yo.

-¿Quién es usted?

Pensó en darle un nombre falso, pero como lo más probable era que lo averiguara cuando intentase que lo arrestaran por secuestro, le dijo la verdad.

-Soy el capitán de corbeta Max Zamora -explicó, pero no se trataba de toda la verdad. No mencionó que se había retirado del servicio militar y que actualmente trabajaba para un organismo del Gobierno que no existía sobre el papel.

-Suélteme -le pidió la mujer.

Max miró sus manos borrosas, que sujetaban todavía las muñecas de ella. Tenía los nudillos incrustados en el suave cojín de sus pechos y, de repente, sintió la delgada espalda de ella pegada a su tórax. El redondo trasero de la mujer se encontraba apretado contra sus testículos y el deseo se mezcló con el dolor en las costillas y en la cabeza. Se encontraba disgustado y sorprendido en igual medida por el hecho de sentir algo más que dolor. Sintió la presencia de la mujer en toda su piel, así que obligó a ese sentimiento a retroceder y lo enterró en los rincones más oscuros, donde enterraba todas sus debilidades.

-¿Va a volver a pegarme? -le preguntó.

-No.

La soltó, y ella se alejó con tanta urgencia como si estuviera envuelta en llamas. A través de la oscuridad de la cabina, Max distinguió la figura de la mujer que desaparecía tras la esquina y, luego, volvió a centrarse en los mandos.

-Ven aquí, *Baby.*

Max se giró, convencido de que no había oído bien.

-¿Qué?

Ella recogió a su perro del suelo:

-¿Te ha hecho daño, *Baby Doll?*

-¡Jesús! -masculló Max con cara de asco.

Al perro le había puesto por nombre *Baby Doll.* Estaba claro por qué ese chucho era tan insoportable. Volvió a centrar la atención en el GPS y apretó el botón. La pantalla se iluminó con unas líneas grises y borrosas y unos números temblorosos. Max entornó los ojos y consiguió enfocar mejor la imagen de la pantalla. En el lado de babor de la pantalla se podían distinguir las líneas de la isla Andros que se acercaban, así como la cadena de las islas Berry alejándose a estribor. Le resultaba imposible leer el aumento de longitud y latitud, pero pensó que si se dirigía hacia el noroeste durante una hora antes de poner rumbo al este llegaría a las costas de Florida por la mañana.

— Si de verdad es usted capitán, enséñeme sus credenciales.

Aunque no le hubieran quitado todos los documentos cuando lo capturaron, a ella no le habrían servido de mucho. Había llegado a Nassau con el nombre de Eduardo Rodríguez, y todos sus papeles-desde su pasaporte y carné de conducir hasta sus notas de bolsillo-eran falsos.

-Siéntese señora. Esto se habrá terminado antes de que se dé cuenta-le dijo, porque no tenía otra cosa que decirle; por lo menos, nada que ella pudiera creerse.

Los ciudadanos americanos vivían más tranquilos sin tener noticia de la existencia de hombres como Max, hombres que operaban en la sombra, que llevaban a cabo, sin dejar rastro, ciertas misiones para el gobierno de Estados Unidos y cobraban un dinero que tampoco dejaba rastro alguno. Hombres que contestaban llamadas telefónicas inexistentes en oficinas inexistentes del Pentágono. Hombres que reunían información, frustraban las acciones terroristas y quitaban de la circulación a los chicos malos permitiendo que el Gobierno pudiera negar su relación con todo ello.

-¿A dónde vamos?

-Hacia el oeste. - Ésa era toda la información que ella necesitaba.

-Exactamente, ¿hacia dónde del oeste?

Max no necesito mirarla para saber, por el tono de su voz, que era la clase de mujer a la que le gustaba mandar. Una absoluta tocacojones. Ni siquiera en las mejores circunstacias Max permitía que nadie le tocara los cojones. Y por supuesto, no estaba dispuesto a permitir que una mujer le jodiera la noche más de lo que ya se la habían jodido.

-Exactamente hacia donde yo decida.

-Tengo derecho a saber adónde se me lleva.

Normalmente Max no disfrutaba intimidando a las mujeres, pero que no disfrutara no significaba que tuviera reparos en ello. Relantizó el motor hasta alcanzar una agradable velocidad de veinte nudos, accionó el control de crucero y se plantó delante de la mujer con su perro, una figura en sombras en la esquina del puente.

La luz de la luna, que atravesaba el parabrisas, iluminó el hombro y el cuello de la mujer. Ella debió de verle la cara, porque contuvo el aliento y se encogió todavía más en el rincón. Bien. Mejor que le tuviera miedo.

-Escúchame con atención -dijo Max, poniendo las manos en jarras y acercándose a ella con expresión amenazadora-. Puedo facilitarte las cosas, pero también puedo ponértelas realmente difíciles. Tienes dos posibilidades: sentarte y disfrutar del crucero o enfrentarte a mí. Si decides hacer esto último, te juro que no ganarás. Bien, ¿qué es lo que deseas?

Ella no dijo ni una palabra, pero el perro salió disparado de sus brazos y clavó los dientes en el hombro de Max como un murciélago rabioso.

-iMierda! -Max agarró al chucho.

-¡No le haga daño! ¡No le haga daño a *Baby!*

¿Hacerle daño? Max pensaba aplastarlo hasta convertirlo en un montón de grasa. Tiró de él y la camisa se rasgó. La bestia gruñona abrió las mandíbulas y Max lo dejó caer al suelo. El perro chilló y huyó.

-¡Eres un mal nacido! -gritó ella-. ¡Le has hecho daño a mi perro!

Sólo cuando sintió su puño en contacto con su cabeza se dio cuenta Max de que ella le había atacado por su lado débil. Los oídos comenzaron a zumbarle, la vista se le nubló todavía más y Max le dedicó varios epítetos.

Ella fue a darle otro puñetazo, pero Max le agarró la muñeca antes de que lo consiguiera. Le puso la zancadilla, y ella cayó al suelo con un fuerte golpe. Max se había cansado de jugar limpio. La obligó a ponerse boca abajo y se arrodilló sobre su espalda. Ella se debatió y peleó mientras se inventaba insultos patéticos.

-¡Quítate de encima de mí!

¿Quitarse de encima de ella? Era poco probable. Iba a amordazarla, atarla y echarla por la borda. *«Sayonara,* corazón.» La luz tenue del GPS se arrastró por el suelo hasta los pies desnudos y las pantorrillas de la mujer, que soltó una patada. Max le arrancó un trozo de la falda.

-¡Basta! ¿Qué demonios crees que estás haciendo?

En lugar de contestar, Max se le sentó encima con una pierna a cada lado de las caderas para mantenerla quieta. Aunque la mujer se debatía para darse la vuelta, consiguió agarrarle un tobillo y anudarle un trozo de la tela. Ella se desgañitó mientras Max le ataba los pies juntos. Luego volvió a tirar de la falda y esta vez se la arrancó por completo. Las largas piernas aparecían pálidas contra el suelo oscuro de madera. Las bragas debían de ser de color rosa o quizá blancas. Max no estaba seguro, pero no pensaba entretenerse en averiguarlo.

Ella le rogó que se detuviera, pero a él le zumbaban los oídos, y no la oyó. Max rasgó un trozo de la falda y apoyó una mano sobre su trasero. Seda. Las bragas eran de seda. Con rapidez, se dio la vuelta para estar de cara a la cabeza de ella. Se levantó un poco con las rodillas contra el suelo, pero presionando con fuerza su cintura. Preparó un nudo en la tela y, aunque ella escondió las manos debajo del cuerpo, le agarró uno de los brazos y lo colocó sobre su espalda. Le ató las muñecas y se levantó. Ahora que la adrenalina le bajaba y parecía que, después de todo, era posible que sobreviviera, sus neurotransmisores empezaron a funcionar con menos interferencias y el dolor de cabeza y en el costado le provocaron más náuseas que antes.

Respirando con fuerza, pasó por encima de la mujer echada en el suelo y se dirigió al timón. Había gastado un tiempo precioso tratando con ese pasajero indeseado y su indeseable perro. Desactivó el control de crucero y subió la velocidad a cincuenta y cinco nudos.

Baby Doll pasó como una flecha por su lado y el sonido de las uñas arañando el suelo le destrozó los oídos. Luego, el silencio llenó la cabina. Max abrió una caja de bengalas de señalización que se encontraba a un lado del timón. Durante media hora, la vista se le aclaró lo suficiente para examinar las diez bengalas de mano. En cuanto a convertirlas en algún tipo de arma defensiva, llegó a la conclusión de que no tenían suficiente magnesio para conseguir una bomba incendiaria decente.

Volvió a dejar la caja al lado del timón y observó el GPS. Ahora se veía la silueta de Andros y de las islas Berry a popa. Cambió el rumbo unos cuantos grados hacia el oeste, en dirección a la costa de Florida. Luego, cuando estuvo bastante seguro de que no encallaría contra ninguno de los setecientos cayos e islas que conformaban las Bahamas, volvió a reducir la velocidad y activó el control de crucero.

Max apretó las mandíbulas a causa del dolor en el costado y, al alejarse del puente, dirigió la vista hacia la esquina oscura. La mujer había conseguido incorporarse. Entre las sombras pudo distinguir el blanco de la blusa, y un hilo de luz procedente de la ventana brilló sobre el rojo de las uñas de sus pies. El minúsculo perro estaba enroscado a su lado.

Sin dirigirle ninguna otra mirada, Max se alejó del puente y bajó despacio las escaleras, sujetándose el costado. La respiración se le hizo más difícil y cuando entró en la iluminada cocina,

unos puntos flotaban ante sus ojos. Encontró un botiquín de urgencia al lado del horno y, en el congelador una bandeja con hielo.

En el frigorífico había botellas de vino, ron y tequila y una caja prácticamente entera de cerveza Dos Equis. En circunstancias normales, Max sólo se permitía tomar una o dos cervezas; pero esa noche necesitaba más; incluso necesitaba algo más fuerte, así que optó por el ron. Destapó la botella y se la llevó a la boca. El corte que tenía en el labio le dolió, pero a pesar de ello tomó varios tragos largos. Envolvió el hielo en una toalla de mano y se la puso debajo del brazo.

Con el botiquín bajo el brazo, atravesó el salón y encendió la luz del baño. Se encontró cara a cara con su reflejo en el espejo que había encima del lavabo. No supo qué era peor: su aspecto o su malestar. Tenía la parte izquierda de la cara hinchada y de color morado. Sangre seca procedente de la nariz le cubría la mejilla, y la sangre del corte en el labio se había deslizado por su mentón.

Tomó un trago de ron y estudió la rasgadura en la camisa y la pequeña mordedura del perro en el hombro. No era profunda, sólo un arañazo en realidad y, comparada con el resto de las heridas, ni siquiera necesitaba una inspección. Solamente deseaba de corazón que el maldito chucho fuera quien hubiera recibido todos sus golpes.

Con una sola mano Max se sacó el faldón de la camisa de los tejanos negros y la levantó. Unas feas marcas le atravesaban el torso y en el costado izquierdo tenía una marca de bota. Por lo menos se encontraba vivo. De momento.

Hurgó en el botiquín de primeros auxilios hasta que encontró un frasco de Motrin. Depositó cinco tabletas en la palma de la mano y se las tragó con ron. Luego se envolvió las costillas con una venda fría. Aunque el vendaje no resultaba de gran ayuda, se lo colocó en el lugar adecuado. Encontró jabón antiséptico y con él se lavó la sangre de la cara y el cuello. Mientras, pensó en lo que había sucedido esa noche y se preguntó cómo era posible que la misión se hubiera complicado tanto desde el principio.

La información que había recibido era errónea: sus planes para contingencias habían fallado por completo y quería saber por qué. Los datos con que contaba ubicaban a los hombres de Cosella en una parte de la iglesia del enorme complejo, pero se encontraban claramente en otra.

Los agentes de la DEA se habían mantenido en la parte de delante del edificio, en lugar de la de detrás, pero no era eso lo importante. Los terroristas no son, precisamente, gente predecible, y los informes siempre se encuentran sujetos a cambios de última hora. Max lo sabía, estaba acostumbrado a ello.

Pero lo que nunca le había sucedido era encontrarse con todos los caminos de huida cortados de forma tan inesperada, y se le ocurría que quizás alguien de dentro no tenía ningún interés en que sobreviviera en esa ocasión.

Max se lavó los restos de sangre y se cubrió el corte de la frente con esparadrapo quirúrgico. Con el hielo envuelto en la toalla en una mano y el ron en la otra, volvió a la cocina. Sólo existía una persona del comando de operaciones especiales en quien confiara completamente: el jefe del estado mayor, el general Richard Winter, un fumador empedernido, malhablado y un excelente tirador que había servido en Vietnam y en la operación Tormenta del Desierto, alguien que conocía la vida en las trincheras y sabía lo que era encontrarse entre la espada y la pared.

El general era un tipo duro pero justo. Sabía qué era operar en la clandestinidad, qué comportaba y qué significaba. Pero Max no podía arriesgarse a contactar con él todavía. No a través de una línea insegura. No si la transmisión podía ser interferida por cualquiera que se encontrara en un radio de cincuenta metros. No mientras fuera un objetivo tan fácil.

Max dio vueltas por el yate otra vez en busca de un arma. Hurgó en los armarios del camarote, de la cocina y del salón, pero no encontró nada mejor que unas espaditas de plástico para cócteles y un juego de cuchillos de mesa.

Se vació el frasco de pastillas de Motrin en el bolsillo y abrió el bolso que encontró encima de la mesa del pequeño comedor. Desparramó el contenido encima de la mesa, buscando algún tipo de analgésico como codeína o Darvocet, pero no había nada excepto una caja de Tylenol. El bolso contenía algunos cosméticos y golosinas para perro, un cepillo de dientes y uno para el pelo y fichas de casino. Abrió el billetero y observó el permiso de conducir de Carolina del Norte. Con una mano

se aplicó el hielo a la cara mientras con la otra se acercaba el permiso de conducir al ojo bueno. Por un momento pensó que el rostro le resultaba familiar, pero no fue hasta que leyó el nombre cuando reconoció a la mujer.

Lola Carlyle. Lola Carlyle, la famosa modelo de ropa interior y bañadores. Quizá la más famosa de todas. Su nombre evocaba la imagen de una mujer casi totalmente desnuda, rodando sobre la arena o deslizándose entre sábanas de satén, una mujer de piernas largas, pechos grandes y sexo caliente. Sus fotos en el *Sports Illustrated* habían sido las favoritas de los chicos de Little Creek.

Max tiró el billetero sobre la mesa. Maldición. La situación acababa de complicarse un poco. Para el Gobierno, eso iba a resultar un poco más difícil de ocultar. Además, si volvían a capturarlo antes de que llegase a Estados Unidos, la consentida mujer que se encontraba en el puente no tendría ninguna oportunidad. Sólo unos minutos antes habría jurado que su situación no podía ser peor, pero en esos momentos había empeorado, y mucho.

Con el ron y con el hielo envuelto en la toalla, y una expresión de amargura en el rostro, Max se dirigió al puente. Quizás esa mujer no fuera Lola Carlyle. Que el bolso de Lola Carlyle se encontrara en la cocina no significaba necesariamente que la mujer alta y rubia a quien había maniatado fuera Lola Carlyle. Bueno, quizá sí, y quizá también era posible que a Max le crecieran alas y pudiera ir volando a casa.

Subir las escaleras no le dolió menos que antes bajarlas. Tuvo que pararse por dos veces y agarrarse el costado a causa del fuerte dolor antes de poder continuar. En una ocasión, Max se había roto casi todos los huesos del cuerpo, de modo que sabía por experiencia que las costillas eran la peor. Básicamente porque dolían incluso al respirar.

En la oscura cabina Max recogió la camisa blanca. Ella se encontraba en el mismo sitio en que la había dejado; Max se dirigió hacia los mandos y depositó la botella de ron y la toalla con el hielo al lado del acelerador.

-Pronto habrá terminado todo -dijo, en un intento de tranquilizarla.

Teniendo en cuenta que ella había tratado de romperle la cabeza, no sabía por qué se preocupaba. Quizá fuera porque, de haberse encontrado él en esa situación, habría hecho lo mismo. Pero él lo habría conseguido, pensó mientras volvía a sujetarse el hielo contra la cara.

-¿Puedes desatarme, por favor? Necesito ir al baño.

La única arma letal que había a bordo se encontraba al lado del ron, encima de los mandos, así que Max consideró la petición.

-Si la hago, ¿vas a intentar golpearme otra vez?

-No.

Max observó su silueta, buscando cualquier detalle que la identificara como a la mujer conocida en todo el mundo solamente por el nombre de pila. No conseguía decidirse en ningún sentido.

-Eso mismo dijiste la última vez.

-Por favor. De verdad que tengo que ir.

Max miró alrededor.

-¿Dónde está el chucho?

-Aquí, dormido. No volverá a morderte. He hablado con él, y lo siente mucho.

-Ah.

Max agarró el cuchillo para pescado, cruzó la cubierta y, tratando de mantener la espalda tan recta como fuera posible, se arrodilló aliado de ella. En la oscuridad de la esquina buscó los pies y cortó con facilidad la tela que los tenía atados.

-Date la vuelta.

Cuando ella lo hubo hecho, cortó la tela que le sujetaba las manos. Max se levantó, agarrándose el costado y con mayor dificultad que cuando se agachó.

-Todo esto habría podido evitarse si hubieras hecho lo que te dije.

-Lo sé. Lo lamento.

Un sentimiento de alarma se le encendió mientras enfundaba el cuchillo y se lo colocaba en la cintura del pantalón, a la espalda. No se fiaba de esa súbita docilidad, pero quizás ella se hubiese

dado cuenta de que no había nada que hacer y que le convenía más no enfrentarse de nuevo a él. Sí, quizás. O quizá Max se volvía blando con la edad.

Ella pasó por su lado con el perro en los brazos, rumbo a la puerta. En lo alto de las escaleras, la luna le iluminó la espalda y el trasero, y Max percibió el perfume que dejó tras su paso.

Max se dirigió a la silla del capitán y cogió la botella de ron. Bebió un trago y miró la luna caribeña a través del parabrisas. Observó las olas y la vastedad del océano. Al lado de un periódico doblado había unos prismáticos y se los acercó a los ojos con cuidado, pero no pudo ver nada excepto el océano negro. Se relajó un poco.

Max siempre se había encontrado con lo peor que la vida le podía deparar, pero siempre lo había superado. Había pasado por seis meses de entrenamiento en las fuerzas especiales de la Marina, había estado en la operación Tormenta del Desierto, había capturado terroristas en Afganistán, el Yemen y en el mar del sur de China, pero esa noche había sido peor que todo eso. Gracias al ansia de José Cosella por impresionar a su padre con su brutalidad y con un arma de pacotilla, ahora Max estaba vivo. No se podía decir lo mismo de José.

Todavía recordaba con todo detalle el sonido del arma encasquillada, cómo José apartó los ojos de él para examinarla y cómo Max aprovechó su turno. Cómo rompió la silla con las manos atadas y cómo un trozo del respaldo le sirvió para salvar la vida. Cómo corrió por el muelle hasta esconderse en las sombras y sacar partido de esa oportunidad.

Al dejar la botella encima del periódico, vio un destello blanco reflejado en el parabrisas.

-Haz virar el barco.

La orden de la mujer le llegó de detrás, con una voz sin aliento y con cierto acento sureño. Ella encendió las luces, que inmediatamente acuchillaron las córneas de Max.

-Hazlo virar o disparo.

El dolor y la luz que inundó de repente el puente le obligaron a entornar los ojos. Se dio la vuelta despacio y ya no tuvo que dudar de qué a quien llevaba en el barco era a la famosa modelo de ropa interior.

Lola Carlyle era igual de despampanante en persona que en las portadas de las revistas de moda. Se encontraba de pie frente la puerta, con la mitad del pelo revuelto sujeto en un moño deshecho y la otra mitad sobre los hombros, como si acabara de levantarse de la cama. Unos profundos ojos marrones le miraban desde debajo de dos cejas de arco perfecto. Se había desatado la camisa de debajo de los pechos y se la había abotonado hasta abajo. Esas piernas largas y suaves eran la fantasía de todos los hombres. También hubiera podido ser la suya, si no fuera por la pistola de señales que le apuntaba al pecho. La señorita Carlyle había estado muy ocupada.

Bueno, antes se había preguntado si era posible que esa noche fuera a peor, y ahora estaba claro que sí. Debería habérselo imaginado. Habría podido seguirla, pero prefería enfrentarse a una docena de pistolas de bengalas que bajar otra vez esas escaleras.

-¿Qué vas a hacer con eso? -le preguntó.

-Dispararte si no haces virar este barco de inmediato.

-¿Estás segura?

Max no creía que fuera capaz de dispararle. La mayoría de las personas eran incapaces de mirar a los ojos de un hombre y acabar con su vida.

-Eso hará un agujero bastante grande, y un considerable estropicio, además.

-No me importa. Haz virar el yate.

Quizá sí fuera capaz. Quizá no, pero no había ni la más mínima posibilidad de que Max volviera a Nassau.

-¡Ahora!

Max negó con la cabeza.

-Ni siquiera por usted, miss Julio -dijo.

Ella entornó los ojos con rabia y Max la provocó un poco más, esperando que ella iniciara un gesto para que él pudiera reaccionar.

-¿Cómo se llamaba esa revista donde aparecías en portada con ese bikini rojo? *¿Hustler?*

-Era *Sports Illustrated.*

Max se llevó la mano al labio partido.

-Ah, sí. -Observó los restos de sangre en los dedos y volvió a mirarla-. Ya me acuerdo.

Ella frunció todavía más las cejas.

-Fuiste un gran éxito entre los equipos ese año. Creo que Scooter McLafferty se agarró la zanahoria varias veces en tu honor.

-Muy amable. -En sus ojos no había ni orgullo ni diversión-. El barco -le recordó, con un pequeño gesto con la pistola-. Hazlo virar. No estoy bromeando.

-Ya te dije que no puedo hacerlo.

Max cruzó los brazos, como si estuviera relajado. En realidad, estaba preparado para desenfundar el cuchillo y clavárselo en un ojo antes de que ella tomara aliento de nuevo. Pero no quería hacerlo. No quería matar a una famosa modelo de ropa interior. Al Gobierno no le gustaba que se matara a civiles, así que lo más probable era que Max le quitara el arma de una patada, aunque eso le dolería y no tenía muchas ganas de hacerlo.

-Si quieres que este barco vuelva a Nassau, tendrás que venir aquí y hacerlo virar tú misma.

-Si intentas cualquier cosa... -Vacilando, ella dio dos pasos hacia delante con su perro entre los pies desnudos.

-Qué, ¿me azuzarás a tu rabioso chucho otra vez?

-No, te dispararé.

Max se apartó un poco para dejarla pasar y señaló el timón.

-Tiende a vibrar por debajo de los cincuenta nudos -le advirtió.

Ella se detuvo y, con la pistola, le indicó que se apartara del todo del timón.

Max sacudió la cabeza y la observó. Esperó hasta que ella dio otro paso vacilante y entonces, de repente la agarró por la muñeca. Ella intentó soltarse y la pistola se disparó. El arma de calibre doce lanzó una bola de fuego roja contra el timón. Impactó contra el GPS e hizo pedazos la botella de ron, que explotó en todas direcciones. El ron se encendió y, como un río en llamas, atravesó el panel de mandos y se internó por el agujero que Max había abierto para hacer el puente al motor.

Max y Lola cayeron al suelo cuando la bola de quinientas candelas atravesó el panel y explotó debajo de él con un fuerte estallido, lanzando lenguas de fuego a través del agujero. Las bengalas rojas se encendieron una por una e incendiaron el timón como si fueran diez pequeños sopletes. Los cables chisporrotearon y el motor se detuvo. Como si fueran los espasmos de muerte del *Titanic,* las luces parpadearon y se apagaron por completo. La única luz en la negra noche provenía de las llamas danzantes con sus destellos anaranjados del timón incendiado.

-Dios mío -dijo entre sollozos la señorita Carlyle.

Max se puso a cuatro patas y vio que el periódico se había prendido y que las llamas subían por el parabrisas hasta el techo de lona. Era evidente que su mala suerte no había terminado aún.

2

Lola iluminó con una pequeña linterna los restos del timón. El techo de lona que cubría el puente se había consumido casi por completo y sólo quedaban de él unos cuantos metros de tela chamuscada y los aros de aluminio ennegrecidos. Una brisa ligera y salada le revolvía el pelo y le hacía ondear las faldas de su camisa contra las caderas y el trasero. El aire marino removía las cenizas que cubrían el suelo y los restos de la silla del capitán y del timón.

Aquello no podía ser verdad. Aquello no le estaba ocurriendo a ella. Ella era Lola Carlyle y ésa no era su vida. Ella se encontraba de vacaciones, descansando. De hecho, al día siguiente regresaba a casa. Tenía que regresar a casa.

Aquello era una locura, así que debía de tratarse de una pesadilla. Sí, eso era. Ella había embarcado para tomar un último aperitivo con cóctel Nassau y se había quedado dormida en el camarote, y ahora se encontraba en medio de una pesadilla protagonizada por un demente. De un momento a otro despertaría y daría gracias a Dios por haber acabado con la pesadilla.

En la oscuridad, el extintor atravesó el aire, rebotó en el timón y se quedó clavado en el agujero.

-¿Qué viene ahora? ¿Un poco de napalm escondido en tu ropa interior? -le preguntó el tipo, loco y aparentemente real, que se encontraba detrás de ella; el tono de furia de su voz cortó el aire nocturno que les separaba.

Lola miró hacia atrás y vio esa cara magullada y golpeada iluminada por la luz de la luna. Había creído que la asesinaría y la utilizaría como carnaza de pesca. Cuando ese tipo la ató, tuvo más miedo del que había sentido en toda su vida. El miedo se le instaló en el pecho y le cortó la respiración. Había estado absolutamente segura de que le haría daño y de que luego, la mataría. Ahora estaba demasiado aturdida para sentir nada en absoluto.

-Si hubiera tenido napalm, estarías asado -replicó antes de pensarlo dos veces; cuando cayó en la cuenta de lo que había dicho, dio unos pasos atrás.

-Oh, no lo dudo, querida. -Él se acercó hacia ella y se llevó la mano a la espalda-. Aquí tienes.

Saco de detrás un cuchillo enfundado en piel y le agarró la mano. Ella se sobresaltó cuando sintió que se lo ponía en la palma de la mano con un golpe.

-Si quieres acabar con mi sufrimiento, utiliza esto -añadió-. Es más rápido y duele menos.

Despacio, él se dirigió hacia donde antes había estado la puerta y donde ahora solamente quedaba un marco de metal con unos retazos de lona ondeando al viento. Entonces, aspiró con fuerza y empezó a bajar las escaleras.

A la primera señal de fuego, *Baby* había escondido la achaparrada cola entre las achaparradas patas y corrido en busca de un rincón más seguro. Ella también había corrido; o más bien se había arrastrado por el suelo, y las escaleras, hacia un rincón más seguro. Se había quedado en la cubierta de popa mientras aquel loco llamado Max combatía las llamas. Había visto, sin podérselo creer, cómo los trozos de lona incendiada volaban con la brisa. El ruido de la puerta de la cocina al cerrarse de golpe resonó en la noche. Luego, todo volvió a quedar en silencio y el único sonido en medio dé la quietud era el dulce chapoteo de las olas contra el casco del barco. Miró alrededor, a la oscuridad, a la nada, y se sintió como esos supervivientes de los huracanes que había visto en las noticias: despeinada, con la mirada errante y aturdida. Su mente captaba con dificultad su situación real: que se encontraba en algún punto del océano Atlántico en un barco averiado y sin llevar encima nada más que la ropa interior y una camisa mientras un hombre a todas luces demente dormía bajo sus pies.

Lola bajó las escaleras. Toda la noche había resultado surrealista, había sido como estar atrapada en una pintura de Salvador Dalí deformada y retorcida en la que miraba alrededor y se preguntaba «¿qué es esto?». Cuando llegó a la cubierta de popa encendió la linterna y entró en la cocina a paso lento.

-Baby -susurró llamando al perro. Le encontró en el banco, debajo de la mesa, alerta y asustado encima del chal que ella había descartado ese mismo día. Poco a poco, como si temiera que el coco le saltara encima, fue iluminando la cocina y el salón con la linterna. Detrás del salón, atravesando la puerta, el haz de luz se encontró con una gruesa alfombra azul, los pies de una cama y las suelas de un par de botas negras. Al verlas, el miedo que había sentido durante la noche corrió por sus venas de nuevo. Apagó la linterna.

-Baby -volvió a murmurar, mientras buscaba a tientas encima del banco.

Cogió el cuchillo y la linterna con la misma mano y con la otra tanteó el chal y lo levantó con el perro envuelto en él. Salió de la oscura cocina de la forma más silenciosa que pudo y se encontró, de nuevo, en la cubierta de popa. Se dirigió al mismo punto donde había estado sentada unas horas antes, mientras sorbía vino en compañía de otros pasajeros y escuchaba las historias de piratas del capitán. Cuando se sentó con los pies debajo del trasero, el frío plástico del respaldo le heló las caderas.

Baby le lamía las mejillas mientras ella luchaba contra las lágrimas e intentaba no llorar. Lola odiaba llorar. Odiaba estar asustada y sentirse desvalida, pero las lágrimas le brotaron antes de que intentase detenerlas.

El perro no se había asustado. Había sido valiente y fiero pero, por primera vez desde que lo adoptó, ella deseó que hubiera sido un rottweiler. Un rottweiler grande y malo capaz de destrozar los brazos, o los huevos, de un hombre.

Lola se enjugó las lágrimas y pensó en la caja de bengalas que había encontrado en el camarote. Por desgracia, no tenía el valor suficiente para entrar en esa habitación y recuperarlas. No mientras Mad Max estuviese tumbado sobre la cama, al lado de ellas.

Dijo que era capitán de corbeta, pero ella no se lo creía. Podía habérselo inventado. Era mucho más probable que fuera uno de esos piratas modernos de quienes les había hablado Mel Thatch, el propietario del barco.

Lola desplegó el chal y se envolvió con él, con el perro en el regazo. Miró hacia arriba, a los restos chamuscados del puente ya las estrellas que punteaban el cielo y que en algunas zonas eran tan numerosas que parecía, que estuvieran apiladas unas encima de otras.

Apretó el cuchillo que él le había dado. Era estúpido que un criminal hubiera hecho eso, pero era evidente que no la consideraba un peligro. No creía que ella fuese capaz de utilizarlo contra él, y posiblemente tuviera razón. Una cosa era disparar a un hombre con una pistola de bengalas, o defenderse de él durante una pelea, y otra bien distinta rebanarle la garganta mientras dormía.

Lo más probable era que le hubiese dado ese cuchillo porque tenía claro que podía con ella, tal como había hecho toda la noche. Todavía sentía la presión de sus manos en sus muñecas y la solidez de su cuerpo contra su espalda. El hombre tenía los músculos duros y una fuerza bruta, y ella no era una contrincante para él. En el mismo momento en que él la había agarrado por las muñecas y apretado contra su pecho, ella supo que podía hacerle cualquier cosa y que no tenía modo de evitarlo.

Después de que la soltara por primera vez, Lola se había quedado en las sombras a la espera de que él fuera a buscarla y la hiciera pasar por la pesadilla de todas las mujeres. Temía que le arrancara la ropa, la inmovilizara y la violara. No había dudado ni por un instante que opondría resistencia y protegería a *Baby.*

No había llegado a donde estaba en la vida siendo pasiva. No era a base de sumisión a los hombres que había conseguido sobrevivir en un negocio que se alimentaba de los cuerpos de jovencitas ingenuas. Y no era para quedarse sentada que había abandonado ese negocio con la intención de empezar su propia empresa de venta por correo de ropa interior. Durante la mayor parte de su vida había luchado contra un demonio u otro, pero cuando Max la sujetó y la ató con tiras arrancadas de su propia falda, tuvo la certeza de que esta vez no sobreviviría, de que la violaría, la asesinaría y arrojaría su cuerpo y el del pobre *Baby* por la borda, tal y como había amenazado con hacer. Pero no lo había hecho. Todavía estaba viva. Se le escapó un sollozo y apretó sus temblorosos dedos contra la boca.

Apartó la vista de las estrellas y la bajó hasta el puente quemado. La primera vez que él la agarró, se dio cuenta de que para sobrevivir esa noche necesitaba un arma. Preferentemente una Mágnum 357, como la Milton de su abuelo. Tuvo que apañarse con una pistola de bengalas, yahora que todo había terminado, se preguntaba si habría sido capaz de dispararle, como Nicole Kidman disparaba a Billy Zane en la película *Calma total.*

Luego de que lo peor hubiese pasado, no podía evitar que las manos le temblaran y que un montón de imágenes pasaran por su mente. Retazos, de una cosa y fragmentos de otra. De cuando ella y *Baby* habían subido al yate para asistir al cóctel, de que quizás éste había sido más cóctel que aperitivo, de cuando se tumbó y de cuando se despertó y se encontró con ese loco en el puesto del capitán. La imagen de él delante de los mandos y de *Baby* ladrando furiosamente a sus pies. De cuando la ató con su propia falda. De cuando encontró la pistola de bengalas. Del susto de ver esa cara magullada.

Lola estiró los músculos y apretó a *Baby* contra su pecho. El vaso de vino todavía se encontraba donde lo había dejado antes, cuando se fue al camarote para descansar un poco. Se preguntó si los Thatch habrían descubierto que el yate había desaparecido. No lo creía porque, a pesar de que parecía que esa pesadilla hubiera durado muchas vidas, en esos momentos debía de ser la una de la madrugada. Los Thatch no volverían al puerto hasta una hora más tarde. Se preguntó cuánto

tardarían en darse cuenta de que ella también había desaparecido, cuánto tardaría todo el mundo en empezar a buscarla, cuánto tardaría su familia en enterarse.

Aunque en la empresa-Lola Wear, lnc.-no tuvieran noticias de ella, nadie le daría mucha importancia. Simplemente pensarían que se estaba tomando un descanso más largo de lo previsto. Al principio continuarían trabajando como siempre en el negocio que ella había iniciado hacía ya dos años. Posiblemente se apañarían sin ella, aunque ahora nada de eso importaba: sentía que tomaba dolorosa conciencia de su situación real.

No había forma de salir del barco. Por lo menos esa noche. Era posible que hubiese un bote salvavidas en alguna parte, pero no era tan estúpida e irreflexiva como para cambiar un yate de catorce metros de eslora por un cachivache de goma. Ni aun cuando en el yate estuviese ese loco. Se encontraba atrapada y no había absolutamente nada que pudiera hacer. No había forma de salir del yate. No había salida. Por primera vez en toda la noche se sintió totalmente desvalida.

Se encontraba a merced de las corrientes y de los piratas.

Lola despertó cuando sintió que el sol le calentaba la mejilla izquierda. Por un momento no supo dónde se encontraba, y casi se había caído del banco. Abrió los ojos al cegador sol del Caribe y se tumbó sobre la espalda. Desorientada, cerró los ojos de nuevo y entonces todo volvió a su memoria en un destello horripilante. El miedo y la vulnerabilidad en el estómago la obligaron a sentarse de repente. Miró la camisa que llevaba, que se le había enrollado alrededor de la cintura, y el chal, que le cubría una pierna y se desparramaba hasta el suelo de cubierta. Se levantó, se enrolló el chal rojo alrededor de las caderas y echó un vistazo a la puerta de la cocina, que se encontraba abierta.

La linterna todavía estaba encima del banco, pero el cuchillo había desaparecido. Buscó a *Baby* con la vista pero no lo encontró. Tampoco veía a Max, pero le oía.

-Mierda -se oyó desde el puente de mando.

Una mezcla de expresiones malsonantes en inglés y en español salpicaron el aire de la mañana. Lola no entendía el español, pero tampoco le hizo falta. La diatriba fue sustituida por una serie de golpes, como si él estuviera aporreando madera con un martillo.

Lola se levantó y fue a la cocina. La luz de la mañana entraba por las ventanas y vio que su bolso Louis Vuitton estaba tal y como lo había encontrado la noche anterior al entrar en busca de un arma: abierto y con el contenido desparramado sobre la mesa.

Los golpes continuaban y Lola levantó la vista hacia el techo. Aquel capullo no sólo la había raptado, sino que había rebuscado entre sus cosas. En el revoltijo encontró un imperdible y con él se sujetó el chal a la cadera izquierda. Se sacudió el pelo con las manos, cogió el cepillo del montón de cosas y lo guardó todo en el bolso de nuevo.

Mientras se cepillaba el pelo, se paseó por el salón hasta el camarote llamando con suavidad a *Baby.* La luz de fuera iluminaba retazos de la cama y de la alfombra azul. Lola miró en el baño, en la gran bañera con los mandos deslucidos. Buscó en el armario y encontró unas cuantas camisas de hombre estampadas con palmeras y flamencos al lado de bañadores con motivos tropicales, pero ni rastro del perro.

Volvió al salón y arrojó el cepillo sobre el sofá. Si *Baby* no se encontraba dentro, tenía que estar fuera; pero si tampoco estaba fuera... Sus pensamientos se interrumpieron a causa de un fuerte golpe por encima de su cabeza, y salió corriendo hacia la cubierta de popa. Si le hacía daño al perro lo mataría.

Subió las escaleras hasta el puente de mando de dos en dos y al llegar arriba lo que vio la hizo parar en seco. El tablero de mandos tenía peor aspecto a la luz del día todo estaba negro y derretido, y había un gran agujero en medio. *Baby* se encontraba sentado en medio del puente, tan quieto que parecía disecado, mirando fijamente al enemigo. Éste se encontraba sentado con la espalda apoyada en la regala, las piernas abiertas y los brazos sobre los muslos. En una mano tenía una llave inglesa.

El triste destino de *Baby Doll* era tener que enfrentarse, siempre y contra su voluntad, a perros más grandes que él. Fuera cual fuere el tamaño y la raza.

Era obvio que ahora había decidido enfrentarse a Max, y los dos machos se encontraban en un punto muerto del combate, ambos inmóviles. Ni siquiera los pelos negros y cortos de Max ni los pelos marrones de *Baby* se movían bajo la ligera brisa.

-Tu perro se ha cagado en la esquina -dijo Max, con la voz tan ronca como ella la recordaba.

Cuando Max volvió el rostro hacia ella, Lola lo miró con atención por primera vez. A la luz del día no tenía mejor aspecto que a la luz de la noche. Parte de la inflamación le había bajado, pero todavía estaba hinchado y con morados. Ahora resultaba sólo un poco menos aterrador.

-Estoy segura de que no ha podido evitarlo -contestó ella, decidida a no mostrar el miedo que sentía. Buscó con la mirada pero no encontró la caca de perro.

-Lo he limpiado. Pero a partir de ahora es trabajo tuyo.

Ella lo miró de nuevo y se dio cuenta de que tenía los ojos azules. El mismo color azul que tienen las olas del Caribe justo antes de llegar a la playa. Al lado de esa piel oscura y de ese pelo negro, por no hablar de los morados, resaltaban de forma asombrosa.

-No soporto a los perros estúpidos. Y el tuyo es el más estúpido que he visto en mi vida.

-Tú, un ladrón y un secuestrador, ¿cómo te atreves a llamar estúpido a un perrito?

-Ya te dije por la noche que he requisado el yate, y que esto no es un secuestro.

Lola se encogió de hombros.

-Eso dijiste, pero aquí estoy. Retenida contra mi voluntad en un barco que no te pertenece. No sé de dónde eres, pero creo que en la mayoría de países del mundo esto constituye un delito.

Max levantó el brazo y se apoyó en la regala para incorporarse. Cuando consiguió ponerse de pie, Lola dio un paso atrás.

-Si no hubieras pegado fuego al timón, ahora estarías en Florida, cómoda y a salvo, sin ninguna preocupación excepto la de qué pedir para desayunar. O te encontrarías camino de Washington, donde por lo menos un general te lamería el culo y se disculparía en nombre de Estados Unidos de América. En lugar de eso, te pusiste histérica y lo jodiste todo.

-¡Yo!

-Ahora estoy atrapado en el Triángulo de las Bermudas durante la estación de los huracanes en compañía de una modelo de lencería y de un perro enclenque.

Tal como lo decía, parecía que todo fuera culpa de ella. El enfado sustituyó al miedo, y Lola le apuntó con el índice.

-Eh, un momento. Nada de todo eso esculpa mia. Yo estaba durmiendo cuando tú reptaste hasta el barco y «nos requisaste» a *Baby* y a *mi.*,

-Más bien estabas inconsciente. Hice ruido como para despertar a, un muerto.

Max emitió un gemido y se sujetó el costado con la mano.

-No estaba inconsciente. Estaba muy cansada -se defendió, aunque en realidad no le importaba lo que él pensara.

-Y yo estoy al mando del yate, no de ti -dijo él-. Tú no tenías que encontrarte aqui. -Ella abrió la boca para replicar, pero él continuó-: Y tampoco estás secuestrada.

-Entonces, ¿qué hago aquí?

-En confianza, creo que estás aquí para fastidiarme.

Baby dio por concluida su actitud amenazadora y se acercó a Lola. Ella lo sostuvo entre sus brazos. Ni siquiera se preocupó de contestarle; en lugar de eso, dio media vuelta y lo dejó solo en el puente de mando. Tenía preocupaciones más importantes que discutir con un secuestrador desquiciado.

Debía de haber una forma de alertar aun barco de rescate, reflexionó mientras entraba en la cocina y rebuscaba por todas partes hasta encontrar una caja de barritas de cereales en uno de los armarios. Eligió una de miel, con nueces para ella, una de canela para *Baby* y se sentaron ala pequeña mesa. Habría matado a alguien por conseguir una taza de café, y eso le hizo acordarse del cuchillo en la funda de cuero. Seguro que él se lo había quitado mientras dormía. Quería recuperarlo. Mientras daba cuenta del desayuno, Max entró en la cocina llenando por completo el espacio con sus anchos hombros y sus malas vibraciones.

-¿Tienes mi cuchillo? -aprovechó para preguntarle Lola.

-Si. -Max destrozó la caja de barritas de cereales y contestó-: Lo recuperé.

-Lo necesito.

Max abrió una barrita de nueces y pasas con miel y miró a Lola.

-¿Por qué? -preguntó.

-Simplemente lo necesito -insistió ella.

-¿Es que vas a apuñalarme por la espalda cuando no me dé cuenta?

-No.

Max la miró con esos ojos azules mientras sacaba el cuchillo que llevaba a la espalda.

-Seguro que no -dijo, y dio un paso hacia ella.

Lola se apretó contra el respaldo y él depositó el cuchillo encima de la mesa.

-¿Puedes dejar de hacer eso?

-¿A qué te refieres?

-A pegar saltos como si estuviera a punto de atacarte.

-No la hago -repuso Lola, pero sabía que lo hacía. Él le daba miedo, no había ninguna duda de ello. Calculó que debía de medir, por lo menos, un metro noventa. Con la cabeza casi tocaba el techo, y sabía por experiencia que tenía músculos fuertes.

-Si quisiera hacerte daño -dijo Max- , ya lo habría hecho.

Lola no dijo una palabra. Solamente agarró el cuchillo y se lo puso en el regazo.

-Y si de verdad quisiera hacerte daño, ese cuchillo no me lo impediría.

Ella le creyó, pero por si acaso no lo soltó.

-¿Te hice daño, ayer por la noche?

Se trataba de una pregunta retórica, pero aun así ella contestó:

-Sí.

Max mordió la barrita de cereales y preguntó:

-¿Dónde?

Lola le enseñó las muñecas, mostrándole las ligeras marcas moradas que habían dejado sus dedos en la piel. Él se inclinó para observarlas mejor y Lola aguantó la respiración, preparándose por la que él pudiera hacer. De momento se mostraba amistoso, pero no confiaba en su humor.

-Bah, esas marcas son tan pequeñas que no cuentan. -Se incorporó de nuevo y se introdujo el resto de la barrita en la boca. La miró mientras masticaba, con expresión seria, y se encogió de hombros-. Eres demasiado blanda.

-¿Estás echándome la culpa de nuevo?

En lugar de contestar, Max sacó otra barrita de la caja.

-No hace falta que agarres el cuchillo con tanta fuerza. No voy a violarte.

¿Un criminal con escrúpulos? Lola no se sintió más segura y siguió agarrando el cuchillo con fuerza.

-Nunca he obligado a una mujer a estar conmigo -agregó él.

Ella no hizo ningún comentario, pero enarcó una ceja, como expresando sus dudas.

Max rompió un trozo de barrita y se lo echó a *Baby,* que lo pilló al vuelo.

-Nunca lo he necesitado -continuó-. Puedes desnudarte y andar en pelotas, que el viejo Max no sentirá nada en absoluto.

-Muy amable.

Baby se puso a masticar el trozo de barrita de cereales.

-Soy un chico encantador. -Max consiguió esbozar una sonrisa y echó un vistazo en dirección al salón.

Exacto. Y las medidas de ella eran 90-60-90.

-¿Funciona la radio? -preguntó Lola.

Por toda respuesta él rió en silencio y replicó con otra pregunta:

-¿Es tuyo este yate?

-No.

-¿De tu novio?

-No.

-¿Por qué no me dices quién me ha facilitado el yate? -insistió Max.

-¿Por qué tendría que decirte nada? .

Él cruzó los brazos sobre su enorme pecho y se apoyó en el canto de la mesa de cocina.

-Cuando sepa de quién son los papeles de propiedad, podré decirte con bastante exactitud cuánto tardarás en ser rescatada.

-Mel Thatch -contestó Lola sin dudarlo-. Es el propietario de Dolphin Cay, la isla donde he pasado las vacaciones.

Max la observó con detenimiento.

-Nunca oí hablar de él. ¿Es algún famoso?

-No.

-¿Quién te espera en Dolphin Cay? ¿Un Kennedy, un Rockefeller, un apergaminado y viejo millonario?

Lola nunca había salido con un apergaminado y viejo millonario.

-No. No estoy saliendo con nadie en este momento.

Ahora fue Max quien enarcó una ceja, escéptico.

-¿Estás de vacaciones sola?

-No. Estoy con *Baby.* Por cierto, ¿cuándo van a encontrarnos?

-Es difícil de saber. Estoy seguro de que a estas alturas ya se ha comunicado el robo del barco, pero el problema es que se roban yates continuamente, o se hunden para cobrar el seguro. La guardia costera rastreará, pero nadie se tomará excesivas molestias. Excepto el propietario, por supuesto. Aunque seguro que ya habrá llamado a su compañía de seguros. Y posiblemente no se sentirá del todo mal cuando sepa que le pagarán una cantidad superior a lo que vale el barco, sobre todo teniendo en cuenta el estado en que se encuentra.

Lola le clavó los ojos:

-¿Cuándo?

-No lo sé. -Max se encogió de hombros.

-Me dijiste que lo sabrías.

-Si tu tuvieras saliendo con un congresista o con alguien que tuviera contactos, la búsqueda se intensificaría y las probabilidades de un rápido rescate serían mayores. Pero estoy seguro de que están intentando averiguar tu relación con todo esto, si estás retenida contra tu voluntad o no. Y puedo decirte que nadie apostará por la primera posibilidad sólo porque eres una famosa modelo de ropa interior. -Max mordió otro trozo de barrita y lo masticó despacio.

Lola ya no era una famosa modelo de ropa interior, pero no se molestó en decírselo. Además, nadie en sus cabales creería que ella había robado el yate.

-¿Y tú qué? ¿No hay nadie que esté buscándote? ¿Una esposa? ¿Una familia?

-No -fue todo lo que dijo Max al salir de la cocina con la caja de barritas de cereales bajo el brazo.

Era obvio que no quería que ella supiera nada de él, y a Lola le daba igual. En realidad, no quería saber nada más de él de lo que ya sabía. Era un ladrón y existía alguien que le odiaba lo suficiente como para romperle la cara. Con esa información le bastaba. Tenía preocupaciones más importantes. Principalmente, la de encontrar la manera de volver a casa

Se levantó de la mesa y se colocó el cuchillo con la funda debajo de sus braguitas. El elástico lo mantenía sujeto. Del bolso sacó las gafas de sol de cristales azules y una goma para el pelo. Luego buscó unos prismáticos, que halló en un armario del salón. En la caja de emergencia que había encontrado la noche anterior había un espejo, una bandera de color naranja y un silbato. Por supuesto, las bengalas todavía estaban ahí, pero ahora ya no tenían ninguna utilidad. Con esas tres cosas, Lola se fue a cubierta. Max había levantado la escotilla de la sala de máquinas, pero Lola casi no le dirigió la mirada al pasar por su lado en dirección a la proa. *Baby* se afanaba tras ella.

Años atrás, y como parte de su tratamiento contra la bulimia, había tenido que aprender que no siempre podía controlarlo todo. También había aprendido a diferenciar entre controlar ese desequilibrio y dejar que el desequilibrio la controlara a ella. Le tomó mucho tiempo empezar a reconocer la diferencia, pero había aprendido la lección y la aplicaba en todos los aspectos de su vida.

Lola no podía controlar las corrientes ni la dirección del viento, pero no estaba dispuesta a sentarse y esperar a que la rescataran. Tenía una vida que vivir. Una vida que amaba y que había conseguido a base de esfuerzo. Tenía un negocio que dirigir y un detective privado esperando a ser contratado. No estaba dispuesta a quedarse sentada y apoyarse en «el bueno de Max».

Una suave brisa acarició las mejillas de Max cuando sacó la cabeza de la sala de máquinas para echar un vistazo hacia proa. Se inclinó hacia la izquierda y vio que ella todavía estaba allí, sentada en la punta de proa con las piernas colgando fuera de la borda, el espejo de señalización a su lado e intentando avistar con unos prismáticos a un barco de rescate. Aunque no tenía ninguna forma de saber qué hora era, Max calculó que debía de llevar allí unas tres horas. Podría haberle dicho que utilizar un espejo para hacer señales en el océano era inútil y una absoluta pérdida de tiempo y energía, pero no lo hizo.

En primer lugar, si alguien estaba buscándolos, no tenía ni idea de por dónde empezar. En segundo lugar, el espejo resultaba útil en el desierto, no en el océano. Y en tercer lugar, la mayoría de los supervivientes decía haber visto entre siete y veinte barcos antes de que alguien acabara por rescatarlos. Si había alguna embarcación por los alrededores, pensarían que el destello del espejo procedía del reflejo del sol sobre el agua. Pero no se molestó en decirle nada, porque prefería que se quedara allí, en el extremo opuesto del yate. Lejos de él. Ocupada en algo inútil y nada peligroso.

Era improbable que los rescatasen ese día. Y posiblemente tampoco al día siguiente. Lo cual a Max le convenía. Necesitaba tiempo para que las heridas se le curaran, y lo último que quería era una señal que delatase su presencia a cualquier señor de las drogas que se encontrara por la zona.

Sintió el calor del sol sobre los hombros y se quitó la camiseta negra. La humedad era tan densa que se cortaba con la mano, y utilizó la camiseta para secarse el cuello y el pecho. Luego la tiró al suelo de cubierta.

Había pasado la noche despierto, imaginando cualquier posible situación. Al salir el sol se levantó y comprobó que los miedos nocturnos se habían cumplido: estaban parados en medio de las aguas. : Encontró los interruptores de los circuitos que habían saltado a causa del fuego y consiguió conectarlos. Mientras durara el gasóleo, los motores y generadores funcionarían y proporcionarían luz a todo el barco. Pero aunque los motores funcionaran, si no encontraba la forma de navegar y controlar la velocidad y la dirección del yate, resultaban del todo inútiles excepto para generar electricidad. Los depósitos de agua estaban medio llenos y Max pensó que si racionaban el agua y el gasóleo tenían para unos treinta días. A partir de ese momento, las cosas se complicarían de verdad. Tanto el sistema de comunicación como el de navegación estaban destruidos por completo y no había modo de repararlos. Por la mañana había echado un vistazo y se había dado cuenta de que no podía hacer nada para que volvieran a funcionar.

La corriente les empujaba hacia el noroeste a una velocidad de unos dos nudos y medio, o tres millas por hora en el mejor de los casos, según estimó Max. Si seguían a esa velocidad y en esa dirección, se acercarían lo suficiente a alguna de las islas Bimini para que los viesen los pescadores deportivos. Si todo iba bien, en pocos días unos simpáticos pescadores los avistarían y los llevarían al puerto más cercano.

A no ser, por supuesto, que el viento les condujera hacia el sur, en cuyo caso era posible que acabasen en aguas cubanas. Max miró al cielo despejado y a las escasas nubes. Hacía tiempo que no disfrutaba de un buen Cohiba.

En realidad, no temía morir en medio del mar. Descartando una tormenta o un accidente- lo cual, dado lo ocurrido la noche anterior, no era una posibilidad tan lejana- cualquier barco que flotase acababa llegando a tierra o encontrando a otro barco. La única pregunta era cuánto tardaría en producirse eso.

Al levantarse, registró todos los armarios, compartimentos, cajones y vitrinas. Encontró un equipo de pesca, comida enlatada, ropas, una máquina de afeitar y una caja de condones (extra finos). Lo que no encontró fue otra radio de más ni un equipo de retransmisión. Tampoco había armas a bordo, la cual le ponía en una situación de vulnerabilidad y reforzó su creencia de que lo mejor que podía hacer en ese momento era descansar.

Mientras la señorita Carlyle roncaba en la cubierta de popa, con una pierna desnuda desde la cadera al dedo gordo del pie, él se entretuvo en buscar el radiofaro de emergencia. Lo encontró en un lado del barco, en el lugar que le correspondía, pero cuando lo abrió descubrió que las pilas no sólo eran viejas sino que estaban corroídas, lo cual inutilizaba el equipo por completo.

Buscó en la caja de supervivencia pilas de recambio, pero las que encontró eran las mismas que había en el momento de comprar el kit, en 1989. Por supuesto, tampoco podía contarse con ellas.

No le había mentido a Lola al afirmar que no sabía si alguien lo buscaba. A esas alturas el Pentágono ya debía de saber que estaba ilocalizable, y también que un yate había desaparecido del puerto de Nassau. Pero la posibilidad de que relacionaran ambos hechos era sólo una conjetura por su parte. Además, en caso de que imaginaran que era él quien dirigía el barco, lo más probable era que esperasen a que regresara, en lugar de salir a buscarlo. Al menos por el momento. Pero André Cosella era otro tema, Él sí estaría al acecho. El tipo no sabría por dónde empezar a buscar, pero seguro que lo buscaría. Ése era el problema con los señores de la droga: si uno les mataba aun hijo se disgustaban mucho. Si André encontraba a Max, las cosas se pondrían realmente serias; y más valía que Lola no supiese nada sobre eso. Dormiría mejor por la noche si su mayor preocupación seguía siendo cómo utilizar el espejo de señales.

Un repiqueteo de uñas sobre fibra de vidrio procedente de estribor captó su atención. Ese molesto perro venía hacia él, seguramente con la intención de rematar el duelo de miradas. Se acercó a la escotilla de la sala de máquinas y se sentó. Ambos tenían ahora los ojos al mismo nivel. Max se preguntó si, lanzando un palo, podría hacer saltar a esa rata en miniatura por la borda. Plaf: Adiós.

Baby Doll Carlyle volvió a adoptar la postura de disecado, decidido a librar otro combate. El perro había ganado el primero, y Max se dijo que era sólo por aburrimiento que consentía en volver a mirar fijamente al chucho.

Unos diez minutos más tarde, el perro levantó una ceja y Max creyó que empezaba a vencerlo.

-Te cagas encima, ¿eh, chico? -Max utilizó su mejor tono de instructor de las Fuerzas Especiales de la Marina.

-Encantador.

Max elevó la vista más allá de los pies, las pantorrillas, el chal rojo, los botones de la blusa blanca, los pechos y el cuello, y miró a Lola. Un azul cielo caribeño a juego con las gafas de sol de color azul, le enmarcaba la cabeza. El maquillaje que llevaba la noche anterior había desaparecido, y tenía color en las mejillas a causa del sol y el calor. Llevaba el pelo recogido en una coleta alta, y unos pocos mechones le caían por el cuello y se le pegaban en la piel por el calor.

Estaba absolutamente impresionante y, por el rictus de las comisuras de la boca, Max dedujo que lo consideraba un absoluto idiota. Lo cual representaba una excelente mejora con respecto a esa mañana, cuando lo había mirado como si fuera un violador.

-Ya te dije que soy un chico encantador.

-También lo era Ted Bundy.

Era obvio que no estaba equivocado en cuanto a la opinión que Lola tenía de él. No le importaba, pero la manera que tenía de sobresaltarse cuando él simplemente la miraba, o el modo en que se hundía en su asiento con los ojos abiertos de par en par a la espera de que saltara sobre ella, lo sacaba e quicio.

-El generador y los motores funcionan -le informó Max. Salió de la sala de máquinas, sin hacer caso del dolor que sentía en el costado, y cerró la escotilla-. Tenemos que ahorrar combustible, así que sólo los encenderé por la noche un par de horas, y durante el día en caso de que necesites el váter.

Ella no pronunció palabra, y él la miró. Lola estaba observando el vendaje que llevaba en el tórax y los morados que tenía alrededor del mismo.

-Alguien te ha dado una buena paliza. ¿Qué pasó, te pillaron en medio de una violación o un saqueo?

-No fue nada tan divertido. Sencillamente apuré demasiado la bienvenida. -Ella levantó la vista hacia la suya y él añadió-: Una cuestión de tiempos y de mala suerte.

-Sé a qué te refieres -contestó Lola; él estaba seguro de que lo entendía-. ¿Dónde estabas para resultar tan inoportuno?

Max miró aquellos ojos provocadores a través del cristal de las gafas de sol. El color que tenían le recordaba el de un buen whisky Macallan: suave, ligeramente ahumado y muy caro. Para disfrutar lentamente, y tan añejo que templaba todo el cuerpo.

Ella también tenía la madurez suficiente para saber en qué se había metido, así que, al mirarla a los ojos, Max cambió de opinión respecto a no mantenerla informada. Decidió contárselo; no todo, pero lo suficiente.

-¿Has oído hablar alguna vez de André Cosella?

-No.

-Es el jefe del cártel de los Cosella y se dedica a pasar cocaína a Estados Unidos a través de las Bahamas.

-¿Eres miembro de un cártel?

Max la miró con atención y se dio cuenta de que hablaba absolutamente en serio.

-Joder, no.

-¿Esos traficantes están buscándote?

-Es muy probable.

Ella cruzó los brazos por debajo de los pechos y ladeó la cabeza.

-¿Por qué?

Max decidió ofrecerle la versión abreviada:

-Porque me pillaron en su guarida sin una invitación.

-¿Y?

-Y no supieron apreciar mi compañía.

-Estoy segura de que ya estás acostumbrado a eso.

Lola se pasó la lengua por los labios, lo cual provocó que Max se fijara en ellos.

-Pero debe de haber algo más.

El sol brilló en la humedad de su labio inferior durante unos segundos. Max se preguntó qué sabor tendría, si sería tan sexy y suave como su apariencia. Se obligó a levantar la vista y a apartar cualquier pensamiento de besar a Lola Carlyle.

-El hijo mayor de André Cosella ha sido asesinado.

Ella bajó los brazos y Max esperó a que le preguntase si había sido él quien lo había asesinado.

-¿Hay agua fresca?

Sin duda, Lola era inteligente y comprendía la situación sin necesidad de que se lo contara.

O eso o era tan tonta que no lo pillaba.

-He llenado una botella y la he metido en la nevera -contestó Max-. Todavía debe de estar fresca.

Lola dio media vuelta para irse, pero se detuvo de repente y giró la cabeza para mirarlo con esos enormes ojos pardos que atravesaban el azul de las gafas de sol.

-Supongo que no hay agua suficiente para ducharse.

-No. Tendrás que bañarte en el mar.

Max oyó el suspiro de resignación y observó el balanceo de las caderas que se dirigían hacia la cocina y dejaban caer las puntas del chal sobre las pantorrillas.

Era exactamente igual a lo que se veía en las revistas y los anuncios de televisión: sexo húmedo y caliente desde la punta de los cabellos rubios hasta la punta de las uñas de los pies. Mientras ese estúpido perro se iba tras ella, Max se preguntó si Lola sería tan valiente como para desnudarse delante de él y saltar al mar. Era lo mínimo que podía hacer, después de haber incendiado el yate y haberlo dejado a la deriva en medio del océano.

Max se sentó con cuidado en el banco donde Lola había pasado la noche. Respiró todo lo hondo que pudo y aguantó la respiración mientras se desataba las botas. La noche pasada había pensado en la posibilidad de que existiera un plan secreto del Gobierno para deshacerse de él. Ahora que había pensado mucho en ello, no creía qué fuera así. En toda misión existían por lo menos doce cosas que podían ir mal en cualquier momento. Era la ley de Murphy, y la noche anterior había estado dedicada por completo a la ley de Murphy.

Ya se dio cuenta de ello cuando el vuelo a Nassau se retrasó una hora y le hizo perder el contacto que tenía con la agencia local de la DEA. No le importó, porque guardaba información de última hora en la memoria.

Pero desde el instante mismo en que había puesto los pies en Nassau, la misión había sido un infierno. Debería haberse retirado en ese momento, pero no pudo. Él era Max Zamora, y lo que le hacía tan bueno en su trabajo era lo mismo que había estado apunto de costarle la vida. Odiaba el fracaso. Sólo había fracasado una vez en su vida, y se lo había tomado de forma personal.

Ese odio al fracaso era lo que lo convertía en un perfecto miembro operativo del Gobierno. Además del hecho de que no tenía familia. Cuando no se encontraba en una misión secreta, llevaba una vida bastante normal.

El capitán de corbeta Maximilian Javier Gunner Zamora estaba oficialmente retirado de la Marina de los Estados Unidos. Había sido miembro de la sexta unidad de las Fuerzas Especiales de la Marina, y cuando se desmanteló ésta a mediados de los noventa fue reclutado por el Grupo Naval de Desarrollo de Técnicas de Guerra Especiales.

En la actualidad trabajaba por su cuenta como consejero en temas de seguridad. La empresa de Max, Z Security, era absolutamente legal y le suministraba bastante trabajo cuando no se encontraba en alguna misión. La levantó de la nada y empleaba a miembros retirados de las Fuerzas Especiales de la Marina. Max y sus hombres enseñaban a las grandes corporaciones a protegerse de tipos como ellos. Tipos que encontraban la forma, de penetrar en cualquier tipo de guarida.

Se quitó el vendaje y, aguantando la respiración, se palpó entre la sexta y la séptima costillas. El dolor era una buena señal, se dijo, pues lo obligaba a tomar conciencia de que estaba vivo. Ese día estaba especialmente vivo, pero había vivido situaciones peores. Por ejemplo, se acordó de una ocasión en que se encontraba colgado de una torre de perforación del mar del Norte cubierta de hielo mientras le disparaban. Para él, ésa era ahora su imagen del infierno, y cuando le llegara el momento de la muerte se acordaría de que en ese entonces había tenido su parte de eternidad. En comparación, encontrarse abordo de un yate averiado de catorce metros de eslora, con unas cuantas costillas rotas yen compañía de una fastidiosa modelo de ropa interior y su fastidioso perro no significaba nada. En realidad, unas pequeñas vacaciones en el Caribe era justo lo que necesitaba.

3

Vestida solamente con el sujetador realzador de senos, el Cleavage Clicker, patentado por ella misma, Lola asomó la cabeza a la puerta del baño y miró alrededor. Dirigió la vista desde la puerta cerrada del camarote hasta el vestido azul que se encontraba encima de la cama del camarote. Se había olvidado de llevarse el vestido al baño. Echó un vistazo al ojo de buey y, al no ver ningún par de ojos azules que le devolvieran la mirada, corrió a un lado de la cama y rápidamente pasó los brazos por las mangas del vestido. Era una pesadilla de vestido, estampado con manojos de cerezas, plátanos amarillos y uvas verdes. Parecía que alguien lo hubiera manchado en un puesto de frutas, o con ensalada de ambrosía, ese mejunje que su abuela llevaba a las familias que tenían algún ser querido que acababa de «pasar a mejor vida».

Se abrochó el vestido por encima del sujetador rosa. El Cleavage Clicker era uno de sus primeros diseños y en su momento había supuesto una revolución en comodidad y sujeción. Las ventas del primer año habían superado las previsiones en un veintiséis por ciento y todavía era su mayor fuente de ganancias. Estaba confeccionado con suave raso festoneado y bordado con encajes, y no sólo era cómodo sino que ofrecía tres posibilidades de realzar los pechos. Por supuesto, tan pronto como apareció en el primer catálogo, lo imitaron por todo el mundo.

Sin embargo, en esos momentos realzar el escote era lo último que quería, pero con ese vestido tan ajustado al pecho difícilmente podía evitarlo. Cuando terminó de abrocharse, sacó del bolso el cepillo para el pelo. Se lo desenredó con cuidado y se hizo una trenza. Lo tenía áspero a causa de la

sal marina. Habría dado cualquier cosa por tomar un baño, un auténtico baño con agua y jabón, pero no se atrevía. No con el «bueno de Max» a bordo.

Se había lavado los dientes y parte del cuerpo con el agua de la botella. También había lavado las braguitas rosas y las había tendido en la barra de la ducha. Pensó que si no levantaba los brazos, nadie se daría cuenta de que no las llevaba. «Nadie» significaba «Max».

Además de ladrón, ese tipo podía ser también un asesino. Se preguntaba por qué no se sentía aterrorizada por ello. Quizá porque, aparte de atarla y magullarle las muñecas, no le había hecho ningún daño. Y pensó que si no la había matado después de que ella lo amenazara con la pistola de bengalas y prendiese fuego al cuadro de mandos, a estas alturas ya no lo haría.

A pesar de todo, le tenía un poco de miedo. Incluso con la cara llena de heridas y el cuerpo destrozado, Max era más fuerte que ella. Se sentía un poco más segura con el cuchillo de pescado. Pero, más importante que el miedo que tenía, era la rabia y la impotencia que le iban creciendo por dentro. Ahora que lo pensaba, «rabia» era una palabra demasiado suave para definir lo que sentía respecto a él y a la situación en que él la había metido. No importaba que, probablemente, él no hubiera tenido la menor intención de mezclarla en sus problemas. De cualquier forma, lo había hecho y ahora ella se encontraba allí frente a la posibilidad real de que ella y *Baby* murieran en medio del Atlántico. La conversación que había mantenido con él por la mañana había sumado a la preocupación de morir de hambre o deshidratación la de perecer a manos de esos señores de la droga que habían apaleado a Max.

En esos momentos se preguntaba si utilizar el espejo de señales serviría para salvar la vida o para sufrir un destino peor que el de morir de hambre. Aun así, fuera como fuese, tenía que intentarlo. No cabía duda de que los Thatch habrían denunciado la desaparición del barco, y seguro que alguien se habría dado cuenta de que ella también había desaparecido. Debían de estar buscándola en esos momentos.

Por lo tanto, debía arriesgarse y atraer a alguien, ya fuera un señor de la droga o un guardacostas. Haría señales hasta que alguien la sacara de ese maldito yate.

Lola registró el camarote en busca de crema de protección solar y la encontró en el baño. Se embadurnó por todo el cuerpo, y se aplicó una doble capa en el cuello y la cara. Luego buscó unas sandalias, ya que la noche anterior, en algún momento, había perdido las suyas. Sólo encontró un par de zapatillas de lona que decidió no ponerse.

Con la cabeza ladeada, estudió su imagen en el espejo de las puertas del baño. Además de ser horroroso, ese vestido debía de pertenecer a Dora Thatch, una mujer doce centímetros más baja que ella y que pesaba trece kilos más.

Le venía grande a la altura de las caderas, aunque le apretaba el busto.

Los botones se le abrían por delante del pecho, y la falda le llegaba a medio muslo, incluso con los brazos bajados. Pero lo más inquietante era el manojo de fresas estratégicamente estampadas sobre la entrepierna, como una gran hoja de parra.

De repente, oyó que, fuera, *Baby* se ponía a ladrar histéricamente y el corazón le dio un vuelco. Cogió los prismáticos y el espejo y salió del camarote.

No fue hasta que llegó a la cubierta de popa, ante el interminable océano azul, que se dio cuenta de que había corrido con la esperanza de ver a la guardia costera aproximarse a toda velocidad. Esa esperanza se le marchitó en el pecho y le cayó al fondo del estómago.

Baby, a popa, tenía la mirada clavada en la plataforma de baño. Soltaba ladridos tan fuertes que lo levantaban del suelo. Lola se acercó al banco y miró hacia abajo. Ante ella se abría una magnífica vista de Max totalmente desnudo. Era obvio que no tenía ningún pudor ni el menor reparo en bañarse delante de ella.

Max lanzó un cubo atado a un cabo al mar, lo sacó y se echó el contenido por encima de la cabeza. El agua le corrió por el cabello negro y le salpicó los anchos hombros, se deslizó por encima de los bien definidos músculos dorsales y por la columna. Las gotas le resbalaron por las nalgas y por la parte trasera de los muslos hasta los pies. Max sacudió la cabeza, rociando agua en todas direcciones.

Lola dio media vuelta, sintiéndose un poco culpable de haber mirado. Sólo Dios sabía cómo se ganaba la vida ese tipo y qué pecados había cometido, pero era innegable que tenía un cuerpo de los que aparecían en las revistas de deportes, o en los calendarios de desnudos.

Incluso con la cara llena de moratones y con su evidente propensión al crimen, era el tipo de hombre que lograba que las mujeres sacaran pecho e hicieran caso omiso de los signos de peligro, como unos nudillos peludos o unos tatuajes carcelarios.

Lola, que no era tonta ni débil, tampoco se sentía atraída por hombres que la retenían contra su voluntad y amenazaban a su perro. Echó un último vistazo por encima del hombro a tiempo de ver a Max enjabonándose los sobacos. No tenía ningún tatuaje, pero Lola no podía menos que admitir que tenía un culo estupendo. Para ser un criminal.

Se sentó en el banco y dirigió su atención a los restos quemados del puente de mando. Durante la conversación que habían mantenido antes, Lola no había podido evitar fijarse en la firmeza de su pecho y sus brazos. Era difícil no apreciar esos músculos a pesar de que estuvieran cubiertos de moratones y de un corto vello negro. Lola había trabajado muchos años con modelos masculinos, y sabia que un cuerpo como ése sólo se conseguía con mucho trabajo y dedicación.

Cuando se quedó ronco de tanto ladrar, *Baby* tiró la toalla y saltó al regazo de Lola. Ella le ajustó el collar y lo acarició. ¡Había sido tan buen chico durante toda aquella pesadilla! Cuando los rescataran, lo llevaría a su lugar favorito, el balneario canino, para que lo mimaran y lo hicieran sentir como un gran danés. Cuando llegaran a casa, ella también se mimaría. Una mascarilla corporal de hierbas y un buen masaje muscular le vendrían de perlas.

Con los prismáticos y el espejo en una mano, y con el perro en la otra, subió las escaleras hasta él puente de mando en busca de sus sandalias. Encontró una en el rincón y la mitad de la otra al lado del cuadro de mandos, pero el talón estaba roto, y la punta quemada. Las dejó donde estaban y se llevó los gemelos a los ojos.

No vio más que el cielo azul y el agua azul. Estuvo tanto tiempo mirando por los prismáticos que *Baby* la dejó. Se enjugó con la mano el sudor que le bajaba por las sienes y por el cuello. Odiaba la sensación de sudar, y además sospechaba que debía de oler mal. Ni una cosa ni otra mejoraban su humor mientras escrutaba el infinito en busca de un indicio de tierra o de una embarcación. No veía nada, y al cabo de un rato no sabía dónde terminaba el cielo y dónde empezaba el océano. Lola era una mujer de acción y no estaba acostumbrada a quedarse quieta mirando el horizonte a la espera de que sucediera algo. A pesar de ello, no le quedaba otra alternativa. Se sentía inquieta, nerviosa, pero no tenía nada más que hacer, así que se quedó en el puente con sus prismáticos y su espejo.

No hacía ni veinticuatro horas que la habían secuestrado. Debía tener paciencia y fe. El problema era que Lola no era una persona muy paciente y sólo tenía fe en sus propios recursos. Por supuesto, hubo momentos en su vida en que le habría gustado contar con un hombro en que apoyarse, momentos en que habría sido maravilloso poder descargar sus problemas sobre las espaldas de un hombre capaz de ocuparse de todo. Pero Lola no había encontrado a ese hombre y, en cualquier caso, seguramente no se habría dejado cuidar por él.

Lola no sabía cuánto tiempo llevaba en el puente, pero cuando el cuerpo empezó a dolerle y el estómago a quejarse, abandonó su puesto.

Encontró a Max en la cubierta de popa, sentado, con una caña de pescar sujeta al brazo de la silla y una cerveza en la mano. Parecía un hombre relajado, cuya ocupación más importante fuese dar cuenta de su cerveza. Su camiseta y sus tejanos estaban tendidos en la parte trasera del barco junto a unos calzoncillos largos de algodón, de un color gris marengo. Lola no quería fijarse en qué llevaba puesto, o qué no llevaba puesto, pues temía ver algo más que una caña de pescar. A pesar de eso, se fijó.

Llevaba unos pantalones cortos de nailon de cintura elástica ceñidos justo por debajo del ombligo. Se había vuelto a colocar el vendaje alrededor de las costillas y del amplio pecho. Extrajo un trozo de salmón ahumado de la lata que sostenía sobre el muslo, lo colocó encima de una galletita salada y se lo llevó a la boca. Luego metió los dedos en la lata y sacó un pequeño trozo de pescado para dárselo al perrito, que estaba sentado al lado de su pie izquierdo.

Baby abrió las fauces y la engulló sin masticar. Si Max creía que podía ganarse el corazón del perro a través del estómago, estaba en lo cierto, aunque sólo hasta cierto punto. *Baby* era esclavo de su apetito por los bocados prohibidos pero, por encima de eso, era prisionero de su complejo de Napoleón. Unos trocitos de salmón ahumado no lo desviarían de su misión de derrotar a los perros mayores que él.

-Creía que odiabas a mi perro.

Max se llevó la cerveza a los labios y bebió un largo trago.

-Así es -contestó, sin mirarla-. Sólo lo estoy cebando un poco por si más adelante necesito comérmelo.

Lola no supo si *lo* decía en broma.

-Vamos, *Baby.* -y con un gesto, indicó al perro que la siguiera al interior del barco, pero *Baby* se negó a obedecer y prefirió quedarse con el hombre que estaba alimentándolo.

Sintiéndose ligeramente traicionada, Lola fue a comprobar si sus bragas se habían secado. Estaban sólo un poco húmedas en la zona del elástico, de modo que se las puso. Escudriñó la cocina en busca de algo para comer porque, aunque no tenía reloj, supuso que era la hora de la comida. En la nevera encontró un poco de queso Brie, así como un plátano y unas cuantas uvas. Ya que *Baby* había optado por quedarse en cubierta, Lola tenía que salir también y asegurarse de que no comiese demasiado salmón y se pusiera enfermo.

Se sentó entre los pantalones húmedos y la camiseta de Max. Necesitaba un cuchillo para cortar el Brie y, de repente, como si Max le hubiese leído el pensamiento, le alargó el cuchillo de pescado metido en la funda.

-Te dejas esto por todos lados -le dijo.

Lola abrió la boca para darle las gracias, pero se contuvo. No necesitaría un cuchillo para nada si no fuera por él. Cortó un trozo de queso y se lo comió acompañado de dos uvas. Max le acercó una caja de galletas y Lola eligió unas de centeno.

-Por favor, no le des más pescado a *Baby.* Se va a poner enfermo.

Max no contestó, pero se comió el resto de salmón él solo. No le ofreció ni una loncha a Lola, lo cual le pareció bastante desconsiderado, aunque ella no esperaba la más mínima muestra de cortesía por parte de Max. Peló el plátano y dirigió la vista al océano, para mirar a cualquier parte excepto a él. Detestaba tener que reconocerlo, pero ese hombre la ponía nerviosa, con su cara magullada y sus poderosos músculos. Mientras daba un mordisco al plátano, se fijó en su cepillo de dientes, que sobresalía de un soporte para la caña de pescar, a popa.

-¿Qué hace mi cepillo de dientes ahí?

-Lo he utilizado.

Entonces ella lo miró directamente ala cara magullada, a los ojos azules. Tragó el bocado de plátano.

-¿Para qué? -le preguntó.

-Para lavarme los dientes.

-Dime que es una broma.

-No.

-¿Has robado mi cepillo de dientes?

Max negó con la cabeza.

-Lo he requisado.

-¡Qué asco!

-Lo he empapado en ron para matar los gérmenes.

-¿Qué gérmenes? -Lola, boquiabierta, se quedó mirándole, observando la ligera hinchazón bajo el ojo izquierdo, el pómulo ennegrecido y la venda fría sobre la frente-. Eso es absolutamente asqueroso... y... y... -Mientras tartamudeaba, se levantó, con el cuchillo en una mano y el plátano en la otra. El queso cayó al suelo y *Baby* se abalanzó sobre él. Lola no le hizo caso-. ¡Y vomitivo!

Max dirigió la mirada al cuchillo que ella empuñaba.

-Bueno, tampoco me he cepillado el culo con él.

-¡Como si lo hubieses hecho!

-¿Por qué te pones así? -Él también se levantó y señaló el cepillo con la botella-: Lo coloqué ahí para que se esterilizara con el sol.

Lola no podía creer que hablara en serio.

-Me raptas, me retienes en medio del Atlántico, utilizas mi cepillo de dientes ¡Y me preguntas por qué me pongo así! ¿Qué te pasa? ¿ Te comías la pintura de las paredes cuando eras niño o qué?

Max no contestó a esa pregunta.

-Date un respiro -le aconsejó-. No te he raptado, y fuiste tú quien nos dejó inmovilizados en alta mar.

Pero Lola no estaba de humor para asumir ningún tipo de culpa.

-¿Qué harás ahora? ¿Me robarás la ropa interior?

Max paseó la mirada por la parte delantera del vestido, por encima de sus pechos y por el abdomen. Tomó un trago de la cerveza mientras contemplaba las cerezas estampadas en la zona de la entrepierna.

-No lo sé - dijo, despacio-. ¿La tienes todavía tendida en el baño, o voy a tener que arrancártela?

-No, ya no está tendida en el baño -le informó Lola, apretando los labios.

Max la miró a la cara y sonrió, enseñando los dientes blancos; bien alineados y recién cepillados.

-Bueno, puedes quedarte con ella. El rosa no es mi color favorito.

Ahora, al darse cuenta de que él posiblemente había tocado su ropa interior, Lola encontró la respuesta a aquello que se preguntaba la noche anterior: no, no era capaz de cortar el cuello a ningún hombre. Porque, de lo contrario, habría matado al «bueno de Max». Gustosamente.

-No sé por qué te pones tan rígida. Tampoco voy a contagiarte nada.

-¿Qué? ¿Se supone que tengo que fiarme de tu palabra? -Lola dio un paso atrás y lo miró de arriba abajo-. Ni siquiera sé quién eres.

-Ya te dije ayer por la noche quién soy.

Una gota de sudor le resbaló a Lola por el cuello. Se la secó con un gesto del hombro. Le dolía la cabeza, le picaban los ojos y necesitaba un baño. Se sentía tan mal que no podía tenerse en pie. Lo único que quería era meterse en una cama limpia y dormir hasta que esa pesadilla terminara.

-Ya sé lo que dijiste, pero no puedes probarlo.

-Eso es cierto. Tendrás que confiar en mi palabra.

-Estupendo.-Lola enfundó con cuidado el cuchillo mientras intentaba desesperadamente controlar sus emociones y no prorrumpir en un llanto histérico delante de él-. Se supone que tengo que confiar en la palabra de un tipo que ha robado un objeto de mi propiedad y que ha amenazado con comerse a mi perro.

Ma:x se encogió de hombros:

-No tienes otra opción.

-Yo siempre tengo otra opción, y mi opción es no creer ninguna palabra que salga de tu boca.

-Como quieras, pero no es conveniente para ti que discutas conmigo por algo tan trivial como un cepillo de dientes.

-No me das miedo.

-Pues debería dártelo. Te supero en peso y tamaño, y puedo tener peores intenciones de las que te imaginas.

-Tú no imaginas las malas intenciones que puedo tener yo.

En ese momento, Lola tenía muy malas intenciones. Realmente malas. Max echó la cabeza hacia atrás y se rió, divertido. Lola olvidó su miedo de golpe, dio un paso hacia delante y le hincó el índice en el pecho.

-No te rías de mí.

-¿Y qué vas a hacer? ¿Agujerearme el pecho con el dedo?

-Quizá te dé un puñetazo en el ojo bueno y te la deje a juego con el otro. -La sola idea le habría arrancado una sonrisa de no haber estado tan enfadada en ese momento.

Max le agarró la mano y apartó el dedo de su pecho.

-Lo más probable es que no te permita ni intentarlo. -Ella intentó soltarse, pero Max aumentó la presión de la mano, grande y cálida-. No si la veo venir.

-Puedo esperar a que te duermas.

-Puedes, pero no te aconsejo que te acerques a mí cuando esté en la cama.

Ella intentó liberarse de nuevo, pero en lugar de soltarla, él avanzó un paso, reduciendo la distancia entre ambos.

-Y si lo intento, ¿qué? ¿Me atarás de nuevo o algo así?

Max bajó la mirada hacia su mano, que todavía sujetaba la de Lola y era lo único que separaba los senos de ella del vello oscuro del pecho de él.

-Algo así -dijo en voz muy baja y levantó la vista hasta los labios de ella-. Seguro que se me ocurre algo. Algo un poco más divertido que un ojo a la funerala.

De repente, Lola reconoció una textura áspera en su voz. Un destello de deseo en los ojos azules. Había percibido eso muchas veces en su vida. Pero ahora no sintió la más mínima chispa interior, ni el menor interés; ni siquiera sintió repugnancia, lo cual no la sorprendió dado que la ira la llenaba por completo.

-No te exprimas el cerebro -le replicó al tiempo que conseguía soltarse de él y retroceder unos pasos-. Nunca seré una voluntaria en tus perversas fantasías.

La luz de la cocina caía sobre la cabeza de Max mientras éste estudiaba un mapa que había desplegado encima de la mesa. Había encendido uno de los generadores al ponerse el sol y se había vestido con su ropa seca, tiesa a causa de la sal del mar. Había puesto una cinta de Jimmy Buffet en el equipo, y la canción *Cheeseburger in Paradise* competía con el zumbido de la nevera. No le preocupaba mucho que el *Dora Mae* resultase más fácil de localizar ahora que tenía las luces encendidas. No los encontrarían tan fácilmente de todas maneras, pues no emitían ningún tipo de señal que llamase la atención.

Marcó su posición aproximada en el mapa, que había calculado observando las estrellas y valiéndose de una brújula que había encontrado en el camarote. Estaba seguro de que se hallaban entre la isla Andros y la de Bimini. Lo que no sabía era a qué distancia. Iban a la deriva, arrastrados por una cálida corriente del noroeste, pero había empezado a soplar un viento del sureste. No creía que la velocidad del barco superara los dos nudos, fuera cual fuese la dirección.

Los golpecitos de unas uñas contra el suelo atrajeron la atención de Max hacia la puerta. *Baby Doll* Carlyle entró en la cocina y saltó al banco y de ahí a la mesa; irguió las orejas y fijó la mirada en Max.

-Oh, no, otra vez no -rezongó Max. Se levantó de la mesa, sacó una cerveza de la nevera, la segunda en todo el día, y la alzó en un silencioso saludo. Los Thatch no sólo le habían proporcionado un barco sino que lo habían aprovisionado de buena cerveza. En la cocina había canapés y bebida para un mes.

Por suerte, encontró provisiones más sustanciosas en la despensa. Estaba repleta de zumo de tomate, aceitunas verdes y vermut. Si hubiese sido un buen bebedor, habría podido pasar varias semanas borracho con el alcohol que había ahí almacenado. En uno de los estantes inferiores encontró arroz blanco y unas latas de peras.

Se acordó de Lola, de su mano aprisionada en la de él, y de sus pechos, a punto de hacer saltar los botones de ese horroroso vestido. Destapó la cerveza y durante medio segundo consideró la posibilidad de emborracharse por completo; la idea de evadirse de todo por medio de la bebida lo sedujo por un momento. Pero Max ya conocía esa forma de afrontar la realidad. La había visto en su padre y se prometió a sí mismo que nunca recurriría a eso. Él era fuerte y podía evitarlo. Más fuerte que la bebida y más fuerte que su padre. Nunca permitiría que nada lo dominase como el ron había dominado a Fidel Zamora.

El minúsculo perro que había encima de la mesa soltó un ladrido y Max lo miró.

-¿Dónde está tu dueña? -le preguntó Max en voz alta, aunque tenía una ligera idea de dónde se encontraba: la había visto sacar una tumbona de un armario y llevarla al puente.

Max bebió un trago de Dos Equis y se dirigió hacia afuera. Lola no le había dirigido la palabra desde su discusión sobre el cepillo de dientes. Quizá debería haberle pedido permiso antes de cogerlo, pero pensó que ella se lo habría denegado y que él lo habría utilizado igualmente. Por eso,

le había parecido inútil y todavía se lo parecía. Además, tal como le había dicho, no iba a contagiarle nada. Dios sabía que su revisión física anual incluía todas las pruebas conocidas por la comunidad médica, pero herviría el maldito cepillo si eso la hacía sentirse mejor.

Descalzo, subió las escaleras hasta el puente. Se acercó un poco y la miró, envuelta en las sombras de la noche. Las luces de babor y estribor todavía funcionaban, y su brillo se reflejaba en el cabello de Lola. Tenía los ojos cerrados y la boca entreabierta. El pecho le subía y le bajaba a ritmo lento, pero los botones del vestido aún parecían apunto de saltar. Tenía una mano sobre el vientre, mientras que la otra colgaba aun lado de la silla con el espejo todavía entre los dedos. El chal que utilizaba como falda se encontraba arrebujado entre sus piernas, y Max se las tapó con él. Luego recogió los prismáticos del suelo. Observó el horizonte con ellos, buscado alguna boya o algún signo que indicara la proximidad de la costa. No vio más que el reflejo de la luna en la negra superficie del mar y la ligera espuma de las olas.

La posibilidad de que lo arrestaran por robo y secuestro cuando los rescatasen era real. Por lo menos lo detendrían. Pero eso no le preocupaba en absoluto: con una llamada telefónica haría desaparecer todos los cargos.

Lo único que le preocupaba de verdad era el hecho de encontrarse en medio del Atlántico desprovisto de sus herramientas letales, sobre todo de 9 mm con munición subsónica y su cuchillo de asalto K-Bar. Sin ellos se sentía desnudo y a merced de cualquier barco que se cruzara con ellos. Max no se fiaba de nadie ni de nada, y mucho menos de los desconocidos.

Echó un vistazo a Lola y al cuchillo de pescado, que se había deslizado desde su mano hasta el suelo. Como guerrera era pésima. Dormía tranquilamente mientras él invadía su espacio, y ni siquiera estaba pendiente de su arma. Recogió el cuchillo del suelo y se lo colocó en el cinturón.

La luz de la luna acariciaba la mejilla y el labio superior de Lola. No cabía duda de que era una mujer hermosa. Era la clase de mujer con la que los hombres fantaseaban.

«Nunca seré una voluntaria en tus perversas fantasías», le había dicho, como si le hubiera leído el pensamiento. ¿Perversas? Sus fantasías no eran perversas. Bueno, no tanto como las de algunos tipos que conocía.

Aunque Max no era el típico hombre que se compraba calendarios de desnudos, habría tenido que ser de otro planeta para no saber quién era Lola, para no haberla visto en calendarios, anuncios de sujetadores, vallas publicitarias y portadas de revistas. Estaría muerto de cintura para abajo si nunca hubiese imaginado cómo sería acostarse con ella, sentir su sudor y su pelo revuelto, probar su carmín.

Recordó la primera vez que vio una fotografía de Lola. Fue en Times Square, hacía más o menos unos ocho años. Esperaba un taxi delante del Hiatt cuando miró hacia arriba y allí estaba ella, con la melena rubia hacia atrás, los ojos provocadores, como si estuviera mirando a su amante, y el exuberante cuerpo cubierto solamente con unas bragas de puntillas y un sujetador a juego.

De color blanco. Su preferido.

Ese día en que la vio por primera vez se preguntó quién sería. Al igual que todos los hombres que la miraban, se la imaginó desnuda y, consciente de que nunca tendría la oportunidad de estar con una mujer como ésa, se dijo que seguramente sería un polvo horroroso. Se la veía demasiado flaca y preocupada por su maquillaje. Seguramente era de esas chicas que esperaban que el hombre hiciera todo el trabajo. Sí, eso fue lo que se dijo aunque en realidad no tenía nada en contra del trabajo, y menos aún contra ese tipo de trabajo.

Al observarla ahora, decidió que no era tan delgada. De hecho, era la clase de mujer que le gustaba: de pechos grandes y con un trasero de tamaño justo para abarcarlo con sus grandes manos. Le gustaba sentir el cuerpo suave y sinuoso de una mujer contra el suyo. Le molestaba notar los huesos. No quería tener la sensación de que en cualquier momento podía romper.

Miró los labios entreabiertos y, de pronto, pensó en besar a Lola Carlyle. Ahora no llevaba carmín, y Max se preguntó cómo sería fundirse lentamente con ella en un beso y saborear sus labios. Sentir las dudas de ella, sus vacilantes intentos por detenerlo, justo antes del suspiro: el «ahhh» que le daría a entender que ella también lo deseaba, el momento en que ella rendiría a su

boca, a él, a Max Zamora. El chico de Fidel Zamora. El chico de cara sucia de quien su padre se olvidaba cuando se entregaba a una botella de ron, cosa que sucedía la mayor parte del tiempo.

Max no estaba forrado de dinero, no era un actor famoso ni una estrella del rock, no era el tipo de hombre que las mujeres como Lola Carlyle buscaban, pero eso no le impidió preguntarse cómo sería tocar a una mujer como ella, sentir los senos blandos apretados contra su pecho mientras hundía los dedos en su fragante cabellera.

Max se llenó los pulmones de aire frío y salado y lo espiró despacio. Todas esas fantasías lo estaban conduciendo aun lugar del que más valía mantenerse alejado. Un lugar que provocaba tal reacción en su cuerpo magullado que le exigía que hiciese algo al respecto. Un lugar donde la sangre escocía y le causaba una dolorosa quemazón en las ingles. Un lugar adonde nunca iría con una mujer como Lola. A un lugar donde ella nunca iría con un hombre como él. Max no era rico, ni famoso, ni un modelo de rostro angelical. Una mujer como ésa no aguantaría aun hombre que desaparecíera días y semanas y que nunca le diría cuándo volvería ni dónde había estado.

Max dio media vuelta y se alejó del puente. Era mejor para ambos que no pensara en ella en absoluto. Se sentó en la misma silla que antes, estiró el brazo para coger la caña de pescar y lanzó el anzuelo. Se concentró en el sedal para evitar el recuerdo de la modelo de ropa interior que dormía en el puente.

Supuso que quizá picaría algún pez si tuviera idea de qué estaba haciendo. Durante los últimos años había ido a pescar algunas veces a un lago o arroyo, pero nunca había sido un auténtico pescador. En realidad, había practicado la «pesca» principalmente en el patio de la vieja casa que su padre y él habían alquilado en Galveston.

Ahora que lo pensaba, debía de contar con unos siete años cuando el viejo le compró aquella caña de metro ochenta con un carrete Zebco. Todavía la tenía escondida en un armario. Era una de las pocas pertenencias que conservaba de la infancia.

Incluso ahora sentía claramente el peso de esa caña y ese carrete en sus manos. Su padre, que se encontraba en la furgoneta en ese momento, le ató un plomo al extremo del sedal y le mostró cómo lanzarlo. Los dos permanecieron allí hasta el anochecer, el uno aliado del otro, lanzando el plomo sobre la hierba y charlando de los peces que pescarían algún día. Max todavía recordaba el tacto de las manos de su padre y el sonido de su acento cubano en la brisa húmeda y cálida.

Por desgracia, el hombre pasaba la mayor parte de su tiempo fuera con la furgoneta y nunca pudo llevar a Max a pescar, lo que no impidió que Max siguiese practicando y esperando. En unos cuantos años se convirtió en un excelente lanzador. Lanzando por arriba, de lado y por debajo, podía acertar cualquier blanco que se fijara. Siempre supuso que esa práctica había resultado útil y le había permitido dominar sin esfuerzo el tiro con rifle.

Cambió de postura y las costillas le dolieron sólo un poco menos que cuando andaba o estaba de pie. Se llevó los prismáticos a los ojos y observó el negro océano. Sólo había experimentado un alivio total del dolor que sentía en el costado durante las pocas horas que había pasado tendido boca arriba la noche anterior. Aunque no le habría venido mal dormir unas cuantas horas más, no podría darse ese lujo esa noche. En esos momentos cualquiera podía pillarle desprevenido.

Sin embargo, como no había dormido en dos días, cayó en un sueño profundo una hora antes d que el sol se levantara sobre el horizonte.

4

Max despertó de repente, sin saber cuánto tiempo había dormido. El sol de la mañana brillaba en la superficie del agua y en los acabados cromados del yate. Sin cambiar de posición, Max percibió movimiento detrás de él. Supo que se trataba de Lola sin necesidad de mirar, no sólo porque ella era la única otra persona que había en el yate, sino también porque a esas alturas Max había aprendido a reconocer el sonido ligero de sus pasos. Lola se detuvo ante la puerta de la cocina un momento antes de entrar, seguida de cerca por el perrito.

Max se levantó despacio y giró la cabeza a un lado y al otro para estirar los músculos del cuello. El barco se balanceaba sobre las olas, y las costillas le dolían más que cuando acababan de propinarle la paliza; además, tenía los músculos tensos a causa de la mala postura en que había dormido. Max tenía treinta y seis años, y durante los últimos quince había forzado su cuerpo hasta el límite. De joven podía pasar la noche en cualquier lugar sin sufrir al día siguiente más que un ligero malestar. Pero ya no. Cuanto mayor se hacia, menos aguantaba su cuerpo. Mientras hacia unas rotaciones de hombros, oyó que Lola y el perro salían de la cocina. Miró hacia atrás y los vio dirigirse a proa. El vestido ondeaba sobre los muslos de Lola, que llevaba los prismáticos en una mano y una barrita de cereales en la otra.

Ella no le había dirigido la palabra todavía, así que Max supuso que todavía estaba molesta por lo del cepillo de dientes. Miró al cielo despejado y estiró los brazos por encima de la cabeza. Saltaba a la vista que era una mujer testaruda, de modo que él la dejaría en paz. No había necesidad alterar la tranquilidad sólo para oír sus insultos. Ahora que Lola se había levantado y había ocupado su puesto a proa, aprovecharía para colarse el camarte y descansar un rato.

De repente, un agudo chillido desgarró la quietud de la mañana caribeña, y Max volvió el cuerpo con tanta rapidez que sintió como si le asetaran una puñalada en las costillas. Inhaló con fuerza y corrió hacia donde estaba Lola justo a tiempo de verla saltar por la borda, con la falda del vestido volando por encima del trasero. Cayó al agua y enseguida emergió tosiendo y llorando en medio de las olas.

-*¡Baby!* -llamó, buscando frenéticamente con la mirada a su alrededor-. *Baby,* ¿dónde estás?

La cabeza del perro salió a la superficie por un momento y volvió a hundirse, como una bola de pelo marrón a merced del mar azul.

-iMierda! -exclamó Max mientras se quitaba la camiseta. A pesar del dolor en las costillas y el entumecimiento de los músculos se arrojó al océano Atlántico tras *Baby Doll* Carlyle. Sintió el impacto la fría agua salada contra su cara y su pecho. Se sumergió tras el perro y agarró con una mano. Cuando sacó la cabeza del agua, buscó a Lola pero no la vio. El perro tosía y agitaba las patas, frenético, tiritando. Max estaba apunto de abandonar al perro y sumergirse otra vez en busca de Lola cuando ésta sacó la cabeza del agua

-*¡Baby!* -gritó, con la boca llena de agua.

-Lo tengo -dijo Max mientras nadaba hacia ella.

Ella se giró y chapoteó hacia él. No sólo era una guerrera nefasta, sin que nadaba fatal. Con los ojos desorbitados, resollaba desesperadamente. Si no tenía cuidado, pronto hiperventilaría. Pero no parecía que Lola fuera a tener cuidado en un futuro cercano. Se agarró con fuerza aun hombro de Max y estuvo apunto de hundirlo. En sus tiempos de marine, Max aguantaba tres minutos bajo el agua y era capaz de nadar durante horas, así que ahora no tenía miedo de que ninguno de los dos se ahogara, ni siquiera el maldito perro. Sólo le preocupaba que Lola complicase más de lo necesario su regreso al barco.

-¿Está bien *Baby?* -consiguió preguntar ella mientras intentaba llegar hasta el perro.

Una ola les pasó por encima de la cabeza y esta vez Lola consiguió que se hundieran todos en un amasijo de piernas y brazos. La rodilla de ella tocó contra el costado de Max, que abrió involuntariamente la boca, y se le llenó de agua salada. El perro le arañó el cuello mientras Lola le apretaba la cabeza contra sus pechos tratando de trepar encima de él, como si le tomara por una boya. Max agarró a Lola por el brazo y consiguió sacar la cabeza a la superficie para expulsar el agua de la boca.

-Tranquila -le dijo a Lola, acercando el rostro al de ella. Por un instante, las narices se tocaron y ambos respiraron el mismo aire-. Tranquilízate o te ahogarás.

Ella abrió la boca y la cerró, esforzándose por decir algo, pero sólo consiguió emitir un sollozo.

-Puedo llevaros a los dos hasta el barco, pero tienes que calmarte y dejarme a mí hacer todo el trabajo. No vuelvas a agarrarte a mí de esa forma y mantén las rodillas lejos de mis costillas. -Se quedó callado un momento y añadió-: Si me das un rodillazo en los cojones, tendrás que apañártelas sola.

Lola asintió, conforme, y él le acercó el perro. Ella lo sujetó cerca de su cabeza mientras Max le pasaba un brazo por encima de los hombros y sobre sus pechos. Arrastró a ambos hacia la plataforma de baño del barco, pero ella no se lo puso fácil: le dio una patada en las espinillas en dos ocasiones en lugar de seguir sus instrucciones y dejarle a él hacer el trabajo, le golpeó la mejilla contusionada al girar la cabeza para ver adónde iban y, en un intento de propulsarse, empezó a patalear dentro del agua con las piernas rígidas como tijeras. Mientras levantaba el brazo para agarrarse a la plataforma, Max juró en su fuero interno que nunca volvería a lanzarse al Atlántico para salvar a una modelo de ropa interior y a su estúpido perro.

Max izó a *Baby,* lo depositó sobre la plataforma y a continuación alcanzó la escalerilla y tiró de ella hacia el agua. Subir esas escaleras le haría ver las estrellas; por eso el día anterior había optado por utilizar un cubo atado a una cuerda para mojarse. Lola empezó a subir primero, y la flojedad que sentía en los músculos se hizo patente en la debilidad con que se agarraba a la escalerilla. Parecía que no tuviera tacto en los dedos, lo cual no era de extrañar puesto que había hiperventilado de verdad. El vestido se le pegaba a las caderas y el agua le corría por las piernas y las pantorrillas. Max le posó una mano en el trasero mojado y la empujó hacia arriba.

Cuando subió detrás de ella, comprobó que no se había equivocado: sentía un dolor insoportable en las costillas. Se tumbó en la plataforma con los pantalones empapados y se concentró en ralentizar la respiración para mitigar el dolor.

Lola se sentó a su lado, apretando a *Baby* contra el pecho mientras intentaba recuperar el aliento entre sollozos. Si no tenía cuidado con eso se desmayaría. Max supuso que eso sería un buen remedio para la hiperventilación, aunque había otros menos drásticos

-Procura respirar por la nariz, aspirando el aire despacio, con suavidad.

Max se enjugó el agua de la cara con la mano y se sentó. Aparte de la respiración en una bolsa de papel y del desmayo, inspirar despacio por la nariz era la única forma que conocía de combatir la hiperventilación . Lola lo miró como si le hablara en un lenguaje desconocido, con ojos muy abiertos por el miedo.

-No pu... puedo parar de res... respirar.

-Túmbate con los brazos debajo de la cabeza -le indicó Max, apartándose para dejarle espacio. Cuando ella se hubo tumbado, le dijo-: Cierra la boca y respira despacio por la nariz.

El perro le lamía la cara a Lola que seguía tragando aire a grandes bocanadas. Max sólo se había hiperventilado una vez en toda su vida, pero sabía que no era tan fácil controlar la respiración cuando uno tiene la sensación de que le falta el aire. El agua del mar lamía la plataforma; Max sentó a horcajadas encima de las caderas de Lola y le quitó el perro de encima. Los botones del vestido se le habían desabrochado hasta el ombligo y unas gotas de agua se deslizaban desde el sujetador rosa hacia el espacio entre los pechos que subían y bajaban al ritmo de su respiración. Max puso las manos a ambos lados de la cara y la miró a los ojos. Tenía las pestañas empapadas de agua de mar.

-Cierra la boca -le dijo otra vez, aunque se dio cuenta de que lo intentaba.

-Voy... a desmayarme -jadeó Lola.

-Concéntrate en respirar solamente por la nariz.

-No... no... puedo.

Max estuvo apunto de taparle la boca con la mano, pero cambió idea por miedo a que ella lo acusara de intentar asesinarla.

-Bueno, pues concéntrate en esto -musitó y, sin pensarlo, acercó cara a la de ella.

Se dijo a sí mismo que no la estaba besando: sólo la estaba ayudan obligándola a respirar por la nariz para que no se desmayara.

Max sintió que ella se ponía tensa; Lola aspiró una última bocanada y retuv oel aire mientras él presionaba sus labios contra los de ella. Luego, le acarició las mejillas.

-Y ahora relájate -le susurró, con la boca muy cerca de la de ella.

Lola puso las manos sobre sus hombros y Max pensó que lo apartaría, pero no lo hizo. Lo miró con sus enormes ojos marrones y de repente Max sintió el calor de las palmas de sus manos en la piel. Una corriente de deseo inundó sus venas y le tensó las ingles.

Max detestaba la debilidad, ya fuera por la comida, las drogas o la bebida. No le gustaba reconocer que tenía debilidades, pero si alguna tenía era ésa: debilidad por el sabor de unos labios de mujer y la calidez de unas mejillas entre sus manos. Su voz entrecortada, el olor de su piel y de su cabello lo enloquecían.

Lola separó los labios como si quisiera hablar.

-Respira por la nariz -murmuró él otra vez con los labios rozando los de ella.

Lola sabía a sol y a sal de mar, y Max se sentía como en el cielo. Las mujeres constituían un misterio para él. Eran seres ilógicos, a veces irracionales, pero él deseaba oír esa lógica distorsionada con la misma frecuencia con que anhelaba sentir el tacto de su piel en sus manos, su boca y su cuerpo. No cabía la menor duda: la debilidad por el calor y la tersura del cuerpo de una mujer era embriagadora, pero Max siempre había logrado controlarla. Esta vez también lo conseguiría.

-Max.

-Hmm.

-No me estás besando, ¿verdad?

Max levantó un poco la cabeza y la miró. La inclinación de sus cejas denotaba cierta confusión, y la expresión de los ojos, cierta alarma. Sin embargo, Max no vio ningún rastro de ese deseo que a él le palpitaba en el vientre y que empezaba a provocarle una erección.

-No -le contestó; y se incorporó-. Si te estuviera besando, te darías cuenta.

-Bien. No quiero que te hagas ilusiones.

-¿Que me haga ilusiones sobre qué? -preguntó Max, aunque ya se imaginaba a qué se refería.

Lola se incorporó y se apoyó en los talones. Una súbita corriente de aire hizo ondear unos mechones de su pelo húmedo.

-Te agradezco que hayas salvado a *Baby,* pero tú y yo nunca tendremos una relación sentimental- dijo, negando con la cabeza-. Nunca.

Bueno, ahí estaba: una fría bofetada que atemperó la pasión que corría por sus venas. Un mensaje: Max era lo bastante bueno para salvarle el culo pero no para besarle los labios. Por lo menos Lola era sincera.

-Querida, no te des tanta importancia -replicó él, levantándose poniendo los brazos en jarras. Le dolían las costillas otra vez, y los cortes de la frente le escocían-. Yo no me involucro en una relación sentimental con nadie. Ni siquiera lo haría por ti.

Al saltar en pos de *Baby,* Lola había perdido los prismáticos y el espejo de señales en el mar. Y, aunque no estaba segura del todo, sospechaba que había herido los sentimientos de Max. Se sentó en la cubierta de popa, envuelta en una manta que Max le tiró. Las olas batían los costados del yate mientras éste seguía la corriente oceánica. El sol de la mañana le calentaba las mejillas y brillaba en las paredes blancas del *Dora Mae.*

-Te estoy agradecida de verdad por haber salvado a *Baby* -le aseguró, protegiéndose los ojos con una mano. El pelaje húmedo del perro le rozó el pecho y ella abrazó su pequeño cuerpo tembloroso.

Max no respondió y comenzó a quitarse el vendaje frío que le envolvía el pecho.

-Y a mí también -añadió ella. Lola nunca fue una buena nadadora. A pesar de ello, en circunstancias normales, habría sido capaz de llegar hasta el barco. Sin embargo, la imagen de *Baby* ahogándose, asustado y desvalido, la idea de que se hundiera bajo las olas y de que los pequeños pulmones se le llenaran de agua le había quitado el aliento, por lo que seguramente se habría ahogado después que él. Y aunque ella hubiera conseguido llegar a la plataforma de baño, Baby estaría muerto si Max no se hubiera zambullido para salvarlo. Lola estaba bastante segura de haberlo insultado y, después de lo que había hecho por ella, Max se merecía algo mejor que eso.

-Siento mucho haber insinuado que estabas aprovechando la situación para besarme.

Finalmente Max levantó la mirada y tiró el vendaje sobre el asiento, lado de ella.

-La próxima vez que hiperventiles, dejaré que te desmayes.

Sí, lo había insultado y había herido sus sentimientos. O lo que tuviera él por sentimientos, porque ella no estaba segura de que ese hombre experimentase emociones humanas. Lola bajó la mano de

la frente y dirigió la vista hacia la manta de lana blanca que tenía sobre el regazo. No quería pensar en Max como en un ser con sentimientos humanos. No quería considerarlo un ser humano. Ese hombre era el responsable de la situación en que se encontraban y de ponerlos, a ella y a *Baby,* en peligro. Si no fuera por Max, *Baby* no se encontraría a bordo del *Dora Mae,* y tampoco se habría caído por la borda.

El perro se soltó de los brazos de Lola y se abrió camino a través de los pliegues de la manta hasta que pudo saltar al suelo. Se sacudió y se acercó a los pies de Max. Por una vez, no ladró.

Mientras se encontraba debajo de Max en la plataforma de baño e intentaba controlar la respiración, Lola tuvo la certeza de que él había estado a punto de besarla. Percibió el calor de sus labios y el deseo en sus ojos. Lola era lo bastante mayor y había estado con suficientes hombres como para reconocer esos signos.

Vale, quizá se había equivocado esta vez. Era obvio que él había intentado ayudarla a controlar la respiración, y Lola se sentía un poco tonta y avergonzada por haber malentendido sus intenciones. Lola levantó la mirada y vio las largas piernas de Max, los dedos que desabrochaban los botones de la bragueta, los pulgares que se metían en la cintura de los pantalones y los empujaban hacia abajo.

-Siento mucho haber mal interpretado lo que hiciste. No sé qué...

-Olvídalo -la interrumpió Max.

Los calzoncillos mojados parecían una segunda piel. Lola apartó la vista, pero sólo después de echarle una buena ojeada, tan buena que tuvo que obligarse a no mirar de nuevo.

-Dime una cosa: ¿qué hacías de vacaciones sola en Dolphin Cay? -le preguntó él, y Lola tuvo la sensación que él deseaba cambiar de tema tanto como ella.

-¿Por qué?

Max tendió los pantalones en la borda.

-Por curiosidad.

-Quería alejarme de todo durante unos días.

-¿En Dolphin Cay?

Lola le sostuvo la mirada, temerosa de mirar por debajo de sus hombros y de que Max se quitara esos calzoncillos.

- Exacto.

Yo habría pensado que una chica como tú preferiría pasar un tiempo en el Club Med o... -Hizo una pausa y se pasó las manos por el pelo. Unas gotas de agua clara le resbalaron por el cuello-. ¿Cómo se llama otro lugar de postín que hay en Nassau?

-El Ocean Club -le informó ella. Había pasado allí unas semanas hacía unos cuantos veranos.

-Sí, ése. Entonces, ¿qué hacías en esa minúscula isla con tu perro como única compañía?

-No tenía ganas de estar rodeada de gente.

-¿Por qué?

-No tenía ganas de que la gente me señalara y me observara.

-¿Es que todavía no te has acostumbrado? Seguro que una modelo famosa como tú siempre es el blanco de todas las miradas.

Eso era diferente

-La situación ha cambiado desde que esas fotografías aparecieron en la web.

-¿Qué fotografías?

¿Era posible que existiese alguien en este planeta que no hubiera visto esas fotografías en Internet, que ni siquiera hubiera oído hablar de ellas? No sólo se habían difundido en la prensa amarilla, sino que los telediarios nacionales se habían hecho eco del juicio.

-¿Qué fotografías? -preguntó Max otra vez.

Lola no quería hablar de eso con él. Esa mañana no sentía tanta rabia contra él como el día anterior, y era muy probable que él le dijera algo desagradable, como que había sido una estúpida al dejar que Sam hiciera fotos y que se merecía lo que había pasado. Y quizá se lo mereciese, pero Lola había estado muy enamorada de Sam y había confiado en él. O tal vez Max dijera que el único motivo por el que ella estaba molesta era que no le habían pagado por las fotos. El abogado de Sam había hecho circular esta opinión, y cada vez que la oía, Lola montaba en cólera.

Max se acercó a la silla de pescar y se repantigó, cruzando los brazos como si se dispusiera a esperar su respuesta durante todo el día.

Una ligera barba de tres días le oscurecía la cara allí donde no es magullada. Las tiras blancas que le cubrían el corte de la frente contrastaban con la piel bronceada. Tenía todo el aspecto de un pirata, hasta tal punto que Lola pensó que nada de lo que ella pudiera decirle le importaría, pues seguramente él había hecho cosas peores que confiar en alguien tuviese en su poder fotos comprometedoras.

-Las de la página web de Sam.

- ¿Quién es Sam?

-Mi ex novio. -Se quitó la manta, que ya empezaba a picarle en los hombros-. Colgó en Internet unas fotos bastante incómodas para mi.

-¿Fotos de desnudo?

-Sí.

-¿Primeros planos?

-Planos bastante cercanos.

La brisa le hizo revolotear el vestido desabrochado a la altura del pecho y del estómago. Lola se fijó en que la tenía abierto hasta el ombligo y empezó a abotonárselo.

-¿Y por qué son tan incómodas?

-No importa.

-¿Sales bailando el mambo horizontal?

-¿El qué?

-Montándotelo. Haciéndolo. Practicando sexo.

Lola levantó la vista y lo miró a los ojos azules; luego volvió a centrar su atención en los botones del vestido.

-No.

Los dedos entumecidos por el frío y le estaba costando pasar los botones por los ojales.

-¿Estabas actuando en solitario?

Lola tardó unos segundos en comprender a qué se refería.

-No.

-Entonces, a él, ¿le estabas...?

-iNo! -interrumpió, antes de que esa mente obsesa siguiese entrando en detalles-. Estaba encima de una bicicleta besando un pirulí.

Max se quedó callado, pero cuando habló sonó decepcionado:

-¿Eso es todo?

-Si.

Ella la miró de nuevo y se dio cuenta de que Max tenía la mirada fija en la actividad de sus dedos, que se afanaban en abrochar el último botón del vestido. Lola bajó las manos rápidamente. Entonces, Max, con lentitud exasperante, recorrió con la vista su cuello, su mentón y su boca hasta que llegó a los ojos.

-¿Estabas sola o con tu novio? -le preguntó, con la voz un poco más grave.

-Sola.

Lola volvió a colocarse la manta encima de los hombros, protegiéndose de su mirada. De nuevo, le sorprendió que sentirse observada por él le resultara tan desagradable como se imaginaba. En realidad, no le parecía desagradable en absoluto. Más bien era inquietante. Inquietante por ese azul intenso y esa sombra de deseo que percibía en sus ojos, por la tirantez que le provocaba en el pecho. De repente, él parpadeó y el deseo, desapareció de sus ojos como si nunca hubiera existido.

-No me parece tan terrible -dijo, como si un minuto antes no hubiese pillado contemplando sus pechos.

Max se mostraba tan desenfadado que Lola no entendía por qué de repente se había puesto nerviosa. Tampoco era la primera vez que un hombre la veía en sujetador, desde luego. Hubo un tiempo en que su escote había sido el más fotografiado de todo el mundo.

-Era un pirulí gigante -le explicó.

Max arqueó una ceja, como diciendo «¿y qué?».

-La verdad es que no lo estaba besando, exactamente.

-¿Y qué estabas haciendo, exactamente?

Lola se lo aclaró porque, aunque resultaba un poco embarazoso, no precisamente un secreto. Además, si él se moría de ganas de saberlo, sólo tenía que pagar veinticinco pavos para verlo en Internet, como todo mundo. Después de que los rescataran, eso sí.

-Mi imitación personal de Linda Lovelace.

Las comisuras de los labios de Max dibujaron una sonrisa totalmente masculina que se extendió a sus ojos azules.

-¿ Imitas a Linda Lovelace?

-No me lo recuerdes. ¿O es que quieres más detalles?

-Dios, sí.

Lola se rió.

-Olvídalo.

-¿Y si te lo pido muy amablemente?

-No.

-Eres una aguafiestas, Lolita -le reprochó.

Baby saltó al asiento que había al lado de Lola y ella le quitó el collar empapado.

-¿Cómo se llama esa página de Internet?

-¿Por qué? ¿Es que vas a pagar veinticinco pavos para ver esas fotos?.

-Me has despertado la curiosidad por el pirulí gigante -le contesto encogiéndose de hombros-. ¿Te molestaría que lo hiciese?

-Por supuesto.

-¿Por qué?

Lola no podía creer que le preguntara algo tan obvio.

-Bueno... es que salgo desnuda.

-Pero ya has posado desnuda en otras ocasiones.

-No del todo.

Eso había sucedido durante una época en que trabajaba para una importante marca de cosméticos. Estaba promocionando la línea de productos para la piel. Durante la sesión de fotos, tenía el cuerpo cubierto únicamente por una capa de aceite perfumado. Posó ante un fondo rojo, con los tobillos cruzados y los pies a la altura adecuada para ocultar el área del pubis. Desde detrás, dos manos masculinas le tapaban los pechos. Había pasado hambre durante la semana previa a la sesión. Cuando terminó, se plantó en una hamburguesería y pidió un menú número dos, ración grande.

-A mí me parece que posar en sujetador de encaje y bragas se acerca muchísimo a posar desnuda.

No era lo mismo, y Lola no sabía por qué tenía que explicárselo. Pero lo intentó de todas formas.

-Cada vez que he accedido a una sesión de fotos ha sido porque tenía control sobre mi imagen. Siempre era yo quien decidía. Lo de la página web no fue una decisión mía. No se trata sólo de un abuso de mi cuerpo, sino también de mi confianza. Yo nunca habría aceptado publicar esas fotos, y menos en una página porno de Internet. Mis padres estaban horrorizados. -Por otro lado, nunca habría aceptado mostrar una imagen suya de la etapa más aguda de su enfermedad. Fue una época en que había perdido el control, en que cada uno de los momentos del día y de la noche estaban dominados por la comida y el sentimiento de culpa. Se dedicaba a recortar recetas y comprar libros de cocina que nunca utilizaba-. No espero que lo entiendas.

Max se llevó la mano al costado y respiró profundamente.

-Bueno, tengo alguna idea de qué significa perder el control-dijo, mientras cogía la caña de pescar-. Sé lo que es no tener ningún control de lo que pasa en tu vida ni de cómo te ven los demás. *Y* también sé lo que es perder la confianza y sentirse traicionado.

-¿Quién fue?

Quizá sí la entendía, pero le costaba imaginarse que ese hombre imponente, que actuaba con tal desparpajo, a pesar de estar vestido únicamente con los calzoncillos, pudiera preocuparse por algo.

-¿Quién fue, Max? -insistió.

-No se trata de quién. -La miró de reojo y volvió a centrar la atención en el sedal-. Sino de qué.

Lola habría podido decirle que sus aparejos no eran los adecuados para practicar la pesca a motor parado, pero en ese momento le interesaba más lo que él pudiese contarle que lo que estaba haciendo. Pero como él no contestaba, preguntó:

-Pues ¿qué?

Él permaneció callado.

-Vamos, Max -suspiró Lola-. Yo te he contado lo del pirulí.

Max la miró por un momento y luego volvió a dirigir la vista a la caña.

-Hace unos años, me «retiré» de la Marina -empezó mientras soltaba sedal con el carrete-. Durante mi carrera, he cabreado bastante unos cuantos oficiales de alto rango. Uno de ellos fue nombrado secretario de la Marina y no me quería allí, así que me dio una patada en el culo.

-¿Y qué hiciste?

Max se encogió de hombros.

-No siempre sigo las reglas del juego -le respondió, pero eso no significaba nada para Lola-. Hice lo que tuve que hacer para cumplir una misión, y después de eso me dieron a escoger entre el retiro o la prisión federal.

Vale, eso sí significaba algo.

-¿ Prisión? ¿ Bajo que cargos?.

-Conspiración. En ese momento, yo formaba parte del DEVGRU, el Grupo Naval de Desarrollo de Técnicas de Guerra Especiales. -Hizo una pausa y la miró como si ella supiera qué quería decir eso-. Se trataba de una unidad de antiterrorismo, inteligencia y seguridad nacional. Entre otras cosas, fabricábamos y probábamos armamento, y, al parecer, me confabulé con una empresa de contratación privada para defraudar treinta y cinco mil dólares al gobierno de Estados Unidos.

-¿Cómo?

-Cobrándoles por unas armas de asalto que no existían.

Lola necesitaba saberlo, así que decidió preguntárselo:

-¿Lo hiciste?

-Bueno -dijo mientras dejaba caer el cebo en sus manos-. Si quisiera jugarme el culo con el Gobierno, me aseguraría de que fuera por bastante más dinero que treinta y cinco de los grandes. -Se dirigió a un lado del yate, tomó impulso con la caña hacia atrás y lanzó el cebo tan lejos que Lola lo perdió de vista antes de que llegara al agua-. Hoy en día, treinta y cinco de los grandes dan para un coche decente, y no vale la pena pasar un tiempo en chirona por eso.

-¿Y por un Ferrari sí valdría la pena?

Max meditó por un momento y luego negó con la cabeza.

-No.

Lola sonrió.

_¿Por qué has tardado tanto en contestar?

-Un Ferrari se merece un mínimo de reflexión.

-Eso es verdad -rió Lola-. ¿Contrataste a un abogado que te defendiera?

-Sí, pero cuando las pruebas que tiene el Gobierno se encuentran clasificadas y ni tú ni tu abogado tenéis autorización para ver ese material, estás jodido completamente.

Así, de perfil, entornando los párpados ante la luz brillante del Caribe, con la línea de la mandíbula y del mentón suavizada por la barba negra de pocos días, parecía casi una persona de verdad con problemas de verdad. Incluso la conversación que mantenían parecía una conversación de verdad, así que, puesto que estaban comunicándose como personas, Lola supuso que a él le interesaría saber que estaba pescando con el cebo equivocado.

-No vas a pescar nada con ese aparejo.

Max la miró por encima del hombro. El viento empezaba a secarle la punta del cabello.

-Yo creo que sí.

La manta le picaba a Lola detrás de los muslos, así que se puso de pie.

-El que utilizaba esta caña le puso una cucharilla. Necesitas un anzuelo emplomado. Algo que atraiga a los peces de aguas profundas. Es posible que tengas suerte, pero no la creo.

Max le clavó la vista durante unos segundos.

-¿De verdad?

Vale, a la mejor no estaba interesado en saberlo. O a la mejor era tan receptivo como la mayoría de los hombres a los consejos femeninos.

-Sí.

Max frunció las cejas y colocó la caña en el soporte de la silla.

-Quizá deberías opinar sólo sobre la que sabes: posar en ropa interior.

Sí, era como la mayoría de los hombres. Era imposible mantener una conversación de verdad con él.

-Te sorprendería enterarte de todo lo que sé. Mi abuelo organizaba salidas de pesca en Charleston, y cuando lo visitaba en verano lo acompañaba muchas veces. -Tiró la manta encima de la silla-. Y ya no soy modelo, sino diseñadora de lencería. ¿Te suena Lola Wear, lnc.?

-No -contestó Max, y se sentó.

-Es mi empresa -le informó Lola, con no poco orgullo. Max la contemplaba con cara inexpresiva, así que especificó un poco más-: Empecé por diseñar unos cuantos sujetadores, y actualmente tengo cientos empleados.

-¿Así que haces ropa interior en lugar de exhibirla?

-Exacto. Me sorprende que no hayas oído hablar de mi negocio.

Max se puso las manos detrás de la cabeza y bostezó. Los músculos de los hombros y los brazos se le tensaron. Un vello oscuro le ensombrecía las axilas.

-¿Haces algo comestible?

-iNo!

-Entonces no me extraña -dijo Max-. No reconocería una marca de diseño a no ser que me atragantase con ella.

5

Max paseó la vista por las pantorrillas de Lola hasta el chal rojo, que volvía a llevar atado a la cintura. Se había quitado el vestido mojado y se había puesto de nuevo la blusa blanca, que estaba empapada por delante y por detrás debido a que tenía el sujetador mojado. Max se preguntó si habría tendido las bragas en el lavabo, como el día anterior.

Lola se había puesto una gorra de béisbol y había pasado el pelo por la tira trasera. Tenía una caña de pescar entre las manos. Ató dos anzuelos a cierta distancia el uno del otro, en el extremo del sedal, y los dejó caer al agua. Después de soltar hilo durante unos diez segundos, accionó la palanca para bloquear el carrete.

Max le observó el perfil: tenía los ojos entrecerrados detrás de las gafas de sol de color azul y una expresión decidida en los labios. Era obvio que intentaba demostrarle que sabía pescar mejor que él. Max se mordería la lengua antes que admitir que no le costaría mucho demostrarlo. Lola echó la punta de la caña hacia atrás y la dejó caer de nuevo. Max imaginó que esos cebos atraerían la atención de algún bacalao, algún besugo, o lo que fuera que viviese allí abajo.

Con naturalidad, Max recogió su sedal, haciendo girar el carrete suavemente, hasta que el cebo apareció por la regala.

-¿Has cogido algo? -le preguntó Lola, aunque saltaba a la vista que no.

-Sólo han mordido un poco el cebo. -Max se levantó de la silla y se dirigió a la caja de pesca.

Lola levantó el extremo de la caña y volvió a bajarlo.

-Ah. ¿Puedo hacerte algunas sugerencias?

-No -contestó Max. Cortó el cebo de su sedal y buscó alguno de esos anzuelos emplomados que ella había atado al suyo-. Pero si necesito algún consejo sobre cómo hacer un sujetador, te lo pediré.

A pesar de ser un lanzador excelente, Max había pescado exactamente dos truchas de agua dulce en toda su vida. Veinte minutos antes no tenía interés especial en pescar alguna pieza. En el yate

había comida suficiente para unos cuantos días. Pero ahora Max se sentía atrapado en un reto no declarado y no estaba dispuesto a dejarse superar por una chica, y menos aún por ésa.

Max era un hombre. Un hombre que comía carne. Lola era modelo de ropa interior y tenía un minúsculo perro chillón. Max había sido miembro de la sexta unidad de las Fuerzas Especiales de la Marina en la época en que ésta capturó a Manuel Noriega, Pablo Escobar y media docena más de dictadores y capos de la droga. Max había participado en la planificación y el rescate del presidente de Haití Jean Bertrand Aristide, y cuando la unidad seis fue desmantelada, el Grupo Naval de Desarrollo de Técnicas de Guerra Especiales lo reclutó para dirigir un escuadrón de asalto antiterrorista. ¿Qué dificultad podía tener para él pescar un pez más grande que Lola Carlyle?

Max depositó la caña de pescar en el soporte de la silla. Sus calzoncillos estaban apunto de secarse, así que se dirigió al camarote y se vistió con los pantalones cortos que llevaba el día anterior. En la cocina, para desayunar, se decidió por unas uvas y las últimas barritas de cereales que quedaban y salió a cubierta.

Cuando se acercó a ellos, tanto Lola como el perro giraron la cabeza hacia él. La brisa marina jugueteaba con el dobladillo del chal que ella llevaba a manera de falda y con la cola de caballo que le salía por detrás de la gorra de béisbol. Mientras Lola, sin moverse de su puesto, continuaba izando y bajando el extremo de la caña, el perro saltó del asiento y siguió a Max hasta la silla. Cuando éste se sentó, el perrito se le subió a las rodillas.

-¡Eh! -exclamó Max, y apartó al perro a su muslo izquierdo. Se sacó del bolsillo las barritas de cereales y le lanzó una a Lola. A continuación, abrió una de miel y salvado, partió un trocito y se lo dio al perro. No soportaba el hambre. Ni siquiera el hambre de ese ridículo perro que se encontraba en su regazo.

-¿No me dijiste ayer que estabas en Nassau por un asunto del Gobierno?

Max la miró. Ella dio un mordisco a la barrita de cereales.

-Sí -contestó él.

Mientras el azul del Atlántico se rizaba detrás de ella y daba al barco un movimiento de vaivén, Lola prosiguió el interrogatorio:

-Pero hoy me has dicho que te obligaron a retirarte de la Marina.

-Exacto. -Baby masticó, tragó, y pidió más-. Hace cuatro años.

Lola introdujo el mango de la caña en el soporte y se giró hacia él.

-¿Cómo es posible? Si la Marina te ofreció dos opciones, retirarte o ir a prisión, ¿cómo puede ser que todavía trabajes para ellos?

Max depositó al perro en la cubierta y le dio otro trozo de barrita. Baby se lo tragó rápidamente y acto seguido subió al asiento, listo para una agradable siesta. El chapuzón de aquella mañana lo había dejado exhausto.

-Tu perro come como una lima.

-Mi perro tiene un nombre.

-Sí, y es vergonzoso para él también -repuso, aunque el chucho empezaba a caerle bien. A pesar de todo, el nombre le parecía absolutamente ridículo y Max no pensaba pronunciarlo, ni siquiera si lo amenazaban con morderlo o torturarlo.

-Estás evitando contestar a mi pregunta.

-No lo estoy evitando. Simplemente no te contesto.

-¿Eres una especie de espía?

-No. No trabajo para la CIA.

La visera de la gorra de Lola proyectaba una sombra sobre la mitad superior de sus gafas de sol.

-¿Eres uno de esos agentes secretos?

-Ves demasiada televisión.

-Y tú cambias de tema cada vez que te pregunto algo.

-Cada vez, no; solamente cuando me preguntas algo que no puedo contestar.

-Que no quieres contestar.

-No quiero y no puedo.

Lola se terminó la barrita de cereales.

-¿Estás casado? -continuó.

-No.

-¿Divorciado?

-No.

-¿Has engañado a alguna chica para que sea tu novia?

-Ya te lo dije. Yo no me involucro en relaciones sentimentales.

-Cierto. ¿Por qué?

-¿A qué viene tanta pregunta?

Ella se acercó un poco y, con un gesto, le pidió unas cuantas uvas.

-Perdí los prismáticos y el espejo en el mar, así que lo único que puedo hacer ahora es pescar. Me aburro, y ya que me has secuestrado, lo mínimo que puedes hacer es distraerme para que deje de pensar en cómo moriré en este barco.

Max le alargó un racimo y le paseó la mirada por el brazo, desde la tersa muñeca hasta donde se había remangado la blusa, a la altura del codo.

-No te he secuestrado, y todavía tenemos comida y combustible para un tiempo. Así que no es probable que mueras, de momento.

-A lo mejor me muero de aburrimiento. Estoy acostumbrada a mantenerme ocupada, y necesito algo que me distraiga.

Max la observó mientras ella se llevaba una uva a los labios.

-¿Qué propones? -le preguntó, aunque él tenía algunas ideas para distraerla que no tenían nada que ver con esa charla pero sí con la forma en que Lola chupaba las uvas antes de comérselas. Ojalá ella nunca le hubiera confesado que imitaba a Linda Lovelace.

-Háblame de ti -le pidió Lola, llevándose otra uva a la boca, y centró la atención en la caña de pescar.

Max se levantó de la silla con tanto ímpetu que el dolor en el costado le hizo apretar las mandíbulas con fuerza. Cogió la caña de pescar y se giró dando la espalda a Lola, ya que le había salido un bulto en los pantalones. Lola lo acusaría de querer entablar una relación «sentimental» con ella. Los sentimientos nada tenían que ver con la dirección que estaban tomando sus pensamientos, pero era imprescindible que esa dirección cambiara inmediatamente.

-¿Qué quieres saber?

-¿Te has casado alguna vez?

-No.

-¿Has estado apunto?

-Nunca.

-¿Por qué?

-Nunca encontré a una mujer que me hiciera pensar a largo plazo.

Lola se quedó callada por un momento.

-Quizá tengas fobia al compromiso -comentó al fin.

Ojalá le hubiesen dado un dólar cada vez que le decían eso. Parecía una idea universal entre las mujeres, como si hubieran nacido con esa manía en el cerebro.

-A lo mejor es que me gusta mi vida tal como es. -El tema del compromiso, que no era uno de sus favoritos, apaciguó bastante sus ardores-. ¿Cuántas veces has estado comprometida?

-Dos.

-Quizá seas tú quien tiene fobia al compromiso.

-No, más bien soy un imán para los idiotas.

Max la miró, miró los labios carnosos y los pómulos altos, los pechos grandes y las largas piernas. Lola Carlyle era un imán, cierto. Decididamente, le inspiraba pensamientos impuros.

-¿De dónde eres, Max?

Él dirigió la vista hacia el Atlántico.

-Nací en Miami y he vivido por todo el Sur. Principalmente en Tejas.

-¿En qué parte de Tejas?

-En todas.

-Pero no tienes acento. Una vez salí con un tejano y lo tenía realmente marcado.

Aparte de algunas cicatrices, Max no presentaba marcas ni tatuajes, y había eliminado cualquier acento que pudiera identificarle. Pero el Sur le corría por las venas y, a veces, cuando se sentía cansado o estaba relajado, le salía el deje sureño.

-Me preocupé mucho de eliminarlo. Además, mi padre era cubano, así que tampoco hablábamos así en casa. La verdad es que tuve que esforzarme más por eliminar el acento cubano que aprendí de él.

-¿Y tu madre?

-Murió cuando yo tenía tres años.

Lola se quedó un momento en silencio.

-Lo siento -dijo-. Debió de ser terrible para ti.

-No tanto. -Max fijó la vista en la cresta de las olas-. No la conocía, así que no la eché de menos. Pero mi padre la echó de menos cada día de su vida.

De repente, Max se preguntó por qué estaba contando todo eso. Él no era un hombre que hablara de sí mismo con cualquiera, y mucho menos con una mujer. Las mujeres siempre le daban unas palmaditas en la cabeza, lo analizaban de arriba abajo y le aconsejaban que siguiera alguna terapia. El hecho de que ahora le hablara así a Lola Carlyle era una muestra de su propio aburrimiento.

-¿Cómo se llamaba?

Él la miró.

-¿Por qué?

-Quiero saberlo.

-Eva Johansson Zamora. Era sueca.

Era mejor hablar con ella que pensar en cómo chupaba las uvas.

-Mi padre decía que yo era «cubeco».

Lola sonrió e inclinó el extremo de la caña arriba y abajo.

-No es una mezcla muy común, eso es cierto. ¿Cómo murió?

-Ella y mi padre cruzaban la calle Ocho en Little Havana cuando un coche la atropelló. Él contaba que sintió cómo su mano se soltaba bruscamente de la de él.

La sonrisa de Lola se desvaneció y la caña de pescar que tenía en las manos se quedó quieta.

-Eso es horrible, Max. ¿Y tú dónde estabas?

Ella no mostró demasiado sentimentalismo, no lo miró con compasión ni corrió a abrazarlo, de modo que Max continuó:

-Cogido de la otra mano de mi padre. Ninguno de los dos resultó herido. Ella murió antes de llegar al hospital.

-¿Tú lo recuerdas?

-En realidad no. Tengo un vago recuerdo de unas luces, pero eso es todo.

-Y yo que pensaba que había tenido una infancia difícil.

-¿Por qué fue tan difícil? -preguntó Max, contento por el cambio de tema.

-Bueno, en realidad no lo fue tanto. Pero pensaba que lo había sido-. Lola miró al océano mientras la brisa agitaba la manga de su blusa. -El hermano de mi madre era predicador baptista, y no era precisamente permisivo. Era de los que no te dejaban beber alcohol, pintarte los labios ni bailar, porque eso podía excitar a alguien. Esos comportamientos eran «mundanos» y «pecaminosos». Sólo se podía bailar en la iglesia, porque el espíritu era el que te inspiraba. En mi familia, tener un tío predicador era como tener al Papa en un hogar católico. Siempre teníamos que sentarnos en el rincón de las oraciones y decir en voz alta «alabado sea el Señor». El hecho de tener a un predicador en la familia significaba, para todos nuestros parientes, estar un paso más cerca de Dios que el resto de mortales. Por eso, cuando a los tres años le pedí a Papá Noel que me trajera un pintalabios, sombra de ojos y unos sujetadores transparentes nadie en la familia sonrió. Cuando tenía quince años, me pillaron bebiendo y mi familia se escandalizo.

El extremo de la caña de pescar se agitó, pero Lola continuó:

-Mi madre estaba convencida de que había heredado los genes anormales de la familia de mi padre. Él tenía unos primos que bebían a morro y fornicaban como marineros de permiso.

Max se rió con ganas.

-Supongo que ser modelo de ropa interior no ayudó mucho,

-Al principio no, pero cuando sorprendieron al tío Jed con una de las chicas Lyle detrás del púlpito, Millicent creo que se llamaba... -Lola se encogió de hombros-. Representó a la perfección el papel de culpable arrepentido, pero Millicent todavía no era mayor de edad y se quedó preñada, así que su propia esposa abandonó la iglesia. Después de eso la familia se comportó como las ratas que abandonan un barco que se hunde y de repente, mi trabajo ya no les parecía tan malo. -Lola le miró un momento y le sonrió-. Me alegraba de no ser ya la mayor pecadora del mundo.

Ahora, al observarla bien, ahí de pie, con los pies descalzos, esas piernas largas, y esa gorra calada hasta la mitad de la frente, Max se dio cuenta de que ya no era para él esa insoportable modelo de ropa interior que había imaginado cuando vio su carné de conducir. Ahora era algo más que una mujer bonita con un estupendo cuerpo en medio del mar azul y bajo un cielo todavía más azul. Ahora veía a una mujer que tenía problemas como todo el mundo. Una mujer con sentido del humor, capaz de reírse de sí misma.

-¿Hermanos o hermanas?

-Una hermana mayor, Natalie. Era una chica perfecta. Nunca le atrajeron ni el pintalabios ni la bebida. Tiene cinco niños perfectos y es una esposa perfecta. Tiene un marido perfecto, Jerry, que en realidad es un chico muy majo.

Por un momento, a Max le pareció que Lola envidiaba a su hermana. ¿Lola Carlyle, la modelo de trajes de baño del *Sports Illustrated,* envidiaba a un ama de casa? Imposible.

-No me digas que quieres tener cinco niños.

-No, sólo dos. Pero primero tengo que encontrar un marido. Por desgracia, eso significa que tengo que empezar a salir con hombres otra vez. Y parece que atraigo a hombres posesivos, o, peor aún, a hombres increíblemente necesitados a quienes acabo cuidando yo. -Hizo una pausa p respirar y preguntó-: ¿Tú quieres tener niños?

Niños era lo último que Max quería.

-No.

Ella estudió su rostro por un momento.

-Parece que te haya preguntado si quieres tener dolor de muelas. ¿Es que no te gustan los niños?

Los niños le parecían bien, siempre y cuando fuesen los niños de los demas.

-¿De verdad quieres que me crea que no sales con nadie? -le soltó Max en lugar de contestar a su pregunta.

Lola suspiró ante ese intento de cambiar de conversación, pero lo dejó estar.

-Hay algunas diferencias entre salir a cenar con un hombre y desear que sea el padre de tus hijos. No tengo precisamente el mejor recuerdo de los hombres. -De repente, la caña de pescar de Lola se dobló con fuerza y casi se le escapó de entre las manos-. ¡Creo que he pescado algo!

Al ver que la caña se doblaba, Max dejó la suya en el soporte de su silla.

-¿Necesitas ayuda?

-No. Pero tráeme la red -le pidió Lola mientras abría la puerta de la plataforma de baño. Bajó las escaleras mientras empezaba a recoger el sedal y añadió-: También debe de haber algo para tirar del anzuelo.

Max encontró una red en la caja de la que había sacado las cañas y el resto de equipo. También había algo parecido a unos alicates.

Como era de esperar, ella estaba demostrándole que pescaba mejor que él.

-¡Date prisa! -lo apremió ella mientras bajaba las escaleras.

Ahora las olas eran un poco más altas y el agua de mar les llegaba a los pies. El primer pez que emergió era de color azul y tenía la cola y los ojos de un amarillo brillante. Max no tenía idea de qué pez era, pero el segundo pez debía de ser una variedad de mero. Era de color beige con rayas marrones y puntos grises, y Max calculó que pesaba unos seis kilos. Recogió los peces con la red; el de color azul agitaba la cola frenéticamente.

Se dirigieron de nuevo a la cubierta de popa. Mientras Max llevaba los peces en la red, Lola le dio algunas instrucciones:

-Hay que sacarles los anzuelos y ponerlos en un recipiente con hielo o en algún lugar frío. Puedes limpiarlos ahora, si quieres.

Ningún problema, pero no eran sus pescados.

-Creí que me habías dicho que pescabas con tu abuelo en su barco.

-Así es, pero era él quien sacaba los anzuelos y los limpiaba. -Lola frunció las cejas y lo miró-: Eso es trabajo de hombres.

-¿Y tu único trabajo es sacar los peces del agua?

-Claro -le contestó, como si Max fuese tonto.

Pero Max no era tonto en absoluto y se daba cuenta de que era ella quien establecía las reglas sobre la marcha. Sacó el pescado azul de la red, le extrajo el anzuelo de la boca y lo dejó sobre la cubierta.

-¿No son preciosos? -exclamó Lola con orgullo, como si fueran una creación suya.

-Están bien. -Sacó el otro y también le quitó el anzuelo. Vale, había cobrado dos piezas, ¿y qué?-. En Malasia, durante una misión, disparé a una cobra a la cabeza y me la comí para desayunar.

Lola lo miró de reojo.

-¿Y exactamente por qué me cuentas esto?

Max dejó el pescado al lado del otro, pero no contestó. No sabía por qué le había contado esa estúpida historia. A no ser que hubiera querido impresionarla, lo cual era difícil de admitir incluso ante sí mismo.

-¿Te sientes amenazado?

Max se volvió hacia ella.

-¿Por qué?

-Por mí. ¿Es que mi habilidad para la pesca amenaza tu masculinidad?

Max rió. No se sentía amenazado, solamente se sentía ridículo.

-Tesoro, mi masculinidad está estupendamente. Hace falta algo más que tu pequeño ejercicio de pesca para que me sienta poco hombre.

-Pareces celoso.

Quizá lo estaba un poco, pero nunca lo reconocería. Nunca.

-¿De estos dos pescaditos? Bueno, quizás en otra vida.

Baby saltó del banco y se acercó a los pescados. El mayor sacudió la cola contra la cubierta y el perro retrocedió de un salto.

-Vigila a *Baby* mientras busco un recipiente con hielo -le dijo ella, y entró en la cocina.

Max echó un vistazo a la puerta de la cocina.

-No seas tan mariquita -dijo en voz baja-. Vamos. -Se negaba a llamar al perro por ese ridículo nombre, así que continuó-: Acércate, *B.D.,* y enséñales a esos pescados quién manda aquí.

Animado por esas expresiones de aliento masculinas, *Baby* se acercó a la cabeza del pescado, lo olisqueó un par de veces y le lamió un ojo.

-Muy bien, buen chico.

-¡Baby! -Lola salió de la cocina y dio un manotazo a la nevera de plástico que llevaba. La dejó en la cubierta y miró a Max-. Creí que lo vigilabas.

Max no recordaba haberse comprometido a nada.

-Tu perro no oye del todo bien.

Dentro de la nevera, ella había puesto dos bolsas de hielo artificial.

-El hielo del congelador está bastante derretido, pero el de estas bolsas está bien -le dijo y, levantando la vista hacia él, ordenó-: Vamos, ponlas dentro.

Max tampoco recordaba haber aceptado ser su criado.

-Ese honor te corresponde a ti.

-Por mí, bien. A ti las manos todavía te huelen a pescado. -Y, tras fijarse en la ropa que llevaba, agregó-: y yo voy de blanco.

-Ajá.

Max se arrodilló al lado de la nevera y colocó los pescados dentro. Entonces se percató de que su silla se estaba desplazando un poco por la cubierta y que la caña colocada en el soporte estaba prácticamente doblada , en dos.

-¡Joder! -exclamó, levantándose. Notó que el dolor en el costado remitía bajo la súbita descarga de adrenalina. Asió la caña de pescar y empezó a enrollar el sedal mientras avanzaba hacia la plataforma.

-Tráeme la red -le gritó a Lola. Las olas rompían contra la plataforma y el agua le lamía los pies. Max levantó la caña, dando vueltas al carrete como un loco. Comparado con las dos truchas que había pescado, ese pez pesaba como un tractor.

En cuanto entrevieron el tono rojizo del pez bajo la superficie del agua, Lola lo recogió con la red y Max la ayudó inmediatamente a izarlo a bordo. Sosteniendo la caña con una mano, estudió el brillante besugo. Pesaba, por lo menos, once kilos.

Una vez más, siguió a Lola hasta la cubierta de popa y extrajo el anzuelo.

-Fijate en esto -dijo mientras se arrodillaba y lo extendía sobre la cubierta. Era lo más bonito que había visto en mucho tiempo, con sus pequeñas escamas rojas y las delicadas aletas.

-Es sólo un pez.

Max se levantó y dio un paso atrás para admirar su presa.

-Es enorme.

Lola cruzó los brazos.

-Bueno, pero yo he pescado más que tú.

-Tus dos pescados juntos no pesan ni lo mitad que el mío.

-¿Nunca has oído eso de que el tamaño no cuenta?

Max se volvió hacia ella.

-Tonterías. -Max rió al ver que Lola tenía los labios apretados-. Sólo un tipo con el paquete pequeño se creería eso.

Lola frunció el entrecejo con fuerza.

-Yo sé que es verdad.

Max rió con ganas.

-Puedo demostrarte que estás equivocada.

-Gracias, pero otra vez será.

-Cuando quieras, Lolita.

6

Lola puso arroz a hervir y mezcló orégano, romero, pimienta de cayena y un pellizco de sal en un cuenco.

«Cuando quieras, Lolita.» Max casi se lo había susurrado al oído. Bueno, quizá no lo había susurrado y quizá tampoco se lo había dicho al oído: se encontraba demasiado lejos de ella. Aun así, lo sensación que la había asaltado era de que se lo había susurrado al oído, de que había bajado la voz hasta convertirla en una caricia íntima que le había erizado el vello de lo nuca. Una experiencia no del todo desagradable. Lo cual era malo. Muy malo y peligroso.

Ya la primera noche que lo vio supo que era un hombre peligroso, pero no se había dado cuenta de que el peligro estaba en pensar en él como un hombre y no como un ladrón o un pirata. No había querido mirarlo a la cara magullada y ver más allá de los morados y las heridas. El azul de sus ojos, su piel morena y su pelo oscuro. La determinación de lo mandíbula y del mentón y lo sensualidad de sus labios, que habrían dado un aspecto blando a cualquier otro hombre, pero no a Max. Max tenía una sangre compuesta en un noventa y nueve por ciento de pura testosterona; no cabía lo menor duda de que era un macho cien por cien heterosexual.

Lola no quería ver al hombre que había en Max, el hombre que podía matar dragones, que rescataba doncellas y perritos en peligro de ahogarse, que pescaba los peces más grandes.

Sólo después de haber admirado su presa desde todos los puntos de vista y de haberla sopesado con los brazos, como si fuera el mayor pescado que se hubiera capturado nunca, Max se puso a limpiar los pescados. Lo hizo como un profesional. Habían pescado más de lo que se podían comer, así que empaquetaron los filetes y los metieron al fondo del congelador.

Mientras Max encendía los motores y limpiaba un poco, Lola se dedicó a buscar especias en lo cocina. Encontró aceite de oliva, cinco limones y arroz en lo alacena. Mientras el arroz se cocía, aderezó cuatro filetes pescado y les añadió un pellizco de pimienta negra. Cuando el aceite estuvo caliente, colocó los filetes en lo sartén y los frió durante siete minutos por cada lado.

Lola no se consideraba una gran cocinera, pero parte del tratamiento contra la bulimia consistía en establecer una relación sana con los alimentos, en aprender a comer de nuevo. Y eso significaba aprender a preparar algo más que un plato precocinado. Había tomado algunas clases, pero de donde más había aprendido era de los libros de cocina que había coleccionado, procedentes de todas partes del mundo. Tenía ciento doce, y algunos de ellos le resultaban ilegibles, porque estaban en francés, italiano o español. Los había comprado durante los últimos años de su carrera como modelo, cuando su enfermedad se encontraba en su fase más aguda. En aquella época, todos sus pensamientos se concentraban en lo cantidad de grasa que tenía una pechuga de pollo, en las tablas de calorías y en calcular cuánto ejercicio tendría que hacer para quemar las calorías de un yogur. Esa pérdida de control y los banquetes que se daba acababan inevitablemente en un ataque de culpa y una excursión al baño.

Bueno, no era una imagen muy edificante, pero Lola había sido afortunada. Nunca había tocado una jeringa ni sucumbido a las anfetaminas, un precio que muchas mujeres pagaban por llevar esa vida de glamour, por tener ese cuerpo irreal que lo industria y el público exigían. Ahora, tres años después de todo eso, Lola todavía vigilaba lo que comía, pero lo hacía para no perder peso, pues eso podía sumergirla en otra espiral incontrolada.

La puerta de lo cocina se abrió, y Max entró con el sol de lo tarde a la espalda y con *Baby* a sus pies. Casi tocaba el techo de lo cocina con lo cabeza y parecía llenar todo el espacio con sus anchos hombros. Se había lavado y se había puesto una camisa tejana limpia que había encontrado en el camarote. Le venía pequeña, por supuesto, y había tenido que cortar las mangas para poder ponérsela. La llevaba sin abrochar sobre el ancho pecho.

- Huele como mi restaurante favorito de Nueva Orleans -dijo, mientras servía dos vasos de un vino blanco que había encontrado en lo bodega de los Thatch.

Lola dispuso el besugo y el arroz en una bandeja, lamentando no tener un poco de calabacín o calabaza para adornar el plato. Ya había puesto lo mesa, y colocó lo bandeja en el centro.

A *Baby* le había limpiado y cocinado lo que había sobrado del pescado azul, justo lo cantidad que necesitaba. Los dos se sentaron a lo mesa y *Baby* se puso a comer de un platito que le habían dejado en el suelo.

Max atacó su filete con el entusiasmo de un hombre que ama lo comida. No ponía los codos sobre lo mesa ni mascaba con lo boca abierta, pero se notaba que estaba disfrutando.

-Esto supera en mucho las barritas de cereales y las galletas saladas-comentó entre bocado y bocado.

Lola levantó su vaso y tomó un buen trago. Ese cumplido lo halagaba, más de lo que le habría gustado admitir, por lo que decidió mantener la guardia alta. No se encontraba en una reunión social, y él no era su novio, ni siquiera su amigo. Había cocinado para él simplemente porque tenía que cocinar para sí misma. Era una cuestión de supervivencia. Nada más.

Mientras se llevaba un trozo de pescado a lo boca, Lola lo observó. Todavía llevaba las tiritas en lo frente y tenía el ojo izquierdo amoratado, pero lo hinchazón había desaparecido por completo. La luz del sol que entraba por las ventanas se reflejaba en los cromados de los utensilios de cocina. Un brillo etéreo inundaba lo cocina, dándole un aire de irrealidad. Nada parecía real. Ni él, ni ella, ni el *Dora Mae.*

Él levantó lo vista y, bajo las cejas oscuras y las pestañas negras, sus ojos azules miraron directamente a los de Lola. Entonces Max sonrió y a Lola le costó tragarse lo que estaba

masticando. Tenía que irse a casa. No sólo tenía que contratar aun detective privado y recuperar su vida de siempre, sino que cuanto más tiempo pasara al lado de Max más le costaría no verlo como aun hombre. Un hombre que, a pesar de esas heridas, hacía que una mujer se mirase en el espejo y se tomara una pastilla de menta. Un hombre que podía abrazarla contra su enorme pecho y asegurarle que todo iría bien, que él resolvería todos sus problemas. Aunque, de hecho, él era el causante de sus problemas.

Lola se había convencido de que él no había querido involucrarla en sus asuntos ni en su huida de Nassau, que ella simplemente se había encontrado en el lugar equivocado en el momento equivocado. Él tenía que huir rápidamente de la isla y no se había imaginado que ella se encontraba en el yate. Creer eso no habría debido cambiar su opinión sobre él, pero de alguna manera sí lo había cambiado. Además, desde que él había salvado a *Baby,* ella ya no podía odiarlo tanto. Al contrario. Cuanto más distante se mantenía él, más intrigada se sentía ella.

Lola, que nunca se había caracterizado por su paciencia o su sutil se moría por saber más cosas de él.

-Entonces -empezó-, si no eres de lo CIA, ¿eres uno de esos ti de las operaciones encubiertas?

-¿Ya estamos otra vez con eso?

-Sí. Si estás retirado de lo Marina, como dices, ¿qué tipo de trabajo haces para el Gobierno?

Lola tomó unos cuantos bocados de pescado y luego bebió un buen trago de vino. Max se terminó su plato.

-Podría decírtelo -le contestó mientras alargaba el brazo, cuyos músculos captaron lo atención de Lola, para servirse otra ración-. Pero, entonces tendría que matarte.

-Muy divertido. -Lola dejó su vaso sobre lo mesa-. ¿Por qué no me cuentas los detalles menos mortíferos?

Max se rió y, para sorpresa de Lola, comenzó a explicarle:

-Digamos que, hipotéticamente, algunas de las cosas que el Gobierno quiere que se hagan no pueden hacerse por los canales habituales. En esos casos es cuando me contratan.

-Por ejemplo, ¿qué?

-Pues quizás entrar en alguna instalación clave, o desmantelar un convoy de armas ilegales en Afganistán. -Max mascaba despacio, pensativo, como midiendo exactamente qué podía decirle-. No es un secreto que el gobierno de Estados Unidos tiene normas y vías para cualquier cosa, y algunas de esas vías son inaceptables desde el punto de vista de vista de la política nacional. Algunos objetivos enemigos, como las plantas de armas químicas, sólo pueden atacarse en una acción militar. Pero cuando los militares trazan un plan y el presidente firma lo orden, los malos ya se han enterado de todo y han retirado las armas químicas, o las cabezas nucleares, o lo que sea. Uno de los procedimientos del Gobierno para contrarrestar esto consiste en subcontratar una, o incluso cinco personas que hagan ese trabajo.

-Y una de esas personas eres tú.

-Quizás.

-Entonces, ¿eres como James Bond mezclado con Jean-Claude Van Dame?

Max sonrió y continuó comiendo. Lola también tomó otro bocado, pero no había terminado.

-¿Qué es eso del grupo de desarrollo que mencionaste ayer?

-El Grupo Naval de Desarrollo de Técnicas de Guerra Especiales.

-Sí. ¿Es como un equipo de fuerzas especiales de lo Marina?

-En cierto modo -le contestó él mientras comía-. Casi todas las operaciones del Grupo son clasificadas y forman parte de las actividades del CUDE.

-¿Qué es el CUDE?

-El Comando Unificado de Operaciones Especiales.

Lola arqueó las cejas.

-Entonces, ¿qué es lo que haces?

Max se llevó un poco de arroz a lo boca y lo regó con un poco de vino.

-El Grupo Naval es una unidad antiterrorista.

-Y hace exactamente lo que el nombre da a entender, aunque el Gobierno lo negaría. También invertimos mucho tiempo y dinero de los contribuyentes en desarrollar, probar y evaluar tácticas, armas y equipo. Así es cómo el Gobierno pudo dirigir esas acusaciones falsas contra mí.

-Un momento. -Lola levantó una mano-. ¿Tú probabas los equipos? ¿Equipos eléctricos?

-De todo tipo.

Una pequeña esperanza brilló en los ojos de Lola.

-Entonces puedes fabricar una radio, ¿no?

Max levantó lo vista del plato con el ceño fruncido.

-Lola, incendiaste lo radio, el sistema de navegación y hasta el medidor de profundidad.

Lola no se tomó lo molestia de señalar lo parte de responsabilidad que él había tenido en todo eso.

-¿No queda nada con lo que puedas construir una radio nueva?

-Qué, ¿mi zapato?

-No lo sé. No sé nada de electrónica.

Max se reclinó en el respaldo de su asiento.

-Entonces créeme: no podemos establecer contacto por radio con lo que tenemos.

El brillo de esperanza desapareció, Lola tomó otro trago y alcanzó la botella para ponerse más vino. Hizo el gesto de servirle también a él, o Max colocó su mano sobre el vaso.

-Hay una botella de vino tinto, si lo prefieres.

Al dejar lo botella en lo mesa, Lola sintió que el vino se le subía y la hacía entrar en calor de lo cabeza a los pies. Normalmente, no era tan sensible al alcohol, pero supuso que lo falta de alimento tenía algo que ver que le hiciese más efecto de lo normal.

-No, gracias. Prefiero beber cerveza de lo botella, como los primos de tu padre.

Max recordaba lo que ella le había contado acerca de su familia. Le había prestado atención. Para ella, eso era extraño. Lo más habitual era que los hombres prestaran más atención a su físico que a sus palabras.

-¿También prefieres fornicar como un marinero de permiso? -preguntó Lola sin pensar.

Max se quedó inmóvil por un momento, mirándola.

-Es un tema en el que decididamente no deberíamos entrar.

Quizá Max tuviera razón.

-¿Por qué no?

-Porque no creo que tengas ganas de saber nada de marineros cachondos.

No, Lola no quería saber nada de marineros. En esa cocina iluminada con ese toque de irrealidad, Lola sólo quería saber cosas de Max Zamora, el tipo que se había comido una cobra para desayunar.

-¿Tienes una novia en cada puerto?

- ¿Una novia?.

Baby subió al asiento y se enroscó al lado de Lola.

-¿Había más de una?

-¿De verdad quieres saberlo?

¿Quería saberlo? Lola había viajado a prácticamente todos los países del mundo y había visto muchas cosas. Había experimentado unas cuantas también, pero estaba segura de que no era comparable a todo lo que había vivido Max.

-¿Por qué no?

-Muy bien, pero recuerda que eres tú quien ha preguntado. -Max se inclinó hacia delante y puso los brazos sobre lo mesa-. Si eres un chico joven que pasa meses sin comerse un ro.. -se interrumpió y recondujo sus pensamientos-: Si te privas de ciertas cosas durante meses, al final eso es en lo único que piensas. Cuando llegas a un puerto, tiendes a volverte un poco loco y saltas encima de cualquier cosa que tenga dos tetas. -Hizo otra pausa y añadió-: Lo siento, quería decir pechos.

Lola se mordió el labio para no reír. Tenía que admitir que por lo menos Max había intentado suavizar su lenguaje, pero si creía que lo había escandalizado, estaba muy equivocado. Lola se había relacionado con demasiados fotógrafos malhablados, agentes de dudosa reputación y playboys sobones para escandalizarse por eso. El hecho de que ella no utilizara ese lenguaje no significaba que no lo hubiese oído antes. Había oído cosas incluso peores de boca de hombres que

pensaban que, porque lo habían visto en ropa interior, debía gustarle que le susurrasen obscenidades en lo oreja.

-¿Y los chicos mayores? -preguntó-. ¿También tenéis tendencia a volveros locos?

Max se apoyó en el respaldo.

-Sí, pero sabemos cómo templarnos. -Max dirigió lo vista a los labios de Lola-. ¿Quieres conocer los detalles?

Lola entreabrió lo boca sin darse cuenta y una imagen de él le vino a la mente de forma repentina. Era una visión de los fuertes músculos de su pecho, del vello oscuro que le crecía en el abdomen y que le bajaba por el vientre plano para desaparecer bajo los calzoncillos mojados. Una visión de cómo el algodón gris le marcaba sus impresionantes dotes. «Puedo demostrarte que estás equivocada», le había asegurado él antes cuando hablaban del tamaño. Ahora, Lola le creía.

Sus miradas se cruzaron, y el aire húmedo se cargó de tensión sexual. Lola lo notaba cálida y vibrante en sus venas, como el vino. Vibrante y todo era culpa suya. Había jugado con fuego.

Max enarcó una ceja, como preguntándole en silencio si quería continuar jugando. Lola no tenía dudas de que con un hombre como Max, ella llevaba las de perder. Ese hombre podía encender en ella un fuego devorador. Era el tipo de hombre que estaba decidido a ganar a toda costa. Todo o nada. Aunque Lola no era una mujer especialmente prudente, tampoco se acostaba con cualquier hombre que acabase de conocer.

A los diecisiete años Lola perdió lo virginidad con un chico que se llamaba Rusty, y nunca lo había lamentado. A diferencia de otras mujeres que conocía, Lola jamás había tenido una mala experiencia sexual de verdad, simplemente las había tenido con diversos grados de placer, de normales a fabulosas. Tenía lo sensación de que Max entraría en esta última categoría, pero lo había visto por primera vez hacía dos días y durante lo mayor parte de ese tiempo ni siquiera le había caído bien. En realidad, tampoco quería que le cayese bien ahora, pero parecía que no había forma de evitarlo. Era momento de retirarse. Momento de cambiar de tema.

-Entonces, ¿dónde me dijiste que vivías? -le preguntó.

Max esbozó una sonrisa.

-En Alexandria, Virginia -contestó.

La conversación derivó hacia lo casa de más de doscientos años de antigüedad que Max estaba restaurando.

Ella le contó cómo había iniciado su negocio tras decidirse a establecerlo en Carolina del Norte porque ella era de allí. Él le habló de su empresa seguridad y de que lo había levantado porque necesitaba un trabajo de verdad. La tensión entre ellos se enfrió y todo volvió a su cauce. Aunque no del todo. Ahora que esa tensión había aparecido, permanecería allí, flotando entre ellos. Al igual que lo humedad, Lola casi podía tocarla.

El aire de lo sala de máquinas era espeso como el alquitrán y casi igual de negro. Max enfocó el motor de 440 caballos con la linterna y lo apagó. Se limpió con lo camiseta el sudor de lo cara, que le bajaba hasta el pecho. Paseó el haz de luz por encima de los generadores y del depósito de agua hasta el cilindro del timón.

Quizás hubiese pasado algo por alto. Tal vez hubiera alguna forma de dirigir el barco desde lo sala de máquinas. Con lo frente y lo nariz empapadas de sudor, Max se dirigió a lo escotilla. Mientras salía del vientre de la embarcación oyó los ladridos de *Baby* y lo suave respuesta de Lola. Después de comer, Lola le había comunicado que pensaba tomar un baño, y no había hecho falta decir una palabra más para que quedara entendido que él debía buscarse una ocupación en algún otro lugar en ese momento. Lola se llevó champú, jabón y el cepillo de dientes que se encontraba en remojo en un vaso de ron. No preguntó cómo había llegado hasta allí, y él no le dio explicaciones.

Cuando cerró lo escotilla por donde había salido, Max no pudo evitar ver el chal rojo y lo blusa blanca encima de lo silla. El mar se había calmado durante lo última hora, y Lola y el perro se encontraban en lo plataforma de baño. Ella se había lavado el pelo, estaba sentada con las piernas colgando de lo plataforma, y el pelo le caía sobre los hombros. Llevaba unas bragas rosadas y un sujetador del mismo color. Se encontraba de espaldas a Max y aunque éste sólo alcanzó a ver el

lateral de uno de sus pechos, no necesitó verlos por entero para sentir el impacto en lo ingle. Había intentado no hacer caso de aquel ardor acuciante desde que, esa mañana, había estado a punto de besarla, pero ese ardor se había hecho más intenso a lo largo del día. Sobre todo durante lo comida.

Max dio media vuelta y entró en lo cabina. Inspiro con fuerza y dejó salir el aire despacio. Estaba atrapado. El día anterior se había sentido contento con la perspectiva de dejarse arrastrar por la corriente durante unos días hasta llegar a Bimini. Pero ahora no estaba tan seguro de que no fuera más conveniente lanzar alguna señal y arriesgarse con los Cosella. Lola lo estaba volviendo loco. Casi prefería que ella lo insultase y lo mirase de nuevo como si él fuera un violador en potencia a que clavase en él esos grandes ojos marrones y le hiciese más preguntas sobre su vida sexual. Eso lo obligaba a recordar cuánto tiempo hacía que no estaba con una mujer, a imaginar qué haría ella si él, de repente, le arrancaba el chal que llevaba a manera de falda y pusiera manos a lo obra allí mismo, encima de lo mesa de lo cocina. Sólo con mirarla lo asaltaba lo imagen de sus manos subiendo por las largas piernas de Lola y de éstas enlazadas alrededor de su cintura.

Lola Carlyle constituía una amenaza para su salud mental. Su presencia suponía un incesante ataque a sus sentidos, y no había ningún lugar donde Max pudiese esconderse de ella, ningún rincón donde pudiera estar a salvo de su mirada, de la visión de ella bañándose en el mar, del sonido de su voz, del olor de su cabello mecido por la brisa. Cada vez le resultaba más difícil tener las manos quietas y acordarse de por qué debía hacerlo.

Con los prismáticos en la mano, Max abandonó la cabina y se encaminó hacia el puente, arrastrando la silla detrás de sí. Aunque Lola todavía se encontraba en la plataforma de baño, *Baby* lo siguió. El perrito se sentó a sus pies y Max se puso a escudriñar el vasto océano sin ver nada. Notó que el perro se tumbaba a su lado, así que bajó los prismáticos y lo miró.

-¿Qué necesitas? -le preguntó.

Pero *Baby* parecía conformarse con estar a su lado. Junto a la peluda cola del perro se encontraba la pistola de bengalas que había desencadenado todo el desastre. Max la recogió y la observó.

No, no la utilizaría para señalar su posición a otro barco por mucho que Lola la hiciese enloquecer. Pero podría resultar útil cuando se acercaran a Bimini.

Síndrome de Estocolmo. Lola decidió que *Baby* tenía el síndrome de Estocolmo. Desde que Max la había rescatado del agua, el perro había desarrollado una especie de culto al héroe. Había establecido un vínculo con Max sin esperar que éste diese su aprobación. Y desde allí, sentada en el sofá del salón, no le pareció que este vínculo fuera totalmente unilateral. Lola echó un vistazo por encima del ejemplar de *Pesca en agua salada* que intentaba leer sin ningún éxito. En la cocina, Max estudiaba un montón de mapas que había desparramado sobre la mesa y apartaba continuamente a *Baby.*

-¡Quítate de ahí, *B.D.!* -le ordenó mientras intentaba trazar una línea sobre un mapa.

Max calculó algo con el sextante y trazó otra línea. El sol se había puesto hacía una hora y los motores estaban en marcha otra vez. La luz de la lámpara iluminaba el pelo de Max y las orejas del perrito.

Lola no sabía qué pensar acerca del afecto que *Baby* le había cobrado recientemente a Max. Lola nunca había compartido ese afecto con nadie y tenía que admitir que estaba un poco celosa. Pero al mismo tiempo, se alegraba de que su perro hubiese encontrado compañía masculina, aunque fuera temporal. *Baby* necesitaba una influencia masculina en su vida y Lolla se sentía aliviada de que Max ya no amenazara con lanzarlo por la borda o con comérselo.

Se levantó y se dirigió a la cocina.

-¿Tienes idea de dónde nos encontramos? -preguntó cuando se acercó a la mesa. Max levantó la vista por un momento.

-Aquí -dijo por toda respuesta, y señaló un punto en el mapa.

Lola no podía creer que tuviese que tirarle de la lengua otra vez para sacarle información elemental.

-¿Dónde es «aquí»?

-Unos nueve kilómetros al sureste de Bimini.

-¿Cuánto tardaremos en llegar?

-No la sé. Hoy no hemos avanzado mucho.

Max cogió la pistola de bengalas, una carpeta y un tubo de Super Glue.

-¿Qué vas a hacer?

Esta vez, Max ni se molestó en alzar la vista.

-Voy a construir una radio, como me pediste.

Sin una palabra más, alcanzó unos prismáticos nuevos que había encontrado por ahí y se los lanzó a Lola.

-Haz algo útil.

Vale, algo lo había puesto de mal humor, así que Lola pensó que más valía despejar la zona. Con los gemelos en la mano, salió, se apartó de la luz que bañaba la cubierta de popa y se internó en la oscuridad. El cielo estaba plagado de estrellas. Lola miró alrededor hasta que localizó la Osa Mayor. El viento le revolvía el pelo, y ella se lo recogió dentro del cuello de la blusa.

Con los prismáticos observó el océano Atlántico. Max no sólo estaba de mal humor, sino que era evidente que la evitaba. Lo cual no dejaba de tener su ironía. El día anterior era ella quien rehuía su presencia.

Parecía que Max se encontraba siempre en el extremo opuesto del yate. Al principio, Lola creyó que era porque ella se estaba bañando y él quería respetar su intimidad, pero cuando ella ya se había vestido y se había topado con Max en la proa, él se había limitado a darle los prismáticos y a alejarse sin decir ni pío.

En la plataforma de baño, Max se había quitado la ropa y, con reflejos del sol en el negro cabello, se había lanzado al mar. Lola se había sentado a proa con las piernas colgando por la borda y, sujetando los gemelos en una mano, había estado observándolo mientras él nadaba alrededor del *Dora Mae.* Alguna vez él había levantado la vista y la había dirigido hacia donde ella se encontraba, pero no había parado de nadar hasta que hubo transcurrido una hora. No cabía la menor duda de que Max la estaba evitando desde la comida.

La brisa batía el chal contra sus piernas y un escalofrío le recorrió el cuerpo. Echó una ojeada a babor por los prismáticos, por encima de la espuma blanca de las olas. El yate cabeceaba sobre las olas y, por una fracción de segundo, le pareció divisar un destello. El corazón le latía con fuerza mientras esperaba a que el destello apareciese otra vez. Pasaron unos largos segundos hasta que volvió a verlo.

-iMax! ¡Max, ven! iCreo que he visto algo! -gritó. No quería ir a buscarlo por miedo a perder de vista la luz. Max no aparecía, así que gritó de nuevo, más alto-: ¡Max, ven! ¡Corre!

-¡Dios santo! -exclamó él al salir de la cocina-. ¿Qué quieres?

La luz volvió a brillar.

-Veo algo. Veo una luz.

-¿Estás segura?

-Estoy segura.

Max se colocó detrás de ella, rozándole la espalda con el pecho. Cogió sus prismáticos y se los llevó a los ojos.

-¿Dónde?

Lola ya no alcanzaba a verla, pero levantó el brazo y señaló.

-Justo ahí delante. ¿La ves?

-No.

-Fíjate bien. Está ahí.

Por unos momentos, sólo se oyó el sonido de las olas que rompían contra el barco.

-Ah, sí -dijo Max de pronto-. Ahí está.

-¿Qué es?

-No esto seguro. Está demasiado lejos. Podría ser un barco. O una boya. -Max hizo una pausa tan larga que a Lola le entraron ganas de gritar. Finalmente, agregó-: Se mueve, así que no es una boya.

-¿Qué hacemos?

-Nada.

-No puedes hablar en serio. ¡Tenemos que hacer algo!

Max bajó los prismáticos y la miró a los ojos en la oscuridad, pero no dijo nada.

-Por favor, Max. Haz algo.

Él continuó mirándola y Lola estaba a punto de rogárselo de nuevo cuando le ordenó:

-Ve a buscar las bengalas que quedan en la caja. La pistola está encima de la mesa. -Y con calma, añadió-: Enciende todas las luces que encuentres.

Max se mostraba calmado, mientras que Lola estaba histérica. Corrió hasta el armario y cogió las tres bengalas que quedaban. Encendió las luces del camarote y los dos baños. Al regresar, recogió la pistola de la mesa de la cocina.

-¿Está ahí todavía? -preguntó sin aliento, como si hubiera corrido durante una hora.

-Sí, pero necesitamos que se acerque un poco más.

-¿Cuánto?

-Tanto como sea posible.

Lola tenía la boca seca y se pasó la lengua por los labios.

-¿Lola?

-Qué.

— lntenta respirar hondo y despacio.

Sí, claro.

-Vale.

-Si vuelves a hiperventilar, es cosa tuya.

Lola se llevó una mano al pecho e inspiró con fuerza. No quería hiperventilar, desmayarse y que no la rescataran.

-Se acerca.

-Sí.

A Lola le pareció que habían pasado cinco minutos cuando él le alargó los prismáticos y ella le dio la pistola de bengalas.

-Apártate. No sé si esta cosa va a funcionar.

Lola retrocedió hasta estribor y observó desde la oscuridad cómo Max cargaba la pistola.

-Llama a tu perro -le indicó.

Cuando *Baby* estuvo con ella, Max levantó el brazo y apretó el gatillo.

No pasó nada.

-iMierda!

Volvió a amartillar la pistola y disparó. Esta vez una bola roja salió del cañón con un ruido más fuerte de la que Lola recordaba. La bengala subió en un ángulo de noventa grados hasta una altura de unos ciento cincuenta metros y estalló como en un espectáculo pirotécnico. El resplandor duró unos cuatro segundos y, acto seguido, se extinguió.

-¡Ha funcionado!

Lola estaba demasiado emocionada para quedarse quieta, así que cruzó la cubierta y se volvió en dirección a donde debía de encontrarse el barco.

-¿Canto tardarán en llegar?

-No mucho, si han visto la señal.

-¿Cómo pueden no haberla visto?

Max le quitó los prismáticos y ella le miró a la cara. A la luz que procedía del interior del yate, Lola vio la sonrisa amarga de Max. Para ser un hombre apunto de ser rescatado, no parecía muy contento.

-Si no esperaban verla, es muy fácil que no la hayan visto-. Max se llevó de nuevo los prismáticos a los ojos y observó

-¿Vienen hacia aquí? -preguntó Lola, aunque se negaba a creer que los del otro barco no hubieran visto la bengala.

Sin mediar palabra, Max se dirigió a estribor.

-¿Vienen hacia aquí, Max? -repitió Lola. *Baby* saltó de sus brazos.

-No la parece.

Max bajó los prismáticos y volvió a cargar la pistola. La segunda bengala se elevó al primer disparo e iluminó el cielo.

Lola miró por los prismáticos, pero por más que se esforzó, no logro vislumbrar esa distante luz entre las olas.

-¿Dónde está?

-Se dirige hacia el este, posiblemente a Andros o Nassau.

-No la veo.

-Porque ahora se aleja de nosotros.

-Dispara otra vez.

-Deberíamos reservar la última bengala para cuando nos acerquemos a alguna isla.

-¡No! -Lola intentó arrebatarle la pistola, pero Max no la solt Tienen que vernos ahora y volver -protestó-. Por favor, Max.

Entre sombras y luces, Max la miró. En silencio, cargó la pistola y levantó el brazo. Al igual que las otras dos, la bengala subió en un angulo de noventa grados y explotó en una roja bola de fuego.

-Ahora tienen que haberla visto-. Lola cerró los ojos y rezó una oración en silencio. Prometió a Dios un montón de cosas diferentes. Juró que rezaría más a menudo, incluso cuando no necesitara nada, y al final prometió acudir a la iglesia del tío Jed, un fanático de la Biblia, el templo y las curaciones milagrosas.

Cuando echó otro vistazo por los prismáticos, con alguna esperanza de volver a divisar la luz, no vio nada excepto el negro del océano.

-¿Cómo es posible que alguien sin problemas de visión no haya visto esas bengalas?

-Es tarde, y deben de estar todos en la cabina. A no ser que hubiera alguien en el puente observando el mar, es muy probable que no la ya visto.

Lola aguzó la vista buscando cualquier señal: una luz tenue, una sombra sobre el agua.

-Lola, ya se han ido.

-Quizá no podemos verlos porque están virando.

Lola oyó a Max y a *Baby* entrar en la cocina y salir de nuevo. Empezaba a sentir los brazos cansados, pero se negaba a abandonar. Se negaba a creer que hubiese estado tan cerca de ser rescatada y no lo hubiera consguido.

Max le agarró una de las manos con que sujetaba los prismáticos puso un vaso en ella.

-Bebe un poco de agua, Lola. Estás apunto de hiperventilar otra vez.

No lo estaba, pero al final bajó los prismáticos y bebió un trago. El agua fría le humedeció la lengua y la garganta y, de repente, el desánimo la invadió.

-Aparecerán otros barcos -le aseguró Max mientras le quitaba el vaso.

Lola le miró a los ojos y rompió a llorar. Horrorizada, se llevó una mano la boca pero no pudo contener la emoción y la desilusión. Cuanto más lo intentaba más difícil le resultaba controlarse y, al final, se le escaparon la unos sollozos entrecortados.

-Quiero ése, Max.

Max la abrazó contra su amplio pecho.

-Chsss, tranquila -la consoló-. Todo va a salir bien.

-No, no saldrá bien -repuso Lola, llorando sobre la camisa de él; al final se derrumbó-. Quiero volver a casa. Mi familia debe de estar loca de preocupación. -Levantó la cabeza y la miró-: Mi padre tiene la tensión alta y esto la matará, seguro. -Apretó los puños contra el pecho de Max-. Quiero ir a casa, Max.

Max la contempló y le acarició la espalda.

-Me aseguraré de que vuelvas a casa -le dijo. Entonces, por segunda vez en menos de veinticuatro horas, acercó sus labios a los de ella.

-¿Cómo? -le preguntó ella, los dos alientos mezclados.

-Pensaré en algo

Entonces la besó.

Esta vez no hubo duda alguna acerca de sus intenciones. La decidida presión de sus labios sobre los de ella dejaba su propósito perfectamente claro. Ahora no la estaba ayudando a respirar, ni tampoco le estaba pidiendo permiso. Con una mano jugueteó con el pelo de ella y se lo apartó de la cara. Le sujetó la cara con las dos manos y la apartó la suficiente para ver los labios entreabiertos. Le introdujo la lengua entre ellos, cálida y húmeda, posesiva y ansiosa. Lola anhelaba que la poseyera. Quería olvidarse del barco que se alejaba, de su familia, de su carrera, de la humillación de la página pomo de Sam y de la posibilidad de morir en alta mar. Quería que Max hiciera desaparecer la decepción y el miedo que le atenazaban la garganta. Entre sus brazos, Lola quería que le hiciera creer que todo saldría bien.

Los prismáticos cayeron al suelo. Lola bajó las manos, rozándole la camisa, y las volvió a subir, palpando la solidez de su pecho y la tensión de los músculos bajo su tacto, la fuerza enorme que había en él. Lola le rodeó el cuello con los brazos y se puso de puntillas. Él bajó una mano hasta el final de su espalda y la atrajo hacia sí. Lola sintió la fuerza de su erección contra la pelvis y la ingle, y el beso, de repente, se volvió más caliente y húmedo. Ambos avivaron el deseo que les corría por las venas, comunicándosela el uno al otro a través de los labios y la lengua.

Ardiente como la bola de fuego que Max había disparado al cielo, beso los abrasó, y Lola notó que el vello de los brazos y la nuca se le erizaba. El calor llegó a todas las zonas de su cuerpo que estaban en contacto con el de él, su vientre, sus pechos, sus manos, e incluso a las zonas que permanecían intactas, los glúteos, la parte trasera de los muslos, los dedos de los pies.

El barco cabalgaba las olas, inclinándose a estribor antes de enderezarse. Max separó las piernas y dejó que el movimiento del barco empujara su pene duro contra ella. Ese ritmo sensual le arrancó un gemido del pecho y despertó en ella un ansia dolorosa.

Max bajó los labios, húmedos, hasta el cuello de Lola, que ladeó la cabeza para facilitarle el acceso. Max le pasó la lengua por la oreja y susurró su nombre, una cálida caricia imbuida de deseo. Luego deslizó la lengua hasta la base del cuello y lamió la sensible piel de la cavidad entre las dos clavículas mientras, con una mano, empezaba a desabrocharle la blusa. Antes de que Lola decidiera si quería dejar que se la quitase, él le desnudó los hombros y le bajó la blusa hasta los codos.

Un pensamiento fugaz cruzó la mente de Lola acerca de la rapidez de las manos de Max en el mismo instante en que él le besaba la clavícula. Entonces, una de esas manos encontró uno de sus pechos por encima del sujetador. Lola retuvo el aliento al sentir que el pezón se le endurecía instantáneamente al tacto de la cálida palma de esa mano, y de inmediato decidió que debía detenerlo antes de que llegasen demasiado lejos.

-Lola -susurró él, contra su cuello.

En lugar de detenerlo, Lola le levantó la cabeza y condujo la boca de él hacia la suya otra vez. Max apretó el pecho de ella, posesivamente, y luego relajó la mano. Le frotó el pezón con la mano por encima del encaje del sujetador. Quizá Lola no quería detenerlo. Quizá deseaba llegar hasta donde Max quisiera llevarla. Había algo en él, algo esquivo que ella perseguía con la lengua. Algo caliente, vibrante y más grande que ella. Algo que le encendía la boca del estómago de deseo. Algo peligroso que la incitaba a despojarse de la moral al mismo tiempo que de la ropa. Lola llevó las manos al pecho de él y las introdujo debajo de su camisa. Movida por un deseo salvaje que no experimentaba desde hacía mucho tiempo, enredó los dedos en el fino vello del pecho de él y le pasó una mano por los duros músculos del estómago. Max Zamora la intrigaba y la atemorizaba. Encarnaba la fuerza bruta y la total seguridad en sí mismo; la perfección física.

Max se apartó un poco y la miró a los ojos mientras le tomaba una de las manos.

-Vamos dentro -le propuso y se giró hacia la puerta.

La idea de mostrarse desnuda ante Max bastó para que Lola se detuviera y no le siguiera. Ya no era esa delgada y perfecta modelo que posaba en las revistas y los anuncios. Ahora tenía las caderas más llenitas y el culo más grande. ¿La compararía él con la que había sido antes? Todo el mundo la hacía. ¿Se sentiría él decepcionado al comprobar que ella ya no era la perfecta imagen de la moda?

Aunque por una parte deseaba seguir a Max a donde éste quisiera llevarla, Lola recuperó la suficiente la cordura para apartar la mano de la de él.

-No podemos hacer esto, Max -dijo con voz profunda y temblorosa mientras volvía a cubrirse los hombros con la blusa.

No importaba cuánto deseara hacerlo, no importaba que el deseo de que las manos de Max recorriesen su cuerpo la estuviese consumiendo; no podía hacer el amor Con Max.

El pecho de Max subía y bajaba agitadamente al ritmo de su respiración.

-Podemos hacer cualquier cosa que queramos, Lola -le contestó, con la voz vibrante de deseo-. No hay nadie que pueda detenernos. - Intentó atraerla hacia sí de nuevo, pero Lola se apartó.

-Hacer el amor ahora es una mala idea.

Lola no quería mirarlo mientras se abrochaba la blusa por miedo a que él detectara el anhelo en sus ojos, a sucumbir al apetito doloroso que sentía en el vientre.

-Hay otras cosas que podemos hacer aparte de hacer el amor, Lola. Podemos revolcarnos por el suelo para entrar en calor y ya veremos adónde nos lleva eso.

-No, no pienso ir al camarote contigo.

-Fantástico, entonces la hacemos aquí. En la cubierta, contra la regala, sobre la silla. A estas alturas, no soy caprichoso.

-Max, esto no tiene gracia. -Lola cruzó los brazos debajo de los pechos.

-Por supuesto que no. -La voz de Max expresaba frustración-. Hasta hace dos segundos parecía que ambos estábamos interesados en lo mismo.

Tenía razón. Ella había estado interesada en la mismo, pero en el último minuto la razón se había impuesto.

-Tú y yo no nos conocemos, y el sexo sería una equivocación.

-Yo no lo veo así.

Finalmente, Lola lo miró a la cara y vio que tenía las mandíbulas apretadas y una expresión agria en los labios.

-Hasta el momento en que preparé la comida, yo ni siquiera te caía bien.

-Me caías bien.

-Pues no lo parecía.

-Me caías bien, de verdad. -Suspiró y añadió-: Luego te he cogido más cariño.

Lola se consideraba indigna de tanto honor.

-Hablas de mí como si fuera un perro.

Max cruzó los brazos.

-Ahora no, Lola.

Pero a Lola, que no era una niña, no le gustaba que no la tomar en serio.

-¿Qué se supone que significa eso?

-Significa que no estoy dispuesto a entrar en uno de esos diálogos irracionales que las mujeres se empeñan en mantener antes, durante y después del sexo, en los que todo se tergiversa y yo quedo como un hijo de puta.

-¿El hecho de que no quiera acostarme contigo significa que soy irracional?

-No, significa que eres una...

-Más vale que no la digas, Max -lo cortó Lola.

Max lo dijo.

-Calientapollas.

Lola frunció el ceño.

-Eso ha sido de muy mal gusto.

-Bueno, es que estoy de muy mal humor. Y si te quedas ahí, es posible que mi humor empeore. -Max soltó aire con fuerza-. Así que hazme me un favor y vete dentro. A no ser, por supuesto, que quieras acercarte, meterme la mano en la bragueta y acabar la que hemos empezado.

Lola era rubia, pero no tonta. Dio media vuelta y entró en la cocina.

7

Lola se metió entre las sábanas de la cama de matrimonio y se tendió de costado. No era una provocadora. Él la había besado y ella le había correspondido, le había devuelto el beso. Era él quien tenía las manos largas. Había sido tan rápido que ella casi no se había dado cuenta de que le desabrochaba la blusa. Ni siquiera sabía qué estaba haciendo hasta que se la había bajado por los hombros. No, no era una provocadora. Era una chica sensata.

Por otro lado, ella no había mantenido las manos exactamente quietas. Pero es que él ya tenía la camisa desabrochada. El único lugar donde Lola había podido apoyar las manos era el musculoso pecho de Max... y su abdomen. Vale, se le había escapado un poco la mano, pero eso no la convertía en una provocadora. Max deliraba.

Se tumbó de espaldas y se cubrió los ojos con el brazo. Después de esas dos últimas noches, acostarse en una cama con sábanas limpias era como estar en el cielo. Se esforzó por apartar los pensamientos sobre Max y, mecida por el vaivén constante del yate, enseguida cayó en un profundo sueño. Pero ni siquiera en sueños pudo escapar de Max por completo. Soñó con él, soñó que sus labios y su boca la arrastraban a una montaña rusa de sensaciones.

-Lola.

Ella abrió los ojos en la oscuridad del camarote y, al no ver nada, volvió a cerrarlos.

-Despierta, Lola.

-¿Qué? -gruñó.

La luz del salón se colaba a través de la puerta abierta e iluminaba esquina de la cama, así como las pantorrillas y los pies de Max. Se ha puesto los tejanos negros y las botas; estaba de pie con las piernas abiertas.

-Tienes que levantarte.

-¿Qué hora es? -preguntó Lola, pero enseguida recordó que no tenían forma de saberlo.

-Has dormido unas cuantas horas.

Lola se incorporó e inmediatamente se dio cuenta del violento cabeceo del yate.

-Nos ha pillado una tormenta -le dijo Max-. Tienes que ponerte un salvavidas.

-¿Es fuerte?

-Si no la fuera, no te habría despertado.

-¿Dónde está *Baby?*

Max se inclinó hacia delante y depositó a *Baby* encima de la cama. El perrito saltó a los brazos de Lola y, en ese momento, una ola golpeó la portilla y el barco se escoró súbitamente hacia un lado. Lola miró por las pequeñas ventanas redondas, pero no vio nada. El pánico le subió por la columna hasta la cabeza.

-¿Vamos a hundirnos?

Él no contestó, y apartó bruscamente las sábanas.

-¿Max?

En el otro extremo del camarote, Max encendió la luz. Tenía el pelo mojado y aplastado contra las sienes y llevaba un impermeable amarillo.

-¿Quieres la verdad?

En realidad no, pero Lola pensó que era mejor saber la verdad que quedarse especulando.

-Sí.

-Las olas tienen una altura de entre dos y tres metros, y sopla un viento de unos quince nudos. Si tuviera forma de gobernar el barco no sería grave, pero el yate va a la deriva como un corcho.

Como para confirmar esas palabras, una ola estalló contra la cubierta de babor. El *Dora Mae* se ladeó hacia estribor y las luces parpadearon. Max, se agarró a la puerta, y Lola y *Baby* rodaron hasta el borde de la cama.

-Si el agua entra en la sala de máquinas, nos quedaremos sin luz -añadió Max a la lista de malas noticias.

Cuando el yate volvió a equilibrarse, Lola se puso de pie.

-¿Qué vamos a hacer?

-Lo único que podemos hacer es aguantar. -Max se acercó a Lola y le tendió un chaleco salvavidas-. Ponte esto.

Lola pasó un brazo y luego otro por el chaleco rojo y amarillo.

-¿Y tu?

Max se abrió el impermeable y le enseñó su cinturón salvavidas de color verde botella. Lola le dio a *Baby* para que la sostuviera mientras ella se abrochaba el chaleco por encima del abdomen. Le venía demasiado estrecho a la altura del pecho, así que la dejó abierto.

-¿ Y *Baby?* Necesita un chaleco salvavidas.

-No hay ninguno del tamaño de esta pequeña rata -replicó Max, y salió del camarote.

Ella salió tras él y observó que por la nuca le resbalaban gotas de agua que se descolgaban de las puntas del pelo.

-¿Lo has asegurado todo?

Excepto unas almohadas del sofá que se encontraban al lado de las revistas que Lola había estado leyendo el día anterior, todo en el interior del yate estaba perfectamente asegurado con listones.

-Sí.

El *Dora Mae* se inclinó hacia la izquierda, y Lola sintió que su estómago se inclinaba hacia la derecha.

-Puede ahogarse. -Lola agarró a Max por la parte posterior del impermeable-. Max, tenemos que hacer algo.

Max sintió el tirón en la espalda y miró por encima del hombro a los ojos marrones y asustados de Lola. Ella esperaba que él hiciera alguna cosa para salvar a su perro. Lo veía en esa bonita cara. También esperaba que la salvara a ella. De repente, sintió toda esa responsabilidad como un lazo alrededor del cuello. Él no era el salvador de nadie. El trabajo que realizaba para el Gobierno nunca era una cuestión personal. Aparte de los datos que constaban en los informes, él nunca sabía nada de las otras partes involucradas. Nunca conocía a aquellos a quienes ayudaba, o a quien ayudaba a eliminar. No quería conocerlos.

Lola se agarró a su brazo en un momento en que el barco se ladeó a estribor. Empezaba a ponerse pálida. Max conocía esa sensación. Una hora antes casi arroja su cena por la borda.

-Siéntate en el sofá antes de que te caigas.

En lugar de hacerle caso, Lola recorrió la distancia que la separaba del baño la más deprisa que pudo. El sonido de la lluvia y la furia del océano ahogaron los sonidos que salían del baño. Pero Max no tenía que oírlos para saber que Lola estaba mareada. Durante una tormenta todo el mundo se mareaba.

Sujetando a *Baby* con un brazo, Max se dirigió a la cocina donde había reunido el kit de supervivencia, la boya salvavidas y la lancha hinchable plegada. Dado que la fecha de la última inspección era 1989, no tenía, muchas esperanzas de poder inflarla. El kit de supervivencia, al igual que el resto del equipo de emergencia del barco, era una mierda. Había dos pequeñas cajas con aparejos de pesca y dos linternas impermeables con pilas agotadas.

Max dejó al perro en el banco de la cocina, tiró el impermeable encima de la mesa y sacó el cuchillo de pescado que llevaba en la caña de la bota. Con él cortó dos trozos de espuma de poliestireno de diez centímetros cada uno de la boya salvavidas, y luego hurgó en la bolsa de lona que había llenado con las provisiones que necesitarían en caso de que tuvieran que abandonar el *Dora Mae.* Al final encontró el rollo de cinta adhesiva plateada que había usado antes para sellar la puerta y evitar que entrara el agua. De repente la proa se elevó y Max agarró el perro de Lola. Levantó la vista hacia las ventanas de la cocina y el salón, pero no pudo ver el caos exterior. Lo que sí vio fue su propio reflejo con el perro de Lola en los brazos, como si éste tuviese la respuesta a todos sus problemas. Por desgracia, él no las tenía. Durante su carrera en la Marina se había encontrado otras veces en mares embravecidos y tormentas tropicales, pero siempre a bordo de un destructor. En 1998 había sobrellevado el huracán Mitch abordo de un submarino de ataque tipo Seazoolf. Sano y salvo bajo la superficie del mar.

Baby lamió la barbilla de Max, que miró los negros ojos del perro. Incluso el chucho de Lola la observaba como si Max fuera capaz de obrar un milagro y salvarlos a todos en un acto de magia. Su carga se hacía más pesada por momentos. El lazo alrededor de su cuello se estrechaba.

Max colocó los trozos de poliestireno a ambos costados del perro y los envolvió, junto con el lomo y el vientre del animal, en cinta adhesiva. Cuando hubo acabado, el perro parecía una salchicha plateada con patas; Seguramente eso no conseguiría salvarle la vida a *Baby,* pero lo mantendría a flote.

La puerta del baño se abrió y Lola salió tambaleándose. Tenía la cara blanca como el papel y los labios prácticamente descoloridos. Mientras dirigía al sofá echó un vistazo a la cocina. Entonces el barco se escoró con violencia a babor y Lola cayó de rodillas al suelo, así que se arrastró hasta su objetivo. En el exterior, una lluvia y un mar invisibles azotaban las ventanas.

Max se sujetó a la mesa y esperó a que la turbulencia les diera un descanso para acercarse al sofá.

-Esto es la mejor que se me ha ocurrido -dijo mientras dejaba el perro en el regazo de Lola.

-Gracias, Max. -Se tumbó de lado y apretó a *Baby* contra su pecho-. Sabía que, en la más profundo de tu corazón, apreciabas a *Baby.*

-Sí, también le he cogido cariño.

-Ya. Como aun perro.

-Sí, como un virus.

Una débil sonrisa se dibujó en los labios de Lola.

-*Baby* y yo somos como perros.

-Es posible que tú me gustes un poquito más que un perro.

-Sí lo sé.

-¿Cómo lo sabes?.

-Me besaste como si te gustara más que un perro.

Una ola se estrelló contra la cubierta de estribor con tanta fuerza que Max cayó de rodillas y resbaló por el suelo. Las luces parpadearon y se apagaron, luego los motores se pararon y el interior del yate quedó sumido en una oscuridad tan absoluta que Max no veía a un palmo de su nariz.

-¡Max! -el grito de pánico de Lola desgarró la oscuridad.

-¿Estás bien? -preguntó él-. ¿Estás todavía en el sofá?

-No sé dónde estoy. ¿Dónde está *Baby?* -Pasaron unos momentos muy tensos hasta que Lola dijo-: Aquí está. -Lola habló a unos centímetros de los pies de Max-. ¿Volverán a encenderse las luces?

El generador de emergencia no se había puesto en marcha la noche anterior, así que no era probable que la hiciese entonces.

-No, a no ser que vuelva a encender los motores.

-¡No salgas a cubierta!

-Querida, no pensaba hacerlo.

En la oscuridad, Max gateó hacia la cocina y encontró la bolsa de lona en el suelo. Mientras la levantaba y la dejaba en el sofá, la vista se le acostumbró un poco a la oscuridad y empezó a distinguir algunos tonos de gris.

-¿Te has hecho daño?

-Sólo en el codo. Creo que sobreviviré. -Lola se quedó callada un momento y luego preguntó-: Max, ¿crees...?

No acabó la frase, pero Max intuyó la que quería preguntarle.

-¿Que si creo qué?

Max casi no podía oír su voz a causa del viento que ululaba en el exterior.

-¿Crees que saldremos de ésta?

Lola y *Baby* subieron al sofá y Max se quedó sentado en el suelo con espalda apoyada en el brazo del mueble.

-Bueno, tenemos alguna posibilidad.

Era verdad. En muchos momentos de su vida había llegado a creer que había terminado, pero todavía estaba allí. Vivito y coleando.

Lola agarró la manga de la camiseta de Max y la retorció con sus largos dedos.

-¿Has estado alguna vez cerca de la muerte, Max?

Más veces de las que podía contar.

-Un par.

Transcurrieron unos instantes y Lola le habló en un tono sólo un poco más alto que el mar embravecido:

-Yo estuve apunto de morir una vez. Me asusté y no quiero volver á pasar por eso.

La cabeza de Lola estaba muy cerca del hombro derecho de Max, que casi sentía el calor de su aliento en el brazo.

-¿Qué pasó? -Abrió la bolsa de lona y sacó una linterna.

-Se me paró el corazón en el lavabo de uno de los mejores restaurantes de Nueva York.

Max encendió la linterna y dirigió el haz de luz al hombro y la boca de Lola, iluminándole la cabeza a *Baby.* El pequeño perro temblaba como una hoja. Max miró al rostro ensombrecido de Lola y se preguntó si ella tendría alguna insuficiencia cardiaca o si habría abusado de las drogas.

-¿Qué pasó? -le preguntó de nuevo.

-Me di un atracón de langosta y puré de patatas con doble ración de mantequilla y luego me metí los dedos en la garganta -le contó como quien describe un acto habitual-. Mis electrolitos se volvieron locos y cortocircuitaron el corazón. No era la primera vez que me desmayaba, pero la primera que se me paraba el corazón.

-¿Estuviste apunto de morir por vomitar?

-Sí.

Max tenía tanta aversión a vomitar que no podía creer que alguien la hiciera a propósito.

-¿ Te metías los dedos en la garganta? ¿Por qué?

Max se fijó en la expresión de los labios de Lola mientras ella le explicaba en un tono neutro:

-Para estar delgada, por supuesto. Estaba de moda el “look de huérfana" y yo no tengo ese look de forma natural.

La proa del yate se elevó y cayó en picado y Lola se aferró con más fuerza a la manga de su camiseta. No volvió a hablar hasta que el *Dora Mae* se equilibró de nuevo. Cuando prosiguió, Max percibió el miedo en su voz.

-Una vez, una chica se metió una sobredosis en una fiesta en el Nephente, en Milán. Heroína. Muchas chicas se meten heroína para estar delgadas. Yo no. Yo ayunaba o vomitaba.

-¡Dios Santo! -exclamó Max en la oscuridad-. ¿Por qué no buscaste otra forma de ganarte la vida?

-¿Como qué? Tengo una educación básica. ¿De qué otra forma podía ganar varios millones al año sin asistir un solo día a la universidad? -Lola rió, pero la risa sonó seca y desprovista de humor-. Pero no todo era malo, Max. Había aspectos del trabajo que me gustaban. Había cosas divertidas. Conocí a algunas personas que todavía son amigos míos. Conocí lugares increíbles. El trabajo me dio la oportunidad de ser portavoz de grandes causas y me abrió las puertas al negocio de la lencería. -Fuera aullaba el viento, y Lola reclinó la cabeza sobre el hombro de Max. Continuó hablando, como si hablar fuese a mantenerlos a flote-. Había aspectos de ese trabajo que eran adictivos. El dinero. Los viajes. La ropa. Las atenciones. Es difícil dejar todo eso, Max. Pasar de ser alguien a no ser nadie.

Mientras el barco se balanceaba con violencia, Lola le contó cómo se recuperó de la bulimia y le explicó que su problema no se debía a una carencia vital o a una infancia de malos tratos, sino aun deseo de perfección.

-¿No tienes miedo de volver a caer en eso?

-A veces. Pero no puedo obsesionarme con eso. Simplemente tengo que comer como cualquier persona normal y asegurarme de no aumentar ni bajar de peso sin ton ni son. -*Baby* se rebulló, inquieto, y Lola le acarició la cabeza-. Tengo que recordarme a mí misma que el control y la perfección son una ilusión y que estoy perfectamente con el cuerpo que tengo -añadió Lola-. No tengo que ser perfecta.

-Lola, tú eres perfecta.

-No, pero estoy aprendiendo a vivir con mis muslos.

-Tus muslos son perfectos. -A Max le costaba creer que estuviese manteniendo esa conversación con Lola Carlyle, de entre todas las mujeres. Y en cualquier otra circunstancia, no habría gastado saliva-. Cuando te conocí, una de las primeras cosas ue pensé es que eras más guapa en persona que en las portadas de las revistas.

-Max, eres un encanto.

A Max nunca le habían acusado de ser un encanto. Lo meditó durante unos momentos y decidió que no le importaba que Lola Carlyle le dijera eso. Y de no ser porque se encontraban en medio de una tormenta, no le habría importado mostrarle todo la encantador que podía llegar a ser.

-No me gustan las chicas huesudas -aseguró-. Me gustan las mujeres. Las mujeres que tienen pechos y caderas, y un culo a la medida Para mis manos.

-Pues tienes las manos grandes -rió Lola, pero la risa se truncó de repente, cuando el barco recibió un golpe por babor. Max afianzó los pies y Lola se agarró al sofá. Cuando el *Dora Mae* se enderezó, Lola volvió a agarrarse a la manga de Max y, finalmente, confesó-: Max, estoy asustada de verdad.

-Lo sé -Max posó su mano sobre la de ella y le dio un apretón suave.

-Háblame. Mientras oigo tu voz sé que estoy viva y tengo menos miedo.

En las situaciones más difíciles Max prefería el silencio, pero si hablar la ayudaba, estaba dispuesto a hablar hasta quedarse afónico. Se la debía.

-¿Qué es lo primero que vas a hacer cuando nos rescaten?

-Llamar a mamá y papá. Sé que estarán locos de preocupación por mí -contestó Lola-. Luego conseguiré quitar esas fotos mías de Internet.

-¿Cómo piensas hacerlo?

-Contrataré a alguien para que chantajee a Sam y la obligue a cerrar esa página web.

Max pensó que probablemente existían formas más directas de hacerlo, pero no le sugirió ninguna porque, una vez que desembarcasen del *Dora Mae,* Lola ya no sería asunto suyo.

-¿ Y tú? -preguntó ella-. ¿Qué es la primero que vas a hacer?

-Comerme unas buenas costillas.

-¿Antes de llamar a tu padre?

-Mi padre murió cuando yo tenía veintiún años.

Lola se quedó en silencio y se oyó el martilleo de la lluvia contra la puerta y las ventanas.

-Lo siento, Max. ¿Cómo murió?

-Era alcohólico. Y créeme, no es una buena forma de morir.

Su padre era la persona a quien Max había tratado más desesperadamente de salvar. Lo había intentado y había fracasado, y Max no necesitaba que un psiquiatra lo analizara y le explicase por qué vivía de la forma en que vivía, por qué arriesgaba la vida por gente a quien no conocía y por un gobierno que lo utilizaba según sus propias necesidades. Él ya lo sabía.

-Sé lo que las drogas y el alcohol pueden hacer a las personas -dijo Lola interrumpiendo sus pensamientos-. Sé que a veces no hay nada que uno pueda hacer para ayudar.

Max se rió con más amargura de la que pretendía.

-Dios sabe que lo intenté, pero nada de lo que hice cambió el final. Cuando yo era pequeño, él pasaba la mayor parte del tiempo borracho. Es una forma de vida difícil para un niño.

-¿Qué hacías tú cuando él bebía?

-Ésos son recuerdos tristes ahora -murmuró Max. Recuerdos de los que no le apetecía hablar, ni con ella ni con nadie. Max tomó la mano de Lola, enfocó la palma de su mano con la luz de la linterna y se la acarició con el pulgar. En ese momento, el yate se escoró a estribor y Max le apretó la mano con fuerza.

-Jugaba mucho con los niños del barrio -dijo-. Cuando fui la bastante mayor, me alisté en la Marina.

-¿Por qué la Marina?

Max sonrió en la oscuridad.

-Me gustaba el uniforme. Pensé qué ligaría más si llevaba uniforme.

Una vez que se hubo alistado, fijó su meta en Little Creek y el programa de las Fuerzas Especiales. Parecía hecho a medida para él. Mientras estaba en la Marina, se licenció en ciencias

políticas y empresariales y fue seleccionado para ingresar en el National War College, en MacNair. Cuando estaba apunto de ascender a capitán de corbeta, la habían obligado a retirarse.

-¿Funcionó?

-Sí. -Max se llevó la mano de Lola a los labios y le besó los nudillos. Luego la miró a los ojos. La luz proyectaba sombras en su pelo y sobre su nariz-. Ya te dije que soy un chico encantador.

Lola sonrió débilmente.

-Seguramente menos de lo que te crees.

Max le pasó la punta de la lengua entre los dedos.

-Tienes suerte de que no pueda mostrarte cuán encantador puedo llegar a ser -murmuró sobre la piel húmeda.

La respuesta de Lola fue interrumpida por un violento cabeceo del yate y por el impacto de una ola contra las ventanas que inclinó el yate con fuerza hacia babor. Max soltó la mano de Lola y afianzó los pies en el suelo, pero resbaló. O las bombas de achique no funcionaban o no daban abasto. El *Dora Mae* tardó más que antes en equilibrarse de nuevo. Los quejidos del yate eran más alarmantes que el ulular del viento. Debía de ponerse serio. Debía informar a Lola de la que podía ocurrir dentro de un instante. No podía aplazarlo más. Gateó hasta donde se encontraban Lola y el perro y los iluminó con la linterna. Ella la miró con los ojos abiertos de par en par por el terror.

-Lola -empezó Max mientras se arrodillaba a su lado-. ¿Cuánto tiempo puedes aguantar la respiración?

-¿Por qué?

-¿Cuánto tiempo?

-Quizás un minuto.

-Si el yate vuelca no se hundirá enseguida. Tendrás que encontrar una bolsa de aire y buscar por dónde salir. La puerta de la cocina puede estallar y las ventanas pueden romperse: debes salir por donde te resulte más fácil. Llevas puesto el chaleco salvavidas, así que en cuanto salgas del yate saldrás a flote.

-¿Vamos a volcar?

-Es una posibilidad. El problema es que el yate se está colocando en posición perpendicular al viento y a las olas. La mayor parte de las olas nos golpea por babor. Lo que tienes que recordar es no dejarte llevar por pánico.

-Demasiado tarde.

-Lo digo en serio. Cuando esto se llene de agua, será la situación más difícil de tu vida, pero no puedes darte por vencida por miedo. Tienes que salvarte. Y no te salvarás si te dejas llevar por el pánico.

Lola tenía el pecho agitado por la respiración.

-¿Y tú?

-Estaré justo detrás de ti. Cuando lleguemos a la superficie, desplegaré la balsa y subiremos a ella. -Max se guardó sus recelos acerca de la balsa.

-¿ Y *Baby?* Él no lo conseguirá. -Lola sujetaba al perro bajo el brazo mientras se tapaba la cara con la otra mano.

Probablemente estaba en la cierto, y como si *Baby* la hubiera comprendido, se liberó del brazo de Lola y se acercó a las rodillas de Max. Con su pequeña lengua rosada le lamió los pantalones y el brazo.

-Me aseguraré de que el perro sobreviva -soltó Max antes de poder contenerse.

Lola se incorporó y, visiblemente harta de que el cabeceo del yate la derribase, se deslizó hasta el sofá y apoyó la espalda en él.

-Gracias, Max.

Ese «gracias» se le clavó en el pecho como un cuchillo para pescado, y Max tuvo que desviar la mirada. Si no fuera por él, ni Lola ni su perro se encontrarían en peligro de perder la vida. Estarían en casa, a salvo en una cama mullida. Quizá Lola estaría diseñando sujetadores en sueños.

-Lola, siento mucho haberte metido en esto -dijo.

-Yo también. Y yo siento haber destrozado el puente. De verdad que lo siento mucho.

El tono de autorreproche de Lola le clavó más hondo el cuchillo en el pecho. Ésa era una de las cosas que le gustaban de Lola, que no eran pocas. Le gustaba más de la que estaría dispuesto a reconocer jamás. Max agarró a *Baby* y se acercó a ella.

-Para ser una mujer, estás bastante bien.

-¿Eso es un cumplido?

Max se fijó en su rostro, en la luz que le caía sobre el mentón y sobre los labios generosos.

-Sólo es una constatación.

-Mejor, porque no me ha parecido tan encantador como lo que aseguras que puedes llegar a hacer. -La proa se elevó y Lola resbaló hacia él-. Para ser un Steven Segal de pacotilla, tú tampoco estás mal.

Max soltó una carcajada seca y forzada.

-Steven Segal es un mariquita.

-¿Por qué sabía que ibas a contestar eso?

Lola le tomó de la mano otra vez y se la sujetó con firmeza. Cuando reposó la cabeza sobre su hombro, Max acercó la cara a su pelo. Olía a flores y a agua de mar, como un jardín al lado de la playa.

Lola Carlyle no era como él se había imaginado esa noche, cuando encontró su carné de conducir. No era una mujer frívola ni histérica. No era una modelo consentida cuya única cualidad era el aspecto que ofrecía en tanga. Era muchísimo más que eso. Era una persona que se enfrentaba a sus miedos y que era más valiente que muchos hombres que Max había conocido. Era una superviviente, eso sí, una superviviente de piel muy fragrante. Era una luchadora.

Lola estaba terriblemente asustada. Max lo notaba en el modo en que le apretaba la mano. Aun así, controlaba su miedo. Max, que había conocido a mucha gente que no era capaz de eso, no podía menos que apreciar y admirar la fortaleza de Lola.

El Atlántico continuaba azotando el *Dora Mae.* En la oscuridad del interior del yate, Max sujetaba la mano de Lola y escuchaba el sonido de su voz, que saltaba de un tema a otro. Le habló de su negocio, de su familia, de cuando expulsaron a *Baby* de la escuela para perros. Y a cada momento, el cuchillo en el pecho se le hundía con más fuerza. Cada vez le costaba más no tomarla entre sus brazos y hundir su rostro en su cuello. Por mucho que intentase evitarlo, cada contacto, cada sonido de su voz y cada suspiro de ella penetraban en su corazón.

El barco se escoraba a babor y en más de una ocasión Max pensó que ya no recuperaría la posición. Mantuvo la mano de Lola entre las suyas mientras el viento aullaba. Eso fue todo. Sólo la mano de Lola entre las suyas. El tacto de su cálida palma le resultaba más íntimo que las innumerables ocasiones en que había hecho el amor con una mujer. Continuó sujetando esa mano hasta que los vientos se aplacaron y el mar se calmó. Entonces la estrechó en sus brazos mientras ella se dormía con la cabeza reclinada sobre sus costillas doloridas.

Cuando los primeros rayos de sol penetraron al fin por las ventanas, Max la tendió en el suelo, le colocó un cojín debajo de la cabeza y salió a comprobar los daños que había sufrido el barco.

Por segunda vez desde que había puesto un pie en el *Dora Mae,* Lola se despertó después de pasar una noche infernal convencida de que iba a morir. Oyó que la puerta de la cocina se abría y se incorporó apoyándose en los codos. Lo primero que notó fue la absoluta falta de movimiento. El yate estaba inclinado hacia la izquierda, pero totalmente quieto. La luz del sol entraba por las ventanas y daba en los hombros de Max, que estaba de pie en la puerta. Ya no llevaba puesto su chaleco salvavidas.

Lola se puso de pie y echó un vistazo a *Baby,* que estaba dormido en el sofá. Se quitó el chaleco salvavidas, la tiró al suelo y siguió a Max al exterior. Se protegió la vista con una mano y miró a la luz matutina. A unos cien metros se abría un paisaje de arena dorada, palmeras imponentes, acantilados recortados y vegetación espesa. Algunas palmeras y pinos caribeños, derribados por la tormenta, se encontraban medio sumergidos. El *Dora Mae* había embarrancado en una bahía poco profunda de aguas turquesas.

-¿Dónde estamos?

-No lo sé.

-¿Crees que hemos llegado a una isla? -se preguntó en voz alta-. ¿O quizás a la punta de Florida? -añadió, con esperanza.

Max señaló los acantilados y los peñascos que había a su izquierda.

-Eso no parece Florida. -Max también se puso la mano sobre los ojos, a modo de visera-. Se supone que hay setecientas islas en las Bahamas. Creo que hemos llegado a una de ellas.

-¿Crees que puede haber un Club Med al otro lado? O, a la mejor, es una de esas islas remotas que pertenecen a algún rico y farnoso.

Max bajó la mano con que se protegía la vista.

-Quizá de alguno de tus amigos.

Ella no tenía amigos que fueran propietarios de islas.

-Sólo hay una manera de averiguarlo.

Max se dirigió a la plataforma de baño y, una vez allí, ató con una cuerda el bote salvavidas a la parte trasera del yate. Max tiró de una cuerda de nailon unida al bote y éste se hinchó en cuestión de segundos. Con la misma rapidez, el aire silbó por varios puntos y unas burbujas subieron a la superficie desde debajo del bote.

-¡Mierda!

Max cruzó los brazos y frunció el ceño. El bote se hundía a ojos vistas.

-Bueno, supongo que fue una suerte que no tuviéramos que abandonar el barco ayer por la noche. No queda más remedio que nadar. -Max se volvió hacia Lola y añadió-: ¿Crees que serás capaz?

-Sí.

Lola no tenía intención de dejarse llevar por el pánico ni de hiperventilar, así que estaba segura de que podría nadar hasta la playa.

Juntos, reunieron comida y el equipo necesario para explorar la isla. Lola se cambió de ropa y se puso el vestido con estampado de frutas. Encontró un par de zapatillas sin cordones que se le caían de los pies. Max, con la cinta adhesiva en las manos, se arrodilló delante de ella.

-¿Qué pasa si me convierto en una princesa? -preguntó Lola mientras él le pegaba la cinta alrededor de la zapatilla para sujetársela al pie. Max levantó la mirada por su tobillo y su rodilla, hasta el dobladillo del vestido.

-¿Qué?

-Como Cenicienta.

Max la miró y luego tomó el otro pie.

-Entonces yo soy el Príncipe Encantador.

¿El Príncipe Encantador? No, pero estaba cogiéndole cariño. Cuando los zapatos estuvieron bien sujetos, Lola se cepilló los dientes y el pelo. Luego, le ofreció el vaso con el cepillo de dientes a Max. Sin pronunciar palabra, él lo utilizó. Cuando hubo terminado, metió el bolso de Lola y el saco de lona con los alimentos en una bolsa de basura y la hinchó soplando. La ató tan fuerte como pudo y los tres, Max, Lola y *Baby,* saltaron por la popa al agua. La espuma de poliestireno atada a los costados del perro le permitía flotar con facilidad.

Las tranquilas y cálidas aguas de reflejos azules no tenían nada que ver con la tempestad de la noche anterior. Estaban tan en calma que costaba creer que perteneciesen al mismo océano que por poco les arrebata la vida.

Cuando llegó a unos seis metros de la playa, Lola hizo pie y avanzó andando entre las olas. Éstas le acariciaban con suavidad las pantorrillas cuando ella recogió a *Baby* y lo llevó en brazos hasta la orilla. La arena estaba cubierta por los residuos de la tormenta y, cuando Lola dejó a *Baby* en el suelo, éste corrió a investigar los restos de una palmera caída.

Lola no sabía si la isla estaba habitada o si, simplemente, habían salido de una situación mala para meterse en otra peor. Pero resultaba tan agradable estar en tierra firme que, de momento, no le importaba.

Tenía frío, estaba empapada y, de repente, le entraron ganas de tumbarse sobre la arena y besarla. En lugar de eso, se puso de rodillas sobre la húmeda arena y levantó la cara hacia el sol. La noche

anterior había rezado para que un barco los rescatase, pero éste no había aparecido. Quizá Dios le estaba ofreciendo una forma distinta de salir del *Dora Mae.* Otra oportunidad de ser rescatada.

Al sentir el calor del sol en el rostro y el viento fresco en los pulmones, una intensa emoción le nació en el pecho. Estaba viva. La noche anterior se había temido en varias ocasiones que no vería salir el sol. En varias ocasiones había estado apunto de caer en la histeria, pero Max la había impedido con el contacto de su mano y el tono tranquilizador de su voz en la oscuridad del barco.

Después de todo lo ocurrido, ella y *Baby* estaban vivos todavía, pese a que habrían podido ahogarse con facilidad. Lola inspiró con fuerza y espiró lentamente. Ahora que todo había acabado, dirigió un breve agradecimiento a Dios y sintió una confortable calidez interna, como si estuviese viviendo una experiencia religiosa. En realidad nunca había vivido una, pero de niña había visto a varios feligreses en éxtasis. Si no de una experiencia religiosa, sí se trataba de un momento maravilloso, porque se sentía viva y notaba el vestido mojado pegado a su piel y la arena dentro de los zapatos y entre los dedos de los pies.

Max abrió la bolsa de plástico y dejó caer el bolso al lado de Lola.

-Vamos, Lola -ordenó, estropeando ese momento.

-¿No podemos sentarnos un poco para disfrutar el regreso a tierra firme?

-No. -Max abrió la bolsa de lona y le dio el chal-. La luz del sol quema.

-¿Quién eres? ¿John Wayne? -Lola escurrió el agua del vestido la mejor que pudo y luego se envolvió con el chal-. Y tú tienes que cortarle las alas acuáticas a *Baby* antes de que vayamos a ningún lugar -agregó, poniéndose en pie.

-¿Las qué?

-El poliestireno.

-Ven aquí, *B.D.* -le dijo Max al perro, que se encontraba con la pata levantada al lado de una palmera. Al oír la voz de Max, *Baby* corrió hasta sus pies.

-¿Cómo la has hecho? -Lola sostuvo al perro mientras Max le quitaba los trozos de poliestireno de los costados-. Nunca viene a la primera cuando yo la llamo.

-Sabe que yo soy el perro dominante -contestó Max. Su cabeza inclinada rozó la nariz de Lola. El pelo se le había rizado y olía a él, una mezcla de jabón, mar y Max. Él levantó la vista hasta los labios de Lola y sus manos se detuvieron. Por un momento, Lola entrevió el deseo en esos bonitos ojos azules. Pensó que él iba a besarla y levantó la mano para enredar los dedos en su cabello. Pero él apartó la mirada y ella volvió a bajar la mano. Estaba decepcionada y confundida. Después de todo la que habían pasado juntos la noche anterior, sus sentimientos hacia él se habían hecho más profundos. Lola admiraba su fortaleza; no sólo la fortaleza física que la impulsaba a confiarle su seguridad y la de *Baby,* sino también la fortaleza de carácter. Max tenía sentido del honor. Nunca rehuiría su responsabilidad ni traicionaría la confianza depositada en él. Max nunca la utilizaría para hinchar su ego o para vender fotos donde apareciese desnuda.

Lola no lo amaba, pero Max tenía muchas cualidades admirables. No, no lo amaba, pero cuando la miraba como si se la fuera a comer, el estómago se le encogía y su mente fantaseaba con la forma que tendría su trasero bajo los tejanos.

Baby soltó un gañido, llamándole la atención.

-Sé un buen chico ahora -le dijo mientras Max le quitaba el resto de la cinta-. Eres un perro muy valiente -lo felicitó una vez que quedó liberado de las alas.

Max murmuró algo en español mientras tiraba la bolsa de plástico poliestireno dentro de la bolsa de lona. Por el tono de voz, Lola dedujo era mejor no pedirle que la tradujera. Los tres iniciaron la marcha en dirección a la densa arboleda.

-¿Hacia dónde nos dirigimos? -preguntó Lola mientras se cambiaba a *Baby* de brazo y se colgaba el bolso del hombro.

-Hacia arriba -fue toda la información que le dio Max.

Lola la siguió y pasaron entre dos palmeras. En pocos minutos se encontraron rodeados por la vegetación y tuvieron que caminar en fila. Unos recios helechos rozaban las pantorrillas de Lola. Max se detuvo varias veces para tenderle la mano.

Baby saltó de los brazos de Lola y salió corriendo en pos de una iguana. Lo llamaron para que volviera pero, por una vez, no hizo caso al perro dominante y Max tuvo que ir tras él. Cuando finalmente la atrapó y la llevó de regreso, abrió el bolso de Lola y lo metió dentro.

-Creí que sabía que tú eras el perro dominante -le recordó Lola mientras Max cerraba el bolso a medias.

Max frunció el ceño y miró con dureza a *Baby.*

-Tu perro tiene un grave problema de oído.

Lola ni siquiera intentó disimular la sonrisa.

-O quizá no seas el perro dominante.

-Querida, no hay ninguna duda acerca de quién es el perro dominante aquí.

-Ajá. Quizá yo sea el perro dominante.

Max se apartó un poco y se enjugó el sudor de la frente con el dorso de la mano.

-Sé que te gustaría creer que lo eres, pero no tienes el equipo necesario para ser el perro dominante.

Lola no creía que se refiriese al equipo que llevaban en la bolsa de lona. Era tan pretencioso y tan machista.

-¿De qué equipo se trata? -preguntó con una risotada.

-Creo que ambos lo sabemos. -Max le paseó la vista por los botones del vestido, por encima de los pechos y hasta por el manojo de fresas estampadas encima de la ingle-. 0 quizá necesitas que te lo enseñe -añadió con un brillo de picardía en los ojos azules.

-Paso.

Max: se encogió de hombros, como diciendo «tú te la pierdes». Ambos empezaron a subir entre arbustos de guayaco de pequeñas flores púrpura y Lola se preguntó qué haría Max si ella le metiese la mano en el bolsillo trasero y le permitiera atraerla hacia sí. Los pájaros tropicales cantaban y se llamaban entre ellos por encima de sus cabezas. Llegaron a un pequeño arroyo que Max cruzó primero.

-Quédate ahí -le indicó. Depositó la bolsa de lona en el suelo y regresó a ayudar a Lola, con un pie a cada lado del riachuelo. Lola habría podido cruzarlo sola, pero cuando él le tendió la mano, ella se la dio tal como había hecho la noche anterior y esa mañana. Cuando las palmas de las manos entraron en contacto, un cosquilleo le subió por la muñeca. Lola saltó el arroyo y Max clavó los ojos en ella. Ahí estaba otra vez: ese oscuro deseo en los ojos luminosos y azules que no podía ocultar. Un anhelo que despertaba pasión en lo más profundo del estómago de Lola.

Max le soltó la mano y miró a otro lado.

-¿Te pesa el perro?

Baby pesaba unos dos kilos y medio, pero después de cargar con él durante un rato, empezaba a dolerle el hombro.

-Un poco.

Max agarró el bolso de Lola y se lo colgó a la espalda. A continuación recogió la bolsa de lona y echó a andar de nuevo. Lola deseó tener una cámara para hacerle una foto a Max transportando el bolso con *Baby,* que asomaba la cabeza y llevaba el collar de puntas metálicas que le daba un aspecto tan fiero. Max Zamora llevando a cuestas al perro que había querido arrojar al Atlántico. De alguna forma, bajo ese aspecto duro yesos músculos desarrollados, Max era como un gatito.

Baby decidió que ése era el mejor momento para soltar un ladrido y empezar a forcejear para salir del bolso.

Max colocó su pesada mano encima del perro.

-Si me obligas a perseguirte otra vez, *B.D.,* dejaré que esa iguana te coma.

Bueno, quizá no fuese un gatito, pero tampoco era el tipo malo por el que quería hacerse pasar.

Tardaron diez minutos más en llegar a la parte más alta de la isla, una explanada impresionante en la que crecían muchos pinos caribeños y una rica vegetación. Se dirigieron a uno de los extremos y miraron hacia abajo. La parte posterior de la isla parecía menos hospitalaria que la parte delantera, con sus abruptos acantilados y laderas verticales. Pinos y palmeras. No habla ningun Club Med. No

había ninguna celebridad descansando en su isla privada. Sólo kilómetros de océano y un cielo infinito.

Se abrieron paso entre los matorrales hasta el centro de la explanada y descubrieron una laguna. La fuente de agua fresca se encontraba rodeada de pinos y hierba alta. El agujero tenía unos quince metros de diámetro y la superficie del agua se rizaba bajo la brisa.

Max depositó el bolso y la bolsa de lona en el suelo, y *Baby* aprovechó para estirar las patas. Max se arrodilló encima de una roca de la orilla, ahuecó las manos y bebió.

-¡Joder, está fría! -exclamó mientras Lola se sentaba a su lado.

De la bolsa de lona, Lola sacó una cantimplora que habían llenado agua del grifo.

-¿Tienes idea de qué hacer ahora? -le preguntó.

Todavía tenía la parte trasera del vestido y el corpiño mojados, así que dejó caer el chal a la altura de la cintura con la esperanza de que la brisa la ayudara a secarse.

-Exploraremos un poco más y luego encenderemos una buena hoguera. Después de la tormenta de anoche, debe de haber aviones de rescate sobrevolando la zona.

-¿Qué tal un faro? -inquirió Lola-. Lo vi en una película con Anne Heche y Harrison Ford. Se encontraban atrapados en una isla y buscaban un faro para destruirlo. Entonces se suponía que alguien iría a arreglarlo y los rescataría.

-¿ Un faro de navegación?

-Sí, creo que era eso.

Lola se quitó los zapatos y observó sus pies sucios. Sacó una pastilla de jabón del bolso y se deslizó hasta el extremo de la roca.

-Debería encontrarse en la parte más alta de la isla y sin vegetación alrededor -dijo Max.

Se puso de pie y miró en torno así con los brazos en jarras. Los dedos extendidos apuntaban a la entrepierna.

-Quizás hacia allí -dijo, señalando al oeste,

Lola apartó la vista de él e introdujo los pies en el agua fría.

-Ve tú. *Baby* y yo nos quedaremos aquí esperándote.

-¿Estás segura?

Lola asintió y se restregó los pies con el jabón.

-*Baby* necesita un descanso.

Max rió y, de nuevo, se hincó a su lado. Le tomó la barbilla con la mano y le levantó el rostro hacia él.

-Muy bien, si *Baby* necesita un descanso... -le susurró muy cerca de los labios.

Lola no estaba segura de que se refiriese a *Baby.* Con tanta naturalidad como si la conociese desde siempre, Lola se acercó y entreabrió los labios junto a los de él. La lengua de Max le hizo el amor delicadamente a la suya. El beso fue tan suave y cálido que Lola notó un calor intenso en su interior. Dejó caer el jabón al suelo y llevó una mano a la hirsuta mejilla de Max, Dejó correr los dedos por el pelo corto y recio, pero él se apartó y el beso terminó antes de la que ella esperaba.

-Compórtate -le dijo mientras se ponía de pie.

Max tomó la cantimplora, una caja de frutos secos, una manzana y una bolsa de galletas Ritz. Lola se quedó con un trozo de Camembert, una manzana, una caja de galletas y un apetito que, de pronto, no tenía nada que ver con la comida.

8

Todavía no era mediodía, pero el sol estaba alto y calentaba los brazos y la espalda de Lola. Terminó de lavarse los pies y los brazos y hurgó en su bolso de Luis Vuitton hasta que encontró su pequeña polvera. Con el diminuto espejo se estudió con detenimiento el rostro, por partes. Tenía un aspecto espantoso, así que rebuscó otra vez en el bolso hasta que encontró sus utensilios básicos: unas pinzas, una pequeña botella de leche hidratante Estée Lauder, rímel, colorete y brillo de labios

de color rosa. Mientras se depilaba algunos pelos del perfecto arco que formaban sus cejas, se dijo a sí misma que no se estaba acicalando para Max.

Eso fue la que se dijo a sí misma, aunque no con mucha convicción, porque el solo recuerdo de los besos de él le provocaba un agradable cosquilleo en la espalda y le encendía las mejillas, como si volviese a tener dieciséis años y le gustara Taylor Joe McGraw, el capitán del equipo de baloncesto. Taylor Joe nunca se enteró de que ella existía, pero Max sí. Se la hacía saber cada vez que posaba los ojos en ella. Desde los catorce años se había dado cuenta de que los chicos -y de mayor, los hombres- la miraban. Pero Max era diferente. Sus ojos expresaban algo más profundo, más oscuro y fascinante, como todo lo pecaminoso y la prohibido. Y Lola siempre había tenido debilidad por lo pecaminoso.

Se aplicó rímel en las pestañas hasta que cobraron un aspecto más denso y, luego, se puso el colorete y el brillo de labios. Cuando hubo acabado de maquillarse, dejó los cosméticos a un lado y observó los pinos y los al tos matorrales. Un insecto se le acercó al rostro y la espantó con una mano. Estaba segura de que era martes, pero habían ocurrido tantas cosas desde el sábado por la noche que parecía que hubiese transcurrido un mes.

De repente, *Baby* ladró a dos libélulas y estuvo a punto de caerse al agua, pero Lola la agarró a tiempo. Advirtió que el sol ya estaba encima de su cabeza y pensó que debía de haber pasado una hora ya y que Max todavía no había vuelto. Se levantó, recogió sus cosas de la hierba y se trasladó a un agradable lugar situado detrás de unos arbustos, justo debajo de un pino. Extendió el chal en el suelo, y ella y *Baby* se sentaron a comerse las galletas y el queso.

Por primera vez en varios días, Lola se encontraba sola con su perro. Ahora que no tenía a Max a su lado, prometiéndole que volvería a casa, empezó a imaginar una vida de reclusión en esa isla. Una severa dieta a base de reptiles y pescado. Los tres solos, cada vez más viejos y locos. Max con un aspecto tan desastroso como el de Tom Hanks en *Náufrago.* Ella con la pinta de Ginger en *La isla de Gilligan.*

Lola sintió que el corazón se le aceleraba y tuvo que luchar contra el pánico para no perder el conocimiento. Ni siquiera hacía una semana que había desaparecido. Si alguien la estaba buscando (y estaba segura de que su familia la estaba haciendo), seguro que todavía faltaban algunos días para que se abandonase la búsqueda. Lola inspiró profundamente y dejó salir el aire despacio. Se esforzó por desterrar el pánico de su mente.

Cuando consiguió tranquilizarse un poco, se preguntó qué estaría entreteniendo a Max durante tanto tiempo. Su imaginación empezó a deambular de una posibilidad catastrófica a otra. Temió que se hubiera roto una pierna o que se hubiese despeñado por un acantilado. Debería haber ido con él. ¿Y si él la necesitaba?

Entonces recordó que se trataba de Max, un hombre capaz de cuidar de sí mismo y de todos aquellos que estuviesen bajo su protección. Si se rompía una pierna, seguro que se las apañaría para entablillársela y seguir adelante.

Lola tomó a *Baby* en brazos y le rascó el pecho. Hacía tan poco tiempo que conocía a Max que no se explicaba cómo había llegado a conocerlo tan bien, cómo se había convertido en alguien tan importante para ella. Lola nunca había necesitado a un hombre antes. Sí, había deseado a algunos. Pero nunca los había necesitado.

Si, por cualquier razón, Max no se encontraba en la isla, Lola y Baby encontrarían sin duda la manera de encender un fuego y asar una iguana. Así que, ¿a qué venían esas palpitaciones sólo por pensar en la posibilidad de perder a Max? ¿Por qué se sentía como si él fuera algo imprescindible en su vida?

Miró a los acuosos ojos de *Baby y* dio con la respuesta: síndrome de Estocolmo. Tanto ella como *Baby* sufrían un caso agudo.

Lola oyó un ruido en el matorral que había a su espalda y se giró. *Baby* ladró tres veces y Max apareció entre el follaje.

-No es precisamente un perro guardián -comentó mientras emergía del arbusto y se quedaba de pie delante de Lola.

Lola notó una extraña calidez en el pecho, al lado del corazón, en la boca del estómago. Levantó la vista hacia él y casi se avergonzó de la alegría que sentía de volver a verlo. Max se quitó la camisa por la cabeza, y a Lola la calidez se le extendió por todo el cuerpo y le endureció los pezones. Max se enjugó el sudor de las sienes y se frotó el pecho con la camiseta. El fino vello se le rizó y Lola fijó la vista, fascinada, en una gota de sudor que le bajaba por el vientre y se le introducía por la cintura de los téjanos.

-¿Encontraste el faro? -preguntó Lola apartando la mirada.

Lola no creía en el amor a primera vista. O a segunda vista. Ni siquiera creía en el amor que surgía al cabo de unos días, sobre todo si, durante dos de esos días, el objeto de su deseo la había mantenido aterrorizada. Esa súbita atracción hacia Max no era lógica. No tenía ningún sentido. El síndrome de Estocolmo no tenía sentido.

-No.

Esa palabra hizo que la mirase de nuevo.

-¿Qué hacemos ahora?

-Encenderemos una hoguera grande. Seguramente alguien verá el humo -contestó Max-. En la parte oeste hay varios nidos de pájaros. -Bajó los ojos hasta los labios de ella-. Unos cientos, posiblemente.

-¿Qué? -¿Es que mientras ella había estado preocupándose por él había estado observando pájaros?

- ¿Has estado contando pájaros mientas *Baby y* yo estábamos aquí sentados?

Max enarcó la vista de nuevo.

-Yo no he dicho eso.

-¿No crees que eso es poco considerado?

Max levantó una ceja.

-¿Qué?

Lola dejó a *Baby* en el suelo y se cruzó de brazos.

-¿No se te ha ocurrido pensar que *Baby y* yo podíamos estar preocupados por ti?

-No. -Max tiró la camisa encima de la bolsa de lona y se arrodillo delante de Lola apoyándole uno de sus fuertes brazos en el muslo. El árbol que tenían por encima de sus cabezas proyectaba su sombra sobre el rostro de Max y sobre sus hombros desnudos. Ese día no llevaba el vendaje aire alrededor de las costillas, y los morados se apreciaban claramente en la piel bronceada-. No creo que a tu perro le preocupe gran cosa aparte de la próxima comida.

-Eso no es verdad.

En ese momento, el perro saltó sobre la bolsa de lona, dio tres vuelta encima de ella y se tumbó a echarse una siesta.

-*Baby* es muy sensible.

Max negó con la cabeza.

-¿Sabes qué creo?

-No.

-Que *Baby* no estaba preocupado en absoluto.

-Lo estaba.

-Creo que tú estabas preocupada.

Lola se encogió de hombros.

-Bueno, hay muchas cosas que habrían podido ocurrirte.

Max sonrió con los ojos.

-¿Como qué?

-Habrías podido romperte una pierna o caerte por un acantilado.

-¿Y por qué iba yo a hacer algo así?

-No lo habrías hecho a propósito -suspiró Lola-, pero habría podido ocurrirte.

-No, no habría podido ocurrirme. -Max le apartó un mechón de pelo de la cara y lo pasó por detrás de la oreja-. ¿Sabes qué más creo? Creo que me gusta la idea de que Lola Carlyle se preocupe por mí. -Le acarició la mejilla y Lola aguantó la respiración-. Te pones muy guapa.

-Me he depilado las cejas -confesó Lola, casi sin aliento.

-No me había fijado en tus cejas.

-Y me he puesto un poco de brillo en los labios.

Max le pasó el pulgar por el labio inferior y luego apartó la mal de ella.

-Sí, eso sí que la he notado. -Se sentó y reclinó la espalda contra tronco del árbol. Lola echó en falta su tacto. Max encogió las piernas y apoyo los brazos sobre las rodillas. Una ramita de guayaco le rozó la mejilla y fax la apartó.

-Hay muchas cosas de ti en las que sí me fijo.

-¿Como cuáles?

La rama volvió a rozarle la mejilla, de modo que Max sacó el cuchillo de pescado y la cortó. Mientras se guardaba de nuevo el cuchillo en la caña de la bota, sus ojos se encontraron con los de ella. Max desvió la mirada y la deslizó hacia abajo, por los botones de su vestido y sus piernas hasta sus pies.

-La primera noche pensé que tenías los dedos de los pies más sexys del mundo. -Max cogió la pantorrilla de Lola y colocó su pie encima de la hierba, delante de sí-. No soy entendido en el tema, pero me fijé en la laca roja de uñas. -La miró de nuevo y luego le anudó la ramita de guayaco alrededor de la pantorrilla, como a una bailarina polinesia. Lola sintió las puntas de sus dedos sobre su piel, y una descarga eléctrica le subió hasta la parte posterior de las rodillas- Además, mientras te ataba con la falda, me di cuenta de que llevabas unas braguitas de color rosa. -Max sonrió y arrancó unas cuantas hojas de la rama mientras la trenzaba-. Tengo muy buen recuerdo de eso.

Lola hizo cuanto pudo para refrenar su reacción al tacto y a la visión de Max Zamora, el devorador de serpientes, mientras éste le ataba flores moradas alrededor de la pantorrilla. Sin embargo, por confusa e indeseada que fuese esa sensación, no pudo hacer nada contra ese hormigueo en el estómago ni contra el acelerado ritmo de su corazón.

-Es curioso, pero mis recuerdos de esa noche no son tan agradables.

Max se rió.

-Me lo imagino.

-¿Quieres saber qué pensé de ti esa noche?

-Tesoro, creo que una pistola de bengalas apuntando a mi pecho lo dice todo.

De repente, Max la agarró por la pantorrilla y tiró con fuerza. Antes de que Lola se diera cuenta, se encontró tumbada boca arriba debajo de Max, que se sostenía con las palmas de las manos en tierra.

-Y, a pesar de que intentaste matarme, te deseo más de la que nunca he deseado a ninguna mujer. -Max acercó su rostro al de Lola-, Pero creo que ya lo sabes -dijo justo antes de besarla.

El contacto de esa boca provocó en Lola una corriente de deseo por toda su piel. Los labios de él presionaban y jugaban con los de ella. La lengua de Max la acariciaba con suavidad, y Lola se dejó ir, rindiéndose al deseo. O quizá fue que, como en todos los aspectos de su relación con Max no tenía otra opción. Max se acostó a su lado y dedicó un tiempo a explorarle la boca. Los labios de Lola cedieron un poco más y el beso se hizo profundo, un sensual encuentro de lenguas y labios. Max sabía a oscura pasión y a sexo explosivo.

Ese lento beso la sedujo y la atormentó hasta tal punto que toda su atención se concentró en la húmeda calidez de la boca de Max. Una ola de calor le recorrió los pechos, el vientre y la entrepierna. Lola deslizó la mano sobre los tensos músculos del brazo de Max, sobre su hombro, hasta su cuello. Enredó los dedos en el cabello rizado de él y sintió en los labios el gemido de placer de Max.

El levantó la cabeza para contemplarla. Lola notaba su aliento sobre la mejilla y la mirada abrasadora de sus ojos azules. Esa forma de mirarla, esa oscura intensidad, la hacía sentir hermosa y deseable y la llenaba de pasión.

Max bajó la vista por la boca y la barbilla de Lola, hasta la parte delantera del vestido. Una sonrisa apareció en su rostro, y Lola se miró el vestido, desabrochado, que mostraba el inicio de los pechos y el sujetador. Las rápidas manos de Max habían empezado a trabajar, de modo que Lola se agarró la parte delantera del vestido.

Max le sujetó la muñeca.

-Deja que te mire -le pidió con voz ronca. Enterró la cara en su cuello y murmuró-: Por favor, Lola.

Max rozó la piel de su cuello con los labios y succionó el hoyuelo en la parte inferior del cuello. Acto seguido, soltó la muñeca de Lola y recorrió el borde de su sujetador con los dedos.

-Eres tan hermosa, tan suave...

Max no era un hombre paciente, así que introdujo la mano y posó la palma de su mano sobre su pecho desnudo.

-Por todas partes -añadió.

Max jadeó al sentir que el pezón de Lola se endurecía bajo su tacto, hiriéndole casi la palma de la mano. Con la rodilla le separó las suyas y, al mismo tiempo, volvió a acercar su boca a la de ella. La lengua penetró entre los labios de Lola, caliente, húmeda y hambrienta. Y Lola, casi sin darse cuenta, se abrió a él. Max subió la rodilla entre sus piernas, y al sentirla contra sus bragas, Lola tuvo el deseo de un contacto más íntimo. De carne contra carne. De su fuerte erección contra su cadera. El beso fue más voraz, más pleno, y tan hermoso que le arrancó un hondo gemido del pecho.

Max retrocedió un poco y la miró. Con la respiración agitada, bajó la vista hasta la mano que cubría el pecho de Lola.

-Lola, si vas a detenerme, hazlo ahora.

Lola no había pensado en detenerlo, así que tampoco la hizo ahora.

-He visto que hay condones en el yate -le dijo mientras le acariciaba los bien dibujados músculos del pecho, del brazo, de su abdomen, hasta llegar a la bragueta. Max aguantó la respiración al notar la palma de la mano de Lola encima de su rígida erección.

-Son demasiado pequeños -repuso él, después de exhalar el aire que había aguantado-. ¿Usas algún anticonceptivo?

Lola llevaba un DIU desde hacía cinco años, y nunca había fallado.

-Sí -contestó.

-Gracias, Dios mío.

La lascivia brilló en los ojos de Max mientras le quitaba una parte del sujetador, desnudando a Lola bajo su ávida mirada. La admiró durante unos largos segundos y luego bajó el rostro hasta el pecho de ella y tomó el pezón entre sus labios. La lengua de Max lamió y jugueteó con él hasta enloquecer a Lola. Con cada roce cálido de esa lengua, Lola sentía que la tensión entre sus piernas aumentaba.

Lola bajó la mano hasta la bragueta de él e intentó abrirla, pero Max se la impidió rodeándole la muñeca con los dedos. Max levantó la cabeza *y* Lola notó el aire frío contra su piel caliente y contra su pezón húmedo. Max se quedó completamente quieto por unos instantes antes de volverse hacia su derecha.

-¿Max?

El le puso un dedo sobre los labios. Por encima del sonido de su corazón y de su rápida respiración, Lola también lo oyó. A la lejos, unas voces masculinas hendían el aire húmedo y quieto. Lola empezó a abotonarse el vestido mientras Max se ponía en pie. Lola se arrodilló a su lado y escuchó. Desde el otro lado de la fuente, las voces se acercaban. Hablaban en español. Un gran alivio inundó a Lola mientras acababa de abrocharse el vestido. Ella, Max y *Baby* podrían regresar a casa. Por fin.

Entre la alta hierba y los matorrales, Lola vio que tres hombres de piel morena se acercaban a la otra orilla del agua en dirección a ellos. Levantó la mirada hacia Max, y sus manos quedaron inmóviles. El deseo ardiente desaparecido de su semblante. Como si hubiera corrido una cortina ahora tenía los ojos entornados, atentos, vigilantes. Entonces, Max clavó en ella esos ojos fríos e inexpresivos. Lola reconoció la expresión firme de la boca y la mandíbula de Max. Ya la había visto antes, en la oscuridad esa primera noche en el *Dora Mae.*

Max señaló el chal y el perro y, con un gesto, le indicó que se escondiese detrás del árbol. A Lola no se le ocurrió ponerse a discutir. No era el momento. Recogió el chal y, de rodillas, se acercó a *Baby.* Lo recogió d encima de la bolsa de lona y gateó entre los matorrales que Max apartaba para

que pudiese pasar. Entre el follaje, Max le alargó la bolsa de lona y el bolso. Lola se abrochó los últimos botones del vestido con una mano mientras con la otra sujetaba a *Baby.*

Por encima de los latidos en las sienes, Lola oyó que las voces se acercaban. Aparte de la poco que había aprendido aquí y allá, Lola sabía muy poco español. No entendió ni una palabra. Los matorrales volvieron a moverse y Max pasó entre ellos a gatas. Para ser un hombre tan grande, no hizo el menor ruido.

Las voces se acercaron más, y Lola calculó que debían de encontrarse donde ella antes se había lavado los pies. Max levantó una rodilla al lado de Lola y sacó el cuchillo de la bota. Los jnúsculos de Lola se helaron ante la visión de la larga y afilada hoja.

Baby irguió las orejas y justo cuando Lola iba a cerrarle el hocico con la mano, el perro rompió a ladrar y se escapó de sus brazos. Lola se disponía a llamarlo y a salir tras él, pero Max se tiró encima de ella y le tapó la boca.

-Deja que se vaya -le susurró al oído.

Lola sacudió la cabeza con fuerza al oír que los excitados ladridos a *Baby* se alejaban cada vez más. Las voces se callaron y Lola sintió que el pánico le atenazaba el estómago, como el día en que creyó que *Baby* se ahogaría en el océano Atlántico.

-¿Es que quieres morir? -susurró Max, fulminándola con la mirada.

Acto seguido, Max volvió a dirigir la atención hacia la que estaba ocurriendo a la orilla de la laguna. Lola dejó de forcejear. No, no quería morir. Pero tampoco quería quedarse sentada mientras alguien hacía daño a *Baby.*

El perro comenzó a ladrar con más furia, como en los momentos en que saltaba del suelo con cada ladrido. Lola siempre había temido que complejo de Napoleón le acarreara su propia Waterloo, y hoy eso parecía estar a punto de suceder. Una risita se sumó a la algarabía y, enseguida, se oyó un aullido lastimoso.

Lola no pudo reprimir el gemido que le brotó de la garganta. Aspiró por la nariz y se le nubló la vista. *Baby* era sólo un perro, pero era su perro, ella lo quería. A veces era un incordio, pero eso no concernía a nadie más que a ella, y el perro la necesitaba.

Max notó la humedad de las lágrimas de Lola entre sus dedos y la miró a los ojos, abiertos de par en par. Entonces lo hizo de nuevo. Abrió la boca e hizo una promesa que no estaba seguro de poder cumplir. De hecho estaba bastante seguro de que no podría cumplirla, pero eso no le impidió musitarle al oído:

-Voy a traerte el perro otra vez. Pero tienes que estarte calladita o no viviremos lo suficiente para rescatarlo.

Lola asintió, y el enorme peso de la confianza que ella depositaba en él lo abrumó. ¿Qué estaba haciendo? ¿Arriesgar la vida por un pequeño perro chillón? ¿Por una minúscula rata rencorosa?

Max le quitó la mano de la boca y le hizo una señal para que permaneciese tumbada. Por supuesto, Lola no le hizo caso sino que, arrodillada a su lado, se puso a observar a través de los matorrales. Unas botas se dirigieron hacia ellos *y* se detuvieron a menos de un metro de donde se encontraban, justo en el lugar donde Max había tumbado a Lola en el suelo y le había besado el pecho. El lugar donde ella había encendido el deseo de Max con tal intensidad que éste no había oído a esos hombres hasta que casi estuvieron encima de él.

Esos hombres hablaban en un español latinoamericano y llamaban «teniente» al que marchaba al frente de ellos, pero no se trataba de un teniente del ejército colombiano. En realidad, Max no creía que ese hombre tuviese experiencia militar. Alrededor del árbol, la hierba estaba aplastada, y si se inspeccionaba de cerca resultaba obvio que alguien había pisado esa área recientemente. Max había limpiado rápidamente la zona con una rama rota de árbol, pero no había tenido tiempo de acabar el trabajo y, a pesar de todo, el «teniente» no había reparado en ello.

El hombre dio la orden de que exploraran la zona en busca de los propietarios del perro. Se hallaba tan cerca que Max pudo ver las costuras del uniforme y el cuchillo de combate KBar que llevaba en la caña de la bota. Se apreciaba un bulto debajo de la pernera del pantalón, y Max habría apostado cualquier cosa a que llevaba una pistolera en la cadera. Y dentro de esa pistolera,

naturalmente, habría una semiautomática de 9 mm. Max ya se había dado cuenta de que ese hombre portaba un M60. Esos chicos iban armados hasta los dientes y buscaban problemas.

Buscaban alijos de droga, y si descubrían a Max, le pegarían un tiro inmediatamente. A no ser que fueran miembros del cártel de los Cosella Max necesitaba preguntarse qué harían con él en ese caso. Ya había recibido una muestra. Aunque no creía que estos hombres pudieran reconocerlo, todavía llevaba en el cuerpo las marcas delatoras de la que había sufrido a manos de José Cosella. Sin embargo, con independencia de lo que le hiciese a él, Lola se llevaría la peor parte. Al pensar en lo que ella podía sufrir, apretó el puño del cuchillo con más fuerza. Si se presentaba la oportunidad se ocuparía de ese hombre sin que los demás se dieran cuenta.

Las botas prosiguieron la marcha, y Max se permitió respirar. Sin hacer ningún ruido, apartó con la mano los arbustos para observar. Había dos hombres de pie al lado del agua. Uno de ellos tenía agarrado a *Baby* por el collar, y el perro colgaba en el aire. Los hombres rieron y Max se volvió hacia Lola, que todavía tenía la marca de la mano de Max alrededor de la boca. Había achicado los ojos en una expresión homicida. Joder, sí Lola hubiese contado con un arma de asalto, Max habría apostado por ella

Max espió a los hombres mientras registraban los matorrales y la hierba. Se apartaron del agua y volvieron colina abajo. Max se guardó de nuevo el cuchillo en la caña de la bota y se puso la camiseta. Le ordenó a Lola que se quedase donde estaba y, sorprendentemente, Lola le obedeció. Manteniéndose en la sombra, Max siguió a los tres hombres hacia la playa. Había un cuarto individuo sentado en una lancha hinchable varada en la arena de la orilla, con un remo a cada lado.

Uno de los hombres levantó al perro de Lola y se la pasaron entre ellos como si se tratara de algún tipo de premio.

Boby ladraba mientras ellos reían *y* bromeaban. Max deseó con todas sus fuerzas que Lola se hubiese quedado en su sitio y no estuviera viendo lo que le hacían a su perro. No habría resultado impropio de ella cargar colina abajo montada en cólera divina.

Max levantó la vista hacia el *Dora Mae,* que parecía todavía más escorado a babor. Intentó recordar si él o Lola habían dejado algo a bordo que pudiera identificarlos. No lo creía. Anclada al lado del *Dora Mae* había una lancha descubierta de doce metros. Conocida entre las fuerzas de la ley y el negocio de la droga como «planeadora» a causa de su velocidad, la única utilidad de la lancha consistía en recuperar bolsas de narcóticos y correr más que la policía. La guardia costera también las llamaba «pulverizadoras» por razones obvias.

Era una lancha rápida típica, pero ésta en concreto no presentaba ninguna marca que la identificase y estaba pintada del color de las olas. Los motores de 250 caballos tenían que haber hecho suficiente ruido como para despertar a un muerto. A pesar de eso, no la habían oído. En esos momentos, Max estaba con la cara hundida en el escote de Lola y nada existía para él salvo Lola, sus profundos ojos marrones que la miraban con deseo, el tacto de su piel satinada y el sabor de su boca. Lola había absorbido por completo su atención, y eso era peligroso. Max nunca había sido tan descuidado. No volvería a suceder. No podía permitirse que volviese a suceder. Sus vidas dependían de ello.

Por encima del sonido de las olas y de los continuos ladridos del perro, Max alcanzaba a oír muy poco, pero ese poco bastó para confirmar sus peores sospechas. Eran miembros del cártel de los Cosella en busca de los restos de droga esparcidos por la tormenta.

Sin salir de las sombras, Max se acercó un poco más. Observó y escuchó. No fue muy difícil darse cuenta de que esos cuatro hombres no formaban un equipo muy organizado. Más bien eran cuatro tipos que habían decidido aprovechar que el jefe no estaba por ahí para pasarlo bien.

Los cuatro subieron a la lancha y remaron hacia el yate, llevando a *Baby* consigo. Lo tenían colgando de la borda y el perro ladraba y se quejaba. Max se prometió en esos momentos que, si surgía la oportunidad, les ha haría pagar eso caro. Max no era un gran amante de los perros, y menos de los perros chillones, pero cualquier hombre que disfrutase torturando a un ser más débil que él merecía sufrir.

Con respecto al momento o la oportunidad de rescatar al perro, Max no tenía ni idea de cuándo se presentaría. Dio media vuelta, caminó colina arriba durante diez minutos y encontró a Lola en el

mismo lugar donde la había dejado, sentada, con las piernas encogidas y los brazos alrededor de las rodillas.

-¿Dónde está *Baby?*

-Todavía no la tengo -le dijo, en lugar de darle las malas noticias que consistían principalmente en que no le parecía posible rescatar al perro sin que alguien resultara muerto-. No creo que le hagan daño. En cuanto a ti, eso es otra cosa.

-¿Cómo lo sabes? ¿Cómo sabes que no son gente amable? A la mejor nos llevan a Míami.

Lola había estado llorando. Incluso con los ojos hinchados, era una mujer sensual, y Max tuvo que recordarse a sí mismo que no debía dejarse distraer. Le tendió la mano y la ayudó a ponerse de pie.

-¿Recuerdas que te dije que era posible que alguien me estuviese buscando? -le preguntó con expresión seria.

Lola se sacudió la tierra y las hojas del trasero.

-¿Los narcos?

-Sí.

Lola fijó la vista en él.

-¿Los narcos tienen a mi perro?

-De momento.

Max recogió del suelo el saco de lona y le pasó el bolso a Lola.

-¿Tienes algún plan?

-Todavía no. Estoy en ello.

Sin una palabra, Lola le siguió y, en cinco minutos, llegaron a los acantilados de la playa. Max se preguntó qué haría Lola cuando descubriese que era posible que Max no pudiera rescatar al perro, que la vida de él y la de ella eran un precio demasiado alto. Se preguntó si alguna vez la perdonaría. Se preguntó por qué le preocupaba eso.

No tenía toda la culpa de lo que había ocurrido, ni sentía un gran afecto por ese perro fastidioso. Cuando regresasen a casa, Max no creía que volviera a ver a ninguno de los dos. Lola se iría y viviría su vida, al margen de él. Y él viviría su vida al margen de Lola. Una vez que se encontraran de vuelta en Estados Unidos, no creía que Lola la considerase algo más que un recuerdo pasajero.

Max apartó una rama y dejó que Lola pasara delante de él. Entonces, ¿por qué arriesgar su vida por un perro? ¿Por qué preocuparse de la que ella pensara de él? No tenía por qué, pero se preocupaba, y la peor de todo era que no sabía el motivo. Si lo hubiese sabido, habría podido hacer algo al respecto, detener ese proceso. Matarlo. Cortarle la cabeza.

Soltó la rama y se dijo que se preocupaba porque se sentía responsable de ella. Lo malo es que no se lo creía del todo.

Encontraron un lugar a la sombra debajo de un pino caribeño, justo en el borde del acantilado. Los vientos y las tempestades habían torcido las ramas, que crecían alejándose del océano, en dirección a tierra. Las gruesas agujas del pino ofrecían un escondite perfecto y alfombraban el suelo. Asomaron la cabeza al precipicio y otearon la playa por turnos con los prismáticos, que habían tenido la precaución de incluir entre los artículos que se habían llevado del *Dora Mae* esa mañana. Observaron a esos hombres mientras descargaban bebidas y sillas del yate y luego volvían a la lancha rápida, pero, para sorpresa de Max, no se marcharon. En cambio, embarcaron en la lancha un gran radiocasete y una nevera portátil roja y remaron de regreso a la playa. Una vez allí, desplegaron las sillas, enchufaron la música y se prepararon para la fiesta.

-¿Puedes ver a *Baby?*

Max escrutó la zona hasta que vio al perro atado con un trozo de cuerda una de las sillas.

-Lo veo.

Si hubiera estado solo, habría escogido una posición cercana a la acción y aguardado la oportunidad de entrar en acción, por ejemplo, cuando cualquiera de ellos se internase en la arboleda para orinar. Pero con Lola no se atrevía a acercarse.

-¿Max?

Max bajó los prismáticos y la miró.

-Qué.

-¿Eres un buen agente secreto?

-No soy un agente secreto. Estás pensando en la CÍA. La agencia para la que yo trabajo no existe.

-Bueno, seas la que seas, ¿eres bueno?

-El Gobierno cree que sí. ¿Por qué?

-Porque -dijo mientras le quitaba los prismáticos y observaba la playa- creo que podríamos acabar con todos esos tipos, o esperar a que se emborrachen hasta perder el sentido, rescatar a *Baby* y robarles la lancha.

Max ya había pensado en eso, pero su plan no incluía acabar con nadie.

-Voy un poco por delante de ti.

-Bueno, entonces ¿cuál es nuestro plan?

-Nuestro plan consiste en que tú te quedas aquí y yo me ocupo del resto.

-Quiero hacer algo.

-No.

-Max...

-Lola, no puedo trabajar si tengo que estar pendiente de ti. -Max le arrebató los prismáticos-. Sé la que hago. Debes confiar en mí.

-El último chico que me dijo eso colgó mis fotos en Internet.

-Bueno, yo no soy ese chico.

Lola le acarició el brazo y le dio unas palmadas en el hombro. No era más que un contacto amistoso, un gesto inocente que provocó un intenso ardor en la ingle de Max, como si ella hubiera acercado la mano a sus pantalones y le hubiese tocado otra parte del cuerpo. Mierda.

-Ya la sé -le contestó Lola-. Bueno, ¿cuál es tu plan?

-Para empezar -dijo, fijándose en los hombres que estaban en la playa-, no puedo hacer nada hasta que sea de noche. Además, eso les dará la oportunidad de beber un poco más.

-¿Y si se marchan?

-No la harán. Lo más probable es que caigan inconscientes donde están, o que se arrastren hasta el *Dora Mae* para dormir la mona.

-¿Y luego qué?

Max se encogió de hombros.

-No lo sabré con seguridad hasta que baje. Todavía nos queda una hora.

Los hombres subieron el volumen de la música y, cuanto más bebían más alta sonaba. Su repertorio se componía de salsa, música latina y, sobre todo, Guns N' Roses. Justo antes de la puesta de sol, colocaron en fila las botellas vacías y las acribillaron con sus armas de fuego automáticas. *Baby,* muy prudentemente, se refugió debajo de la silla mientras los tipos disparaban a la arena. Las palmeras y los pinos caribeños fueron los siguiente blancos. Luego, los acantilados. Max y Lola se tiraron al suelo y Max protegió a Lola con su cuerpo mientras las balas arrancaban las ramas por encima de sus cabezas. Mientras Axl Rose cantaba *Welcome to the jungle,* agujas de pino y trozos de corteza llovían sobre la espalda de Max.

-Jodidos estúpidos -gruñó.

-Max...

Lola giró la cabeza hacia él, con la boca a muy poca distancia de la de él. Entre las sombras del pino, los dedos dorados del sol poniente le acariciaban el rostro y arrancaban destellos de su cabello. Se echó a temblar, y Max la abrazó con firmeza.

-No me gusta que me disparen -dijo Lola.

-No es de mis cosas favoritas, tampoco.

-No quiero tener más miedo. He tenido miedo durante demasiado tiempo. -El sudor le empapaba las sienes, y una lágrima se deslizó por su mejilla. Respiraba entrecortadamente debido al esfuerzo que suponía reprimirse-. Y tengo miedo. -Lola perdió la batalla y se le escapó un sollozo-. Estoy harta de tener miedo. Creo que no puedo soportarlo más.

-Lo has soportado mejor que muchos hombres que conozco.

-Odio llorar. No quiero llorar.

-Llorar está bien -le aseguró Max, mientras le daba la vuelta y con templaba sus ojos llorosos. Apoyándose sobre un codo, añadió-: Si yo fuera una chica, también lloraría.

-Pero un chico como tú no llora nunca, ¿no?

Max miró hacia abajo, a la fiesta de la playa. Los temas se sucedían en el radiocasete y la brisa transportaba la música de cantina mexicana. Max había visto llorar a hombres maduros y soldados endurecidos por la guerra, pero él sólo había llorado una vez. La noche en que su padre murió, se quedó en la casa de su viejo, solo, y lloró como un niño.

-Los chicos como tú no se asustan.

Max posó su mano sobre la mejilla de Lola y secó las lágrimas que resbalaban por su piel sedosa. Estaba equivocada. La sola idea de fallarle, de que cualquier cosa le hiciese daño, la asustaba terriblemente.

-Exacto -respondió, finalmente-. Los chicos como yo no se asustan por nada.

9

Lola levantó la vista y miró a Max. La única señal de que todavía estaba viva era el calor que notaba en el pecho de Max. Tenía los dedos de las manos y de los pies entumecidos, como si se encontrara en la nieve, y temía quedarse helada de puro miedo. Durante los tres últimos años, Lola había vivido con ese miedo y la había mantenido a raya con dificultades. Ahora no estaba segura de poder lograrlo.

-Quiero sentirme a salvo otra vez, Max.

Lola había sido secuestrada por error, amenazada y amordazada, había estado a punto de ahogarse al intentar salvar a su perro y había sobrevivido a duras penas a una tormenta. Le habían robado a *Baby* y, ahora, unos traficantes de drogas disparaban contra ella. Si a todo eso añadía el accidente con la pistola de bengalas, el rescate frustrado de la noche anterior y la preocupación constante, tenía todos los ingredientes.

Aquella primera noche en el *Dora Mae,* Lola creyó que iba a morir y luchó para seguir viva. La noche pasada, durante la tormenta, la había asaltado el mismo miedo. Y ahora debía enfrentarse a esa última amenaza contra su vida. Lola llevó las manos a ambos lados de la cabeza de Max y la acercó a la de ella. Durante los últimos días, las pocas veces que se había sentido casi segura había sido entre los brazos del hombre que había puesto su vida en peligro. La fuerza de esos robustos brazos era la único que la hacía sentirse viva.

-Max- susurro.

Max no tuvo que preguntarle qué quería. Lo sabía. Pegó sus labios los de ella y Lola se abrazó a él mientras se dejaba inundar por el calor de ese beso. Ese calor se propagó por su cuerpo como una llama e hizo retroceder el miedo. Max la poseyó con los labios y con la lengua y Lola se centró en él, en la textura y el sabor de su boca. El olor de Max la llenaba todo.

Lola le acarició el cuello y los hombros. Introdujo las manos debajo de la camisa de él y se las calentó contra su pecho. Max era tan fuerte y vigoroso, tan potente y masculino que sentir el latido de su corazón bajo la palma de la mano le resucitaba los sentidos. Lola quería más. Mucho más.

Lola pasó los labios por el cuello de Max.

-Hazme el amor, Max -le pidió.

La mano de Max encontró su muslo desnudo y se deslizó por debajo del vestido. El contacto de esa palma cálida y el deseo provocaron un flujo repentino entre las piernas de Lola.

-No es un buen momento. -La voz de Max sonó tan densa como la sangre en las venas de Lola.

No era posible que hubiese entendido bien.

-¿Qué?

-No es un buen momento.

Sí, la había entendido bien, pero no podía creer que estuviera diciendo eso. Ése era Max, el chico de manos rápidas que era capaz de desnudar a una mujer antes de que ella se diese cuenta. Max, el hombre que la había acusado de calientapollas hacía menos de veinticuatro horas.

Ella escudriñó su cara oscurecida por las sombras.

-¿Cuándo será un buen momento para ti? ¿Dentro de unas horas, cuando posiblemente estemos muertos?

-Lola, haré todo la que esté en mi mano para que vuelvas a casa, sana y...

-Lo sé -la interrumpió ella-, pero no puedes garantizarlo. -Le desabrochó el botón de la bragueta-. Es posible que todo lo que somos, todo lo que podríamos llegar a ser desaparezca esta noche, Max. En una remota isla en medio del Atlántico.

Todas las esperanzas y los sueños sobre su empresa, sobre formar una familia algún día, morirían con ella. Ya no habría «algún día» para ella. Su madre y su padre nunca sabrían qué le había ocurrido y tendrían que vivir para siempre con el interrogante de si se encontraba viva o muerta. Los conocía lo suficiente para saber que nunca perderían la esperanza. La buscarían durante el resto de sus vidas.

-No importa cuánto lo desees, no puedes prometer que mañana estaremos vivos.

Los cinco botones se desabrocharon y Lola deslizó la mano dentro de la bragueta. Debajo de la tela de algodón de los calzoncillos, Lola lo encontró completamente erecto y apretó la palma de la mano contra esa increíble calidez. Sintió que el fuego le subía por la muñeca, le aceleraba el pulso y penetraba en su corazón. Eso era todo la que necesitaba de él en ese momento.

-Dame algo en que pensar aparte del miedo.

Max respiraba agitadamente y tenía las pupilas dilatadas, pero aun así se resistía.

-Me lo debes -añadió Lola. No podía creer que la estuviese obligando a recurrir al chantaje emocional-. Es culpa tuya que me encuentre aquí, así que haz que valga la pena.

La mano de Max subió por el muslo de Lola hasta el elástico de las bragas.

-Es un argumento convincente -le dijo con una sonrisa.

-Me parece demencial que estemos discutiendo esto.

Lola deslizó su mano más abajo y le palpó cuidadosamente los testículos. Max aguantó la respiración.

-Supongo que no eres de las que gritan, ¿no?

No, esa noche no.

-Me controlaré.

Por la visto eso era la que Max necesitaba saber, pues metió la mano entre sus piernas.

-Dios -exclamó-, ya estás mojada.

Los dedos de Max se introdujeron por debajo de las bragas y separaron los labios húmedos. Lola susurró su nombre y giró el rostro hacia su nombro. Las yemas de los dedos de él acariciaron su punto más sensible, y Lola mordió el duro músculo del hombro de Max.

-Lola.

-¿Mm? -Lola le besó en el lugar que le acababa de morder.

-Nada. Sólo Lola.

Con cada caricia, Max saciaba el intenso deseo de Lola y la dejaba con única ansia de sentirlo dentro de sí.

Lola deslizó la mano dentro de los calzoncillos de Max y cerró el puño alrededor de su mástil. Él jadeaba mientras ella movía la mano arriba abajo, a lo largo de su miembro, sintiendo la tersa dureza y la increíble calidez en su mano. Lola frunció los labios para recibir el beso de Max y tomó en su mano la punta del pene. Apretó y Max emitió un gemido profundo. Él abrió la boca, pegada a la de ella, y Lola saboreó su pasión, caliente y vibrante, en la lengua. La música procedente de la playa llegaba sus oídos, pero nada existía más allá de Max, de su olor, de la suavidad de su piel, de su sexo.

Max se puso de rodillas y le quitó las bragas. Se colocó entre las piernas de Lola e insertó los dedos en la cintura de los téjanos. Lentamente, los bajó por los muslos, descubriendo primero el vello negro y tupido que crecía en su bajo vientre. Luego liberó su erección, grande e imponente. La

tomó en su mano y dirigió su vista a Lola. Entre las sombras del pino, el sol del Caribe se ponía, bañándolo en su luz dorada.

-Quítate el vestido, Lola -le dijo, con la voz ronca-. Quiero verte. Quiero verte entera.

El aire que rodeaba a Lola estaba cargado de deseo. Ella se desabrochó cada uno de los botones hasta el final. Levantó la mano para atraer a Max hacia sí, pero él colocó las manos en sus caderas y bajó el rostro hacia su vientre. Le besó el ombligo y el estómago, y enterró el rostro entre sus pechos, lamiéndoselos y raspándolos ligeramente con las mejillas ásperas. La erección de Max rozó el interior de los muslos de Lola, que sintió un escalofrío por todo el cuerpo.

Con manos temblorosas, Lola atrajo el rostro de Max hacia el suyo. Sus miradas se encontraron cuando él se dispuso a penetrarla. Él empujó la ancha cabeza de su pene caliente dentro de ella y empezó a menear las caderas adelante y atrás, con un ritmo lento y cadencioso que dio tiempo a Lola para colocarse bien antes de que él le sujetase los muslos y, con un embate final, entrase hasta el fondo. Lola, sin aliento, se agarró a los hombros de Max. Él la llenaba por completo y su calor la quemaba en lo más hondo. Un gemido incontrolado brotó de la garganta de Lola al tiempo que le rodeaba la cintura con una pierna.

Max inspiró con fuerza y aguantó el aire. Al contacto de las manos de Lola, sus músculos se habían vuelto de piedra.

-Lola -musitó en la mejilla de ella-. Dios, eres increíble. Tan caliente. -Max salió a medias de ella y luego se inclinó hacia delante.

Una ola de calor corrió por toda la piel de Lola. Le bajó por las piernas hasta las plantas de los pies. Le subió por el vientre, hasta los pechos y brazos. Cada arremetida era mejor que la anterior y la hacía desear más. Deseaba más. Más. Deseaba más. Más de él.

Dentro y fuera, con más fuerza. Más deprisa. Lola no podía respirar. A pesar de todo, continuaba. Continuaba recibiendo un placer exquisito, justo cuando creyó que iba a incendiarse, él le pasó una mano por debajo del trasero y le levantó la pelvis, buscando más profundidad.

-Max-susurró ella sin resuello-. Max, no te detengas

-No tengo ninguna intención -consiguió responder él mientras la embestía.

Debajo de la camiseta de Max, los vientres de ambos se tocaban y la piel, sudorosa, se les pegaba. Max la envolvió con los brazos y Lola se sintió consumida por completo por él. Sintió que la tomaba, la rodeaba y la llenaba por completo, que la conducía al orgasmo con cada acometida de sus caderas y su pene aterciopelado. Todo su mundo estaba concentrado en ese lugar interno al que él llegaba y en la intensidad con que la sentía. La cabeza le daba vueltas. Quizá dijo algo en voz alta, pero no estaba segura. Cerró los párpados y notó que Max le cogía el rostro entre las manos.

-Lola, abre los ojos y mírame.

Ella consiguió hacerlo, aunque con dificultad. Todo su mundo se reducía al punto en que su cuerpo estaba en contacto con el de él y a la sensación que la invadía y que la inducía a abrirse a cada embate de las caderas de Max.

-Quiero que me mires. Quiero verte a los ojos cuando te corras-le dijo.

Max vio cumplido su deseo. Inmediatamente, la primera ola de orgasmo arrastró a Lola con furia. Lola arqueó el cuerpo y se colgó de Max mientras su cuerpo la conducía a la cumbre del placer más vertiginoso. Lola abrió los labios y Max la besó, tragándose el largo gemido, tragándose a Lola por completo y exigiéndole más. Debajo de ese pino caribeño, Max alabó a Dios y maldijo en un mismo suspiro, repetidamente, hasta que hundió los dedos en el pelo de Lola y un rugido nació en lo más profundo de su pecho. El movimiento de caderas se hizo más rápido y más fuerte hasta que Max se clavó en ella una última vez.

En la calma súbita, el aire se llenó con la respiración agitada de ambos. Lola no estaba segura de cuánto rato había transcurrido, pero Max había aguantado su propio peso con sus brazos durante la mayor parte del tiempo mientras la cubría con su cuerpo.

-¿Estás bien? -le preguntó Max.

Lola deslizó los dedos por su cabello y soltó una risita.

-Creo que sí.

-Dios, creo que nunca me había corrido con tanta fuerza. Eres maravillosa para fo...-se cortó-. No. -Sacudió la cabeza-. Quiero decir que eres una mujer maravillosa.

Lola rió en silencio. Ese desliz de Max era uno de los mejores cumplidos que había recibido jamás de un hombre.

-También me gustaría ser maravillosa follando.

-Bueno, lo eres.

Por encima de sus jadeos, el sonido de la salsa irrumpió en su paraíso particular y el mundo real los invadió. Max la besó en la frente y murmuró algo que ella no consiguió entender. Con el corazón desbocado y la piel todavía sensible al contacto con él, sintió que Max se apartaba de ella y se ponía de rodillas. Los últimos rayos de luz brillaron sobre el húmedo sexo de Max cuando éste se puso los calzoncillos. Echó un vistazo entre los arbustos y se giró hacia ella.

-Te mereces algo mejor que esto, Lola. Si de mí dependiera, ahora nos daríamos un chapuzón y luego volveríamos a empezar, esta vez despacio de verdad -le dijo mientras se abrochaba los pantalones-. Pero no tenemos tiempo, y debemos hablar en serio.

Lola se incorporó y se puso las bragas. Si de ella hubiese dependido, habría permanecido en los brazos de Max, disfrutando de la calma. No quería hablar en serio, pero sabía que tenían que hacerlo. Esa noche no había ocasión de remolonear ni de descansar. Tampoco de darse un chapuzón para volver a empezar.

-No sé cuánto tiempo tardaré en volver. Puede ser una hora, quizá más. Lo importante es que te quedes quieta aquí. No importa lo que oigas ni lo que veas.

Eso quería decir que aunque él tuviese problemas, ella no debía acudir en su ayuda. Lola se puso el vestido y se la abotonó.

-Todavía creo que debería ir contigo.

-No. -Max le sujetó la barbilla con los dedos y le levantó el rostro hacia él-. No puedo protegerte contra cuatro hombres armados. -Max bajó la mano-. Si me sucede cualquier cosa, quiero que hagas lo siguiente.

Lola sacudió la cabeza.

-No va a sucederte nada.

-Quiero que esperes hasta que esos hombres se hayan marchado definitivamente -continuó Max como si no la hubiese escuchado- Entonces, haz una hoguera en la playa. Hazla grande y aliméntala con todo el plástico que encuentres en el *Dora Mae.* El plástico produce un humo muy negro que se puede ver a distancia. -Max cogió los prismáticos y oteó la playa-. No olvides mantener el fuego vivo durante la noche. Si empapas la arena con el aceite que encontrarás en el barco, te será más fácil.- Bajó los prismáticos y se los dio-. Esos nidos de pájaro que te dije que había visto están muy secos; arderán bien.

-Max...

-Qué.

-No va a pasarte nada -repitió Lola, como si por el mero echo de decirlo bastantes veces pudiera hacerlo realidad. No quería a contemplar siquiera la posibilidad de que le ocurriese algo.

-Espero que no. -Max se puso de pie y la ayudó a levantarse-. Prométeme que no te moverás de aquí.

-Te la prometo.

Max le puso la mano en la nuca y le dio un beso rápido.

-Cuando venga a buscarte, tienes que estar preparada.

-Lo estaré. -Lola le acarició el brazo-. Prométeme que tendrás cuidado.

-Cariño, siempre tengo cuidado.

Cuando Max se apartó, Lola le apretó el brazo.

-Prométeme que volverás.

Max le tomó la mano y se la besó.

-Haré todo la que pueda -aseguró.

Había solamente dos reglas vitales en todo conflicto, dos principios de guerra que Max seguía: ganar a cualquier precio y descartar el fracaso como opción. Max se había encontrado en demasiados conflictos para no creer en esos dos principios más que nunca.

Se hincó al lado del arroyo que bajaba por la ladera de la colina y recogió un poco de barro con los dedos. Se lo esparció por la frente, el contorno de los ojos, las mejillas y la barbilla. También se embadurnó con él los brazos y las manos.

La música procedente de la playa enmudeció y Max echó una ojeada a través del follaje. Era noche cerrada, así que no contaba con buena visibilidad. Un poco más abajo de donde se encontraba, a la izquierda, vislumbró los destellos de una fogata. Por encima del sonido de las olas, se oían los ruidos y las fanfarronadas típicos de una borrachera. La música latina volvió a sonar. Era el tipo de música con la que Max se había criado, la música que le traía recuerdos de botellas vacías y de ceniceros que se estrellaban contra la pared.

Max avanzó hasta la primera hilera de árboles y se convirtió en una sombra más. Tres de los chicos malos estaban sentados frente al fuego bebiendo mientras que el cuarto estaba repantigado en una de las sillas, aparentemente sin sentido. No veía a *Baby,* pero la cuerda con que la habían sujetado se encontraba atada todavía a la pata de la silla. Max se agazapó detrás de una palmera y escuchó, observó y esperó.

Los tres tipos que se encontraban frente a la hoguera eran iguales a todos los hombres que se reunían para emborracharse. Se quejaban de sus mujeres y de sus novias, y se quejaban de su trabajo. Se quejaban de lo pesado que era recoger la droga y transportarla a los barcos a tiempo, como si trabajaran para la oficina de correos.

Cuanto más tiempo pasaba escuchando, más bebían y más escandalosos se ponían. Hablaron acerca de la muerte de José Cosella y de la recompensa que su jefe ofrecía por la cabeza del hombre que la había matado. Quinientos mil pesos. Era una pena que nadie tuviera la más remota idea de quién era ese gringo ni de dónde se había metido.

Max se volvió hacia el lugar donde estaba Lola. La distinguió en la oscuridad, sentada, con los codos sobre las rodillas, observando la playa con los prismáticos. El vestido era un lago azul en su regazo y la luna acariciaba sus largas piernas y sus labios carnosos. Centró de nuevo su atención en la playa, pero sus pensamientos no se encontraban por completo en el trabajo. Levantó la mano y se la acercó a la nariz. Todavía estaba allí, entre sus dedos. El olor de Lola Carlyle. El aroma de su sexo. Lo inhaló con fuerza y sintió que su cuerpo reaccionaba. El deseo se le despertó en la entrepierna y la polla se le puso dura debajo de los téjanos. Cerró los ojos y se imaginó que la besaba allí. Allí, entre los muslos, donde ella estaba mojada y lo deseaba. Lo deseaba a él.

Si alguien le hubiese dicho que algún día él tendría una relación sexual con Lola Carlyle mientras unos traficantes de droga se montaban una fiesta no muy lejos, se habría partido de risa. Max se había considerado siempre un chico afortunado, pues había sobrevivido a muchas circunstancias extremas, pero nunca habría pensado que lo fuese tanto.

Desde el día que había requisado el *Dora Mae,* Max se la había imaginado desnuda debajo de su cuerpo. Se la había imaginado como la culminación de la fantasía de cualquier hombre. Había imaginado que Maximilian Zamora, hijo de un inmigrante cubano alcohólico, follaba con una supermodelo.

Max cerró el puño y bajó la mano. Había sido poco previsor. Lo habían pillado con la guardia baja, la cual no era frecuente. No tenía ninguna sensación de triunfo masculino. No tenía ninguna prisa por contárselo los colegas. Sólo sabía que se había dejado arrastrar por la lascivia en circunstancias extremadamente peligrosas. Había ido demasiado lejos y, si se presentaba una nueva oportunidad, volvería a hacerlo, una y otra vez.

Max se quedó sentado en las sombras durante media hora más y luego desanduvo el camino entre los árboles y arbustos y se dirigió a un punto donde la isla se curvaba y la playa se perdía de vista. Si había algo en lo que Max siempre había confiado, era su instinto; pero últimamente su instinto estaba fallando. Le había fallado durante la operación en Nassau y le había fallado respecto a Lola también. O quizá no era que su instinto le fallase, sino que él no lo escuchaba.

Las olas le lamieron la punta de las botas cuando se agachó para sacar el cuchillo de la caña de la bota. En el caso de Lola, la última posibilidad parecía la acertada. La deseaba y, por mucho que se dijera a sí mismo que eso podía conducirlo a la muerte, no prestaba atención.

Ahora que ya había estado con ella, sabía sin sombra de duda que había sido un error, y no por la amenaza física que conllevaba. Hacer el amor con Lola Carlyle no había sido lo espectacular que se había imaginado. No había sido lo lascivo que podían ser mil fantasías sexuales diferentes. No, había sido mejor. Mucho mejor. Estar con ella, mirarla a la cara mientras penetraba su húmedo y cálido cuerpo, lo había hecho atisbar algo mucho más fuerte que el sexo. Algo más fuerte que el deseo que nacía en la entrepierna y marcaba el ritmo y la profundidad. Poseerla hasta el punto de que ella no supiese dónde empezaba él y dónde terminaba ella le había hecho entrever la que podía ser su vida junto a ella. Y, durante unos instantes, se había prestado a eso. Había permitido que ese sentimiento se le instalara en el pecho, le quitara el aliento y le robara la razón.

Pero no había sido más que un destello. Una fantasía, después de todo. En la vida real, Max no era un chico «para siempre» y Lola no era el tipo de mujer que se quedaría con alguien como él, un hombre que no podía garantizar que estaría allí al día siguiente.

Max se adentró en el agua y apartó esos pensamientos de su mente. Lola era una civil, exactamente igual que cualquier otro civil. Y ése era su trabajo, exactamente igual que tantos otros que había realizado. Los años de disciplina le habían enseñado a distanciarse de todo excepto de la necesario. Cuando las olas le llegaron al pecho, Max se colocó el cuchillo entre los dientes para no perderlo y empezó a nadar. Recorrió unos ciento cincuenta metros procurando que lo único que emergiese del agua fuera su cabeza a la altura de los ojos. No provocó la más mínima perturbación en la superficie mientras nadaba paralelamente a la costa.

En la distancia, el *Dora Mae* semejaba una enorme ballena embarrancada, un desecho triste, patético. Cuanto más se acercaba, más se parecía esa silueta a un yate, pero no por ello resultaba menos triste o patético. La planeadora se encontraba fondeada unos seis metros a la izquierda del yate, pero sobresalía tan poco del agua que Max no la habría visto si no hubiera sabido dónde se encontraba.

La lancha se mecía suavemente sobre las olas cuando Max la alcanzó y subió a ella. Se sacó el cuchillo de la boca y esperó unos momentos a que la vista se le acostumbrara a la luz del interior del casco. Había tres barriles de plástico en el lado de estribor, junto a la que parecía ser una caja de municiones del ejército. Max echó un vistazo a la playa y divisó a los cuatro hombres. Entonces levantó la tapa.

Bingo. Un alijo de todo tipo de armas. A la luz de la luna, Max distinguió varias ametralladoras MP4, pero no encontró munición. Había aproximadamente una docena de cartuchos de dinamita y de cabezas detonadoras, pero sonrió cuando su mano topó con algo.

«Hola», susurró mientras sacaba una de sus armas favoritas: un rifle calibre 50 con mira telescópica. En cuanto terminó el entrenamiento en las Fuerzas Especiales de la Marina y obtuvo su título, lo enviaron a entrenarse como francotirador en Fort Bragg.

Max había pasado meses escondido entre las malas hierbas de Carolina del Norte disparando a blancos de papel y vehículos de mentira mientras las pulgas se cebaban en sus pantorrillas y muñecas. Unos cuantos años después había puesto en práctica ese entrenamiento en la operación Tormenta del Desierto, donde abatió objetivos necesarios y aprendió muchas cosas sobre la vida y la muerte.

Entonces era sólo un niño.

Era imposible adivinar para qué querían esos chicos de la playa un arma capaz de abrir un boquete considerable desde una distancia de dos kilómetros y medio. Max hizo un rápido inventario de la que tenía y de lo que no tenía. No tenía munición para las MP4, y se imaginó que esos hombres la habían gastado toda disparando contra los árboles. No tenía detonante para la dinamita, pero en la caja encontró balas del calibre 50.

Después de echar un rápido vistazo a la playa, se deslizó por la borda de la lancha y, sosteniendo el rifle y la munición por encima de su cabeza, nadó hasta el *Dora Mae.* El interior del yate estaba oscuro como una tumba, excepto por los pocos rayos de luz que se filtraban por las ventanas. El

hecho de que el barco hubiese sido saqueado y que todo se encontrara desparramado por todas partes no mejoraba precisamente las cosas. Se encaminó al camarote y, en el trayecto, notó que sus botas pisaban cristales. Tardó menos de un minuto en encontrar lo que estaba buscando. Se guardó media docena de condones en el bolsillo, abrió varios de ellos y cubrió el rifle con el látex. Luego metió las balas en el último condón y lo ató. De nuevo, abandonó el yate.

Mientras se sumergía en el mar y se dirigía de nuevo hacia la lancha rápida, Max sintió alivio. De nuevo, se encontraba en territorio familiar. Las cosas, definitivamente, empezaban a mejorar. Todo lo que le quedaba por hacer era arrancar a *Baby Doll* Carlyle de debajo de una silla vigilada por un traficante de drogas inconsciente, llevar a Lola y al perro a la lancha sin que los malos se dieran cuenta y poner rumbo a las Bahamas. Sería un juego de niños.

10

Lola veía poca cosa más allá de la luz del fuego en la playa. Tenía los ojos doloridos, pero no quería dejar los prismáticos. Hacía por lo menos una hora que Max se había ido. Debía de encontrarse por allí, en algún lugar, pero ella no había logrado verlo. Unas cuantas veces le había parecido vislumbrarlo, pero en realidad lo único que había visto eran olas. Bajó la mirada hacia la playa. Tampoco había podido ver a *Baby,* aunque sabía dónde se encontraba.

Una música de mariachis llegaba hasta Lola con tanta claridad como si una banda de ellos se encontrara tocando en la playa. No era una gran amante de ese tipo de música, y tuvo claro que, a partir de ese momento, la odiaría. Tenía el pelo sucio y picaduras de mosquitos en los brazos, y su único consuelo era que nadie le disparaba en esos momentos. Y que nadie le disparaba a Max, tampoco. Todavía no, por lo menos.

Al final, se le cansaron los brazos y bajó los prismáticos. Se había envuelto las piernas con el chal, pero los mosquitos de la isla eran fastidiosos y le habían picado a través de la tela. Estaba cansada y dolorida, y tenía tanta hambre que habría vendido su alma por un plato de macarrones con queso y una barrita de chocolate. En lugar de eso, mató a un mosquito que se estaba dando un banquete en su cuello. Si Max no regresaba pronto, Lola acabaría perdiendo tanta sangre que no podría ni andar.

El mero hecho de pensar en él le provocaba una sonrisa. No era lógico. No tenía ningún sentido. Pero claro, el síndrome de Estocolmo no tenía sentido. En todo ese torbellino, Max había sido lo único constante. Lo único estable. Real.

Como si el mero hecho de pensar en él fuera una invocación, Max apareció de repente a su lado. Llevaba a *Baby* debajo del brazo, y Lola nunca había visto nada tan maravilloso. Deseaba estampar un enorme beso en los labios de Max y, después, besarle todo el cuerpo. El perro gimió con emoción cuando Lola se puso de pie, pero no pudo ladrar porque la mano de Max le tapaba el hocico.

-Necesito la cinta adhesiva -le dijo Max en voz apenas audible-. Está en la bolsa de lona.

Cuando Lola la encontró, Max le pidió que cortara un trozo, con el que le envolvió el morro al pobre perro.

Aunque sabía que era necesario, Lola sintió lástima por él.

-¿Puede respirar?

-Sí, señora -contestó Max, con voz de hombre ocupado en su trabajo, mientras le daba el perro-. Sólo que no puede ladrar.

Aunque *Baby Dolí* intentaba quitarse la cinta adhesiva con la pata delantera, su cuerpo tembloroso expresaba su alegría.

-No sabes la cerca que has estado de convertirte en ciudadano mexicano -le dijo Lola mientras la apretaba contra sus pechos.

-Colombiano -la corrigió Max.

Se arrodilló delante del saco de lona y Lola se dio cuenta de que llevaba un rifle a la espalda. Del bolsillo trasero le sobresalía una gorra de béisbol gris. Y, aunque no estaba segura, le pareció que el cañón del rifle estaba recubierto con algún tipo de goma.

-¿Vas a matar a esos tipos? -le preguntó Lola.

-¿Tienes alguna objeción?

Max sacó de la bolsa los dos trozos de espuma de poliestireno y se puso de pie.

¿Tenía alguna objeción? No, si no quedaba otra solución.

-No -contestó.

Lola sujetó a *Baby* mientras Max volvía a colocarle las alas acuáticas.

-¿Has matado alguna vez a alguien?

En lugar de contestar, Max le preguntó:

-¿Crees que podrás nadar sin hiperventilar y sin hacer ruido?

Con tal de salir de la isla, ella podía hacer cualquier cosa.

-Sí.

-Bien, porque de eso depende que podamos largarnos de aquí.

Max se arrodilló otra vez delante de la bolsa. Sacó la linterna y un mapa, para a continuación guardar el chal dentro. Acto seguido, llenó el saco el bolso de Lola con piedras grandes.

-¿Qué estás haciendo?

-Esto va a ir a parar al fondo del lago. No quiero dejar nada que pueda identificarnos.

-Ahí tengo el cepillo de dientes. Lo voy a necesitar.

-Tendrás uno nuevo mañana por la mañana.

Pero lo que Max no le dijo era que también podía estar muerta mañana por la mañana.

-Necesitaré mi monedero. -Al oír el elocuente gruñido de desesperación de Max, agregó-: Vale, pero necesito la American Express.

Max sacó el dinero en metálico que Lola tenía en el monedero, pero no la tarjeta de crédito. Con la mano que tenía libre, Lola se remetió el dinero en el sujetador.

Con un solo movimiento, Max se puso en pie y se colocó la linterna y el mapa bajo un brazo. Luego, del bolsillo trasero extrajo algo cuadrado. La luz de la luna brilló en el envoltorio de papel plateado, y Lola pensó que se trataba de una de esas chocolatinas que el servicio de los hoteles deja encima de las almohadas.

-¿Es chocolate?

-Un condón.

Por unos instantes Lola la observó en la oscuridad. Tenía que estar de broma.

-Creí que dijiste que éstos eran demasiado pequeños para ti.

Max la miró.

-No son para mí.

Por una fracción de segundo, a Lola le pareció que Max sonreía.

-Coge esto -le dijo Max, y le lanzó la linterna. Max abrió el condón, estiró el látex y enfundó la linterna con él. Cuando hubo acabado, la ató a su cinturón.

-Quiero que me sigas sin hacer ningún ruido.

Enrolló el mapa y la envolvió con un condón.

-Tú y yo, y tu mascota, vamos a nadar hasta esa lancha, subiremos a bordo y saldremos pitando de aquí. -Max se ató el mapa al cinturón-. Cuando te diga que hagas algo, quiero que lo hagas. No la pienses dos veces Simplemente, hazlo. Ahora mismo quiero que digas «Muy bien, Max».

Lola no estaba en el ejército. No estaba acostumbrada a recibir órdenes. Pero confiaba en Max e iba a poner su vida y la de *Baby* en sus manos.

-Muy bien, Max.

Max se llevó las manos a las caderas y la miró de arriba abajo.

-Vas a llamar la atención más que un faro en la oscuridad.

-¿Qué hago?

-Ahora me encargo de eso. Pero primero tenemos que repasar el P.O.

-¿P.O.?

-El plan de operaciones -le explicó Max-. Cuando estemos a bordo de la lancha, me colocaré en la parte trasera y, cuando te la diga, quiero que enciendas los motores.

-¿Yo?

-¿Has conducido alguna vez una lancha?

-No, pero una vez conduje una moto.

Max se pasó la mano por la barba.

-Es más sencillo que conducir una moto. Sólo tienes que girar la llave y empujar el acelerador manual hacia delante.

-¿Tengo que meter alguna marcha?

-No te preocupes por eso. Está lista para arrancar.

-Vale, girar la llave y empujar el acelerador -repitió Lola con el estómago encogido-. Si en lugar de eso, tiro del acelerador, ¿iremos hacia atrás?

-Sí, y ni se te ocurra hacerlo.

El estómago de Lola se encogió todavía más. Podría hacerlo. Seguro.

-¿Algo más?

-Sí, mantén la cabeza agachada. -Max se ajustó el rifle a la espalda-. ¿Lista?

No del todo.

-Sí, Max.

-Pues vamos allá.

Lola, de pronto, se sintió mal. Había llegado el momento de la verdad. O escapaban de la isla o morirían. Siguió a Max hasta el lago y esperó mientras él sumergía la bolsa y su bolso de Louis Vuitton en el agua. Todas sus posesiones desaparecieron dentro de esa laguna. Lola sujetó con fuerza a *Baby* mientras bajaban la colina en dirección a la playa. Tal como había prometido, seguía a Max. Metió la mano en el bolsillo trasero de los tejanos de él, como había pensado hacer esa mañana, y ninguno de ellos hizo el menor ruido.

Se arrodillaron al lado del arroyo que esa mañana habían atravesado en su trayecto hacia la cima de la colina. Max le dio la gorra de béisbol y, mientras Lola se recogía el pelo debajo de ella, Max hundió los dedos en el barro y se la esparció por el rostro y los brazos. Luego le tocó a ella, y Lola cerró los ojos mientras él le untaba las mejillas con el barro sucio, frío y húmedo.

-Piensa que se trata de una mascarilla -le susurró Max.

Lola abrió los ojos y lo miró.

-Ese barro está limpio -replicó.

Max arqueó una ceja y le dirigió una sonrisa. Su rostro estaba tan cerca del de ella, que al sonreír, la rozó con la mejilla.

-¿Barro limpio? Eso sí que es una novedad.

La música de mariachis dejó de oírse y Max se giró para observar la playa. Las voces apagadas de tres hombres se oyeron por encima del sonido de las olas; sus juramentos no sonaban tan estridentes como antes. Max agarró un puñado de barro y, con toques rápidos, le embadurnó las piernas y los brazos a Lola. *Baby* intentó saltar de sus brazos, pero ella lo aferró con más fuerza. Luego, Max se levantó y ella lo siguió a través de los árboles y los arbustos. Lola estaba asombrada del sigilo con que Max se movía pese a su corpulencia. Avanzaban por las sombras más oscuras, y Max a veces se fundía tanto con ellas que Lola tenía que agarrarse a la camisa para no perderlo. A veces, ella alargaba la mano y tocaba la espalda de Max sólo para asegurarse de que aún estaba allí, cálido y vivo. Y cada vez que lo hacía, Lola se sentía un poco más fuerte.

Max la condujo a una parte de la playa que se encontraba alejada de los hombres borrachos y, juntos, se internaron en el océano. Las olas pasaban entre sus pantorrillas y luego entre sus rodillas y muslos, limpiándole el barro que ya empezaba a provocarle picores. Lola caminó hasta que sólo los hombros le sobresalían del agua y, a partir de ese momento, ella y *Baby* empezaron a chapotear contra la corriente con poco éxito.

La tercera vez que Max volvió atrás a buscarla, le agarró la mano por debajo del agua y se la colocó sobre el cañón del rifle. Lola sujetó a *Baby* con la otra mano y, sin medir palabra, Max los arrastró. Lola intentaba ayudar impulsándose con los pies, procurando no hacer ruido, pero tenía la sensación de que Max no necesitaba su ayuda.

El agua salada se le metía en los ojos y en la boca. Perdió uno de los zapatos y tenía los músculos de las piernas y de los brazos agotados. Parecía que llevasen una hora nadando cuando, por fin,

llegaron a la lancha. Max cortó la cuerda del ancla, cogió a *Baby* de los brazos de Lola y la depositó dentro de la lancha. Con una mano se sujetó a la embarcación y con la otra empujó a Lola por el trasero hacia arriba. Lola se tumbó en el suelo de la lancha como un pez exánime y se quedó mirando al cielo nocturno. Estaba tan cansada y tenía tanto miedo que no podía respirar con normalidad. Max tiró el rifle dentro de la barca y le dio con él en el hombro. Luego lancha se meció con fuerza cuando Max subió a bordo y cayó encima de Lola, sacándole todo el aire de los pulmones. Inmediatamente, Max la liberó de su peso y se puso a cuatro patas.

-Recuerda -murmuró-: cuando te haga una señal, gira la llave y empuja el acelerador.

Una señal. ¿Qué señal? Lola tenía la garganta tan seca que no podía decir nada. Sólo fue capaz de asentir con la cabeza.

-Lola -Max levantó la visera de la gorra que Lola llevaba-, ¿estas hiperventilando otra vez?

Lola se tapó la boca con una mano y asintió. Dios mío, hiperventilar justo ahora. Allí, dentro de una lancha que pertenecía a unos traficantes de drogas, mientras éstos se emborrachaban y se lo pasaban en grande practicando el tiro al blanco contra cualquier cosa con sus metralletas. Lola tenía que girar la llave y apretar el acelerador. ¡Ése no era un buen momento para desmayarse! Un pequeño chillido de angustia salió de sus labios.

-Vamos, cariño -murmuró Max mientras le frotaba los brazos-. Relájate. Puedes hacerlo. Sólo relájate. Respira despacio por la nariz.

Lola se concentró en el perfil oscuro del rostro que tenía delante, en la tranquilidad de la voz de Max y el olor del agua de mar en su piel. Notó que *Baby* reposaba la cabeza encima de su pantorrilla. Lola se esforzó al máximo por controlar el miedo.

-¿Te sientes mejor?

Lola aspiró profundamente y llevó una mano al pecho de Max.

-¿Qué señal? -consiguió preguntar, luchando por mostrar una tranquilidad que no sentía.

-Levantaré la mano y, cuando quiera que gires la llave y empujes acelerador, cerraré el puño.

-Vale, Max.

-Ésta es mi chica. Recuerda, hagas la que hagas, mantén la cabeza agachada.

Max le dio un beso rápido y gateó hasta la parte trasera de la lancha.

Mantener la cabeza agachada. Girar la llave. Empujar el acelerador. Podía hacerlo. Lola se tumbó sobre el estómago y se arrastró por entre dos barriles de plástico y una especie de cajón. Se deslizó al lado de un asiento alargado, hasta el timón. Con el tacto, localizó el timón, la llave y el acelerador.

Levantó la cabeza un poco para mirar por encima del asiento y al enarcar las cejas sintió la frente cubierta por el barro. La negra silueta de Max, dibujada al fondo acababa de apoyar el cañón del fusil contra uno de los motores. Más allá, la hoguera de la playa despedía una luz de color naranja. Los tres hombres estaban de pie alrededor del fuego, y las metralletas estaban en la lancha hinchable a una distancia de unos treinta metros de ellos. El sonido de sus voces y risas ebrias le erizaban el vello de la nuca. Lola sentía el aire nocturno como un manto pesado y húmedo sobre su piel. Uno de los tres hombres se separó de los otros y se dirigió hacia el cuarto, que estaba inconsciente encima de la silla. Le propinó una patada en el pie y luego tiró de la cuerda, sacando su extremo de debajo de la silla. El hombre miró a sus pies y, despacio, se agachó para recogerla. Se quedó contemplándola como si no diese crédito a la que veía. O, mejor dicho, lo que no veía.

Se giró hacia los hombres y su voz llegó por encima del agua hasta Lola:

-*¿Perro?*-llamó en español.

Lola le echó un rápido vistazo a Max, una fracción de segundo, deseando que se diera prisa. *Baby* subió al asiento, pero Lola, sin apartar los ojos de la playa, lo obligó a bajar. Uno de los hombres se volvió hacia la lancha y Lola contuvo el aliento. El hombre caminó hasta la orilla del agua, y Lola oyó que las voces de la playa subían de tono, excitadas.

-Vamos, Max -murmuró Lola con el rostro pegado al respaldo del asiento.

Como si éste la hubiera oído, levantó la mano, la miró y cerró el puño.

Lola se dio la vuelta y, sin que la mano le temblara, encontró la llave, la llave y empujar el acelerador. Eso fue exactamente la que hizo.

No pasó nada. Lo intentó otra vez y el motor emitió un ruido pero enseguida se paró.

-Mierda, mierda, mierda -masculló Lola.

Oyó que las voces de la playa aumentaban de volumen, y probó de nuevo.

Nada. Lanzó una ojeada por encima del hombro y vio que los homrbes corrían hacia la balsa. Entre el caos, Lola oyó la voz de Max.

-Es el momento de irnos, cariño.

Lola giró la llave, pero el motor petardeó y se paró. Lo volvió a intentar y esta vez el motor se encendió con un ruido ronco. Lola apretó el acelerador al máximo. La lancha salió disparada hacia delante y el sombrero de Lola salió despedido. Sujetó el timón y lo mantuvo firme. La lancha chocaba contra las olas y la noche se llenó con el tableteo de las metralletas. Lola agachó la cabeza y esperó que Max hubiese hecho lo mismo. No podía ver hacia dónde se dirigían, pero supuso que no importaba mucho siempre y cuando se apartasen de la playa. La noche era tan oscura que no habrían podido ver nada de todas maneras.

Entonces, de repente, una explosión, como un trueno, encendió el cielo. Lola miró hacia atrás y vio que el *Dora Mae* estallaba en una gran bola de fuego. Sonaron dos explosiones más y trozos del yate salieron volando en todas direcciones. Max se levantó, y su silueta se recortó contra las llamas que devoraban el yate. Con las piernas separadas levantó el puño en un gesto triunfante, como si fuera el campeón mundial de los pesos pesados.

Max había pasado buena parte de su vida profesional en el frío y la humedad. Aunque no era su forma preferida de pasar la noche, ya estaba acostumbrado a ello. Pero Lola no. Max encontró una manta en el fondo de la lancha y se la dio.

-Quítate la ropa mojada -le aconsejó mientras tomaba el control del timón.

La luz que brillaba en la isla se alejaba. Max se desató la linterna y el mapa que llevaba atados al cinturón. La lancha estaba equipada con todo tipo de artefactos y era todo la que un traficante podía necesitar para localizar los alijos de droga flotantes en el Atlántico. Max se sentó junto a Lola y le enfocó el rostro con la linterna. A Lola le temblaban los dedos y tenía dificultades en desabrocharse los botones. Se le habían amoratado labios y apretaba con fuerza al perro contra su pecho.

Con una mano en el timón, Max la ayudó a quitarse el vestido. Lo arrojó al fondo de la lancha. Luego, se las apañó para desprenderle la cinta del hocico a *Baby.* El perro emitió una serie de fieros ladridos mientras Max los tapaba a los dos con la manta.

-Quédate ahí un poco más -le dijo Max, fijándose en el GPS

Encendió las luces de la lancha y desplegó el mapa. Sobre los mandos encontró un lápiz y una libreta, y utilizó el lápiz para marcar las coordenadas. Quería asegurarse de que la guardia costera encontrase la isla y a los cuatro traficantes de droga.

Max no creía que la explosión del *Dora Mae* hubiera matado a nadie: seguramente sólo había hecho llover un poco de fuego encima de esos tíos y les había chamuscado un poco el pelo.

A algunas personas les habría parecido excesivo hacer explotar ese yate, pero a Max no. A pesar de que no creía que esos hombres fueran capaces de reparar el *Dora Mae,* no estaba dispuesto a dejarles la opción de intentarlo. Tampoco quería arriesgarse a que encontraran cualquier cosa que Lola o él hubieran podido olvidar y que les permitiera seguirles la pista. Además, había muy pocas cosas en este mundo comparables a una buena explosión.

Max encendió la radio, y no le sorprendió no oír nada. De todos modos, el hecho de que no detectara a ningún barco por la zona no significaba que no hubiera ninguno. Sintonizó a la guardia costera y alcanzó el micrófono.

-¿Cuál es tu segundo nombre? -le preguntó a Lola. No quería anunciar a la guardia costera ni a nadie que Lola y él se encontraban en una lancha rápida robada.

-Faith -le contestó Lola, temblando.

-Grupo de guardacostas de los cayos de Florida, grupo de guardacostas de los cayos de Florida, aquí el barco *Faith.* ¿Me reciben? Cambio.

Esperó medio minuto antes de repetirlo. Nada. A la luz de la pantalla, leyó su posición y determinó que la tormenta los había arrastrado unas noventa millas al sureste de los cayos. Sesenta millas al sur de su anterior posición a bordo del *Dora Mae.*

-¿Dónde estamos? -preguntó Lola, con las mandíbulas apretadas-. ¿Estamos cerca de Florida?

-A unos ciento treinta kilómetros -respondió él, demasiado cansado para convertir con precisión millas náuticas a kilómetros. Cuando llegara a casa, dormiría por la menos tres días seguidos.

-¿Quieres compartir mi manta?

-No, ya no falta mucho.

Los tres motores de la lancha les permitían viajar a una velocidad superior a cincuenta nudos, pero no tenían ninguna protección contra el viento así que Max mantuvo la velocidad a veintiséis nudos. El cielo estaba totalmente despejado y plagado de estrellas.

-Ma... Max.

-Qué.

La miró. Había sacado una mano de debajo de la manta y se estaba quitando el barro de la frente. Los mechones del pelo le caían sobre el rostro y en ellos brillaba el pálido reflejo de la luna. La luz dorada del cuadro de mandos caía sobre sus labios y sobre su boca, como miel, mientras hablaba.

-De verdad pensé que íbamos... que íbamos a morir -balbució, un poco más alto que el rugido de los motores.

-Ya te dije que me aseguraría de que llegaras a casa.

-Lo sé.

Baby sacó la cabeza de la manta, miró alrededor y volvió a meterse en ese rincón cálido y seguro junto al pecho y el vientre de Lola.

Ese perro no sabía lo afortunado que era. Max sí, y habría preferido no saberlo.

Incluso ahora, sintiendo el frío y el viento cortante en los dedos de los pies y las mejillas, el recuerdo de esa piel suave le provocaba una ola de calidez en el vientre. Habría sido mucho mejor que se hubiesen separado sin que él llegara a saber la maravilloso que era hacer el amor con ella. Habría sido mejor que hubiera pasado el resto de su vida como cualquier otro hombre, imaginando cómo sería sujetar ese rostro entre las manos y besar esos labios.

Ahora que ya lo sabía, le resultaría mucho más difícil renunciar a ello. Renunciar a ella.

Ahora sabía que debajo de esas curvas de modelo había una mujer con coraje y determinación, el tipo de valor que él admiraba.

Cuantas más millas recorría la lancha en dirección a la costa de Florida, más se acercaba el momento en que la entregaría a los guardacostas. Una vez que hubiera realizado el trabajo, tendría que poner distancia entre ambos. Lola no le pertenecía, pero cuando ella le apoyó la cabeza en hombro, Max no consiguió apartarla. Mantuvo una mano en el timón y con la otra se acercó el micrófono a la boca.

-Grupo de guardacostas de los cayos de Florida, grupo de guarda costas de los cayos de Florida, aquí el barco *Faith.* ¿Me reciben? Cambio.

Nada.

-Max, cuando nos rescaten, por favor, no me dejes.

Max no podía prometerle eso.

-¿Max? -Lola levantó la cabeza y la miró.

Por primera vez, Max no hizo una promesa que no podía cumplir. Un crujido procedente de la radio le evitó responder. Se oyó la voz de un guardacostas.

-*Faith.* Guardacostas. Roger, Skipper, por favor, comunique su poción, cambio.

Max se quedó quieto y admiró el hermoso rostro de Lola Carlyle. Luego se acercó el micrófono y dio el primer paso hacia casa y hacia una vida sin ella.

11

Lola llegó al Hospital Central de los Cayos de Florida aproximadamente a las dos de la madrugada. Era la primera vez en muchos días que sabía qué hora era. Le asignaron una habitación individual para que estuviera en observación durante la noche. Sentía los brazos y las piernas muy pesados y no podía levantarlos. Se preguntó por qué no se moría de ganas de saltar de alegría. Había estado esperando ese momento desde el sábado por la noche. Había pasado un infierno, había tenido que luchar para sobrevivir, y ahora no sentía más que aturdimiento. En esos momentos, tenía insensible algo más que las puntas de los dedos de las manos y de los pies.

Un estado letárgico se había apoderado de ella desde el momento en que ella y Max habían empezado a alejarse de la isla, y ese estado había ido empeorando cada hora. Pensó que debía de estar relacionado con la adrenalina que había consumido todas sus energías. Además, sólo había disfrutado de una comida decente en varios días.

No estaba segura de cuánto tiempo habían estado a bordo de la lancha de los traficantes de droga, pero cuando ella y Max subieron al bote de los guardacostas, el médico de a bordo la había examinado y le había diagnosticado hipotermia, deshidratación y agotamiento. El agotamiento era algo que ella misma podría haberse diagnosticado. Eso era fácil de detectar. pero la hipotermia y la deshidratación la habían sorprendido. En especial la deshidratación, porque todavía tenía el sujetador y las bragas empapados.

Le habían puesto el gota a gota y la habían obligado a quedarse tumbada en la enfermería. Mientras, Max había estado charlando con el comandante en algún lugar del puente. Se había quedado sola, pero por lo menos tenía a *Baby* consigo.

Cuando llegaron al puesto de guardacostas, Lola se sentía peor. Estaba tan cansada que le costaba pensar. Una ambulancia la esperaba, y la trasladaron hasta allí en una camilla, todavía envuelta en la manta que Max le había dado.

Alguien le quitó a *Baby* de los brazos y Lola rogó que la dejaran con ella, pero fue en vano. Le aseguraron que le darían comida, bebida y una excelente atención médica en el centro de acogida de animales local.

Max habría podido hacer algo para que no se llevasen a *Baby* de su lado. Podría haberlos intimidado con la mirada, simplemente, pero Lola no veía a Max por ninguna parte. Se sentía extremadamente débil y desorientada y, aunque veía todo la que ocurría alrededor, era incapaz de encontrarle sentido.

Se fijó en el personal militar y médico, pero nada de lo que veía le resultaba familiar. Dirigió la vista más allá de las luces que iluminaban las instalaciones buscando a Max, ya que no podía controlar nada de la que le sucedía. Estaba segura de que si lo encontraba, él lo arreglaría todo. Pero no lo veía por ninguna parte.

Al fin, mientras la subían a la ambulancia, Lola distinguió a Max. Este le dirigió un rápido gesto de despedida y subió a un coche que le estaba esperando. Desapareció tras unas ventanillas oscuras y, luego, se marchó. Lola sintió un pánico inesperado en la boca del estómago y se dijo a sí misma que todo iba bien. Ahora se encontraba a salvo y no dependía de Max. Ya no lo necesitaba.

Entonces ¿por qué se sentía así? Incluso ahora, que estaba en un cómodo hospital y en una cálida cama, ¿por qué sentía que la necesitaba tanto?

-¿Cómo se encuentra? -Una enfermera con una bata malva y turquesa le tomó el pulso.

«Confundida», pensó.

-Cansada -respondió y, mientras se rascaba el cuello añadió-: Y devorada por los bichos.

-Le traeré un poco de calamina -le dijo la enfermera y le soltó la muñeca.

Poco después de su llegada al hospital, habían avisado a sus padres y le habían comunicado que éstos se encontraban ya en camino hacia Florida.

-Podré irme cuando mis padres lleguen, ¿verdad?

-Eso tendrá que preguntárselo al médico. -La enfermera anotó algo en el informe de Lola- La cocina está cerrada, pero tenemos algo para picar en la nevera del fondo del pasillo. Si tiene hambre, tenemos pudin y zumos.

La confusión y el hambre le hicieron recordar que en los últimos días solo había comido un poco de queso con galletas saladas. Tenía las manos y los pies fríos y sentía un vacío por dentro, como si

fuera a desmayarse. No era en absoluto una sensación nueva, pero por primera vez en mucho tiempo oyó esa voz íntima y familiar que le decía que si no comía esa noche habría perdido un kilo al día siguiente.

-En realidad me muero de hambre, así que comeré la que haya.

-Voy a ver qué encuentro. -La enfermera sonrió y se giró hacia la puerta.

-¿Hay alguien esperando para visitarme? -le preguntó Lola antes de que saliera.

La enfermera asomó la cabeza por la puerta y miró en ambas direcciones.

-No. Antes había un sheriff, pero parece que se ha marchado.

Lola sabía a quién se refería. Ese hombre había querido hacerle unas preguntas sobre lo ocurrido durante los últimos días, pero ella la había aplazado hasta la mañana siguiente. Al principio él había insistido, pero al final se había dado por vencido. Lola supuso que el hombre había cedido porque su aspecto era fiel reflejo de su malestar, pero le daba igual. Estaba cansada de verdad, pero por encima de su agotamiento, quería hablar con Max antes de declarar nada.

-¿Ha visto a un hombre alto con un ojo morado y el pelo negro?

-No, creo que me acordaría de alguien así -contestó la enfermera y abandonó la habitación, haciendo rechinar la suela de goma de los zuecos sobre el suelo de linóleo a cada paso.

Lola se rascó una picadura de insecto que tenía en el cuello y luego el dorso de la mano, donde tenía la aguja del gota a gota. La enfermera le trajo una sopa de verduras, un trozo de pan, un poco de pastel y una Coca Cola. Después de comer, apartó la bandeja y pensó en Max. Se preguntaba adonde lo habrían llevado y cuándo volvería a verlo. No tenía la menor duda de que él le haría una visita antes de que se fuera del estado. Habían pasado demasiadas cosas juntos como para que se marchara sin decirle nada. El le había salvado la vida y, además, habían hecho el amor. Y sí, Lola sabía que eso no había sido una muestra de amor para ninguno de los dos pero había sido una comunicación íntima de la que nunca se arrepentiría. Y de la que nunca se olvidaría, sobre todo porque había sido el único hombre a quien le había rogado que se acostara con ella. Bueno, quizá no rogado, pero sí había tenido que convencerlo.

Lola intentó permanecer despierta por si él venía, pero el agotamiento pudo con ella. Soñó que iba al centro de acogida de animales a recoger a *Baby y* que ambos quedaban atrapados allí. En ese sueño, Lola aporreaba la puerta del centro y llamaba a Max, pero éste no acudía. La despertó una suave y familiar voz con acento sureño:

-¿Lola Faith?

Lola abrió los párpados y miró a los pies de la cama. Vio los ojos hinchados de su padre. Los tenía rojos y húmedos, como si llevase días sin dormir. Tenía las mejillas pálidas y las arrugas de la frente más pronunciadas.

A su lado se encontraba su madre, con un pañuelo de seda sobre el pelo rubio, que por lo general llevaba perfectamente peinado en forma de globo. Pero ahora, un lado del globo estaba deshinchado y unos mechones desordenados le caían sobre la frente. Tenía las ojeras muy pronunciadas y los labios pálidos.

Lola se deshizo en lágrimas. No era el lloriqueo de una adolescente: Soltaba sollozos largos, de dolor, como cuando tenía ocho años y su padre la había dejado por accidente en la gasolinera. El pánico la invadió en cuanto se dio cuenta de que se había ido, y cuando él regresó a buscarla experimentó un alivio tremendo. Ahora se sentía igual, a los treinta años, y tomar conciencia del sufrimiento que había causado la hacía sentirse peor. Parecía que ambos habían envejecido diez años desde la última vez que los había visto, una semana antes.

Su madre se apresuró a enjugarle las lágrimas de las mejillas.

-Ahora estarás bien. Mamá y papá han venido para llevarte a casa.

-Me han quitado a *Baby* -lloró Lola-. Y lo han dejado en el centro de acogida.

-Traeremos a *Baby* de vuelta. -Su padre le dio unas palmadas en la rodilla-. Luego vendrás a casa y te quedarás con nosotros unos cuantos días.

Lola tenía un millón de cosas que hacer. Tenía un negocio que dirigir. Sí, había gente muy capaz que podía encargarse de ello durante su ausencia, pero Lola Wear Inc. le pertenecía. Quería hablar con el departamento comercial y con *marketing* para obtener las cifras del nuevo catálogo. Estaban

preparándose para participar en una feria que se celebraría al cabo de tres meses y quería echar un vistazo a los esbozos preliminares del stand. Pero al ver el rostro de sus padres, se dio cuenta de que necesitaban mimarla un poco para asegurarse de que estaba bien. Y quizás ella lo necesitara también.

-¿Prepararás tu plato especial de macarrones con queso y salchichas?

Su madre esbozó una sonrisa temblorosa.

-También te haré tu pastel de nueces.

A pesar del llanto, Lola también sonrió. Por primera vez desde que había empezado todo, sintió que estaba en casa de nuevo. Pero había algo que no la dejaba disfrutar por entero del regreso. Le faltaba algo.

Max. No tenía idea de dónde se encontraba ni de por qué no se había puesto en contacto con ella.

-Hemos estado muertos de preocupación -le dijo su madre-. La reunión familiar de los Carlyle será este domingo, ¿te acuerdas? Todo el mundo estará encantado de verte.

Lola sintió de repente un pinchazo de dolor en la frente. Había sobrevivido a una tormenta en el mar y había escapado de los traficantes de droga sólo para encontrarse cara a cara con la horrorosa tía Wynonna y su cazuela de guisantes. Y esta vez, Lola tendría que enfrentarse sola al peligro porque Max se encontraba «desaparecido en acción».

En la base aeronaval de Cayo Hueso, Max solicitó una línea segura para ponerse en contacto con Washington. El hecho de que el general Winter fuese el primero en responder fue el primer indicio del problema en que se encontraba Max. Lo segundo fue el helicóptero Pavehawk que la recogió y la llevó inmediatamente al Pentágono.

Una vez allí, el personal de seguridad lo condujo a un despacho de la cuarta planta. De día, se dominaba desde allí una hermosa vista del Potomac y del monumento a Jefferson. La vista de ese monumento iluminado Por la noche tampoco estaba mal.

Habitualmente, Max se reunía con el general en una pequeña habitación del sótano. Ésta era la segunda vez que invitaba a Max a ese despacho. Por ese motivo y por la hora avanzada que era, Max sabía que estaba metido en líos y se preparó para recibir una dura reprimenda.

El general Richard Winter estaba sentado detrás de su enorme mesa de caoba, sobre la que descansaban una pantalla de ordenador, en un extremo, y un águila de bronce en el otro. Durante media hora, con los huesos molidos, Max explicó todo la sucedido desde que abandonó Nassau el sábado anterior. Bueno, quizá no todo. Omitió unos cuantos detalles personales relativos a su comportamiento con Lola.

El general lo escuchó y luego le largó una diatriba. El general Winter era calvo como una bola de billar, tenía las cejas muy pobladas y llevaba gafas bifocales. Era el único hombre que Max había conocido capaz de montar en cólera sin pestañear. Era una táctica extraña concebida para asustar a los hombres.

-Se suponía que esta vez debía ceñirse a la planeado, Max. ¡Las directrices eran claras!

-Cuando la información que se me da es inservible, no hay plan que valga. Y, por la que a mí se refiere, sólo existe una directriz: hacer el trabajo y salir volando, señor. No he fallado. La información que recibí era errónea.

Max nunca llegaría a saber si el general estaba de acuerdo con eso o no, pues continuó atronándole los oídos con todos los calificativos posibles. Algunos en especial le gustaban tanto que los repitió una y otra vez. Los favoritos eran «descerebrado» y «gilipollas». Al terminar, el general esperaba que Max se hubiera encogido de miedo ante este acto de intimidación verbal. Tendría que haberlo conocido mejor.

-Eso es lo que me gusta de usted, general Winter-le dijo Max con una sonrisa-. Se toma su tiempo para halagarme antes de joderme vivo.

Detrás de las gafas bifocales, el general, por fin, parpadeó.

-Descanse, Zamora -le ordenó, y Max se sentó frente al escritorio, en una silla incómoda. Supuso que eso pretendía el general.

-No es para tomárselo a broma -continuó, si bien en un tono de voz un poco más sosegado- Usted requisó un barco con una civil a bordo.

-Le expliqué que mi visión era deficiente y que pensé que yo era el único a bordo.

-Pero el hecho sigue siendo que usted secuestró a una famosa modelo de ropa interior y que ha estado incomunicado durante cuatro días. A la deriva en el Atlántico, según dice.

-Sí, señor.

-Ha provocado usted un jodido incidente que el Gobierno tendrá que negar.

-¿Y eso por qué, señor? -preguntó, aunque adivinaba la respuesta.

-Desde el mismo instante en que se confirmó la desaparición de la señorita Carlyle, los medios difundieron la noticia por todo el país y por media Europa.

Sí, eso se imaginaba.

-Ahora todos querrán saber la historia. Posiblemente la invitarán al programa de Letteman. -El general se inclinó hacia delante y fijó la mirada en Max-. Usted ha pasado un tiempo con ella. ¿Cómo podemos conseguir que se quede calladita?

-Es una mujer inteligente. Sabe lo de los Cosella, y le recordaré que no le conviene reconocer su relación con nada de la sucedido en las Bahamas. Hablaré con ella.

-Negativo, Max.

-Me escuchará -insistió Max, con más convicción de la que sentía.

Lo cierto era que, ahora que ella había tenido un tiempo para pensar a solas, no estaba tan seguro que ella no quisiera presentar cargos contra él.

-Quiero que se mantenga alejado de la señorita Carlyle y totalmente al margen de todo esto, Max. La oficina se encargará de la situación. -El general se levantó. Tema cerrado. Fin de la entrevista-. Creo que tiene algo para mí, ¿no?

Max se puso de pie y se llevó la mano a la espalda, de donde sacó el mapa y el libro de contabilidad que había encontrado en la lancha, y dejó el mapa encima de la mesa.

-Encontrarán a cuatro de los traficantes de André Cosella en estas coordenadas.

-¿Muertos?

-No lo creo.

Luego, Max dejó sobre la mesa el libro. Le había echado un buen vistazo en la lancha. No le había costado mucho darse cuenta de qué tenía en las manos y qué significaba. El libro recogía fechas, horas, posición de alijos de droga, descripciones y cantidades y los nombres de los barcos. Estaba escrito en español, y Max había decidido apaciguar al general con esa información en lugar de entregar el libro a los guardacostas.

Las relaciones públicas de los militares no marchaban bien últimamente, y él estaba ofreciéndoles una magnífica oportunidad de mejorar su imagen ante los ciudadanos. Si no la jodian, cosa que siempre podía ocurrir al tratar con los chupatintas.

-Creo que esto le parecerá interesante, señor.

El general Winter ojeó el libro encuadernado en piel y luego levantó la vista.

-Ésta es la razón por la que le aguanto, Max -dijo mientras pulsaba un botón del interfono-. Tiene usted más vidas que un gato, y más suerte que un irlandés. Ahora, váyase y hágase una revisión.

Max rechazó la orden del general sobre la atención médica y se dejó escoltar fuera de la habitación por el personal de seguridad. Bajó en ascensor hasta el aparcamiento donde un Cadillac negro lo esperaba. Una vez en el asiento trasero del coche, reposó la cabeza en él y se relajó por primera vez desde aquel almuerzo con Lola en el *Dora Mae.* Pero no se relajó del todo por miedo a quedarse dormido. Las luces de la ciudad pasaban veloces al otro lado de la ventanilla y el rumor de los neumáticos húmedos sobre el pavimento llenaba el interior del coche. Esa vista y esos ruidos le eran familiares y le recordaron que ya estaba en casa. Casi.

Después de un breve recorrido de quince minutos, el Cadillac se detuvo delante de la casa de doscientos años de antigüedad que Max tenía en Alexandria. Ahora estaba en casa. Por fin. Max salió del coche y dio unos golpecitos en el techo del automóvil. El Cadillac se alejó salpicando el agua de los charcos a su paso. Las luces exteriores de la casa estaban encendidas, tal y como las

había programado, pero en el porche había cuatro números consecutivos del *Journal.* Max no había previsto ausentarse más de un día y, por tanto, no había cancelado el servicio.

No tenía llave. No la necesitaba. Cuando compró la casa, tres años atrás, diseñó e instaló su propio sistema de seguridad.

Un teclado numérico en el interior y en el exterior controlaba los detectores de movimiento, las luces exteriores y las cerraduras de las puertas. Max subió la escalera de la puerta principal, abrió el teclado numérico y marcó su código. Recogió los periódicos empapados y atravesó la oscuridad de la casa hasta la cocina. Sacó la basura de debajo del fregadero y tiró los periódicos.

La luz pálida de la luna y del porche trasero se colaba por la ventana que había encima del fregadero e iluminaba las encimeras de color rojo estilo años cuarenta, el papel de pared de un rosa cálido y la cafetera cromada. Excepto por la instalación del sistema de seguridad y ventilación de los dos baños, no había realizado las reformas que había planeado.

Sin encender las luces, Max subió las escaleras hasta la habitación del primer piso. El suelo de madera crujía bajo su peso. Max se sentó en un extremo de la cama para quitarse las botas. Había estado despierto durante cuarenta y ocho horas y ahora, inesperadamente, le vinieron a la memoria imágenes de Lola. De cuando ella se bañaba en la plataforma de baño del *Dora Mae.* De cuando él la besó en la cubierta de popa. De cuando la estrechó en sus brazos mientras la tormenta amenazaba con tragarse el yate, de cuando acarició y besó sus pechos desnudos, de cuando le hizo el amor mientras el sol se ponía en una isla desconocida de algún lugar del Atlántico. Cálidos recuerdos e imágenes desfilaron por su mente, y él estaba demasiado cansado para resistirse.

Se quitó la ropa y se quedó de pie totalmente desnudo. La luz exterior que se colaba por la persiana proyectaba sombras rayadas en el suelo e iluminaba una parte de la cómoda. Max pasó por encima de un montón de ropa y alcanzó un maltrecho medallón de san Cristóbal que colgaba del espejo. Levantó los brazos y se pasó el medallón por la cabeza. Había pertenecido a su padre, y el contacto frío del metal en el pecho era una sensación familiar.

Las sábanas limpias le acariciaron la piel, y Max se preguntó si Lola estaría durmiendo plácidamente allí donde se encontrase. La última vez que la vio estaba pálida y parecía agotada, así que Max se imaginaba que la habrían mantenido en el hospital bajo observación.

Pensó en llamar a Cayo Hueso para informarse de su estado. Luego cambió de idea. Sería mejor cortar por lo sano. Permanecer fuera de su vida. No porque el general Winter se lo hubiera dicho, sino porque a pesar de que la responsabilidad hacia Lola y su perro le había pesado mucho, había llegado a necesitarla. Había algo especial en la calidez de sus ojos, en la manera en que lo miraba, en la forma en que había compartido con él su vida y su cuerpo. Era algo que le ensanchaba el pecho, que había penetrado en un rincón muy profundo de su alma que no conocía. Era algo que lo inducía a un estado temerario y lo incitaba a obrar en contra del sentido común y a hacerle el amor a pesar del peligro en que se encontraban. Era algo que anulaba la razón y la prudencia, y que le provocaba un anhelo de que todo eso volviera a suceder de nuevo.

Max la había salvado de morir ahogada, y también de los traficantes de drogas. Pero él no había sido tan afortunado. No había sido capaz de salvarse a sí mismo de ella.

Definitivamente, era mejor para ambos que él se mantuviera apartado de su camino.

Ella no tenía cabida en la vida de él, y, por supuesto, él no encajaba en estilo de vida de ella.

Una de las consecuencias positivas de su desaparición fue el revuelo que suscitó en la prensa. El mismo día en que se difundió la noticia de su desaparición, las líneas de bustiers delicadamente bordados y de camisones de seda con calados de rosas y tangas a juego se agotaron y ahora había pedidos en espera. Durante esos cuatro días, las ventas por catálogo habían sobrepasado todas las expectativas en un sesenta y tres por ciento.

El negocio florecía. La vida era agradable e incluso el *Enquirer* se había tomado un descanso y ya no la llamaba «peso pesado». Ahora los titulares decían: «La tetuda Lola aparece por fin.» Prefería «tetuda» a «peso pesado» o «gran Lola».

El *Enquirer* había inventado una historia acerca de una fuga pasional con un extraño hombre que Lola habría conocido en el casino del Crystal Palace. Otro periódico especulaba acerca de la

posibilidad de que Lola se hubiera escondido a causa de una desgraciada operación de cirugía plástica. Pero la tesis favorita de Lola era la de un periódico que contaba que había sido abducida por los extraterrestres y que ahora vivía en un pueblecito del noroeste.

Todas esas especulaciones le habían dado más fama de la que ella habría podido comprar nunca, y tuvo que aumentar la producción del Cleavage Clicker para satisfacer la demanda.

Las oficinas de Lola Wear Inc. se distribuían por un espacio de mil metros cuadrados en uno de los cinco almacenes de tabaco restaurados que había en el centro de Durham. Esa zona en plena decadencia se había transformado en una ecléctica mezcla de negocios, oficinas y apartamentos. Lola había tomado en arrendamiento el espacio no sólo porque se ajustaba a sus necesidades, sino porque formaba parte de su historia. Ella tenía un vínculo con ese lugar. Muchos de sus parientes habían trabajado en ese mismo almacén, fabricando mecánicamente Chesterfields hasta que se produjeron los despidos de finales de los años setenta. A veces, especialmente los días en que había humedad, casi se podía oler el dulce aroma de las hojas de tabaco.

Ansiosa por volver a su vida normal, Lola regresó a su casa y a su trabajo el primer viernes después de que la rescatasen del Atlántico. Pero hacia las dos del mediodía, ya no se sentía tan segura de que hubiese hecho bien al volver tan pronto. Había necesitado toda la mañana y parte del mediodía para ponerse al corriente de lo sucedido desde el sábado anterior. Ahora, estaba tan cansada que lo único que le apetecía era tumbarse a hechar la siesta.

En lugar de eso, cerró la puerta de la oficina para hacer saber a todo el mundo que quería disponer de un poco de tiempo para sí. Todo el mundo asomaba la cabeza por esa puerta cada cinco minutos con cualquier excusa tonta o cualquier pregunta. Lola sabía que sólo querían asegurarse de que de verdad estaba viva y de que había vuelto al trabajo. Era muy amable de su parte, pero un poco abrumador.

Lola quería lanzar en primavera una nueva línea de bragas y sujetadores sin costuras y sin aros y, además, tenía que revisar los esbozos del *stand* de promoción de la feria que se celebraría en Madison Square Garden. La línea de lencería de microfibra era obra de la diseñadora principal, Gina, y tenía un gran potencial de ventas. Ese tejido de alta tecnología transpiraba, se adaptaba al cuerpo y tenía sólo un inconveniente. Ese sujetador sólo se podía confeccionar hasta la talla 90, a pesar de que la empresa que tenía la patente del tejido aseguraba que soportaba hasta la talla 95. Lola en persona había querido comprobarlo y no había quedado satisfecha. Lola Wear Inc. tendría que añadir un aro a todos los sujetadores sin costuras de la talla 95.

Lola se sentó en su sillón de piel, frente a su mesa de trabajo, y se quitó las zapatillas amarillas Manolo Blahnik. Con los pies descalzos encima de la alfombra, empezó a estudiar los borradores. Cuanto más los observaba, más le parecía que algo estaba mal. Faltaba algo que no era capaz de definir.

La vista se le nubló, y Lola se masajeó las sienes. Le dolía la cabeza y, además, esa mañana le había venido la regla y tenía calambres. Quizás ése fuera el problema. Fuera cual fuese la causa, se le antojaba muy extraño encontrarse en su oficina otra vez, casi como si su vida real estuviese a bordo del *Dora Mae,* como si su vida en ese despacho no fuera real. Pero los hechos decían lo contrario. Ésta era su vida. Esto era real. Encontrarse a bordo de un barco a la deriva, sobrevivir a una tormenta en el mar o escapar en una lancha de unos traficantes de droga, ninguna de estas cosas formaban parte de su vida. La horrible mezcla de emociones que albergaba hacia Max, la terrible sensación de que no podría sobrevivir sin él, eran cosas que todavía se encontraban presentes allí, en los márgenes de su condensa, como un rayo de luz inaprehensible o un retazo de conversación casi inaudible.

Por otro lado, a veces se preguntaba si el tiempo que había compartido con Max no había sido sólo un sueño. Ahora que él no estaba a su lado, no había nada que demostrase que ese tiempo pasado con él hubiera sido real. Nada excepto la ramita de guayaco trenzada alrededor de su pantorrilla. Las flores moradas se habían caído, y sólo unas cuantas hojas le recordaban la noche en que él se la había puesto.

Durante la mayor parte del tiempo, Lola se sentía confundida, como flotando en el aire. Esperando. Esperando recibir noticias de él. Y cada vez que sonaba el teléfono y no era él, Lola se quedaba frustrada y decepcionada.

Paseó la mirada por la oficina, por los objetos que ella misma había escogido para decorarla, desde las cortinas de color azul y lavanda hasta la prímulas que había plantado en pequeños tiestos colocados en puntos estratégicos del aparador blanco, así como en una esquina de su mesa Luis XIII.

También había elegido el ventilador de techo que silenciosamente hacía circular el aire de la habitación, y las sillas adamascadas de color crema estilo reina Ana. Los colores y los diseños se combinaban para crear un delicado espacio femenino. Todo se encontraba exactamente como lo había dejado. A pesar de ello, todo presentaba un cariz distinto.

Tenía un bonito bronceado en las piernas del tiempo que había pasado en el *Dora Mae* a la búsqueda de un barco que los rescatase, y no había querido ponerse medias a pesar de que siempre le había parecido que no llevarlas era vulgar. Su ropa también le parecía distinta. El vestido rojo sin mangas le venía más holgado de la normal a la altura de las caderas, y no podía soportar los zapatos. Pero no se trataba de que no llevara medias, o zapatos, o de que hubiese perdido peso. Era algo más.

Alguien llamó suavemente a la puerta y la jefa de oficina, Rose McGraw, asomó la cabeza:

-¿Tienes un minuto?

Lola bajó las manos, abatida.

-Por supuesto.

-Necesito tu aprobación para estas compras. -Y le puso una carpeta encima del escritorio.

Lola la abrió y echó un vistazo a la lista de material de oficina. Lo primero que se preguntó fue: «¿Por qué me molesta Rose con esto?» La respuesta se le ocurrió antes de que acabara de formular la pregunta: «Porque a ti te gusta controlar todos los aspectos del negocio, desde las estrategia y los objetivos hasta los sujetapapeles» Cerró la carpeta casi antes de empezar a mirar la lista. Había contratado a gente muy competente, y el negocio que había iniciado por sí misma ya no la necesitaba tanto. Le había hecho falta encontrarse a la deriva en el *Dora Mae* para darse cuenta de que no tenía que controlarlo todo.

-Parece que está bien -le dijo.

Durante una temporada, la compra de material se había restringido a lo mínimo indispensable, pero esos tiempos habían pasado. Ya no necesitaba restringirlo todo tanto.

-Eres una mujer competente. Por eso te contraté. No necesitas mi aprobación sobre la tinta de impresora y el papel de la copiadora.

El rostro de Rose expresó una mezcla de confusión y alivio.

-¿Estás segura de que no quieres revisarlo?

-Estoy segura.

-¿Te encuentras bien? -inquirió Rose.

-Sí, gracias.

-Has pasado por un infierno.

Rose no lo sabía bien. Nadie lo sabía. Nadie conocía la verdad. Nadie excepto ella y Max. Durante los primeros días, que pasó junto a sus padres, Lola se confió un poco a ellos. Les dijo que Max estaba con ella en el *Dora Mae,* pero no les contó todo. No les dijo que él la había secuestrado. Omitió muchos detalles porque sus padres ya estaban bastante preocupados, y eso que no sabían que había estado en peligro de muerte en tres ocasiones en un período de pocos días.

La historia que refirió a la prensa era una versión dulcificada de la verdad. Cuando salió del hospital y se encontró con los periodistas, les dijo que se había quedado atrapada y a la deriva durante un paseo en yate por el Atlántico. Nada más.

-Estoy bien -le respondió a Rose, pero no estaba muy segura de que eso fuera verdad. Lo era, pero era una verdad a la que no estaba acostumbrada. Lo cual no tenía ningún sentido y era una señal de que, obviamente, había perdido la cabeza. Lola consiguió esbozar una sonrisa un poco más sincera-: Gracias.

Rose abandonó el despacho, cerró la puerta a su espalda, y el sonido de las suelas de sus zapatillas se alejó por el pasillo. Lola apoyó los codos sobre la mesa y hundió la cara entre las manos.

Ya antes de abandonar el hospital, había recibido la visita de dos caballeros de aspecto oficial que insistieron en la necesidad de que guardase cierta discreción. Apelaron a su sentimiento patriótico y su prudencia. Esos hombres habrían podido ahorrarse el viaje y la saliva. Lola no era tonta. No necesitaba que el FBI, la CIA o cualquier otro organismo le recordaran que su vida podía correr peligro si revelaba dónde había estado, había visto y con quién la había visto. Lola sabía que no podía hablar de ello con nadie. Con nadie excepto con Max, pero tampoco podía hablar con él porque no sabía cómo ponerse en contacto con él; y él no se había puesto en contacto con ella.

Lola suspiró profundamente y alcanzó el calendario de mesa. Antes de marcharse a las Bahamas había organizado su agenda para los cuatro meses siguientes. Los días estaban ocupados en reuniones y comidas. Algunas de ellas eran importantes y otras no. Ninguna de ellas era cuestión de vida o muerte.

Levantó la vista: quizá se trataba de eso. Su vida resultaba decepcionante. Ahora que no se encontraba en peligro y que no necesitaba que un hombre fuerte la salvara, quizá la vida le parecía aburrida.

A las tres y diez, Lola se puso los zapatos, cogió el bolso a juego y se dirigió a su cita de las tres y media en el salón de belleza. Allí le aplicaron un masaje completo y un tratamiento herbal, le depilaron las cejas, le hicieron la manicura y le pintaron las uñas de los pies con laca rosa y margaritas blancas.

Cuando acabaron con la pedicura, Lola se miró en el espejo y pidió que le cortaran el pelo: corto. Escogió un color parecido al de la mantequilla para que le hicieran mechas y cuando estuvo lista, unos rizos rubios le caían por la nuca y le rozaban la punta de las orejas. El corte le realzaba los ojos y les daba una expresión dramática. Se pasó los dedos por el cabello corto y sonrió. De alguna manera, sentía que ese corte reflejaba su auténtico yo, fuera quien fuese.

En cuanto llegó con el BMW a su garaje, *Baby* emitió una serie de ladridos desde dentro de la casa. Cuando Lola entró, el perro la recibió con alegres saltos y la siguió pegado a sus talones mientras ella se dirigía a la cocina, dejaba las bolsas de la compra y colocaba un jarrón de tulipanes y de rosas blancas en la encimera. Ese día *Baby* llevaba una camiseta sin mangas con la frase: «Malo hasta la médula.» Lola la sujetó entre sus brazos y le rascó la cabeza.

-¿Qué te parece mi pelo?

Baby le lamió las mejillas, temblando de emoción.

-Eres un perrito con mucho estilo. Sabía que te gustaría.

El teléfono sonó, y en cuanto Lola oyó la voz de su madre recordándole la reunión de los Carlyle, se dio cuenta de que había deseado que fuera Max. Otra vez. Pero no la era, y la decepción se transformó en enfado.

El enfado se prolongó durante los cinco minutos de conversación y, cuando finalmente colgó, se quitó los zapatos rojos y, con cuidado, se desprendió la ramita de guayaco de la pantorrilla. Lo único que quería era olvidarse de Max Zamora, así que dejó la ramita trenzada encima de la nevera.

Le puso a *Baby* su comida especial baja en grasas en su cuenco especial Wedgwood y lo depositó en el suelo de madera que había instalado poco después de firmar la hipoteca.

Había comprado la casa hacía un año y había pagado un poco más de medio millón por ella, todo porque ella y *Baby* se habían enamorado del patio trasero. Parecía un pequeño jardín inglés, con su fuente decorada con una ninfa dentro de una concha, y además tenía espacio de sobra para la caseta castillo de *Baby.*

El interior de la casa no la había entusiasmado tanto, así que la había redecorado con los mismos tonos vibrantes de lavanda, rosa y verde que imperaban en el exterior. Al igual que su oficina en el centro, era un espacio femenino, un poco recargado pero acogedor.

Mientras subía al primer piso para cambiarse el vestido rojo, oyó el timbre de la entrada y volvió sobre sus pasos. Esperaba encontrar a su padre de pie ante la puerta, con una expresión de alivio en los ojos al comprobar por sí mismo que su pequeña de treinta años se encontraba bien.

Lola abrió la puerta y se quedó inmóvil, con la frase «bienvenido papá» helada en los labios. No era quien ella esperaba, o, mejor dicho, era quien ella había estado esperando durante todos esos días. Al ver a Max de pie en el umbral, el corazón y el estómago de Lola dieron un vuelco.

Tenía ante sí el familiar rostro de Max, pero ahora estaba recién afeitado y el corte de la frente era sólo una fina línea roja. El masculino contorno de su mandíbula y de sus pómulos le pareció más perfecto de la que recordaba, quizá porque los morados y la hinchazón habían desaparecido. Pero la boca era exactamente como la imagen que conservaba en la memoria: generosa y perfecta.

Unas Ray-Ban le ocultaban los ojos, pero Lola no necesitaba verlos para saber que eran del color del Caribe. Y tampoco le hizo falta verlos para saber que, en esos momentos, estaban recorriendo su cuerpo. Lo notó claramente en las plantas de los pies. Sintió que su mirada la rozaba por aquí, se entretenía por allá, y su calor invadió todo su cuerpo. Max llevaba una camisa blanca y unos pantalones de algodón. Se había enrollado las mangas por encima de los codos y llevaba un reloj plateado en la muñeca.

Con una mano sostenía una cajita delgada del tamaño de un lápiz, envuelta en papel rosa y una cinta. La última vez que Lola la había visto él había levantado la mano en un gesto de despedida y había desaparecido en un coche.

-Me gustan tus uñas de los pies -comentó Max, esbozando una sonrisa.

Lola no sabía si reír o llorar. Si echarle los brazos al cuello y besarle el apuesto rostro o si propinarle un puñetazo en la mandíbula. Max ni siquiera se había preocupado de llamarla desde que habían vuelto. Ella había esperado otra cosa, más que nada porque habían hecho el amor. Lola había tenido que convencerlo y, para colmo, no estaba segura de que no lo haría otra vez.

Por suerte, años de guardar la compostura y una educación arraigada en la mejor tradición sureña acudieron en su ayuda. Lola se apoyó en el quicio de la puerta, cruzó los brazos y arqueó una ceja.

-¿Te has perdido? -preguntó con la frialdad de un vaso de Coca Cola helado.

Max desplegó una sonrisa completa.

-No, señora. Yo no me pierdo, aunque de vez en cuando pierdo un poco el norte.

12

Baby apareció como una flecha desde la parte trasera de la casa, ladrando como si se hubiera lanzado tras un gato. Pasó entre los pies de Lola, salió corriendo por la puerta y empezó a dar saltos sobre las patas traseras alrededor de Max. Éste se agachó y la recogió con la mano que tenía libre.

-Hola, *B.D.* -la saludó, y lo levantó un poco para observarlo-. ¿Qué es eso que llevas puesto?

-Su camiseta de seda.

-Aja -le dio la vuelta-. Excepto por esa camiseta de mariquita, tiene buen aspecto. ¿Algún problema desde que ha vuelto a casa?

Lola no hizo caso del comentario despectivo sobre la camiseta.

-El veterinario dice que tiene una ligera infección en la orina y que su sistema inmunológico se ha debilitado un poco, pero estará bien cuando termine con la medicación.

-¿Y tú? ¿Cómo estás tú, Lola?

Bueno, ésa era una buena pregunta. Sintió que el corazón se le aceleraba y, de repente, le faltó el aliento. Abrió los brazos en un gesto que indicaba que estaba perfectamente.

-Hoy he ido a la oficina.

-Me gusta tu pelo.

-Gracias. -Lola se pasó unos rizos detrás de la oreja y dirigió la vista al jeep negro aparcado detrás de Max-. ¿Es tuyo?

Max echó un vistazo por encima del hombro.

-Sí.

-Me imaginaba que eras el tipo de hombre que conduce un todoterreno.

La risa silenciosa de Max llenó el espacio entre los dos, y *Baby* le lamió la barbilla.

-¡Eh, tú, chucho! -Max apartó el perro de su cara-. Tranquilízate o sufrirás un accidente.

-Sólo está contento de verte.

Max dejó al perro en el porche y luego se enderezó despacio. Miró a Lola a través de los cristales oscuros de las gafas de sol.

-¿Y tú, Lola? ¿Estás contenta de verme?

El sonido de la voz de Max al pronunciar su nombre traspasó a Lola como un rayo de luz atraviesa la niebla, pero no sabía si cometer la temeridad de responder que sí estaba contenta. Ladeó la cabeza.

-Estoy a punto de volverme loca y morderme una mano -dijo despacio.

-No puedo permitir eso -dijo Max con una sonrisa-. Quizá deberías invitarme a pasar para que pueda asegurarme de que no te autolesiones.

Bueno, ya que estaba aquí. Lola dio un paso atrás.

-Pasa.

Mientras se dirigía a la cocina, oyó que Max cerraba la puerta detrás de sí y la seguía. *Baby* corrió a su comida, y Lola sacó una botella de vino tinto de una de las bolsas que había dejado sobre la encimera.

-Te vi en televisión el miércoles -le dijo Max al entrar en la cocina.

Lola sacudió la cabeza y sacó dos vasos.

-Tenía un aspecto horrible.

-Nunca tienes un aspecto horrible.

Max estaba siendo amable y ambos la sabían, pero cuando Lola levantó la vista hacia él, le pareció que hablaba en serio. Se había quitado las gafas de sol y esos maravillosos ojos azules la miraban con sinceridad.

-¿Vino?

-No, gracias.

-Es verdad. Eres bebedor de cerveza.

-Sí, como tus primos por parte de padre. -Max le dio la cajita que llevaba en la mano-. No sabía si querrías verme, así que pensé que podría sobornarte un poco con esto.

Lola tomó el regalo y lo agitó.

-¿Por qué tendrías que sobornarme?

-Después de todo lo que pasó, no estaba seguro de que no quisieras sacarme los ojos.

Lola rompió el papel y el lazo y no pudo evitar sonreír. Sintió como si un ridículo fuego se encendiera en su interior y le calmara el enfado. A diferencia de los regalos de otros hombres que había recibido en el pasado, éste no era caro ni lujoso.

-Gracias -le dijo-. Ningún hombre me había regalado nunca un cepillo de dientes.

-Es un Oral-B, como el que tenías.

-Sí, ya lo veo.

-Pensé que te lo debía.

-Sí, me lo debías. Lo trataré bien.

Lola dejó el cepillo de dientes al lado de las bolsas de la compra y sacó un jarrón Waterford del armario.

-¿Sabes? Posiblemente no debería tener ganas de volver a verte -le dijo mientras llenaba el jarrón con agua-. Pero *Baby* y yo todavía sufrimos los efectos del síndrome de Estocolmo.

-¿Síndrome de Estocolmo? ¿No tiene uno que ser secuestrado para sufrir el síndrome de Estocolmo?

Lola cerró el grifo del agua y lo observó: el pelo negro de Max brillaba bajo la luz de la cocina; su presencia le llenaba todos los sentidos; notaba el suave olor de su colonia. Se había equivocado respecto a los morados. Todavía tenía uno pequeño en la comisura del ojo.

-¿Vamos a volver a discutir eso?

Max negó con la cabeza y se apoyó en la nevera.

-Bueno, ¿cuánto tiempo crees que tú y tu perro sufriréis esos efectos?

Lola colocó el jarrón en la encimera y se puso a arreglar las flores que había comprado en el mercado. Resultaba tan extraño tenerle allí, en su casa, hablando con ella en la cocina, en lugar de en el *Dora Mae.* Pero, al mismo tiempo, no resultaba extraño en absoluto. Era como si la conociese de toda la vida. Lo cual era otra prueba de que de verdad estaba volviéndose loca.

-Yo no puedo hablar en nombre de *Baby,* y no estoy del todo segura respecto a mí misma.

-¿Cenamos?

Lola levantó la vista del tulipán que tenía entre las manos.

-¿Invitas tú?

-Por supuesto. Pensé que podríamos comer un bistec y hablar de tus planes para quitar esas fotos de Internet.

Lola ya había puesto en marcha su nuevo plan.

-He llamado a un detective privado y voy a verlo el lunes.

-Contrátame a mí en su lugar.

Lola no se habría sorprendido más si él le hubiese sugerido que lo contratara para llevarla a la luna.

-¿Me estás ofreciendo tu ayuda?

-Claro.

Si había alguien capaz de obligar a Sam a cerrar su página de Internet y de recuperar esas fotos, esa persona era Max. Mad Max, el hombre que comía cobras y rescataba perros en el mar. Que la había salvado de los traficantes de droga y había hecho volar el barco en pedazos. Max el héroe. Lola sintió que le quitaban un peso de encima, y el corazón se le aceleró imperceptiblemente.

-¿Cuánto me cobrarás?

-Por tratarse de ti, te ofrezco mis servicios a un precio ridículo.

-¿Cómo de ridículo?

-Lo hablaremos durante la cena. -Max le quitó el tulipán de las manos y le acarició la punta de la nariz con él. Luego, la puso en el jarrón-. Estoy hambriento, y pienso mejor después de comer.

Una de las últimas cosas que Lola deseaba hacer en esos momentos era volver a ponerse los zapatos.

-De verdad que no tengo ganas de salir, pero dejaré que me cocines la cena aquí.

Max abrió una de las bolsas y echó un vistazo dentro.

-¿Qué tienes ahí?

-Unas cuantas verduras. Leche, pollo, hamburguesas, y no sé qué más.

-Una chocolatina tamaño gigante -dijo Max mientras sacaba la barrita de caramelo.

-Por supuesto.

Max la dejó en la bolsa.

-¿Tienes arroz para acompañar el pollo?

-Ahí arriba. -Lola señaló uno de los armarios. En el estante inferior había alimentos y en los dos estantes superiores, algunos de los libros de cocina en lengua extranjera que nunca había utilizado.

Max se puso detrás de ella y levantó el brazo; al abrir el armario, su pecho rozó la espalda de Lola. Max sacó una caja roja. El contacto no había sido nada, sólo un ligero roce de los tejidos, pero a Lola le provocó escalofríos por toda la espalda.

-¿Sólo tienes arroz de cocción rápida? -preguntó Max justo encima de su cabeza-. No puedo preparar arroz con pollo con esto.

Lola apoyó las manos en la encimera. Lo más fácil del mundo habría sido apoyarse en la sólida comodidad del pecho de Max. Entregarse a sus brazos y fundirse en ellos. Cerrar los ojos y dejar que él apartara cualquier otro pensamiento. Sentir de nuevo su calor y su fuerza.

-¿Qué lleva el arroz con pollo?

-Pollo, arroz, especias, un poco de salsa de tomate, un poco de cerveza y pimientos.

Antes de que Lola pudiera sucumbir a la tentación, Max volvió a dejar la caja en el armario y se apartó de la encimera, alejándose de ella. A Lola le pareció que él intentaba poner algo más que distancia física entre ellos. Era como si quisiese guardar una distancia profesional, y la extraña sensación de estar como suspendida en el aire, a la espera, la asaltó de nuevo.

-¿Sabes encender una barbacoa?

-Sí, puedo hacerlo. -Max extrajo un paquete de pollo de la bolsa-. Eh, Lola.

Lola frunció el ceño y puso una rosa en el jarrón.

-¿Sí?

-No has contestado a mi pregunta.

Lola, que pensaba que las había contestado todas, levantó la vista.

-¿Cuál de ellas?

-¿Cómo estás? -Max recorrió su rostro con la mirada-. Sinceramente.

-Estoy bien. -Lola volvió a dirigir la atención a las flores y escogió un hermoso tulipán cerrado-. Todo es un poco raro, pero pronto me adaptaré de nuevo. Hoy ha sido mi primer día en la oficina, así que no estaba...

-No te estoy preguntando por tu trabajo. -Max le sujetó el mentón con los dedos y le levantó la cabeza-. Te estoy preguntando por ti.

Al tacto de sus dedos, Lola sintió que el vello de la nuca se le erizaba y que la garganta le picaba. Dejó el tulipán sobre la encimera y contempló esos familiares ojos azules. Miró el rostro de la única persona que podía comprender aquello que ni siquiera ella misma entendía.

-No sé cómo me siento. Sé que se supone que debería estar contenta de encontrarme en casa otra vez, y lo estoy. Pero al mismo tiempo, siento que algo ha cambiado y no sé qué es. Mi casa, mi trabajo, mi vida, todo parece igual pero no sé. Me producen una sensación distinta. Desconcertante. Extraña.

Max enarcó las cejas, agachó un poco la cabeza y la miró a los ojos.

-¿Tienes recuerdos recurrentes, o problemas para dormir?

-No.

-¿Pesadillas?

-Soñé que no podía sacar a *Baby* del centro de acogida para animales.

-Aja. ¿Y sueños de muertos o de muerte?

Lola negó con la cabeza.

-No.

-¿Estás nerviosa?

-No.

-¿Tienes miedo?

-Desde que he vuelto no. -Lola se encogió de hombros-. Me cuesta concentrarme.

Max le posó las manos en los brazos.

-Parece que tienes un ligero trauma. Es frecuente en personas que han pasado por una situación difícil. Quizá deberías buscar ayuda.

-¿Un psiquiatra?

-Sí.

No, Lola no quería hablar con un médico. Ya había seguido una terapia antes, durante varios años, y le había ayudado, pero en esa situación no necesitaba acudir a ningún profesional. Sólo quería hablar con Max. Sólo el contacto de las cálidas palmas de sus manos en los brazos la hacía sentirse mejor, como en aquella tormenta o aquella noche en que habían hecho el amor.

-¿Has ido alguna vez al psiquiatra?

-No -rió Max-, tengo miedo de la que pueda descubrir.

-¿Temes que descubra que estás más loco que una cabra?

-Totalmente. -Max deslizó las manos hasta los codos de Lola y, de nuevo, ella tuvo que reprimir el instinto de apoyarse en él-. ¿Has comido estos días?

Lola había tenido algunos problemas con eso. Se había visto obligada recordarse constantemente que tenía que comer, pero ya había pasado por eso antes y conocía el proceso. No era nada que ella no pudiese controlar y superar, pero no deseaba hablar de ello.

-¿Por qué tantas preguntas?

-Necesito saber que estás bien. -Max bajó las manos, privándola de la calidez de su tacto-. En mi vida he hecho algunas cosas de las que no me siento muy orgulloso, pero nunca le había jodido la

vida a una mujer inocente. Yo te lo he hecho y lo siento. -Max la miró a los ojos, y a Lola le pareció que podía leer su mente-. Quiero asegurarme de que te vas a poner bien, y quiero ayudarte a quitar esas fotos de Internet. Te lo debo.

Al parecer, la única razón de que hubiera venido a su casa era que se sentía responsable de ella. Como si estuviese en deuda con Lola, y ella fuese solamente otro de los trabajos que debía terminar para poder tacharlo de la lista y borrarlo de la memoria.

-No me debes nada. Puedo contratar a alguien que me ayude en el tema de Sam. Y no tenías por qué venir hasta aquí desde Alexandria sólo para asegurarte de que estoy bien. Podrías haber llamado para eso.

-Estoy de paso hacia Charlotte.

-Ah.

Lola había sido una parada en su trayecto hacia otro lugar. El dolor que eso le provocaba la avergonzó.

-Habría venido de todas formas.

-¿Por qué?

-Tú y yo hemos... Nosotros... -Max luchó para encontrar las palabras, como había hecho aquella tarde en el *Dora Mae* para dar con una expresión más educada-. Pensé que nos llevábamos mejor. Que teníamos una relación más amistosa, quiero decir.

Sí, ella también diría que hacer el amor era más amistoso. Se preguntó a qué se referiría Max en realidad. Si es que se refería a alguna cosa. Con Max era difícil saberlo.

-¿Intentas decirme que quieres que seamos amigos?

Max cruzó los brazos por encima del pecho y apoyó el peso del cuerpo en una pierna.

-Ser amigos está bien -dijo, aunque no parecía especialmente feliz con la idea-. Podemos ser amigos.

El hombre que la había mirado desde el umbral como si quisiese devorarla allí mismo no había venido por amistad. Pero el hombre que se encontraba ahora delante de ella le recordaba a ese Max que le había dicho que ella podía pasearse desnuda sin que él sintiera nada en absoluto.

-¿Has tenido alguna vez a una mujer como amiga?

-No.

-¿Estás seguro de que podrás ser sólo un amigo mío?

-Seguro.

Lola colocó un tulipán en el jarrón y lo miró de reojo.

-Porque todavía recuerdo varias ocasiones en que me besaste y en que tus rápidas manos me desabrocharon la ropa.

-Puedo mantener las manos quietas -le aseguró-. ¿Puedes tú?

-No hay problema.

Max ladeó la cabeza y la estudió con el ceño fruncido.

-¿Estás segura de eso?

-Segurísima.

-Porque todavía recuerdo una ocasión en que me metiste mano y me agarraste las pelotas.

Lola se quedó boquiabierta y él sonrió. Ella había olvidado lo vulgar que Max podía ser.

-Bueno, eso fue sólo porque pensaba que me iba a morir. Y como no tengo previsto encontrarme en esa situación nunca más, tus... tu cuerpo está a salvo. -Lola levantó la barbilla-. Sí, creo que podemos ser sólo amigos -concluyó.

Pero ¿podrían? ¿Qué sentía ella por Max en realidad? Confusión, básicamente. ¿Y qué sentía él por ella? Lola no tenía la menor idea.

-Nunca he tenido como amigo a un hombre. Bueno, a un hombre que no fuera gay, así que esto puede ser interesante.

Lola puso el resto de las flores en el jarrón y se preguntó si Max y ella podían ser amigos después de todo la que habían pasado juntos. ¿Sólo amigos? Quizá, pero tenía sus dudas. No sabía si podía ser amiga de un hombre que, sexualmente, la había hecho soltar chispas.

-Bueno -dijo Lola-, ¿por qué no asas el pollo en la barbacoa, en el patio, mientras me cambio? -Lola pasó por delante de él y se detuvo en la puerta-. ¿Vamos a llamarnos «colega» a partir de ahora?

-No, tú me llamarás Max y yo te llamaré Lola.

La parrilla eléctrica humeaba cuando Max levantó la tapa y dio la vuelta al pollo. Echó salsa de barbacoa a las pechugas y los muslos y se fijó en la caseta de perro de *Baby,* o más bien el castillo de perro de *Baby.* Estaba en una parte cubierta del jardín, rodeado de plantas en flor rosas y púrpuras, un entorno de cuento de hadas. El castillo era de color azul y lavanda y sobre él ondeaban pequeñas banderas. Era aproximadamente de un metro de ancho por uno y medio de largo y tenía un puente levadizo por puerta. Aparte del interior de la casa, era prácticamente la cosa más cursi que había visto nunca.

Durante el viaje hacia el sur, Max se había preguntado cómo sería la casa de Lola y no se había equivocado mucho en sus suposiciones. Colores pastel como los del algodón de azúcar, cojines con encajes en sofás de piel de un violeta oscuro y cortinas con puntillas. Alfombras blancas y papel pintado de flores. Era la clase de casa que lo vaciaba a uno de testosterona y le encogía los cojones si no se andaba con cuidado.

Max miró al perro que estaba a sus pies.

-¿No te hace sentir eso como un mariquita? -le dijo, señalando el castillo con las pinzas de la carne.

Baby ladró, moviendo las cejas.

-Si no tienes cuidado, acabarás con las uñas pintadas de color rosa y con lazos rosas en las orejas.

-*Baby* no tiene dudas sobre su masculinidad -aseguró Lola, que en ese momento atravesaba la puerta de dos hojas y entraba en el patio de ladrillo.

Max sacudió la cabeza y dio la vuelta a un muslo de pollo.

-Bonita, tu perro tiene el seso sorbido. Probablemente por eso es un resentido. -Echó un vistazo a Lola y no hizo más comentarios. Ella se dirigió hacia él con un vaso de vino en una mano y una botella de Samuel Adams en la otra. Llevaba unos *shorts* tejanos tan holgados que le caían por la cadera y una camiseta blanca. Pero no era una camiseta cualquiera. Le venía tan ceñida que se le ajustaba como una segunda piel, y a la altura del pecho, en un color verde neón, unas letras decían: «Cómeme en St. Louis.»

-Bonita camiseta.

Lola la miró y sonrió:

-Un amigo mío abrió un restaurante en Saint Louis hace unos cuantos años, y éste es el nombre que le puso. -Le alargó la cerveza a Max-. Divertido, ¿no?

-¿Un novio?

-No, Chuck es gay. Hice un poco de publicidad gratis para él entonces y él organizó una fiesta en mi honor. El restaurante se cerró, pero todavía tengo la camiseta. Es una de mis favoritas aunque, por supuesto, no me atrevo a ponérmela para salir.

Por supuesto que no. Sólo delante de él. Sólo para que a Max le doliesen los ojos y el cerebro. Sólo para que Max se preguntase cómo reaccionaría ella si la tumbaba en el suelo *y* aceptaba la invitación.

-¿Cómo va el pollo? -preguntó Lola.

Max apartó la vista de la camiseta y se fijó en la barbacoa. Esto de ser amigos no iba a funcionar. Max bebió un trago de cerveza antes de contestar.

-Faltan unos diez minutos.

-Casi he acabado con la ensalada. ¿Quieres comer dentro o fuera?

La mano con que sujetaba la cerveza se le crispó a Max, que se preguntó si Lola estaba torturándolo a propósito.

-Fuera.

Ella le dedicó una sonrisa inocente, como si no fuese consciente del caos que desencadenaba con sólo respirar.

-Pues voy a poner la mesa fuera.

Max la observó entrar en la casa y deslizó la mirada por su espalda, su trasero y sus largas piernas. Venir había sido un error. Lo había sabido incluso antes de cargar el jeep, esa mañana.

Max volvió a dirigir la atención a la barbacoa y dio la vuelta a un muslo. El viaje a Charlotte había sido simple y sencillamente una excusa para venir a verla. No tenía que estar en ningún sitio hasta el lunes por la mañana, y de hecho, llevaba un billete de avión de ida y vuelta guardado en la maleta. Había reservado ese vuelo unas semanas atrás. No tenía necesidad de hacer ese largo viaje en coche, excepto para ver a Lola. Quería comprobar por sí mismo que se encontraba bien. No saberlo lo estaba volviendo loco y no le dejaba dormir por las noches.

Baby dejó caer un juguete chillón a los pies de Max, que lo recogió y se lo lanzó. El juguete cayó en un arbusto y *Baby* se internó en él *y* desapareció. Max paseó la vista por el patio, por la hiedra que trepaba por las altas vallas, por la profusión de rosas y por el pequeño banco situado debajo de la magnolia. Y se preguntó qué estaba él haciendo allí.

Ella tenía razón. Max habría podido llamarla por teléfono para asegurarse de que se encontraba bien, del mismo modo que habría podido llamar a cien tipos para que se encargaran de ayudarla en su problema con su ex novio. No tenía por qué involucrarse personalmente en eso. Esta era la vida de Lola, su casa, su mundo y él no encajaba allí. Nunca encajaría, él era Max Zamora, agente en la sombra, en un mundo que comprendía. Llevaba el único tipo de vida que conocía. El único tipo de vida que había querido vivir.

Pero aunque hubiese querido otra cosa de la vida, Max sabía que no había nacido para eso. Lola no era para él. Lola era una fantasía. Y ¿cuánto tiempo dura una fantasía? Hasta que suena el buscapersonas y él tiene que desaparecer en medio de la noche. ¿Se conformaría ella con un beso de despedida sin ninguna explicación?

No, Lola no se conformaría. Ninguna mujer la haría. ¿Cómo podía Max imaginar una vida con ella, si en el mejor de los casos la dejaría viuda a los cuarenta? Max no era un loco; había tenido suerte, pero en esa profesión, los días de un hombre estaban contados. No le asustaba morir, pero sí dejar a alguien atrás. ¿Cómo podía esperar que una mujer se conformara con ese tipo de vida? Especialmente una mujer como Lola, que podía conseguir algo mucho mejor.

Lola atravesó la puerta de dos hojas y depositó una bandeja blanca al lado de la barbacoa.

-Max, hay algo de lo que quería hablar desde la noche que nos fuimos de la isla -le dijo mientras se acercaba a la mesa que había en un extremo del patio-. Pero estaban pasando tantas cosas que no tuve la oportunidad.

-¿De qué se trata?

Max tomó un trago de cerveza y observó el movimiento de los *shorts* mientras Lola colocaba el mantel en la mesa.

-¿Fuiste tú quien hizo explotar el *Dora Mae?*

-Sí.

-¿Cómo? -Lola se dirigió al otro lado de la mesa y se volvió hacia él-. Estaba oscuro y sé que tenías algún tipo de rifle. ¿Disparaste a los depósitos de combustible?

-No. Cargué un poco de dinamita con cabezas detonantes y la puse dentro de uno de esos condones que había en el yate. Luego la pegué con cinta en la o de *Dora.* Cuando nos encontrábamos la bastante lejos, le disparé una bala del calibre 50. La segunda explosión se produjo cuando estallaron los depósitos de combustible.

Lola sonrió y se le formaron unas pequeñas arrugas en las comisuras de los ojos.

-Me temblaban tanto las manos que casi no podía sujetar el timón. ¿Cómo conseguiste hacerlo en aquella oscuridad?

-Práctica -respondió Max-. Años de práctica.

Lola meneó la cabeza y metió las servilletas a juego con el mantel en unos servilleteros en forma de melón.

-Bueno, eres un chico con sangre fría. Cuando los motores no se ponían en marcha y empezaron a llover las balas, la sangre casi no me llegaba a la cabeza y estuve a punto de desmayarme.

-Sí, parecía que estuvieses a punto de desmayarte. -Max puso el pollo en la bandeja y tapó la barbacoa-. Pero lo hiciste muy bien.

-No. -Lola negó con la cabeza y colocó cubiertos de plata al lado de los dos platos rojos-. Tenía tanto miedo que no podía pensar, pero tú no tenías miedo en absoluto.

Lola estaba equivocada. Max había pasado miedo. Había pasado más miedo que en toda su vida. No por sí mismo, sino por Lola. Se acercó a la mesa y dejó la bandeja en el centro, al lado de dos velas en forma de pera

-He aprendido a controlar el miedo -le explicó-. No permito que interfiera en lo que hay que hacer.

-Bueno, pues yo no quiero aprender a controlar el miedo, porque no quiero volver a encontrarme en un barco averiado ni volver a ser blanco de tiro. -Lola entró en la casa y salió poco después con la ensalada y una cesta con rebanadas de pan francés-. Cuando llegamos a la base, ¿adonde fuiste?

Max le acercó la silla para que se sentara.

-A la estación aeronaval que se encontraba al lado de las instalaciones de los guardacostas. En una hora me encontraba camino de Washington.

-Ah. -A Lola se le arrugó ligeramente la frente mientras se servía un muslo en el plato-. Intenté esperarte despierta.

Max se sentó a su lado y puso la ensalada en dos cuencos que figuraban dos cabezas de lechuga vaciadas. Le dio uno a ella y luego se extendió la servilleta sobre el regazo.

-Lo siento -le dijo, como había hecho en todas las ocasiones anteriores con todas las mujeres a quienes había decepcionado durante esos años.

-No, no quiero que lo sientas. -Lola eligió una rebanada de pan y luego le pasó la cesta a él-. Nunca dijiste que vendrías a verme, así que ni tienes por qué disculparte -le aseguró, pero él no la creyó del todo. Lola se llevó un poco de ensalada a la boca y luego tomó un trago de vino- ¿A qué vas a Charlotte? ¿A resolver algún tipo de secuestro del cual nadie sabe nada? ¿A un congreso de espías?

-Nada tan emocionante, me temo. Duke Power me ha contratado para ir allí a comprobar sus sistemas de seguridad.

-¿Por qué? ¿Hay una amenaza terrorista?

-No. Me han contratado porque ése es mi trabajo. Soy asesor de seguridad.

Lola le clavó los ojos.

-¿Quieres decir que tienes un trabajo de verdad?

-Tengo un trabajo de verdad y una empresa de verdad. -Max se llevo la mano al bolsillo trasero del pantalón y sacó la cartera-. Mira -le dijo, enseñándole su tarjeta.

Lola la estudió mientras masticaba un trozo de pan.

-«Z Security». ¿Tú eres Z?

-Sí, señora. -Max pinchó un trozo de pollo-. Ése soy yo.

-Tienes un trabajo de verdad y además haces de agente secreto. ¿Por qué?

-¿Por qué qué?

-¿Por qué un hombre en sus cabales arriesga su vida si tiene un trabajo y un negocio propios? -Lola dejó la tarjeta encima de la mesa-. ¿Por qué exponerte a recibir un tiro o una paliza si no tienes ninguna necesidad? ¿Es por dinero?

-No, pero el dinero no viene mal.

-¿Estás loco, entonces?

Max se limpió la boca con la servilleta.

-Probablemente.

-Porque no creo que sea normal que a la gente le guste que le disparen, Max.

-No me gusta que me disparen, Lola -le dijo mientras alcanzaba la cerveza-. Pero eso forma parte del trabajo.

-Pues precisamente, tú ya tienes un trabajo de verdad. No tienes por qué lidiar con traficantes de droga o hacer estallar yates.

-Ya sé que no tengo por qué hacerlo.

Max se sirvió otro trozo de pollo. Ya había tenido conversaciones parecidas. Con otras mujeres. Aunque Lola era la única que se había enterado de lo que él hacía para el Gobierno, la única que conocía la faceta oscura de su trabajo, siempre lo reducía todo a una cuestión esencial: ¿por qué no podía Max sentar cabeza y llevar una vida normal en las afueras, criar a dos niños y conducir un monovolumen? Max no tenía otra respuesta que la verdad. Él no era ese tipo de hombre.

Max levantó la vista y advirtió que ella la observaba. El sol empezaba a ponerse y la luz de las velas titilaba en la mesa, los platos y las manos de Lola. Una ligera brisa acarició los nuevos rizos rubios de Lola, que tenía el ceño fruncido.

-¿Qué? -dijo él.

-Entonces es que te gusta. Te gusta sentir el aguijón del miedo y quedarte sin aliento. Te gusta la incertidumbre, no saber si vas a vivir hasta día siguiente.

-Sí, me gusta lo que hago -admitió Max.

-No hay duda de por qué no te involucras en relaciones sentimentales con nadie. Imagino que debe de ser muy difícil mantener una relación seria con una mujer si tienes que marcharte a media noche para salvar el mundo, sobre todo porque no sabes cuándo vas a volver a casa, o si vas a volver siquiera. -Lola sacudió la cabeza y tomó un bocado de pollo.

Max cogió la cerveza y la miró por encima de la botella mientras bebía. No sabía si Lola pretendía mostrarse sarcástica, pero no lo parecía.

-Mantener una relación es difícil con el tipo de trabajo que tengo, si -respondió, aunque era una forma suave de decirlo. Mantener una relación era imposible.

Lola asintió con la cabeza.

-Para mí también. Es muy difícil porque no sé si un hombre quiere estar conmigo porque le gusto o sólo para que lo vean conmigo. -Lola se apoyó en el respaldo con los ojos muy abiertos-. Vaya frase más vanidosa me ha salido, ¿no?

Max rió. La luz de la vela parpadeaba sobre los labios de Lola.

-Sí, aunque imagino que es verdad.

-Lo que ocurre es que si una persona adquiere un poco de fama, por cualquier razón, siempre hay gente que quiere utilizarla para aparecer en los medios y captar la atención de los demás. No les gustas, sólo quieren que los vean contigo. -Lola se pasó los dedos por el pelo y se la apartó de la frente-. ¿Recuerdas a John Wayne Bobbitt? Su mujer le cortó el pene, lo que le dio fama, o más bien triste fama, a los ojos de la gente, y se rodeó de artistas del *striptease* y reinas del porno. Y es obvio que esas chicas no le habrían prestado la más mínima atención si él no hubiera salido en todos los programas de la tele gozando de sus quince minutos de fama. -Lola cruzó los brazos. Estaba tan indignada que tuvo que reírse-. Quizá John Wayne tenga buen carácter. Quizá sea un tipo simpático. -De pronto se puso seria-. Max, ese tipo volvió tan loca a su mujer que ella agarró un cuchillo y... -Hizo una pausa e imitó el gesto de cortar con la mano- le rebanó el pene.

-Joder. -Max aspiró aire a través de los dientes-. ¿Podemos habla de cualquier otra cosa?

-Oh, lo lamento. -Pero no parecía lamentarlo en absoluto. Las comisuras de los labios de Lola se curvaron en una sonrisa-. Supongo que me he dejado llevar. Mis amigas y yo hablamos de cosas así. -Se inclinó hacia delante y comió un poco de ensalada-. ¿De qué hablas con tus amigos?

De nada que Max quisiera hablar con ella.

-De deportes.

-Qué aburrimiento. Apuesto a que habláis de mujeres.

Max decidió que era mejor no hacer ningún comentario, así que se concentró en la comida.

-Vamos, puedes decírmelo. Somos amigos, ¿recuerdas?

Max meneó la cabeza y tragó el bocado de pollo.

-Olvídalo. Si te lo digo, ya no seremos amigos.

-¿Tan malo es? -En lugar de dejarlo correr, Lola insistió-: Te diré de qué hablan las mujeres si tú me dices de qué hablan los hombres.

Max se había criado sin la presencia de una mujer en casa. Su padre había tenido relaciones esporádicas, pero nunca había entablado una relación lo suficientemente duradera para que Max recibiera una influencia femenina. Las mujeres solteras que Max había conocido hablaban

principalmente de su trabajo y de sus relaciones pasadas, y las mujeres de sus amigos hablaban de la agonía del parto. Aunque Max sentía curiosidad por saber de qué hablaban las mujeres cuando no estaban con los hombres, tenía la sensación de que en una conversación así le saldría el tiro por la culata.

-¿Cuándo fue la última vez que hablaste con tu ex novio? -le preguntó, para cambiar de tema.

Lola cruzó los brazos de nuevo.

-Déjame pensar. La última vez que hablé con él fue cuando le ofrecí dinero a cambio de esas fotos. La última vez que lo vi fue en los tribunales, hace unos cuantos meses. Se presentó con un traje de Armani y unos zapatos de Gucci. Estoy segura de que se los compró con el dinero que está ganando a mi costa: lo único que yo deseaba era estrangularlo con mis propias manos.

Max también quería estrangularlo. Levantarlo por el cuello hasta que sus pies dejasen de tocar el suelo, pero no a causa del traje, los zapatos o la página web. No, más bien porque Lola la había amado. Los celos, obsesionantes e intensos, se le instalaron en las tripas. Max nunca había sentido celos por una mujer, y no le gustó.

-¿Es que no tenía dinero antes de colgar la página en Internet?

-Cuando yo estaba con él, sí tenía. Pero invirtió mucho dinero nuevas tecnologías y, cuando el mercado se hundió, se quedó sin un centavo. Esa es la razón de que pusiera la página en Internet. Sam ama el dinero. -Lola se encogió de hombros-. Y me odia a mí.

-¿Por qué te odia?

-Porque rompí el compromiso tres meses antes de la boda. No pudo soportarlo. Supongo que me consideraba un objeto de su propiedad.

Max puso a un lado el plato vacío.

-¿Por eso rompiste el compromiso?

-No, no me di cuenta de eso hasta que rompí. Lo hice porque cuando quise dejar la carrera de modelo, él no me apoyó. En realidad, intentó sabotear mi recuperación. Él quería a la Lola delgada y bulímica. -Lola separó los brazos-. Ya no soy ésa.

Quizá no, pero a él le parecía muy bien. Tan bien que le costó formular la siguiente pregunta:

-¿Dónde vive Sam?

-Vivía en Manhattan, pero cuando perdió el dinero tuvo que mudarse. Según las últimas noticias que tuve, vive en Baltimore y trabaja para sí mismo. Ahora se gana la vida con el comercio y con la página lolaenbolas.com. -Lola terminó el pollo y apartó el plato. La luz de la vela le acariciaba la cara y bailaba sobre la camiseta-. Entonces, ¿cuál es el plan?

-Todavía no la sé -respondió Max.

Las rosas y las magnolias perfumaban el aire de la noche y Max se preguntó de nuevo qué estaba haciendo allí, sentado en el patio trasero de Lola escuchando su voz mientras el perro saltaba persiguiendo luciérnagas. Normalmente, los viernes y los sábados por la noche Max jugaba a los dardos con los colegas en bares oscuros donde tomaban cerveza fría y tocaban temas calientes. Eran lugares donde se tiraban las cáscaras de cacahuete al suelo y donde las peleas a puñetazos eran algo frecuente.

-Debo averiguar algunas cosas. Saber exactamente dónde vive y si trabaja fuera de casa. Conocer su agenda. Adonde va y qué hace.

-Es un fanático del béisbol. Si todavía está en Baltimore, seguro que tiene entradas de temporada para ver jugar a los Orioles.

-Lo comprobaré.

-¿Vamos a espiarlo?

-¿Nosotros?

-Sí, yo formo parte del plan.

-No, tú no.

Lola se inclinó hacia delante y le cogió la mano.

-Max, quiero ayudarte a darle su merecido.

Max apartó su mano de la de Lola y cerró el puño para que no se escapase la calidez de su tacto. ¿Qué tenía Lola que le hacía decir que sí incluso cuando quería decir que no? Era algo más que su

cara bonita o su cuerpo, aunque a veces costaba ver más allá del envoltorio para conocer lo que había en el interior. Pero él lo había visto muchas veces.

La última noche que habían pasado juntos, Max lo había visto. Lola era una guerrera. Era una guerrera de pechos grandes, culo hermoso y labios suaves que pedían un beso; pero en su interior era una guerrera. No se le daba muy bien, pero en la esencial era una luchadora igual que Max.

-Tienes que hacer exactamente la que yo te diga, Lola. No debes permitir que tus emociones se inmiscuyan. Si lo haces, nos pillarán inmediatamente.

-No lo haré.

En la oscuridad, a la luz de la vela, Lola sonrió.

-Lo único que quiero que digas es «sí, Max».

Lola frunció el ceño pero asintió.

-Vale. ¿Cuándo empezamos?

-Cuando regrese de Charlotte.

-¿A qué hora tienes que irte esta noche?

-No tengo que encontrarme con la gente de Duke hasta el lunes por la mañana. Alquilaré una habitación por aquí y saldré mañana por la mañana.

-Es un viaje de sólo dos horas y media. ¿Qué vas a hacer hasta el lunes por la mañana?

-Investigar la zona -mintió.

Cuando había cargado la maleta en el coche, Max no tenía ningún plan, sólo la vaga intención de ver a Lola y quizá pasar un rato con ella, asegurarse de que estaba bien. Y sí, abrigaba la esperanza de terminar desnudo y encima de su escote.

-Puedes quedarte aquí. Tengo una habitación para invitados.

Vale, quizá no tenía la menor posibilidad de acabar revolcado y desnudo en su cama, pero ése no había sido el único motivo de su viaje. Max podía tener las manos, y el resto de su cuerpo, quietos. Podía portarse bien, pero no pegaría ojo en toda la noche.

-Suena bien.

-Estupendo. Hace años que no se queda a dormir un amigo en casa. Será divertido.

Max agarró la cerveza.

-Depende de la que entiendas por divertido -gruñó.

-¿Qué?

-Nada.

Lola se puso de pie y recogió los platos. Pasó por detrás de la silla de Max y cuando éste se disponía a levantarse, le posó una mano en el hombro, impidiéndoselo.

-Deja, ya lo hago -le dijo, inclinándose por encima de él.

El vientre de Lola rozó la espalda de Max, y si éste hubiera vuelto la cabeza, habría enterrado la nariz en el pecho de ella.

-Hagamos algo divertido esta noche.

Vale. A Max se le ocurrían unas cuantas cosas divertidas. La primera de ellas consistía en comerse la camiseta de Lola.

-¿Como qué?

-Como hacer palomitas y ver *Orgullo y prejuicio.* La tengo en video. Dura seis horas, pero pasaremos directamente a las partes interesantes. -Lola le dio unas palmaditas en el hombro-. Mañana es la reunión de mi familia. No tenía intención de ir, pero ahora que estás aquí, podemos ir juntos. -Le dio un apretón en el hombro-. Te va a encantar.

Max cerró los ojos. Jesús, Lola la estaba torturando a propósito. Estaba vengándose de él por haberla atado y amordazado y por haberla amenazado con lanzar su perro por la borda del *Dora Mae.*

13

La reunión familiar de los Carlyle siempre se celebraba el primer sábado de septiembre, en conmemoración de aquel primer sábado en que los yanquis atravesaron Carolina del Norte a caballo e incendiaron el hogar de los Carlyle. Lo de menos era que ese «hogar» no fuese más que una chabola, que los Carlyle durmiesen con sus gallinas y que la guerra hubiera terminado en 1865. Los hombres Carlyle habían luchado y perecido en la guerra contra el Norte, y esa memoria genética continuaba viva en las almas de la generación actual.

Este año la reunión se celebraría en casa de los padres de Lola, para aflicción de su madre. Había algunas ovejas negras en la familia Carlyle, y a la madre de Lola no le entusiasmaba la idea de que su jardín se llenase de bebedores de cerveza y camorristas. En realidad, se sentía un tanto atemorizada ante esa clase de hombres, aficionados a la caza y a escuchar a Lynyrd Skynyrd en radiocasetes baratos mientras abarrotaban su camioneta de botellas de cerveza vacías.

Además, nunca entendería a esas mujeres que ponían a esos tipos en un pedestal y les servían patatas fritas para que disfrutasen del partido de fútbol mientras ellas hacían callar a los niños. Mujeres cuyo peinado resistía una carrera en camioneta con la ventanilla abierta. Aunque, si su madre hubiese sido sincera consigo misma, habría tenido que admitir que su propio peinado podría resistir un tornado de Oklahoma.

El jardín de los Carlyle, de dos mil metros cuadrados, estaba sombreado por viejos arces y enormes robles. Largas mesas soportaban el peso innumerables bandejas de pollo frito y pan de maíz, jamón, salsas, estofados y encurtidos caseros. Una de las mesas estaba repleta de ensaladas y cazuelas. Había otras tres dedicadas a pasteles y dulces.

Como en todas las familias, algunos parientes seguían fieles a sus orígenes pueblerinos, mientras que otros tenían empleos en grandes empresas y vivían en barrios exclusivos de Chapel Hill. Las camionetas y camiones oxidados con banderitas de la Confederación se encontraban aparcados al lado de flamantes Cadillac y brillantes cuatro por cuatro.

Pero todos habían acudido con sus mejores galas. Las mujeres lucían vestidos y camisas de estampados florales; Lola llevaba un sencillo vestido largo de seda de cuello cuadrado y manga corta. Los hombres iban con elegantes pantalones y camisas de vestir, pero ninguno de ellos tenía tan buen aspecto como el acompañante de Lola, que no le quitaba la mano de la cintura. La camisa de Max era del mismo color azul que sus ojos, y los pantalones de color gris marengo. De corte europeo, eran más anchos a la altura de los muslos y caían sobre los mocasines cosidos a mano. Alto, moreno y guapísimo, estaba para comérselo, y Lola pensó que no le disgustaría clavarle los dientes.

Poco después de llegar, Lola presentó a Max a sus padres; Max pareció un tanto desconcertado cuando el padre de Lola le estrechó la mano, le dio una palmada en el hombro y le agradeció que hubiese cuidado de su «pequeña». Su madre no cesaba de expresarle su gratitud por haberles devuelto a su hija sana y salva y, en cuestión de minutos, todos los asistentes a la reunión supieron que Max Zamora era el héroe que había salvado a Lola de una muerte segura a bordo de un yate averiado.

-Olvidaste contarles algunos detalles de la noche en que nos conocimos-le susurró Max al oído mientras cruzaban el césped en dirección las tías abuelas de Lola, que les hacían señales con la mano como locas.

-¿Te refieres a cuando me ataste con mi propia falda?

Lola sintió el roce de sus labios en la sien cuando Max sonrió y respondió:

-Sí, y de cuando disparaste la pistola de bengalas contra mí.

Lola no se molestó en decirle que la pistola de bengalas se había disparado por accidente. Pensó que era mejor no sacarlo de su error.

Lola presentó a Max a sus tías abuelas Bunny y Boo, que se encontraban sentadas fumando unos Viceroy y tomando *bourbon* con agua mientras distribuían copias del árbol genealógico de los Carlyle.

Ellas mismas lo habían confeccionado y habían añadido una lista de los fallecidos el año anterior además de algunas historias basadas en sus recuerdos más antiguos. Boo no había escrito gran cosa a causa de «la azucarbetes». La relación entre la deficiencia de insulina y la mala memoria era algo

de lo que nadie estaba muy seguro, excepto por el hecho de que dicha deficiencia siempre eximía a Boo de hacer cualquier cosa que no le apetecía hacer.

-Tías Bunny y Boo, os presento a mi amigo Max Zamora. -Ambas tías eran octogenarias-. Max, estas dos damas son mis tías.

-¡Oh! Un *latin-lover*-exclamó Boo, convencida de que el hecho de que Lola hubiera posado en ropa interior significaba que era ligera de cascos y, por tanto, no cabía duda de que Max era su amante-. ¿Habla usted español?

-*Sí. Buenas tardes, señoras Bunny y Boo. ¿Cómo están ustedes?*-dijo Max en español, con perfecta fluidez.

Las dos tías lo miraron como si, de repente, se hubiera convertido en Julio Iglesias. Bunny vació su vaso de *bourbon.*

-Es usted muy atractivo -le dijo con su voz ronca, producto del consumo de tres paquetes. Encendió su bic, dio una calada y volvió a centrarse en lo importante-: ¿De dónde es su familia?

-Casi toda de Tejas, señora -respondió Max, deslizando la mano hasta la cadera de Lola.

Todo el mundo sabía que los téjanos también eran sureños, pero nada era comparable a ser de Carolina del Norte. Aunque, obviamente, tía Boo tenía en muy buen concepto a los téjanos.

-Una vez salí con un chico de Tejas -dijo-. W. J. Poteet. ¿Conoce usted a los Poteet?

-No, señora.

-Recuerdo a W.J, -terció Bunny-. ¿No era ese al que le gustaban las braguitas de seda?

-Sí. No podía soportar la ropa interior de algodón. Desde que salí con W. J. llevo braguitas de seda, o nada en absoluto.

Lola abrió los ojos de par en par y se esforzó para que la impresión que eso le había producido no se le notara. Max simplemente se rió.

-¿A usted le gusta la seda? -le preguntó Boo.

-Bueno...

-Tenemos que irnos -interrumpió Lola-. Max todavía no conoce a Natalie -añadió, refiriéndose a su hermana.

-Ha sido un placer conocerlas, señoras -consiguió despedirse Max mientras Lola tiraba de él.

-Creo que mis tías intentaban seducirte -comentó Lola mientras pasaban al lado de un grupo de niños que se atizaban golpes con raquetas de bádminton.

-Son unas señoras muy agradables.

-Están locas. Entre las dos, suman once matrimonios. Tienen debilidad por el tabaco, el *bourbon* y los maridos. Y no necesariamente por los suyos. Es inexplicable que no hayan muerto de cáncer de pulmón, cirrosis o a manos de alguna esposa celosa -respondió Lola al tiempo que localizaba a Natalie y su marido al lado de una de las mesas.

Natalie llevaba en brazos a su hija menor, Ashlee, de dos años, y Lola la cogió en volandas.

-Hola, pequeñita -le dijo cariñosamente mientras le hacía cosquillas en el cuello con la nariz.

La niña olía a colonia infantil y a algodón limpio. Lola miró alrededor y se preguntó si ella era la única mujer mayor de veinticinco años que no se había casado todavía. Apostaba a que sí; y se preguntó por qué. Era atractiva, había tenido éxito en su carrera y conservaba la dentadura completa. A pesar de todo, estaba sola. Eso no le habría importado un año antes, ni siquiera un mes antes. Pero le importaba ahora.

Lola quería algo más. Algo más que su trabajo y que el amor que sentía por su perro. Quería un hombre que la amase y una familia propia. Tenía treinta años, pero no se trataba de que se hubiese disparado la alarma de su reloj biológico. Era otra cosa. Después de lo que había pasado la semana anterior, sabía que su vida podía serle arrebatada y que todavía no la había vivido plenamente.

Miró a Max. Observó su perfil y las pequeñas arrugas alrededor de los ojos azules. Lola sintió que se le hacía un nudo en el estómago, como si se encontrara en la montaña rusa. El corazón dejó de latirle, a la espera de una de sus sonrisas. Reconocía esos sentimientos. Se moría por Max. Era obvio que él se sentía cómodo entre sus familiares. Les hablaba de su empresa de seguridad, pero les decía poca cosa sobre sí mismo. Lola se moría por un hombre que guardaba sus secretos bajo llave.

-¿Quieres sostener a la niña? -le preguntó Lola.

Max la miró como si Lola le hubiera hablado en un idioma que él no comprendía. Negó con la cabeza.

-No.

Lola se moría por un hombre que, seguramente, no correspondía a sus sentimientos. Un hombre que prefería una vida de riesgo en la que no sabía si el día siguiente sería el último para él.

El teléfono móvil que Max llevaba sujeto al cinturón sonó.

-Perdonen -se excusó, y se alejó un poco para responder a la llamada.

Lola se moría por un hombre que recibía llamadas de agencias secretas del Gobierno. Un hombre que podía desaparecer para, quizá, no regresar jamás. Un hombre que prefería vivir a la sombra.

-¿Has comido bien? -le preguntó Natalie.

Lola se obligó a prestar atención a su hermana. Ése era el problema de haber sufrido un trastorno alimenticio: todas las personas que la querían la vigilaban para que no se saltara una comida o para que no se escabullese al baño inmediatamente después de comer. No importaba que Lola se hubiera recuperado hacía años, aunque lo cierto era que se había recuperado de verdad. Había tenido una semana difícil, pero no había permitido que eso la arrastrara al círculo vicioso otra vez. Esa etapa de su vida ya había quedado atrás.

-No, todavía no hemos comido -le respondió.

-Tía Wynonna ha traído su cazuela de guisantes otra vez.

-¿La has probado?

-Ya sabes cómo se pone. He tenido que probarla. Pero si no la miras, no está tan mal.

Ashlee extendió los brazos hacia Natalie, y Lola se la devolvió a su madre.

-Bueno, te haré caso.

Max volvió y la rodeó por la cintura. Lola apoyó la espalda contra su pecho y se habría derretido si Max no le hubiera susurrado:

-Tengo que hablar contigo a solas un momento.

Lola se quedó sin respiración y cerró los ojos. «Ya está -pensó-. Ahora se marchará y no volveré a verlo nunca más.» ¿Se enteraría ella si lo mataban? ¿Se le ocurriría a alguien comunicárselo?

Max le tomó la mano y ambos se alejaron del grupo, hacia uno de los robles. La sombra de las hojas caía sobre la frente de Max y el sol le acariciaba los labios y las mejillas.

-Tienes que irte, ¿verdad? -preguntó Lola antes de que él dijera nada-. Tienes que irte a una de tus misiones descabelladas para que te apaleen y te disparen.

Max dio un paso hacia ella.

-No me apalean.

Sólo le disparaban.

-Te olvidas del aspecto que tenías cuando te vi por primera vez.

-Eso fue una excepción. -Max le puso las manos sobre los hombros-. Normalmente, no me pillan ni me torturan. Ésa fue la única vez

-¿Torturan...? -Lola le apoyó una mano en el pecho y con dificultad agregó-: ¿Te torturaron?

Max apretó los labios.

-Sólo me maltrataron un poco; querían asustarme.

Ya era bastante malo que le dispararan y lo apaleasen. Pero ¿también lo torturaban? A Lola le entraron ganas de llorar, pero se resistió a abandonarse al llanto. No lloraría por él. No lloraría por un hombre que asumía un riesgo tan estúpido en su vida.

-¿Por qué tienes que dejarte maltratar? ¿No puede ir alguien más?

-Tú no lo entiendes.

-Entonces explícamelo -le rogó, porque Max tenía razón: ella no lo entendía.

-Eso es lo que yo hago, Lola. Forma parte de mí. -Max aspiró profundamente y continuó-: Si no lo hiciera, no sabría quién soy.

-Serías alguien que viviría para ver salir el sol.

-Eso no es vivir.

Lola apartó la vista de sus ojos azules. ¿Qué podía responder a eso? Por alguna razón, Max consideraba que tenía que salvar el mundo, o al menos una porción de él. Lo cual no estaría nada

mal si él fuera Superman y las balas le rebotaran en el pecho. Parecía decidido a hacerse matar, y el problema de Lola era que eso no cambiaba sus sentimientos hacia él. ¿Quién estaba más loco de los dos?

-Nada de eso importa ahora. Era el móvil, no el busca. -Max le puso los dedos en la barbilla y le levantó el rostro-. Encargué a un tipo que localizara a tu ex novio. Tienes razón. Vive en Baltimore. Tengo su dirección. Cuando vuelva de Charlotte el miércoles, investigaré la zona.

Una ligera brisa transportó hasta Lola el olor de la camisa almidonada y la fragancia de la colonia de Max. No se marcharía para salvar el mundo. Aunque se sintió un poco aliviada, también sabía que cualquier día sonaría el móvil o el buscapersonas y él tendría que marcharse. Si lo mataban en cualquier país extranjero, o durante una misión secreta, ¿se enteraría ella? ¿O, simplemente, nunca más tendría noticias de él?

-Esta noche pensaremos un plan para que recuperes las fotos -dijo Max.

De repente, Lola se sintió muy pequeña. Max estaba ofreciéndole su ayuda. Estaba dispuesto a arriesgarse para ocuparse de su problema con Sam. Además, contaba con ella, cuando él prefería trabajar solo. Se merecía algo más que la ira de Lola. Max era Max. No podía pedirle que cambiara sólo para satisfacerla; lo único que podía hacer era blindarse el corazón.

A una distancia de varios coches, Max siguió al ex novio de Lola hasta Camden Yards, en el centro de Baltimore. Los Orioles iban a jugar en Toronto el primero de tres partidos antes de salir de la ciudad. Max vio el coche de Sam entrar en Oriole Park y dio marcha atrás hasta la sencilla casa blanca de las afueras. Aparcó en la calle bajo la sombra de un roble. Max alcanzó el móvil y llamó a Lola.

Lola respondió al tercer timbrazo y el sonido de su voz bastó para que Max sintiese un retortijón en el vientre.

-¿Dónde estás? -le preguntó.

-En el trabajo -suspiró Lola-. ¿Dónde estás tú?

-A unos treinta metros de tu ex. Está en el partido de los Orioles, tal como sospechabas. -Max miró su reloj-. Voy a esperar a que anochezca para acercarme y echar un vistazo a su sistema de seguridad. Averiguaré qué juguetes necesitaré pasado mañana.

-¿Un arma?

-No creo que haga falta un arma.

-Vaya -dijo Lola. Sonaba decepcionada.

-A lo mejor llevaré una pistola de descargas eléctricas -añadió Max para arrancarle una sonrisa a Lola.

-¿Podré zumbarle con ella?

-Espero que hayamos salido ya cuando él vuelva a casa.

-Me habría encantado zumbarle.

Max rió.

-Estás sedienta de sangre. Pero te diré qué haremos: si te portas bien, te dejaré ver el arma. -Bajó un poco la voz y añadió-: Quizás incluso te deje tocarla.

Pasaron unos instantes en silencio hasta que Lola dijo:

-¿Estás hablando de la pistola de descargas, Max?

-Sí.

-Vale -contestó Lola, pero no parecía convencida-. Entonces nos vemos el viernes.

-Sí, te recogeré en el Ronald Reagan a las seis.

Max repasó rápidamente el plan del que habían hablado durante el fin de semana. Había cambiado de opinión respecto a disimular el aspecto de Lola para que pudiese entrar y salir de la ciudad sin que nadie la reconociera. Cualquier disfraz la haría aparecer como culpable, y cuando Sam se diera cuenta de que alguien había borrado su disco duro y de que las fotos habían desaparecido, ella sería la primera persona de quien sospecharía. Max pensaba ser la coartada de Lola, así que no les convenía en absoluto dar la impresión de que se estaban escondiendo.

Imaginaba que la policía interrogaría a Lola (y también a él), pero no tendrían ninguna prueba que los relacionara a ambos con el caso. Sin pruebas, el caso quedaría archivado y sería uno de tantos sin resolver en una zona en la que se cometían bastantes delitos.

-¿Estás seguro que es lo mejor? -preguntó Lola cuando Max hubo terminado.

-Sí. Nos esconderemos a la vista de todo el mundo. Deja que todo el mundo se entere de que te encuentras en la ciudad.

Max pensó en el vestido rojo que Lola llevaba la noche que él la había visitado en su casa. Le había gustado ese vestido. Era elegante y atrevido al mismo tiempo. Luego, Lola se había puesto unos *shorts* y una camiseta, y Max había estado a punto de volverse loco.

-Podríamos comportarnos como si no pudiésemos quitarnos las manos de encima el uno al otro. Como si estuviéramos muy calientes. Así, cuando nos vayamos de un bar que conozco, la gente creerá que nos vamos directamente a la cama en vez de a casa de tu ex.

-Aja. ¿Estás seguro de que funcionará?

-Sí, estoy seguro. Así que ponte algo memorable -añadió antes de colgar.

Max dejó el teléfono en el asiento del copiloto y se dispuso a esperar el atardecer. Recostó la cabeza en el respaldo, cerró los ojos e intentó dormir un poco, pero sus pensamientos sobre Lola le impedían conciliar el sueño.

Al final, había estado todo el fin de semana con ella, y tenía la sensación de haber pasado casi todo ese tiempo en el sofá púrpura, rodeado de esos cojines con puntillas mientras *Baby* le lamía la oreja.

Lola no lo había obligado a pasar seis horas viendo *Orgullo y prejuicio* como había amenazado con hacer, pero había puesto una peli de Kevin Costner sobre un tipo que construía un barco. Max se había quedado dormido, pero Lola lo había despertado para que viera otra película, una en que Mel Gibson leía la mente de las mujeres. Esa última le gustó, más o menos, aunque su peli favorita de Mel siempre sería *Arma letal.*

La reunión de los Carlyle no había resultado ser la tortura que se había imaginado. En realidad, todos parecían tener los pies en el suelo y, por alguna razón, él les había caído bien. Max suponía que eso tenía mucho que ver con Lola y con que ella lo había pintado como un héroe que la había salvado de una muerte segura.

Después de la comida, Lola y él habían vuelto a su casa y esbozado un plan de operaciones. Luego se habían ido a la cama. Solos. Y por segunda noche, Max apenas había podido conciliar el sueño. Al día siguiente había salido temprano hacia Charlotte y buscado un hotel para dormir un poco antes de ver a la gente de Duke el día siguiente.

Estaba obsesionado con Lola. Cuando no estaba con ella, no podía quitársela de la cabeza.

Había pasado sólo dos días en Charlotte, pero le había parecido una eternidad. Durante la reunión con los directivos de Duke Power Company, no había podido concentrarse. Eso nunca le había sucedido antes. Siempre había sido capaz de dedicar toda su atención al trabajo que tenía entre manos.

Pero en esa ocasión, después de pasearse por las instalaciones de Duke y de señalar los puntos débiles del sistema de seguridad, imágenes de Lola empezaron a colarse en su mente. La manera en que Lola había aparecido en el patio, el reflejo de la luz de la luna en su cabello corto. También recordó detalles sencillos: la sonrisa de Lola al acercarse a él y tenderle las manos.

Cuando hubo terminado el trabajo en Charlotte, pensó en hacer una breve parada en Durham. Iba camino de casa y tenía la excusa de repasar los últimos detalles del plan con Lola. Pero al final, se pasó la salida. No cedió a su debilidad.

Sí, no cabía duda de que estaba totalmente obsesionado. Y sólo había una cosa que pudiera hacer al respecto. Tan pronto como solucionara el problema de Lola, tan pronto como le devolviese las fotos, tenía que alejarse de ella. No más excusas.

No volvería a hacerse el héroe sólo para aparecer en su vida. Tenía que alejarse antes de enloquecer más, antes de que fuera demasiado tarde. Antes de cometer el disparate de renunciar a su estilo de vida con tal de estar con ella. Antes de hacer lo que fuera para encajar en el mundo de

Lola. Antes de cambiar tanto que ni él mismo supiese quién era. Antes de que quedase reducido a nada.

Sí, en cuanto la embarcase en el vuelo a Durham, él volvería a su vida de siempre.

14

Los contundentes bajos de la música rock llenaban el Foggy Bottom, golpeaban las paredes y resonaban en las plantas de los pies de Lola, calzados en unos zapatos de piel de serpiente de color lavanda, como si fueran los latidos de su corazón. El aire en el interior del bar de Alexandria era denso y estaba cargado de humo de tabaco y del olor de la cerveza. En la habitación del fondo, una lámpara de techo iluminaba directamente la mesa de billar, y cuando Lola se inclinó lentamente para preparar el tiro, una parte de ella entró en el círculo de luz. Lola miró al hombre que se encontraba en el extremo opuesto de la mesa, medio oculto entre el humo y las sombras. Tenía los brazos cruzados sobre el pecho de su camiseta de marine, y los músculos se le marcaban. Sostenía el taco con una mano. A la luz de la lámpara, lo único que Lola alcanzaba a distinguir era que tenía las cejas fruncidas por encima de los ojos azules.

Lola se mordió el labio y sintió como si unas mariposas le revolotearan en el estómago. Se dispuso a tirar e intentó no pensar en lo que ella y Max iban a hacer más tarde esa misma noche. Aunque le habría encantado zumbar a Sam con una pistola de descargas, lo último que necesitaba era que la pillaran allanando su casa. Tenía los nervios de punta, y el malhumor de Max empeoraba la situación.

-Bola seis en el agujero de la esquina -anunció Lola, aunque dudaba que alguien pudiera oírla. Las bolas chocaron y la bola seis entró limpiamente en la tronera más próxima a la pierna derecha de Max. Lola se incorporó, frunció los labios como si estuviera posando para un anuncio de pintalabios y sopló la punta del taco. Tal como había supuesto, la expresión de Max se volvió un poco más ceñuda. Lola tomó la tiza y se dirigió hacia él, pisando cáscaras de cacahuete con los tacones de diez centímetros.

-Ya te avisé que soy un *crack* -le dijo mientras se detenía a su lado-. Puedes pagarme ahora.

-Tienes que dejar de inclinarte sobre la mesa de esa forma -respondió Max-. Todo el mundo te está mirando.

-Creí que en eso consistía nuestro plan de operaciones -le recordó ella-. En llamar la atención. En escondernos a la vista de todo el mundo, ¿recuerdas?

-Pero nunca hablamos de que enseñaras los pechos y el culo.

Lola se miró el vestido. Observó el top de color púrpura ligeramente escotado que le llegaba al ombligo, así como la minifalda de pitón. Debajo de la minifalda, llevaba un tanga de color púrpura para que no se le marcara, y debajo del top, un sujetador púrpura para llevar los pechos bien colocados, aunque los aros le presionaban las costillas.

Su asignatura pendiente era confeccionar un sujetador que resultase totalmente cómodo.

-Dijiste que tenía que asegurarme de que todo el mundo me viera. Creo que me han visto.

-Se suponía que tenías que venir aquí y sacudir la cabellera, como hacen todas las modelos de moda. -La miró y suspiró, desesperado-. Pero esto es otra cosa. ¿A qué viene ese peinado? Parece como si acabaras de acostarte con alguien.

Lola sonrió y se pasó los dedos entre los rizos.

-Pensé que también se trataba de eso. De que la gente pensara que estamos juntos. ¿Es que soy la única que recuerda el plan?

-No, yo lo recuerdo. Es sólo que no tenía ni idea de que bajarías del avión vestida solamente con una diminuta piel de serpiente.

-Es de Dolce & Gabbana.

-Pues parece una pitón púrpura enrollada alrededor de tu culo. -Max sacudió la cabeza-. Nunca debí dejarte bajar del coche vestida así.

-Max -resopló Lola, ahora tan exasperada como él-, tú no eres nadie para decirme cómo tengo que ir vestida. Así que ni lo intentes.

Max dirigió la vista más allá de Lola, hacia el bar.

-Pues tendré que partir algunas cabezas antes de que podamos irnos de aquí esta noche, y no estoy ansioso por hacerlo.

Lola se giró y observó el interior oscuro del bar. Se fijó en el rótulo de Miller iluminado y en la fila de lámparas en forma de guindillas que coleaban por encima del gran espejo situado detrás de la barra. Sí, la gente estaba mirando, pero nadie parecía tener la intención de acercarse a ellos. Más que nada porque Max les clavaba los ojos como si buscara bronca.

Cuando ella y Max habían entrado en el bar, varios hombres los habían saludado a gritos, pero ellos no les habían hecho caso.

-Me dijiste que esta gente eran amigos tuyos.

-Lo son. Me saqué el título con algunos de ellos. Ese que está ahí sentado con una camiseta que pone «perro malo» es Scooter McLafferty. Era mi compañero de natación, y un gran fan tuyo de la época en que salías en *Sports Illustrated.* Estoy seguro de que le encantaría conocerte.

-Bueno, pues ¿vas a presentármelo?

-No, la música está demasiado alta.

Lola puso los ojos en blanco y dirigió la atención de nuevo a la mesa. La música no estaba demasiado alta. Max sólo quería llevarle la contraria.

-Bola cinco en el agujero lateral -anunció, y preparó el tiro. Inspiró con fuerza pero no consiguió calmar los nervios. Estar tan cerca de Max, oír sus gruñidos, ver su atractivo rostro y sus ojos azules posados en ella, todo eso sumado a la perspectiva de lo que les esperaba esa noche, la hacía sentir ansiosa e insegura todo el rato.

-¡Por el amor de Dios! -exclamó Max.

Lola se sobresaltó y falló el golpe.

-Se supone que no tienes que decir nada cuando alguien está tirando -protestó Lola, enderezándose-. El plan no está funcionando. La gente va a creer que nos odiamos mutuamente y, cuando nos vayamos, no creerán que nos retiramos porque estamos muy calientes. -Lo señaló con el dedo-: Y todo es por tu culpa, idiota.

Max la agarró por la muñeca y se llevó la palma de su mano a los labios.

-Eres tan hermosa que me vuelves loco.

Vale, quizá no fuese un idiota.

-Ahora todo el mundo creerá que eres un esquizofrénico.

Max negó con la cabeza y le rozó la piel de la muñeca con los labios.

-Una riña de amantes.

Lola notó un cálido cosquilleo que le subía por el brazo.

-No somos amantes.

Max tiró de Lola y la hizo rodearle el cuello con el brazo.

-Todavía no -le dijo con una sonrisa tan sensual, carnal y masculina que a Lola se le aceleró el corazón-. Pero podemos serlo si te portas bien y me dices cosas sucias.

Eso no iba a suceder. Ella no decía cosas sucias, o por lo menos eso creía, y si alguna vez hacían el amor de nuevo, cosa que no le parecía una buena idea, él tendría que dar el primer paso, cosa que no se había preocupado de hacer desde que ambos habían abandonado la isla.

-Max, yo no digo cosas sucias -replicó.

-Sí, sí lo haces.

-No, a mí me enseñaron que una señorita nunca debe utilizar un lenguaje vulgar.

Max se rió y agarró su taco.

-Bueno, cariño, recuerdo claramente una ocasión en que te olvidaste de ello.

Lola lo observó mientras él se dirigía a la mesa y se preparaba para tirar. Debía de referirse a cuando habían hecho el amor. Ella no recordaba haber soltado palabrotas, pero supuso que era perfectamente posible teniendo en cuenta que estaba tan asustada que había perdido el control. Y si

era sincera consigo misma, tenía que admitir que Max la había puesto a cien esa noche. Sólo de pensarlo, estaba poniéndose a cien otra vez.

Max apuntó al agujero que se encontraba al lado de la cadera izquierda de Lola y golpeó la bola. La bola once entró limpiamente en la tronera y Max levantó la vista hacia ella. Mientras preparaba el siguiente tiro, una sonrisa apareció en su rostro y los ojos le centellearon.

Lola no podía permitir que eso sucediera. Si había alguien más competitivo que Max, era Lola. Se apoyó en el borde de la mesa con las palmas de las manos y lo miró. En su época de modelo, cuando tenía que seducir desde las páginas de las revistas, utilizaba algunos trucos. Uno de ellos consistía en pensar en el mejor amante que había tenido. Ahora, años más tarde, ese truco le vino a su memoria. Era como ir en bicicleta, y ahora no le costaría mucho pensar en un candidato. En ese preciso momento, él la estaba mirando. Lola imaginó que recorría el cuerpo desnudo de Max con las manos, sintiendo las distintas texturas de su piel con las yemas de los dedos. Se pasó la lengua por los labios y los entreabrió para inspirar ligeramente. Bajó los párpados y Max falló el tiro. Max se acercó a Lola, que se incorporó.

-Buen golpe, Max -le dijo ella.

-Me he distraído un poco con tu escote y esa mirada tipo «hazme tuya sobre la mesa de billar».

Lola rió y no intentó negarlo.

-Ha funcionado.

-Sí, es una pena que yo no tenga ningún truco que funcione tan bien contigo.

Max se equivocaba de medio a medio. Sólo con pensar en él, Lola se ruborizaba.

-Max, siento mucho haberte llamado idiota.

-No te preocupes. -Max le deslizó la palma de la mano desde la espalda hasta la nuca-. Estaba comportándome como un idiota.

-Es verdad, pero no debería haberlo dicho. Estaba muy nerviosa.

-¿Por lo de esta noche?

-Sí.

-No es demasiado tarde para echarse atrás.

-No. Quiero hacerlo. Lo necesito.

-Yo te cuidaré. -Max dejó el taco encima de la mesa y la atrajo hacia sí-. No pasará nada.

Lola le creyó. Él conseguía convencerla siempre de que podía protegerla de cualquier cosa, como si su corpulencia y su fuerza de voluntad bastasen para evitar que sucediese nada malo. En el pasado, los hombres que habían pretendido cuidarla habían cometido el error de creer que ella era demasiado tonta como para cuidar de sí misma. Max no. Él escuchaba lo que Lola tenía que decir. Mientras discutían el plan de esa noche, él había escuchado sus ideas, aunque había decidido hacer exactamente lo contrario. Él la había escuchado, y Lola temía haberse enamorado perdidamente de él, y no había nada en absoluto que pudiese hacer para impedirlo. Era como bajar por una cuesta pronunciada donde no hay nada a lo que uno pueda agarrarse para frenar su caída y donde uno no sabe qué se va a encontrar al final.

No, eso no era cierto. Ella sí lo sabía. Encontraría dolor, porque ella no podía adaptarse al estilo de vida de Max ni pedirle que cambiara. Lola lo miró a los ojos, que ahora le resultaban tan familiares.

-Odio tener miedo, Max -confesó.

Pero en ese momento, Lola no sabía qué la asustaba más: que la descubriesen entrando en casa de Sam o enamorarse de Max.

-Pobrecita, deja que te ofrezca algo en lo que ocupar tu maravillosa cabecita -le dijo, y bajó los labios hacia los de ella.

Una de sus manos se posó en el trasero de Lola, y la otra subió hasta su nuca. Los dedos de Max juguetearon con su pelo mientras la apretaba contra su fuerte cuerpo.

Entonces, allí mismo, en la habitación del fondo, donde estaba la mesa de billar del bar Foggy Bottom, bajo la luz de la lámpara, Max le hizo el amor con la boca. La besó con insaciable deseo, como si quisiera devorarla por entero. Y ella se lo permitió. Le dejó posar la mano grande sobre su nalga, y Lola ladeó la cabeza mientras él introducía la lengua en su boca. Un gemido salió de la

garganta de Max y el palo de billar cayó al suelo. Lola palpó todas las partes del cuerpo de Max que estaban a su alcance, los músculos de sus brazos, hombros y espalda. Max era una mezcla de fuerza y pasión que encerraba un corazón que lo impulsaba a salvar a un perro que no le inspiraba especial cariño y a trenzarle una ramita de flores en la pierna. Esa combinación resultaba tóxica e irresistible, y Lola sintió que se deslizaba cuesta abajo cada vez con más rapidez.

La alarma del reloj de Max sonó al lado de la oreja de Lola, y él se apartó, con los labios húmedos y los ojos entornados.

-Es hora de ir a trabajar.

Lola notó la boca ligeramente hinchada. El deseo le latía entre los muslos y sentía que las rodillas le fallaban.

-¿Estás lista?

¿Estaba lista para allanar la casa de Sam? En realidad, no, pero sólo podía responder una cosa.

-Sí, Max.

Durante el trayecto de cuarenta minutos a Baltimore, Lola se pasó al asiento trasero del jeep de Max y abrió su maleta. Se puso unos téjanos negros, un jersey de cuello vuelto y un par de botas de caña alta de Jimmy Choo que había comprado para la ocasión. Max sintonizó una emisora nostálgica y el coche vibró al ritmo de *Sympathy for the Devil.* Mientras se dirigían hacia el norte por la autopista 95 y Mick Jagger cantaba a grito pelado: *«Pleased to meet you... hope you catch my name»,* Lola se cubrió el pelo con un gorro negro.

Echó un vistazo hacia delante, al retrovisor, y vio que Max tenía el rostro en sombra. Desde que se habían marchado del Foggy Bottom, era como si algo se hubiese apagado dentro de él. Su tacto se había vuelto impersonal. Hablaba en un tono de voz formal. Lola no era tan afortunada.

Todavía tenía los sentidos embriagados por él. El olor de Max llenaba el vehículo, penetraba en sus pulmones y le calentaba el pecho. Lola intentó apartar de su mente su deseo y sus emociones, su temor por lo que pudiera suceder esa noche y su futuro con Max. Se concentró en el plan.

Saltó al asiento delantero y se puso el cinturón de seguridad. Ella también podía ser una profesional. Tal y como Max le había dicho la noche en que aceptó ayudarla, el fracaso no era una opción. Ella no lo decepcionaría.

-¿Vas a ir con esos tacones? -le preguntó él mientras tomaban una salida y se dirigían a las afueras.

-Sí, pero sólo miden siete centímetros.

La luz dorada del salpicadero iluminaba el pecho y la garganta de Max. Soltó algo en español y Lola pensó que era mejor no pedirle que se lo tradujera.

-Me dijiste que llevara unos zapatos que no dejaran ninguna huella distintiva -le recordó.

-También te dije que llevaras unos zapatos con los que pudieses correr.

-Puedo correr con éstos.

Max emitió un resoplido burlón y ninguno de los dos dijo una palabra hasta que enfilaron una calle secundaria y aparcaron.

-La casa de Sam se encuentra a una manzana de aquí. Todas las fincas de esa calle dan al bosque -dijo Max, y miró a Lola.

En la oscuridad del interior del vehículo, Max podía distinguir solamente la silueta de su rostro y sus ojos.

-Vamos a entrar por detrás. -Max alargó el brazo y cogió su mochila de debajo del asiento-. Mantente justo detrás de mí, igual que hiciste en la isla. No hables hasta que estemos dentro. -Max sacó las llaves del contacto y apagó las luces interiores-. Una vez que entremos en la casa, cortaré la corriente del sistema de alarma. Eso dejará sin luz el resto de la casa.

-Sin luz, ¿cómo vas a borrar el disco duro del ordenador de Sam?

-Tiene una batería auxiliar que funcionará durante media hora. Habré terminado en la mitad de ese tiempo.

-¿Cómo lo sabes? ¿Ya has estado dentro de la casa?

-Por supuesto. Yo no trabajo totalmente a ciegas.

Max abrió la puerta del coche y la cerró detrás de sí sin hacer el menor ruido. Lola se reunió con él delante de la rueda delantera derecha y, juntos, se alejaron de ese lado de la calle. Unos segundos después, ambos se habían adentrado en el bosque de Maryland.

La vista de Max tardó unos segundos en acostumbrarse a la oscuridad. Lola tropezó dos veces y, al final, metió la mano en el bolsillo trasero de los Levis de Max. La calidez del tacto de Lola se extendió por el trasero de Max y le abrasó la entrepierna. Se preguntó si ella tenía idea de lo que estaba provocando en él, de la tortura que eso suponía para él. Se preguntó si se imaginaba que al verla en el aeropuerto, saliendo por la puerta y dirigiéndose hacia él, había estado a punto de arrodillarse para pedirle que le permitiese amarla.

Max cogió la mano de Lola y la sacó del bolsillo. Sin soltarla, le dio un ligero apretón. Quitar la mano de Lola de su bolsillo era un paso más para apartarla de su vida. No más torturas. No más celos. Sin embargo, la perspectiva de una vida sin torturas y sin celos lejos de ella no lo hizo sentir mejor.

Al cabo de cinco minutos, Max y Lola se encontraban en el patio trasero de Sam. Ambos se pusieron guantes de piel y fueron al garaje a asegurarse de que Sam se había marchado. Estaba vacío. Max y Lola se desplazaron hasta la parte más oscura de la casa y se agazaparon al lado de una de las ventanas del sótano. Max sacó unas tenazas de su mochila y cortó los cables de la corriente. La luz de lo que Max sabía que era la cocina se apagó. Introdujo el cuchillo K-Bar en el marco de la ventana e hizo saltar el pestillo.

La ventana se abrió sin emitir ni un sonido, y Max entró primero. Luego ayudó a Lola a entrar y la tomó de la mano. Ambos atravesaron el sótano oscuro y subieron las escaleras hasta la cocina. La luz de la luna entraba por la puerta trasera mientras Max guiaba a Lola hacia una de las habitaciones.

-Cierra las cortinas -susurró Max, y se dirigió hacia una mesa arrimada a la pared. Se oía el suave zumbido de un ordenador y la luz del equipo de corriente auxiliar parpadeaba debajo de la mesa.

Cuando Lola hubo hecho lo que le había pedido, Max sacó una linterna de la mochila y se sentó. Se colocó la linterna entre los dientes, enfocó el teclado con ella e introdujo un disquete en la unidad.

-Max -musitó Lola, arrodillándose a su lado. Le puso una mano sobre el muslo y se colocó tan cerca de él que Max notó su aliento en su mejilla.

-¿Qué pasa?

Cuando apareció la línea de comandos del MS Dos en la pantalla, Max tecleó «wipeout d:» y pulsó Intro; luego se sacó la linterna de entre los dientes.

-Ésta es la peor pesadilla que tu ex pueda tener. Una bomba nuclear. Es el programa que el Departamento de Defensa utiliza para borrar los datos de sus discos duros. O los discos duros de cualquier gobierno, terrorista o dictadorzuelo. -Max hurgó en su bolsa y extrajo una linterna pequeña-. Busca por ahí los originales de las fotos y los negativos. No los encontré cuando estuve aquí la otra noche -le dijo, dándole la linterna.

Estaba seguro de que Lola no las encontraría tampoco, porque creía que estaban en la caja fuerte que había en el lavabo.

-Tráeme también cualquier disco de respaldo que encuentres.

Mientras Lola rebuscaba en el archivo, Max borró todo lo que había en los otros discos duros. Se aseguró de que no quedara nada que pudiera ser recuperado, al tiempo que lanzaba miradas furtivas a la silueta de Lola: no sabía cómo la encontraba más sexy, si con la piel de serpiente que se había puesto esa noche o con ese jersey de cuello vuelto y esos téjanos.

-Lo único que he encontrado es esta caja de CD. -Lola se acercó a Max.

-Ponla en la bolsa y sal al pasillo -le ordenó Max mientras sacaba el disquete con el programa de borrado.

-¿Por qué?

-Porque voy a hacer estallar la cerradura de la caja fuerte.

Max se levantó, pero Lola lo agarró del brazo.

-Quiero quedarme aquí contigo.

-Lola, por favor, sal al pasillo. Yo vengo enseguida.

Max pensó que Lola se lo discutiría, pero al final ella dio media vuelta y el tenue sonido de sus tacones se alejó cuando abandonó la habitación. Max cogió su mochila y se dirigió al lavabo. Abrió las puertas y encendió la linterna. Era una caja fuerte estándar de unos cincuenta centímetros, que debía de pesar unos ciento veinte kilos y tenía una cerradura de combinación común y corriente.

Si Max hubiera tenido más tiempo, habría utilizado un aparato de escucha electrónico para detectar la combinación correcta de la caja. Pero no tenía tiempo, así que rodeó la cerradura con un delgado cordón de espuma explosiva que penetró en las ranuras de la rueda de la combinación. Luego adhirió un taco de explosivo plástico del tamaño de medio chicle a la parte inferior de la rueda, insertó un dispositivo de detonación de diez segundos y salió al pasillo. La explosión hizo más ruido del que Max hubiera querido, pero no creía que los vecinos hubiesen oído nada.

-Vamos -le dijo a Lola.

Sin esperar a que el humo se despejara, Max entró en la habitación La cerradura había estallado y la puerta de la caja fuerte estaba abierta. Max iluminó el interior con la linterna: había dinero en metálico, cajas de discos y varios archivos. Se colocó otra vez la linterna entre los dientes y revolvió entre los archivos.

-¡Bingo! -exclamó, y le pasó a Lola un paquete de fotos con negativos incluidos.

-Gracias, Dios -susurró Lola.

-Max -la corrigió él mientras metía todo el contenido de la caja en la mochila.

-¿Qué?

Max se quitó la linterna de entre los dientes y se puso de pie.

-Gracias, Max.

-Sí, gracias, Max.

Max guardó las infames fotos en la mochila y la cerró.

-De nada -le respondió él, y le dio un rápido beso en los labios-. ¿Lista para salir?

-Oh, sí.

Max la tomó otra vez de la mano y desanduvieron el camino por donde habían entrado. Incluso cerraron la ventana del sótano detrás de sí, y, cuando se encontraban en el bosque que lindaba con la parte trasera de la casa de Sam, Max consultó el reloj.

Treinta minutos.

Habían hecho el trabajo en dos minutos menos de lo previsto.

Ya estaba. Se había terminado. Ahora ya no había más excusas.

Lola ya no lo necesitaba. En doce horas y cuarenta y siete minutos, Max la embarcaría en un avión con destino a Carolina del Norte. Le diría adiós por última vez. Debería sentirse aliviado. Una parte de él lo estaba. Pero, por encima de todo, Max sentía el peso de lo inevitable y, pese a ser un hombre a quien le gustaba seguir sus propias reglas, lo inevitable lo sacaba de quicio.

15

-Max, ¿qué vamos a hacer con el dinero de Sam? -le preguntó Lola, en el asiento del copiloto del jeep.

Por si acaso los paraban, Max le había indicado que volviera a ponerse la falda y el top que llevaba antes.

-¿Qué quieres hacer con él?

Lola lo miró mientras se quitaba las botas.

-Donarlo a la beneficiencia -respondió, y tiró las botas detrás del asiento-. Quizá deberíamos meterlo en el buzón de alguna iglesia. -Lola se desabrochó los téjanos, que fueron a parar al mismo sitio que las botas.

Lola echó un vistazo rápido al perfil de Max mientras se embutía en la falda de piel de pitón. Max, en actitud profesional, mantenía la vista clavada en la carretera.

Ella todavía tenía la piel de gallina, y el corazón le latía deprisa. Recuperar esas fotos le había producido una descarga de adrenalina, y era una experiencia que a Lola no le apetecía en absoluto repetir. A diferencia de Max, ella no tenía madera para embarcarse en misiones secretas y operaciones clandestinas. Moverse en la sombra y hacer estallar cajas fuertes no era lo suyo. Lo único que quería era recuperar el aliento.

Cuando se quitó el jersey vio que el sudor le bajaba por el escote.

-¿Cuánto había en la caja? -le preguntó a Max mientras introducía los brazos por el top y se lo ajustaba encima de los pechos.

Al no recibir respuesta, Lola levantó la vista hacia él. A través de la oscuridad del jeep, él la estaba mirando.

La examinó rápidamente, fijándose en la cabeza, los pechos y la falda que le llegaba a la parte superior de los muslos, peligrosamente cerca de la entrepierna y del tanga.

-No estoy seguro -respondió en tono distraído, como intentando distinguir el color exacto de sus bragas-. Quizás unos mil.

-Seguro que ha ganado ese dinero con mis fotos -dijo Lola alisándose la falda.

Se puso de rodillas encima del asiento y, mostrándole el trasero cubierto con la piel de pitón, se inclinó sobre la parte trasera y guardó su ropa en la maleta. Luego la cerró, se giró y volvió a arreglarse la falda, aunque no había gran cosa que arreglar. Se calzó los zapatos y bajó la visera del copiloto para mirarse en el espejo.

-Creo que de todo esto tiene que salir algo bueno -comentó mientras se atusaba el pelo con los dedos.

-¿Llevas un tanga?

-¿Has estado mirando?

-¿Mirando? Hablas como si no hubieses hecho todo lo posible por enseñármelo.

Lola colocó la visera en su lugar y se volvió hacia él.

-Yo no te he enseñado nada.

Por supuesto, tampoco había hecho el menor esfuerzo por no enseñarle nada.

-Prácticamente me lo has restregado por la cara.

-Eres un retorcido.

-Y tú una provocadora.

Ninguno de los dos volvió a decir nada hasta que Max aparcó el jeep delante de un edificio de piedra viejo con una pared recubierta de hiedra. Lola lo observó mientras él se ponía de nuevo los guantes de piel, sacaba el dinero de la mochila y se encaminaba a la puerta. Max introdujo el dinero en el buzón.

-¿Qué lugar era ése? -le preguntó Lola cuando estuvieron en la carretera de nuevo.

-La organización benéfica Light House -respondió Max al tiempo que dejaba caer los guantes al suelo, junto a sus pies-. Ofrecen a los chicos de la ciudad material escolar y tutoría. Tienen un estupendo programa de orientación.

Lola no se habría sorprendido más si Max le hubiera dicho que él era un cura.

-¿Tú eres un tutor? ¿Y qué es lo que les enseñas, a volar el colegio?

-Muy gracioso, Lola. -Max sacudió la cabeza-. Sólo les envío un poco de dinero de vez en cuando.

«Posiblemente, más que un poco», pensó Lola. Y, acto seguido, se le ocurrió otra pregunta:

-¿Por qué no quieres tener niños, Max?

-¿Quién ha dicho que no quiero?

-Tú lo dijiste, cuando estábamos en el *Dora Mae.*

Las luces de la ciudad iluminaban la parte inferior del rostro de Max.

-Sería un padre horroroso.

-¿Por qué dices eso?

Max se encogió de hombros.

-Paso muy poco tiempo en casa.

Eso les sucedía a muchos padres.

-Es una mala excusa. ¿Cuál es la verdadera razón?

-¿La verdadera razón? -Max la miró por un momento y volvió a centrarse en la conducción-. No me gustaría decepcionar a un niño, y eso es lo que pasaría. Yo me crié así, esperando que se cumplieran promesas que nunca se cumplían. Siempre esperaba que mi padre llegara a casa y me llevara a pescar o al cine, o que simplemente se sentara conmigo a ver la tele, pero nunca lo hizo. Siempre me hacía grandes promesas, cosas que él y yo haríamos juntos algún día, y lo más extraño es que yo le creía, sin importar cuántas veces incumpliese sus promesas, cosa que hacía en el noventa y nueve por ciento de los casos. Yo siempre le creía.

Ahora Lola se sentía culpable por haberlo llamado «retorcido», así que le puso una mano en el hombro.

-Lo siento, Max.

-No lo sientas. Me has preguntado y yo te lo he contado. Tengo cientos de historias como ésa, cada una más triste que la anterior.

-Creo que serías un padre maravilloso. El tipo de padre que consigue que un niño se sienta seguro.

Max dirigió la vista hacia la mano de Lola y, de ahí, a su rostro.

-¿Estás intentando decirme algo?

Lola tardó unos instantes en comprender lo que él le preguntaba.

-No. ¡No! Ya te dije que llevo un DIU.

-¿Te ha venido ya la regla?

Bueno, Max no se cortaba un pelo. Lola retiró la mano de su hombro

-Sí, al cabo de pocos días de haber vuelto.

-Gracias a Dios.

El alivio tan evidente de Max sentó a Lola como una bofetada. En esos precisos instantes quedarse embarazada no habría sido una buena idea, pero Max no tenía por qué comportarse como si lo hubieran indultado.

-Tampoco hace falta que actúes como si eso fuera un destino peor que la muerte. -Lola cruzó los brazos y miró por la ventana los árboles y los coches que desfilaban por la carretera. Lola había intentado hacer sentir bien a Max y él la había hecho sentir fatal-. Tampoco estoy tan mal.

-No estás mal en absoluto -le aseguró Max.

-Vaya, gracias.

El jeep enfiló un camino que conducía a una casa de ladrillos y Max pulsó el mando de la puerta del garaje. La planta baja y el primer piso de la casa estaban iluminados, como si hubiera alguien dentro.

-¿Todavía piensas irte mañana por la tarde? -le preguntó Max mientras la puerta del garaje se cerraba detrás de ellos.

-Sí.

Max agarró la maleta de Lola y su mochila, y ella lo siguió por las escaleras y por la cocina de la casa, que estaba a oscuras. A la luz del porche, que entraba por una de las ventanas e iluminaba el fregadero, Lola vislumbró el viejo papel de pared y el gastado linóleo mientras seguía a Max por el vestíbulo hasta el salón. Las cortinas, de terciopelo marrón, estaban cerradas, y una bombilla desnuda colgaba de una lámpara de cristal rosa. Los suelos de madera estaban recién pulidos, pero el papel de pared, de motivos rojos y dorados, estaba a medio arrancar. Los muebles y las mesas de roble, de un color beige con rayas azules, estaban totalmente fuera de lugar en esa habitación sin decorar.

-Ponte cómoda-le dijo Max, mientras se arrodillaba delante de una estufa de leña empotrada en la chimenea.

Lola se hincó a su lado mientras él prendía el fuego. En unos pocos minutos, Max encendió un buen fuego y ambos se dedicaron a alimentarlo con todo lo que se habían llevado de casa de Sam.

Max le dio a Lola las fotos que tanta vergüenza y dolor le habían causado y, de una en una, ella las echó a las llamas. Parecía que cada lengua de fuego que prendía en las fotos y en los negativos le quitase un peso de cuatro kilos de la espalda, reduciéndolo a cenizas. Lola era libre. Por fin. Gracias a Max.

Max cerró la puerta de la estufa y el fuego siguió ardiendo dentro. Nunca un hombre había arriesgado tanto por ella, y Lola no sabía cómo compensarlo por ello.

-No me has dicho cómo puedo pagarte lo que has hecho por mí esta noche.

-No te preocupes por eso -Max se puso de pie y ayudó a Lola a hacer lo mismo-. No me debes nada. Desde esta misma noche, puedes librarte de mí.

¿Librarse de él? La idea de no volver a ver a Max le oprimió el pecho y sólo cuando notó que esas palabras le dolían en él corazón se dio cuenta de que, en algún momento, entre el beso en el Foggy Bottom y ahora, se había enamorado por completo de él. O quizá no había sido esta noche. Quizá se había enamorado de él el día que abrió la puerta de su casa y lo vio ante sí, con el cepillo de dientes en la mano.

O quizás había ocurrido antes de eso. A bordo del *Dora Mae,* cuando él había permanecido a su lado durante la tormenta, o la noche en que se dirigían a Florida en la lancha de los traficantes y él la había tapado con la única manta que había. O quizá se había enamorado de él un poco en cada una de esas ocasiones hasta que ese amor la invadió por completo.

El quería que cada uno hiciera su vida, pero Lola no podía imaginar la suya sin él. Abrió la boca para comunicarle lo que sentía en lo más profundo del corazón, pero las palabras se le quedaron atascadas en la garganta. Max se dio cuenta de que le sucedía algo.

-¿Qué pasa, Lola? -le preguntó.

Lola sacudió la cabeza como si no tuviera la menor idea. Pero lo sabía. Debajo de esa lámpara de cristal rosa, sentía que enamorarse era muy doloroso y terrorífico.

-Max -dijo, y le posó la mano en el pecho-, yo no quiero librarme de ti. Por favor, creía que éramos amigos.

Max exhaló todo el aire de los pulmones, como si le hubieran dado un puñetazo en el estómago. Miró la mano de Lola sobre su pecho y murmuró, como si no le quedara aliento:

-¿Amigos? Dios, ¿es que me torturas a propósito?

Lola contempló su rostro, su cabello negro, sus cejas, el profundo surco que tenía encima del labio superior y sus hermosos labios.

-¿Estar conmigo es una tortura?

-Sí -contestó él con la voz ahogada.

Lola retrocedió un paso, pero Max la atrajo hacia sí.

-Estar cerca de ti es la peor de las torturas -le dijo al oído-. Estoy obsesionado contigo, con el olor de tu pelo y el tacto de tu piel. Cuando te me acercas tengo miedo de perder el control.

No era una declaración de amor, pero se le aproximaba tanto que Lola concibió una esperanza y sintió una profunda calidez en el corazón.

-Quiero que pierdas el control.

Max le acarició la espalda desnuda por encima del top.

-Cariño, eso es algo que no puedes querer.

-Estás equivocado. -Lola le besó el cuello-. Quiero que pierdas el control y que me lleves contigo.

-No quiero hacerte daño. -Max le puso la mano en la mejilla y se apartó un poco para mirarla a la cara-. Me temo que una vez no será suficiente. Que no voy a ser capaz de dejar de amarte hasta que uno de los dos muera.

Lola le agarró la muñeca y le besó la palma de la mano. De repente, le dio un mordisco.

-Eso suena bien, Max -susurró.

Max tomó la barbilla de Lola con los dedos, le levantó el rostro y bajó los labios hasta los suyos. La lengua húmeda de Max invadió la boca de Lola e incendió sus venas con un ardor que le llegó hasta la boca del estómago. Lola enredó los dedos en el pelo de Max y le sujetó la cabeza. De pie allí, en el salón a medio amueblar, Lola detectó el instante en que Max perdió el control. El beso fue más caliente, más húmedo. La besó como si sólo de ella pudiera obtener el aire necesario para sus pulmones. Sus manos recorrieron todo su cuerpo y llegaron a todas las zonas posibles: los brazos de Lola, su cintura y su espalda, por encima y por debajo del top. Su trasero y sus caderas. La acarició por encima de la falda hasta que, finalmente, le abrió la cremallera y la falda se deslizó por las piernas de Lola hasta sus pies.

Un profundo gemido salió del pecho de Max. Éste apartó los labios de los de Lola y las miradas de ambos, encendidas, se cruzaron. El único sonido que llenaba la quietud del aire era la agitada respiración de los dos.

Max agarró el top de Lola por la parte inferior y se lo quitó por la cabeza.

-¿Esto es lo que quieres? -le preguntó mientras arrojaba el top al suelo.

-Sí.

Lola le sacó el faldón de la camisa de la cintura de los pantalones y también se la quitó por la cabeza. La camisa de Max cayó encima de la de Lola, que recorrió su pecho desnudo con las manos, enredando los dedos en el fino vello. Lola apartó a un lado la fría cadena de oro de Max, llevó los labios a su cuello y chupó con fuerza.

-Entonces, agárrate fuerte -le dijo Max, y acto seguido se agachó y, con el hombro a la altura del vientre de Lola, se la echó a la espalda y se irguió, como si ella no pesara nada-. Esto se va a poner movidito.

-Max, ¿qué haces?

-Llevarte a la cama antes de que pierda el control del todo y te tumbe en el suelo.

-Puedo andar -protestó ella mientras Max la llevaba a la habitación.

Primero uno y luego el otro, los zapatos cayeron al suelo.

-No por mucho tiempo -le contestó Max, y le dio un beso en la nalga desnuda.

Lola le puso las manos en la rabadilla mientras él la transportaba escaleras arriba, pasaba de largo de una serie de puertas cerradas y llegaba a la habitación del fondo de la casa. Entraron y Max cerró la puerta de un puntapié. La luz de la luna penetraba por la gran ventana arqueada y caía sobre la cama de hierro forjado cubierta por un edredón de cuadros. Max dejó a Lola de pie en el suelo y ella quedó frente a él, vestida únicamente con su bustier púrpura y el tanga.

Durante un interminable instante, Max no dijo nada. Sólo la miró con ojos hambrientos mientras tiraba su billetero y el buscapersonas sobre la mesita de noche. Luego se desató los cordones de las botas y se las quitó.

-Menos mal que no sabía qué llevabas debajo de la ropa cuando estábamos en el bar. -Max se bajó los pantalones hasta los pies y los empujó a un lado-. Ya me resultaba bastante difícil tener las manos quietas y no bajarte ese top para ofrecerle un inolvidable recuerdo a Scooter.

Lola miró los lazos de satén de su bustier.

-¿Te gusta?

-Sí. -Cuando Lola levantó la vista, Max se encontraba completamente desnudo y se dirigía hacia ella-. Me gusta, y me gustas tú.

Lola se estremeció cuando Max la sujetó contra su cálido cuerpo y apretó su pene caliente contra su vientre desnudo.

Max hundió los dedos en el cabello de Lola y tiró de su cabeza hacia atrás. Le besó los labios, el cuello y los labios otra vez. Entre beso y beso, Max murmuraba las cosas que quería hacerle. Cosas que la habrían hecho sonrojar de no ser porque lo deseaba tanto. Eran palabras tan explícitas que Lola no pudo evitar que su cuerpo se arqueara contra el de él. Max introdujo el muslo entre las piernas de ella y arrimó la rígida erección a su entrepierna.

-Max -susurró Lola al sentir que él se apretaba contra ella y que toda su sensibilidad se concentraba y se humedecía detrás de la barrera de seda que todavía la separaba de él.

Las rápidas manos de Max desabrocharon los corchetes del bustier de Lola, uno a uno, hasta que sus pechos quedaron libres. Antes de que el bustier llegara al suelo, las manos de Max estaban sobre ella. Tocándola, poseyéndola, friccionando un pezón con la palma de la mano. La boca de Max la colmaba de besos apasionados y hambrientos mientras aferraba la parte trasera de su muslo con una mano para que le rodease la cintura con la pierna. La erección de Max presionaba el tanga, ahora empapado de deseo por él. Max llevó las dos manos a las nalgas desnudas de Lola, apretándola contra su cuerpo, pegando los pechos de ella al pecho de él.

Sin separar las manos del trasero de Lola, Max la llevó hasta la cama y ambos se dejaron caer en ella. Max quedó encima de Lola, inmovilizándola con su peso y su deseo. Max le puso las manos en los hombros, se incorporó un poco y la miró con ojos hambrientos. La medalla de oro colgaba entre

ambos y rozaba la barbilla de Lola. Lola rozó con las uñas los tensos músculos del vientre de Max, del abdomen y del pecho, hasta las tetillas planas y oscuras. Max exhaló con fuerza al sentir los dedos de Lola frotando su pecho.

-Tienes un cuerpo hermoso, Max.

Lola lo empujó hasta que Max quedó boca arriba, debajo de ella, y lo miró a la cara, a los ojos azules, entrecerrados por la pasión. Max tenía la mandíbula apretada y los labios húmedos de los besos de Lola.

-Mirarte me pone caliente y hambrienta.

Lola se inclinó hacia delante, y sus tetas rozaron el pecho de Max mientras Lola le lamía el lóbulo de la oreja.

-Me dan ganas de morderte en todas partes.

En un instante, Max cambió de posición y Lola se encontró otra vez debajo de él, con los ojos fijos en los suyos.

-Esta noche me toca a mí morderte en todas partes. -Max besó sus párpados, su nariz y su mandíbula-. Y voy a empezar por aquí.

Max empezó a besarla en el hoyuelo del cuello y fue bajando. Pasó los labios mojados por el pecho de Lola y lamió la punta con la lengua caliente. Lola percibió el gemido de excitación y deseo que nació en el pecho de Max. Max chupó uno de los duros pezones rosados, apretó ambos pechos con las manos y hundió los labios entre ellos. Continuó besándola en el estómago, el ombligo y el bajo vientre. Cuando llegó al tanga, lo deslizó por sus piernas y lo tiró al suelo.

Max se colocó entre los muslos de Lola y le dio un beso húmedo en la parte superior del vello púbico. Una corriente recorrió el cuerpo de Lola. El tacto de Max parecía distinto de cuando habían hecho el amor la última vez. Más íntimo. Más posesivo. Lola notaba el contacto con él de forma más profunda, y esa sensación la llenaba y le crecía en el pecho. Lola se sentía a punto de levitar.

-Max -susurró-, me estás matando.

-Todavía no.

Max llevó los labios a la parte interna de los muslos de Lola y le puso las manos en las nalgas. La levantó un poco y, simplemente, la contempló. Lola pensó que nadie que no tuviera el título de médico había visto nunca tanto. Cuando ese escrutinio en primer plano empezó a incomodarla, Max la miró a los ojos y la condujo hasta sus labios. Sentir la succión de los labios calientes de Max le quitó el aliento y Lola agarró con fuerza las sábanas de la cama.

Max la besó entre los muslos tal como le había besado el resto del cuerpo, con pasión y calidez, y de la garganta de Lola surgían gemidos de placer. Ella cerró los ojos sintiendo una fiebre de deseo por toda la piel que le hizo perder el control. Seguramente, Max no era romántico ni muy hábil en sus relaciones. Tampoco era tan encantador como se creía. Pero sí sabía cómo dar placer a una mujer.

Max acarició a Lola con la lengua, haciendo presión sobre su carne húmeda en un beso tan delicioso que puso a Lola en el filo del éxtasis. Repetidamente la llevó al punto del orgasmo para retirarse y rozar con los labios el interior de sus muslos. Cada vez la conducía un poco más allá, y justo cuando ella estaba a punto de correrse, Max se detenía.

Cuando Lola abrió los ojos, vio que Max, encima de ella, alcanzaba la billetera que estaba encima de la mesita de noche. Con una destreza que demostraba mucha práctica, Max sacó el condón del envoltorio y se lo colocó en la punta del pene. Lo desenrolló por el largo miembro hasta la base y clavó en Lola una mirada de lujuria y avidez. Lola levantó los brazos hacia él y Max, acodándose sobre el colchón a la altura del hombro de ella, la besó en la boca mientras penetraba su cuerpo tan a fondo que empujó a Lola hacia la cabecera de la cama. Una y otra vez, Max se hundió en Lola con fuerza, y ella arqueaba la espalda para recibir cada embate de sus caderas. La agitada respiración de Lola se añadió a la de Max hasta que el climax la atrapó y Lola no pudo respirar. Una tras otra, unas olas de frenesí recorrieron el cuerpo de Lola hasta que de lo más profundo del pecho le brotó un profundo gemido de placer.

Max maldijo en español y en inglés, y en los mismos idiomas alabó a Lola. Ella le abrazó colgándose de él mientras Max se hundía en ella una última vez. Al fin, Max se desplomó encima de Lola y ella lo retuvo cerca de su corazón, como si éste sólo latiera para amarle.

Cuando la respiración de los dos se normalizó, Max se separó de su cuerpo y se dirigió al lavabo contiguo a la habitación. Cuando regresó, un rectángulo de luz salía de la puerta del baño y se proyectaba a los pies de la cama. Max apartó el edredón y se reunió con Lola debajo de las sábanas. Tumbados el uno frente al otro, Lola acariciaba sus anchos hombros y su pecho. Nunca había amado a un hombre como amaba a Max. Le parecía que todo el amor y la felicidad que había experimentado durante su vida había sido sólo un preludio de lo que sentía en ese momento. No quería pensar en el mañana. No quería arruinar lo que ambos compartían esa noche preocupándose por un futuro incierto.

-Max, ¿hablabas en serio cuando dijiste que estabas obsesionado conmigo?

Max se tumbó boca arriba y la atrajo hacia sí.

-¿Es una pregunta con trampa? Si digo que sí me acusarás de ser un obseso, y si digo que no, te ofenderás.

-No -rió Lola-. Sólo quiero que seamos siempre sinceros el uno con el otro.

Max enarcó una ceja.

-¿Estás segura?

-Completamente.

Max le pasó uno de los rizos por detrás de la oreja.

-He desarrollado una obsesión por los pequeños sonidos guturales que sueltas cuando te hago el amor.

-¿Suelto sonidos guturales?

-Sí. Y tengo una especial predilección por el peso de tus pechos en mis manos.

-Max.

-¿Mm?

Lola quería preguntarle qué sentía por ella, no por los sonidos guturales ni por el peso de sus pechos, pero no se atrevió. En lugar de eso, pasó las yemas de los dedos por el medallón de oro que reposaba entre el oscuro vello del pecho de Max. Estaba tan gastado que no se apreciaban los detalles.

-¿Qué es esto?

-Un medallón de san Cristóbal. Era de mi padre. Me lo dio cuando tenía dieciocho años.

-¿Por qué?

Max sonrió.

-Creía que yo necesitaba protección de las mujeres.

-No soy católica, pero sé que san Cristóbal es el patrón de los viajeros. -Lola tiró con suavidad del vello de su pecho-. No es el patrón de los chicos que necesitan protección de las mujeres.

-Ay, Jesús, creo que me has arrancado unos cuantos pelos. -Max levantó la mano de Lola para comprobarlo.

-No cambies de tema. ¿Por qué te lo dio a los dieciocho?

Max le besó los nudillos.

-Aparte de la ropa, eso era todo lo que mi padre tenía cuando se fue de Cuba. Llegó sano y salvo, así que pensó que daba suerte. Cuando me alisté en la Marina, me lo regaló.

-Y está claro que a ti también te ha dado suerte.

Max sonrió con la mano de Lola pegada a sus labios, y unas finas arrugas se le formaron en las comisuras de los ojos.

-Mucha suerte.

-No me refería a ese tipo de suerte.

-Yo sí. ¿Sabes qué representa para un chico como yo estar aquí, contigo?

-No. Pero sí sé qué representa para una chica como yo estar aquí contigo.

-No es lo mismo. Eres tan hermosa, que podrías...

Lola puso un dedo sobre los labios de Max.

-Te deseo. -Lola posó una mano sobre la mejilla de Max y lo miró a los ojos. Lo amaba tanto que le dolía. Ese sentimiento le pesaba en el pecho cada vez más, hasta que no pudo contenerse-: Te quiero, Max.

Max se quedó quieto y la observó durante largo rato. Finalmente, con gran claridad, replicó:

-No, no me quieres.

Lola no sabía qué esperaba que le dijera Max, pero ciertamente no era eso.

-¿No te quiero?

-No. Sólo estás pillada en la sensación del momento.

Lola no daba crédito a sus oídos. Se apoyó en un codo y clavó la vista en él.

-¿Qué?

-Siempre sucede después de un buen polvo. Cuando uno se queda agotado y no puede pensar con claridad.

-¿Te ha pasado alguna vez?

-No.

Lola se incorporó y se tapó los pechos con la sábana.

-A ver si lo he entendido bien. -Hizo una pausa para ordenar sus pensamientos y para intentar comprenderlo bien, por si acaso Max no estaba diciendo lo que a ella le había parecido oír-. ¿Crees que te he dicho que te quiero porque estoy bajo los efectos de un soberbio polvo gracias a tu maestría sexual?

Max también se sentó y la ojeó con cautela, como si temiese que Lola le saltara encima en cualquier momento.

-Creo que es posible que eso tenga algo que ver -respondió, como si no fuera la primera vez que mantenía esa conversación.

-¿Te sucede a menudo?

-¿El qué?

-Que las mujeres se enamoren de ti por... por... -Lola hizo una pausa y le señaló con el dedo-. Porque las atontas con tu maravillosa polla. -Era tan engreído. Era una maldición que Lola lo amase más que nunca. Todo sería más sencillo si no lo quisiera.

Max no le había dicho que la amara. Le había dicho que estaba obsesionado con ella, sí, pero no que la quisiese. Saber qué sentía él de verdad por ella la enfadaba casi tanto como le dolía.

-¿Sabes? -empezó Lola, echando las sábanas a un lado-. Me parece muy insultante. Te digo que te amo y me dices que estoy confundida. Como si fuera una estúpida que no sabe diferenciar el sexo del amor. Tengo treinta años. Conozco la diferencia, Max.

Lola se dirigió al lavabo, abrió las puertas, encendió la luz y se dijo que no iba a llorar. Se sentía herida y le dolía el pecho, pero con enorme alivio se dio cuenta de que estaba demasiado enfadada para llorar. Y se sentía como una estúpida por haber expresado sus sentimientos.

-Lo mínimo que puedes hacer es dar las gracias -continuó Lola mientras rebuscaba entre sus cosas-. Eso es lo que yo siempre he hecho cuando me he encontrado en tu situación. Cuando alguien se comporta como un estúpido y me dice que me quiere y yo no le correspondo. -Lola descolgó una bata de seda negra de la percha y se la puso. Ya le habían roto el corazón en alguna otra ocasión, pero nunca se había sentido así-. Y para que lo sepas -prosiguió dándose la vuelta y anudándose el cinturón de la bata a la cintura-, me enamoré de ti antes de tu actuación de esta noche. Me enamoré de ti por muchas cosas que no tienen nada que ver con el sexo.

Max estaba sentado con los codos sobre las rodillas y la cabeza entre las manos.

-Yo no creo que seas estúpida, Lola -dijo en voz tan baja que Lola casi no le oyó.

-Olvídalo. -Lola se giró hacia la puerta del lavabo-. Olvida lo que te he dicho. Lo retiro.

Justo cuando Lola abrió la puerta, Max se colocó detrás de ella y la cerró. Con la mano apoyada a la altura del rostro de Lola, Max le dijo cerca del oído:

-No puedes retirarlo ahora.

-Sí, sí puedo.

-No. -Max apoyó todo su cuerpo contra el de ella, presionándola contra la puerta-. Te he oído. -Lola notó el cálido aliento de Max en la sien-. Me amas, Lola. No dejaré que lo retires. Nunca podrás retirarlo.

Algo en la voz de Max aplacó el enfado de Lola: un profundo anhelo, un ruego mudo que se percibía en su tono, no en sus palabras. Se percibía en la mano con que le acariciaba su cadera y el vientre.

-No te vayas. -Max apoyó la cabeza contra la puerta-. Soy un idiota, lo sé, pero no te vayas, Lola.

-No pensaba irme a ningún sitio. Sólo iba a buscar mi maleta.

-Ah. -Max se apartó un poco y Lola lo miró.

-Pero es gracioso. Cuando has creído que me iba, has saltado de la cama como un rayo.

-Ha sido un calambre.

-Claro. Creo que te importo más de lo que estás dispuesto a reconocer. Creo que estás asustado. Yo también lo estoy.

-¿Qué es lo que te asusta?

Lola lo miró a los ojos.

-Que me he enamorado de ti -respondió- y que lo nuestro no tiene futuro. Que has aparecido de repente en mi vida hace muy poco tiempo. Que todo ha ido demasiado rápido y que te marcharás de la misma forma en que apareciste. Un día me daré la vuelta y te habrás ido.

Max sacudió la cabeza y respiró con fuerza.

-Mira, yo no sé qué va a suceder mañana, o pasado, o la semana que viene. Sólo sé que cuando no estoy contigo pienso en ti. Nunca había deseado tanto a una mujer como te deseo a ti. Y no es sólo algo físico. -Max le puso las manos a ambos lados del rostro-. Me gusta el olor de tu piel y el tacto de tu cabello entre mis dedos. Me gusta tu coraje y tu tenacidad. -Max apoyó su frente en la de ella-. Me gusta estar contigo, y juntos estamos bien. Y creo que cada vez estaremos mejor.

«Sí, pero ¿por cuánto tiempo?», quiso preguntar Lola. Al imaginar a Max solo en algún lugar, expuesto a los golpes o las balas de los malos, se le caía el alma a los pies, pero ¿qué podía hacer al respecto? No podía detenerle, del mismo modo que no podía evitar amarlo.

-No quiero dejarte ir -le dijo Max en un susurro-. Lo he intentado y no puedo. Sólo de pensarlo me pongo enfermo.

-Pues no me dejes ir.

-No es tan sencillo.

-Lo sé. -Entonces, Lola confesó su mayor miedo-: Me he enamorado de un hombre que se pone en peligro como si su vida no valiera nada. Pero tu vida significa algo para mí, Max, y no sé cuánto tiempo podré soportarlo.

Max cerró los ojos y suspiró con fuerza. Cuando volvió a abrirlos, su mirada estaba llena de pasión. Acercó los labios a los de Lola y la besó, porque no había nada más que decir. Max no era un hombre que hiciera promesas que no fuera a cumplir. Le arrancó la bata negra, y a Lola le pareció qué la acariciaba por todas partes al mismo tiempo. Max le mostró su adoración con manos y labios, y la llevó a la cama. Le hizo el amor otra vez, pero de forma más desesperada, casi frenética, como si al retenerla en el lecho mantuviera al mundo alejado de ellos.

Y funcionó. Entre sus brazos, enredada entre las sábanas que conservaban el olor de Max, no existía nada más. Con la sola fuerza de su voluntad, Max lograba evitar que la realidad se interpusiese entre ellos.

Pero ¿por cuánto tiempo?

16

Dos días después de entrar en la casa de Sam, Lola y Max fueron interrogados por separado por la policía de Baltimore. Lola no llevaba todavía veinticuatro horas en casa cuando tuvo que llamar a su abogado y encontrarse con él en la comisaría de Durham. Max y su abogado contestaron a las

mismas preguntas en Alexandria, pero como no había pruebas que relacionaran a ninguno de los dos con el delito, ambos fueron liberados.

Los problemas con Sam por fin habían terminado. Se habían solucionado, tal como Max le había prometido. Max era su héroe, pero amarlo era al mismo tiempo lo mejor y lo peor que le había sucedido jamás. Y día tras día se enamoraba más de él. Pasaban juntos todos los fines de semana, y a cada hora Lola se perdía más y más en el placer que la invadía al estar con él. El placer que le ofrecían sus cálidos labios y sus fuertes manos. El potente pecho de Max contra sus pechos. Envuelta en la calidez de Max, Lola se sentía segura y protegida, como si nada malo pudiera suceder mientras estuviesen juntos. Cada vez que Max le daba un beso de despedida, la abrazaba con más fuerza que la vez anterior. La retenía más cerca, como si intentara absorberla al máximo.

Max no le había dicho que la amaba. Todavía no. Sólo hacía tres semanas que ella le había confesado que lo quería, pero Lola estaba convencida de que Max le correspondía. Ningún hombre podía mirar a una mujer y acariciarla como Max sin estar enamorado. A pesar de eso, Lola deseaba escuchar esas palabras de sus labios.

Durante la semana, cuando no podían estar juntos, Max la telefoneaba cada noche y, de día, mientras Lola se encontraba en el trabajo. Algunas veces sólo le preguntaba si estaba diseñando lencería comestible.

-¿Tienes hambre, Max? -le preguntaba Lola.

-Sí -respondía invariablemente-. Tengo hambre de ti.

Al cabo de muy poco tiempo, Lola sólo vivía para recibir sus llamadas aunque las temía en igual medida. Cada vez que recibía una, Lola tenía miedo de que Max le anunciara que se iba a Bosnia, Afganistán o Irak, aunque suponía que no le revelaría su destino.

La vida que Max había elegido estaba fuera del control de Lola. Ella nunca le pediría que cambiara por ella. Sólo podía esperar que, a causa de los problemas que Max había tenido en Nassau, el Gobierno le hubiera quitado la tabla de códigos y hubiera tachado su nombre de su agenda secreta.

Lola sabía que Max llevaba un buscapersonas en todo momento, pero tenía la esperanza de que el Gobierno hubiera perdido el número. Aun así, en lo más hondo, Lola sabía que era sólo cuestión de tiempo que el busca sonara. No tenía la menor duda de que eso sucedería.

Por desgracia sucedió antes de que Lola estuviera preparada para ello, durante el desayuno, un fin de semana en que *Baby* y ella habían ido a verlo. Max le había tostado un bollo y había preparado café, y habían planeado pasar el día arrancando el papel de la pared de la cocina. Lola le había llevado una foto de ella con *Baby* en un marco de plata que tenía galletas de perro grabadas. Había traído la cámara para hacerle algunas fotos a Max y sacar una de los tres juntos: ella, él y *Baby.* Como una familia de verdad.

Lola no tuvo oportunidad de hacer la foto. El busca sonó mientras él tomaba su segunda taza de café y le daba a *Baby* un trozo de bollo. Las miradas de ambos, sentados a la mesa de la cocina, se cruzaron, y Lola lo supo. Ya estaba.

Max, que sólo llevaba unos calzoncillos largos de color blanco, se levantó y se dirigió a su despacho, instalado en la parte trasera de la casa. En cuanto Lola oyó el sonido de la puerta que se cerraba, el estómago se le encogió y se sintió enferma. La sangre se le acumuló en la cabeza y el corazón se le aceleró. Notaba una opresión en el pecho y era incapaz de reposar la vista en ningún lugar de la cocina. Ni en la cafetera, ni en la batidora, ni en el abridor magnético pegado a la puerta de la nevera. Tampoco en el papel de pared que no iban a cambiar.

Cuando Max reapareció, llevaba una bolsa de lona y su mochila. Una amarga sonrisa le deformaba los labios, y Lola vio en ella confirmada su peor pesadilla. Antes de que Max abriera la boca, Lola sabía qué iba a decir.

-Tengo que irme, y no sé cuándo volveré.

Lola tomó a *Baby* en brazos y se levantó.

-Ni cuándo ni si volverás, querrás decir.

-Hablaremos cuando vuelva.

Lola sacudió la cabeza. Desde el principio se había preguntado qué haría cuando llegara ese momento.

-No puedo hacer esto, Max. Te quiero, pero no puedo vivir así. No esperaré a que vuelvas.

-No hagas eso, Lola. Podemos conseguir que esto funcione.

Max dejó las bolsas en el suelo y se dirigió hacia ella. Lola le detuvo con un gesto de la mano.

-No -respondió, aunque su corazón le pedía que le echase los brazos al cuello, que lo abrazara y nunca le dejase marchar-. No comprendo por qué tienes que irte -le dijo, en un tono sorprendentemente tranquilo-. Sólo sé que te vas. No voy a pedirte que te quedes, Max. No voy a pedirte que te quedes por mí. Nunca te pediría eso. Además, sé que no lo harías. Y eso es algo que no comprendo. Quizá porque te quiero. Quizá porque tú no me quieres de verdad -acabó Lola, enfrentándose a la posibilidad de que él realmente no la amara, de que sus propios deseos la hubiesen llevado a creer que en sus besos había más de lo que Max sentía, más de lo que nunca sentiría-. Quizá si yo fuera una persona más fuerte soportaría verte marchar sin saber si te pegarán, te torturarán o te dispararán. Si morirás en un país del Tercer Mundo, solo, sin nadie que te coja de la mano. -La voz se le quebró y Lola meneó la cabeza-. No soy tan fuerte, y no quiero pasar por esto una y otra vez sólo para que tú puedas satisfacer esa necesidad de arriesgar tu vida por gente a quien no conoces y por un gobierno que te arrestó por un delito que no cometiste, sólo para deshacerse de ti.

-No te vayas así, Lola. -Max le acarició el cabello. Su expresión angustiada se le clavó en el alma a Lola-. Hablaremos cuando vuelva. Por favor, quédate.

-Dime algo que me convenza de que me quede.

Max suspiró, despacio. Bajó las manos.

-Te quiero.

No era justo. Ésas eran las palabras que ella había estado esperando escuchar. Ahora le atravesaron el corazón, destrozándoselo. Lola estaba casi segura de que Max no le había dicho eso a ninguna otra mujer antes, pero no era suficiente. Sentía lástima por él. Sentía lástima por sí misma. Sentía lástima por la vida que nunca compartirían.

-Me merezco algo más. Merezco a un hombre que me ame lo suficiente para desear envejecer conmigo.

-No es tan sencillo...

-Sí lo es, Max.

-¡No! -Max cerró los puños-. Me estás pidiendo que abandone mi vida por ti. Me estás pidiendo que me convierta en alguien distinto de quien soy.

-No te estoy pidiendo que hagas nada. Te estoy diciendo que te quiero demasiado para contemplar cómo te dejas matar.

-No voy a morir, Lola.

-Sí, sí vas a morir. Quizá no esta vez, pero vas a morir. Y no pienso pasarme la vida preguntándome si hoy va a ser ese día.

Lola miró por última vez sus hermosos ojos azules y se obligó a salir de la habitación, dejando a Max de pie en la cocina asegurándole que la amaba y pidiéndole que se quedara. Alejarse de él era lo más difícil que había hecho jamás.

Con su perro contra el pecho, Lola subió las escaleras hasta la habitación de Max y recogió su bolso de viaje de Louis Vuitton. Su corazón herido le imploraba que se quedara, porque vivir con él era mejor que vivir sin él, así que Lola se vistió deprisa. Casi esperaba oír los pasos de Max subiendo la escalera para decirle que había cambiado de opinión o para pedirle otra vez que se quedase con él. Pero no los oyó.

Antes de irse, echó un último vistazo a la habitación. Miró la cama grande con el edredón a cuadros. En la cómoda había una foto de Max cor su padre en un porche desvencijado, de la que colgaba un rosario. Al lado, había una foto de Lola con *Baby.* El conjunto resultaba triste y solitario; Lola dio media vuelta, salió de la habitación y bajó las escaleras. Max estaba en el salón, con la vista fija en la ventana.

Con los ojos secos, Lola observó por última vez la cabeza y los hombros de Max, que estaba de espaldas. Si él se hubiera girado y la hubiese mirado, no estaba segura de que hubiera tenido la fuerza suficiente para salir por la puerta.

-Adiós, Max -se despidió.

Pero él no la miró, y, con las rodillas y las manos temblorosas, Lola salió de la casa. Dejó el bolso y a *Baby* en el asiento del copiloto del BMW, subió y lo puso en marcha. Sin volver la vista atrás, Lola se alejó. No lloró hasta que hubo recorrido ochocientos metros. No perdió la compostura hasta que llegó a Fredericksburg.

Tuvo que salir de la autopista y detener el coche en el aparcamiento de un hotel Best Western.

Las lágrimas le bajaban por las mejillas, así que puso las manos en el volante y se dejó ir. Unos fuertes sollozos le agitaban el pecho y le desgarraban el corazón.

Hasta ese momento, Lola no había sabido que el amor podía doler tanto. Lola había estado enamorada antes, pero no de esa forma. Nunca antes se había sentido como si la hubieran partido en dos.

Lola no supo cuánto tiempo había permanecido en el coche cuando se dio cuenta de que no podía hacer el trayecto de cuatro horas hasta casa. La cabeza le dolía y le picaban los ojos, todavía arrasados en lágrimas. Sacó las gafas de sol del bolso y se dirigió al Best Western. Ella y *Baby* alquilaron una habitación cercana a la máquina de hielo y Lola encendió el televisor en busca de distracción. Pero no había nada que la distrajera del dolor de perder a Max. Si hubiese creído que Max estaba todavía en casa, lo habría llamado y le habría dicho que no quería hacerlo. Que había cambiado de opinión, que se quedaría con él bajo cualquier circunstancia durante el tiempo que fuera necesario. Pero Lola sabía que no estaba en casa, y sabía también que si ella no cortaba por lo sano ahora, esa escena se repetiría una y otra vez.

Baby gimió y le lamió la cara, como si también lamentara la pérdida de Max y se sintiese perdido y vacío. Lola se tumbó en la cama y se rodeó el cuerpo con los brazos. Ese horrible vacío le había abierto un hueco en el estómago, así que alcanzó la guía de teléfono, buscó en las páginas amarillas y marcó un número.

-Es para hacer un pedido -dijo, ahogando un sollozo-. Quisiera media pizza «enamorados», una ración de bastoncillos y una ración pequeña de alitas de pollo. ¿Tienen Pepsi light?

Media hora después, Lola estaba sentada a la pequeña mesa, al lado de las cortinas cerradas, dándose un reconfortante atracón. Se había comido dos trozos de pizza, tres bastoncillos y la mitad de las alas de pollo cuando apartó la comida a un lado.

No le ayudaba en nada. Sólo la hacía sentir peor. Una vieja y familiar vocecilla insistió en que vomitara toda esa comida, pero ella la hizo callar.

Baby saltó a la mesa y hurtó algunas lonchas de salami. Lola no fue capaz de reñirlo. Comprendía su dolor.

No había nada que la hiciera sentir mejor, nada que expulsase el sufrimiento y el vacío que se habían instalado en lo más profundo del alma.

El C-130 se inclinó a babor y descendió a treinta mil pies. Las luces interiores se apagaron, sumiendo la nave en la oscuridad. El piloto abrió la escotilla y, dentro del traje de neopreno, el mono de vuelo, el chaleco salvavidas y los veintidós kilos de equipo, Max notó que la temperatura bajaba treinta y siete grados en menos de cinco segundos. Respiró a través de la máscara de oxígeno y notó que las gafas de combate a prueba de niebla se cubrían de escarcha a medida que la rampa del C-130 bajaba.

Tres hombres más se encontraban en el avión con Max. Todos ellos eran antiguos miembros de las Fuerzas Especiales de la Marina y estaban sujetos a las mamparas de separación con arneses de seguridad. Max había trabajado con dos de ellos anteriormente, y ambos eran guerreros experimentados. Del tercero Max sólo conocía la reputación. Se llamaba Pete *Boom Boom* Jozwiak, y se suponía que era el mejor experto en demolición Para esta misión, lo habían asignado como compañero de nado de Max que esperaba que el chico estuviese a la altura de su fama. Ocho kilómetros por debajo de ellos, en la isla de Soledad, se ocultaba un grupo de terroristas

antiamericanos con dos cabezas nucleares que habían pertenecido a la antigua Unión Soviética. El gobierno de Estados Unidos quería arrebatar esas cabezas nucleares de las manos de los terroristas aunque, para mantener unas buenas relaciones internacionales, no podía hacer nada abiertamente. Tendría que negar toda implicación, así que se decidió que lo más sensato era enviar a unos agentes secretos. Durante cinco días, Max y el resto de los hombres se habían reunido con las autoridades y había desarrollado un plan de operaciones para hacer desaparecer las cabezas nucleares. Por lo menos, ése era el objetivo y, como siempre, el fracaso no era una opción.

Los cuatro hombres empujaron la lancha de goma de combate hasta el extremo de la rampa. Un paracaídas, el equipo de comunicaciones y el equipo de asalto se encontraban atados a la lancha, al igual que el motor y la gasolina para llegar hasta la isla. Max comprobó el GPS que llevaba en el pecho para asegurarse de que funcionase correctamente y esperó a que las luces verdes parpadearan en señal de que sobrevolaban la zona y de que era el momento de saltar. Max volvió a comprobar los cierres del chaleco de asalto y palpó la Heckler & Koch de 9 mm semiautomática que llevaba sujeta al muslo.

Las luces parpadearon dos veces y los cuatro hombres empujaron la lancha fuera del C-130. Max desató las cuerdas de seguridad, se dirigió al extremo de la rampa y se precipitó al cielo nocturno. Unos segundos después, su paracaídas se abrió y Max sintió el tirón en el arnés. Todo se equilibró, Max encendió el GPS, corrigió su rumbo y se dispuso a disfrutar del vuelo. O, por lo menos, lo intentó. Por primera vez desde que se había alistado en la Marina, no lo había invadido la emoción por la acción. No experimentó la descarga de adrenalina que le recordaba que estaba vivo. Por primera vez, no estaba eufórico por haber saltado del avión ni por llevar sus capacidades físicas y mentales al límite de la resistencia. Por primera vez, pensar en la misión imposible no lo ponía automáticamente a cien. Por primera vez, lo único que quería era acabar el trabajo y volver a casa. Max echó la cabeza hacia atrás y miró las estrellas. Normalmente, ésta era la parte de la misión que más habría disfrutado. La calma antes de la tormenta. Pero esta vez no. Estaba demasiado enfadado desde el día en que le había declarado a Lola que la amaba y ella se había marchado. No, «enfadado» era un término demasiado suave. Lo que sentía le corroía los intestinos como el ácido y lo llenaba de una rabia impotente. Siempre había sabido que cualquier vínculo con ella le causaría dolor. Había luchado por no amarla, pero al final había sido como luchar por no respirar. Al cabo de un tiempo, resultó imposible.

«No voy a pedirte que te quedes, Max. No voy a pedirte que te quedes por mí -le había dicho-. Además, sé que no lo harías.»

Al final, había sucedido lo que él siempre había sabido que ocurriría: ella había deseado que él abandonara su trabajo como agente del Gobierno por ella. Por una vida en las afueras. Había acertado, pero eso no lo consolaba.

«No quiero pasar por esto una y otra vez sólo para que tú puedas satisfacer esa necesidad de arriesgar tu vida por gente a quien no conoces y por un gobierno que te arrestó por un delito que no cometiste, sólo para deshacerse de ti.»

En esos momentos, la necesidad de arriesgar su vida por un gobierno desagradecido no era nada en comparación con el deseo de volver hacia Carolina del Norte y arrancarle el corazón, del mismo modo en que ella había roto el suyo. Dios santo, era mala. Lola había esperado a que ya no le quedara un solo pensamiento que no girase en torno a ella y, entonces, se había marchado. Había esperado a que él se enamorase para clavarle el cuchillo en el corazón. Había esperado a que él le dijera que la quería para conseguir su objetivo. Era mala y perversa.

Max consultó el altímetro y se quitó la máscara de oxígeno. Aspiró el aire fresco, pero con ello no consiguió aclararse la mente.

«Me merezco algo más. Merezco a un hombre que me ame lo suficiente para desear envejecer conmigo.»

Max siempre había creído que ella merecía algo más. Siempre pensó que ella podía llevar una vida mucho mejor que la suya. En eso también había acertado, pero eso tampoco le consoló. Sólo pensar que ella podía estar con otro hombre le clavaba el cuchillo tan hondo que no creía que nunca pudiera sacárselo.

Era mala, perversa y rencorosa. Si lo que ella había querido era vengarse por lo del *Dora Mae,* o por cualquier acontecimiento posterior, había hecho un buen trabajo. Brillante. La primera vez que él le dice a un mujer que la ama, y ella le responde que no es suficiente. Bueno, eso le enseñaría a dejarse llevar por cualquier parte de su cuerpo que no fuese s cabeza.

A unos ocho metros de la superficie del agua, Max cortó el paracaídas Llevaba suficiente peso como para hundirse hasta el fondo, así que buscó el dispositivo para hinchar el chaleco. Entonces cruzó los brazos sobre pecho y se preparó para zambullirse.

Durante treinta y seis años había vivido sin Lola Carlyle. Viviría sin ella treinta y seis más.

Lola se puso el lápiz detrás de la oreja y se dio un masaje en la nuca. Sentados a la mesa de conferencias, a su derecha, se encontraban los cuatro representantes de los departamentos de compras y marketing y su diseñadora jefe, Gina. A su izquierda se encontraba el director creativo. Se habían reunido todos en una sesión a fin de encontrar un nombre nuevo para la línea sin costuras de Lola Wear, Inc.

«Casi Nada» era la decimatercera idea en toda la tarde. Y la décima tercera que no le decía nada a Lola.

-La nueva línea es tan cómoda como una segunda piel -dijo-. Suave y muy sexy. Queremos que eso quede reflejado. Necesitamos algo breve y contundente. Algo que signifique «estoy cómoda pero sexy».

-¿Qué tal si utilizamos algo con tu nombre, Lola? -dijo Gina, y comenzaron a llover ideas, a cual más disparatada.

-«Diáfana Lola.»

-«Lola translúcida.»

-«Diáfana Lola» no está mal -dijo-, pero creo que podemos pensar algo mejor. Algo como...

-Podríamos llamar a esa línea, simplemente, «Lolita» -soltó alguien.

-Sí.

-Creo que me gusta.

-¡No! -repuso Lola, con más energía de la que pretendía. Todo el mundo la miró y ella se sacó el lápiz de detrás de la oreja-. Lo siento, no me gusta «Lolita».

Max la había llamado Lolita. Sólo con oír ese nombre, le habían entrado ganas de llorar. Ahora ya hacía más de una semana que Lola se había ido de casa de Max, y su corazón ni siquiera había empezado a recuperarse. Y no se recuperaría si tenía que oír constantemente el nombre de Lolita, verlo en el catálogo y leerlo en las etiquetas.

La puerta de la sala de conferencias se abrió, y la ayudante de Lola, Wanda, se acercó a ella.

-Hay un caballero que desea verte -le susurró al oído-. Dice que no se irá hasta que hables con él.

Lola imaginó que el caballero en cuestión podía ser uno de dos: o bien Sam, su ex novio, cuyas numerosas llamadas telefónicas no había contestado, o bien el diseñador gráfico con quien tenía que encontrarse en breve.

-¿Te ha dicho su nombre?

-Sam.

Lo primero que pensó Lola fue que Sam había descubierto que ella estaba relacionada con la desaparición de las fotos. Pero si ése fuera el caso, sería la policía quien estaría allí y no él. Después se le ocurrió que quizás él hubiese encontrado algo nuevo para utilizar en su contra, en cuyo caso Lola tenía dos opciones: despacharlo rápidamente o pedir a los guardias de seguridad que lo echaran. Lola se tomó un momento para repasar las opciones y decidió que lo mejor era escuchar lo que él venía a decirle, sólo por si él tenía preparada alguna sorpresa desagradable o algún chantaje. Hacía tiempo que había aprendido que Sam era capaz de todo.

-Acompáñalo a mi despacho -le dijo a Wanda, mientras se ponía en pie y se excusaba de la reunión.

«No puede hacerme más daño», se dijo, pero cierta aprensión le hizo un nudo en el estómago mientras atravesaba el pasillo en dirección a su despacho. Antes de entrar, echó un vistazo al

vestido blanco de ganchillo y desplegó la agradable sonrisa que había perfeccionado con los años. Sam no la vería sufrir. Cuando entró en la habitación, le encontró esperándola.

-Sam -dijo, dejando la puerta abierta por si acaso-. ¿Qué te trae por Carolina del Norte?

Él guardó silencio por un largo instante y se limitó a mirarla. Iba un poco más desaliñado de lo que ella recordaba. Quizás ahora que ya no hacía dinero a su costa no podía permitirse mandar almidonar las camisas. Quizás él mismo había tenido que planchar esa arruga en los pantalones de gabardina. El pelo rubio le caía hasta el cuello de la camisa, un poco revuelto y estratégicamente descuidado. Antes Lola lo encontraba guapo y excitante. Creía que lo había amado, pero lo que había sentido por él ni siquiera se acercaba a lo que sentía por Max. Lo que siempre sentiría por Max.

Sam habló y ni siquiera se preocupó de disimular el enfado en su voz.

-Entraste en mi casa -dijo.

-No parece que la policía piense lo mismo.

Lola pasó por su lado y se quedó de pie detrás de su mesa de trabajo, el lugar donde siempre se sentía poderosa y con el control en las manos. Cuando había empezado su negocio, Sam había sido una de las personas que le habían dicho que estaba cometiendo un error. Ahora, rodeada por las pruebas de su éxito, sintió que se relajaba un poco. Podía con cualquier cosa que Sam le dijera.

-Estoy segura de que sabes que yo estoy fuera de toda sospecha -añadió.

-Eso no significa que no hayas contratado a alguien para que entrara en mi casa, destruyese mis posesiones y me robara.

Lola cruzó los brazos, esperando a ver si él tenía alguna bomba que lanzarle.

-Claro, y eso habría sido traicionero y turbio. Un poco como lo que hiciste tú al colgar esas fotografías en la página de Internet. Pero yo no entré en tu casa -le dijo, lo cual era una verdad a medias. Era Max quien había hecho el trabajo; ella sólo lo había seguido alegremente-. Tengo un testigo.

-Sí, me he enterado. Estabas con tu nuevo novio.

¿Había sido Max alguna vez su novio? No, había sido mucho más que eso. Durante un periodo muy breve, se había convertido en su vida.

Aguardó a que Sam dijera algo más. A que le pusiese la zancadilla de alguna forma. A que expresara el objetivo de su visita, pero como no lo hizo, ella preguntó:

-¿De qué se trata?

El silencio se prolongó y, por la expresión de su cara, Lola se dio cuenta de que no había nada más. Ninguna otra fotografía. Nada que pudiera hacerle daño.

Pero él lo intentó de todas formas; dijo la única cosa que podría sacarla de sus casillas:

-A tu novio le deben de gustar las mujeres gordas.

De repente la sonrisa de Lola se volvió sincera, y se echó a reír. Sam siempre había querido que ella fuera delgada, insegura y que estuviera enferma, necesitada. Lola ya no era alguien a quien le importara lo que Sam pensara, y ahora que había perdido esas fotos, ni siquiera tenía el poder de hacerla enfadar. Lola sacudió la cabeza.

-Le gusta mi cuerpo tal como es.

Le había dicho la verdad. El problema con Max no tenía nada que ver con su peso ni con su aspecto. Sólo con mirarla, la hacía sentir deseada y hermosa. Lo que ocurría no tenía nada que ver con la debilidad ni con la necesidad de que un hombre la cuidara; sólo con la necesidad de Max de arriesgar el pellejo.

Sam no dijo nada, así que Lola arqueó una ceja.

-¿Has conducido hasta aquí sólo para acusarme de haber entrado en tu casa y para insultarme?

-Sólo quería que supieras que no me engañas. Sé que tienes algo que ver con eso.

-Ahora ya me lo has dicho. -Lola pulsó uno de los botones del teléfono-. Wanda, llama a seguridad, por favor. Nuestra visita necesita que le indiquemos el camino de salida.

-¿Me estás echando?

-Pues sí. -Lola soltó el botón-. Y si vuelves otra vez, voy a denunciarte por acoso.

Mientras observaba a Sam irse, Lola se sintió verdaderamente libre de él de una vez por todas.

Ojalá fuera tan fácil deshacerse de sus sentimientos hacia Max, pensó mientras regresaba a la sala de conferencias. Pero dudaba que alguna vez pudiera olvidarlo totalmente.

Acababa de sentarse otra vez cuando Wanda los interrumpió de nuevo.

-Hay otro caballero que quiere verte. Éste no quiere dar su nombre-continuó Wanda-, pero me ha pedido que te diga que si no lo recibes pronto, requisará a tu perro.

Lola habría sentido cómo el corazón se le paraba y se le aceleraba al mismo tiempo, si tal cosa fuese posible.

-¿Llamo a Seguridad?

Como si Seguridad pudiera detener a Max Zamora.

-No. -Lola se puso de pie y cerró la carpeta que tenía encima de la mesa-. Vamos a hacer un descanso de quince minutos -propuso-. Acompaña al señor Zamora a mi oficina -dijo mientras ella y Wanda se dirigían hacia la puerta.

-Me temo que ya se encuentra en tu oficina.

-Por supuesto que sí -dijo Lola en voz baja mientras recorría el pasillo.

De nuevo, se detuvo ante la puerta antes de entrar y respiró hondo. Tratar con Max iba a ser mucho más difícil que tratar con Sam. Se puso una mano sobre el estómago revuelto y entró. Allí estaba. De espaldas a ella, tan alto e impresionante como siempre.

Llevaba una camisa azul de seda y unos pantalones caquis; el aire procedente del ventilador del techo no conseguía moverle un solo cabello. Al oír la puerta, Max se dio la vuelta y su mirada se cruzó con la de Lola a través de la habitación.

-Hola, Lola -le dijo.

No tenía ninguna herida en el apuesto rostro, y Lola exhaló un suspiro de alivio mientras la cálida mirada de Max le recorría el cuerpo antes de volver a posarse en sus ojos.

-¿Qué es eso que llevas puesto? ¿Un tapete?

Como siempre, el sonido de su voz provocó una ola de calor en el cuerpo de Lola. Estaba vivo, pero se le veía cansado. Le parecía tan guapo que tuvo que refrenar el impulso de cruzar la habitación corriendo y lanzarse a sus brazos. Lola reclinó la espalda en la puerta cerrada y se apoyó en el pomo de la puerta.

-¿Qué haces aquí, Max?

-He venido a buscarte.

Lola no quería hablar con él, especialmente a solas. No confiaba en él, pero confiaba menos aún en sí misma. Bajó la vista hacia sus sandalias, pues no podía mirarlo a los ojos por miedo a que los suyos la traicionaran y le rogasen que la amase sin condiciones. Temía aceptar cualquier cosa, sin importarle que pudiera destrozarla.

-No deberías haber venido.

-Te quiero.

Lola cerró los ojos e intentó evitar que esas palabras penetrasen en su corazón.

-No importa.

-¿Qué quieres decir con «no importa»? -Como ella no se acercaba a él, él se acercó a ella-. He pasado por demasiadas cosas esta semana como para que me digas que no importa. He estado a punto de morir y, por primera vez, no me ha dado igual.

Max la agarró por los hombros y ella levantó la mirada hacia él. El calor de las palmas de sus manos atravesó el tejido de punto y le hizo sentir escalofríos hasta los codos.

-No me daba igual morir porque te amo.

Ella intentó soltarse, pero las manos de él la retuvieron con firmeza y él la obligó a mirarlo a la cara. Quería que viese la angustia en sus ojos y las arrugas de la frente.

-Cuando me dejaste, estaba tan cabreado que no podía ver nada. Sentía mucha rabia hacia ti y pensé que me había resignado a dejarte marchar. -Max negó con la cabeza-. Pero no pude. Por más que lo intentara, aunque tuviese que saltar en paracaídas de un C-130, no podía concentrarme en la misión que me esperaba. Sólo podía pensar en que te habías ido y que eso me había clavado un cuchillo en el corazón. Entonces caí en el mar y el chaleco no se hinchó. Luché para salir a la superficie, pero el equipo que llevaba pesaba veintidós kilos y me arrastraba hacia abajo.

-¿Por qué me cuentas eso? -le preguntó Lola, intentando, sin conseguirlo, contener las lágrimas.

-Porque quiero que lo sepas. Mientras me hundía, luché como nunca he luchado por vivir. Quiero decir que luché como un loco. Luché para volver a tu lado. El chaleco, finalmente, se hinchó al cabo de cinco segundos, pero esos cinco segundos fueron como cinco vidas, y me asusté mucho. No quería irme Lola. No quería dejarte. Quiero algo más de la vida que acabar como comida para peces o como carne de cañón. -Max le enjugó las lágrimas de los ojos y Lola notó que su determinación flaqueaba-. ¿Recuerdas cuando tus padres le dijeron a todo el mundo, en la reunión familiar, que yo te había salvado en el *Dora Mae?* Bueno, pues eso no es verdad. Tú me salvaste, Lola. Me has salvado en muchos más sentidos de los que imaginas.

-Vale -murmuró ella, consciente de que su amor por él era más fuerte que el dolor que la atenazaba-. Lo intentaré.

-¿Intentarás qué?

-Intentaré adaptarme a tu forma de vida -respondió Lola, y apoyó la cabeza contra la puerta.

Eso era lo que Lola había estado temiendo. Mirarle a la cara y desearlo sin condiciones. Saber que el dolor de verlo llevar esa vida era mejor que el dolor de vivir sin él.

Max le tomó la cara con ambas manos y se quedó mirando sus ojos marrones. Había conducido como un loco para llegar a ella, y antes que eso había luchado contra los terroristas como un poseso. Y es que lo estaba. Estaba poseído por las posibilidades de emprender una nueva vida. Una vida mejor.

-No, Lola. Te mereces algo más que eso -le dijo-. He devuelto el busca esta mañana. Ya no trabajo para el Gobierno.

Ella lo miró con los ojos muy abiertos.

-¿Qué?

-He decidido que quiero vivir lo suficiente para cuidarte por el resto de tu vida. Prepararte sopa cuando estés enferma. Peinarte el cabello gris cuando te hagas mayor y no lo puedas hacer por ti misma.

-Yo puedo cuidar de mí misma -fue la respuesta, típica de Lola.

-Lo sé. Pero quiero cuidarte. Quiero hacerte feliz y verte sonreír al lado de mi almohada cada mañana. Te quiero, y creo que podemos llevar una vida maravillosa juntos.

Lola escrutó sus ojos, como si estuviera esperando algo más. Algo que él todavía no había dicho.

-Pero Max, si nos peleamos, o si te cansas de mí, lamentarás haber abandonado algo que durante mucho tiempo te ha gustado hacer. Echarás de menos que te disparen.

-No hay nadie que eche de menos que le disparen, cariño. -Max le tomó la mano y le besó los dedos-. He encontrado algo más excitante que los explosivos, algo más dulce que la adrenalina. Algo por lo cual vale la pena luchar de verdad.

-¿Qué?

-Una hermosa mujer que me hace reír y me hace sentir más vivo de lo que nunca en mi vida me había sentido. -Max tragó saliva, a pesar del nudo que se le había formado en la garganta y del ardor que sentía en el pecho-. Te he estado esperando toda mi vida, aunque no lo sabía. Tú y yo somos las dos caras de la misma moneda, y haces que me sienta completo.

-Max -lloró Lola, rodeándole el cuello con los brazos-. Te he echado tanto de menos... Te quiero a pesar de que he intentado olvidarte. Irrumpiste en mi vida, masculino, amenazador y con la cara destrozada. Me ataste, me secuestraste y, a pesar de todo, me enamoré de ti.

Max la abrazó con fuerza, sintiendo que el corazón le latía a toda prisa. No sabía qué había hecho para merecer a Lola Carlyle. Nada bueno, eso seguro. Le escocían los ojos y hundió la nariz en el dulce aroma de su cabello.

-Cariño -le dijo-. Yo no te secuestré. Sólo te requisé. Y eso es precisamente lo que voy a hacer para el resto de tu vida.

Lola asintió con la cabeza y sollozó.

-No llores. -Max la apartó de sí y la miró-. Te amo y quiero hacerte feliz. Quiero tener un niño contigo.

Los ojos llorosos de Lola se abrieron de par en par.

-¿Quieres niños?

-Sí. Contigo. -Max le puso las palmas de las manos sobre el vientre plano-. Tres, y estaba pensando que también deberíamos tener niñas, teniendo en cuenta tu afición por los tonos pastel. -Le dio un golpecito al hombro-. Y tapetes. Pero creo que deberíamos casarnos antes.

Lola se mordió el labio inferior y sonrió.

-Probablemente, ésa es una sabia decisión. No quiero que la gente diga que he utilizado el truco más viejo del mundo para pescarte.

Max acercó los labios a los de Lola y la besó, suave y lentamente, tal como había deseado hacer desde el momento en que ella se había ido de su casa. La había echado de menos y quería bebérsela de un trago.

-Vamonos de aquí.

-Mm. -Lola tenía la vista un poco nublada y asintió con la cabeza-. Max, vamonos a casa a contarle la buena noticia a *Baby.* Estará muy contento.

-Vaya por Dios, me había olvidado de tu perro. Supongo que tendrá que vivir con nosotros.

-Max, sabes perfectamente que quieres a *Baby.*

Max pensó en el minúsculo chucho. Definitivamente, el perro necesitaba una figura masculina en su vida.

-Quizá no esté tan mal.

Lola sonrió y abrió la puerta.

-Llévame a casa.

Mientras salían de la mano al sol de Carolina del Norte, una sonrisa se dibujó en los labios de Max.

No hacía mucho tiempo, había estado de pie en el puente quemado del *Dora Mae* creyéndose víctima de una maldición, condenado a cargar con una hermosa modelo de lencería y su afeminado perrito. Siempre había creído que Lola Carlyle le acarrearía la muerte.

-Nunca llegamos a ver *Orgullo y prejuicio* -le dijo Lola, con los ojos brillantes.

Sí, definitivamente lo mataría, pero vaya camino que iban a recorrer.